

ARIZONA HISPÁNICA

Iris H. W. Engstrand

COLECCIONES
MAPFRE

1492

Arizona, la parte norte de la provincia hispánica de Sonora, entró a formar parte de los Estados Unidos en 1846. El escasamente poblado territorio no fue reconocido como Estado de la Unión hasta 1912. Su nombre proviene del de una región minera a la que se llamaba Arizonac. Debido a su localización geográfica –aislada de las zonas de asentamiento por profundos cañones y elevadas montañas– tuvo un desarrollo lento entre 1540 y 1900. Sin embargo, la región estaba habitada por numerosos indios en la época prehispánica. La conquista de México por Cortés condujo a la exploración y colonización de Arizona. El descubrimiento del Cañón del Colorado, las fundaciones de los jesuitas, las revueltas de los indios pima, el asentamiento de familias y la actividad económica van conformando a lo largo de tres siglos la cultura hispánica de Arizona. Así, en la actualidad, el 25 por ciento de la población habla español. La autora ofrece en esta obra una amplia y excelente panorámica de la Arizona hispana.

Iris H. W. Engstrand (Los Ángeles, 1935). Profesora de Historia y Coordinadora de Estudios Hispánicos de la Universidad de San Diego. Obras: *Royal Officer in Baja California: Joaquín Velázquez de León* (1976), *San Diego: California's Cornerstone* (1980), *Spanish Scientists in the New World: the Eighteenth Century Expeditions* (1981).

Colección España y Estados Unidos

ARIZONA HISPÁNICA

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Miguel Ángel Garrido
Traducción: Eliézer Gutman
Diseño de cubierta: José Crespo

© 1992, Iris H. W. Engstrand
© 1992, Fundación MAPFRE América
© 1992, Editorial MAPFRE, S. A.
Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-546-8
Depósito legal: M. 27622-1992
Compuesto por Composiciones RALI, S. A.
Particular de Costa, 12-14 - Bilbao
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, Km. 20,800 (Madrid)
Impreso en España-Printed in Spain

IRIS H. W. ENGSTRAND

ARIZONA HISPÁNICA

I. La raza	13
Grego	13
Los hispanos prehistóricos	13
El indio hispano	15
Los hispanos	26
La cultura hispana	27
El idioma hispano	28
Los tipos hispanos	31
Los valores del pueblo hispano	32
La cultura hispana del indio hispano	34
Otras hispanas	38
II. El mestizaje hispano	43
La raza del mestizaje hispano	44
El idioma de cultura	44
El mestizaje hispano en el Caribe y en el Caribe	50
Hispano Caribe	51
Café y el mestizaje hispano	56
La América hispana de México	57
El Viceroyato de Nueva España	58
La hispanidad de Nueva España	60
Cultura de Yucatán y Yucatán	62
III. El mestizaje hispano en el Caribe	65
La hispanidad de Cuba	66
El Caribe hispano de América	71
Mestizo Caribe	72
Hispano Caribe	73



EDITORIAL

MAPFRE

ÍNDICE

I.	LA TIERRA Y SU GENTE	13
	Geografía	13
	Civilizaciones prehistóricas	23
	El hombre cochise	25
	Los hohokam	26
	La cultura mogollon	27
	La cultura anasazi	28
	Los recién llegados	31
	Los indios del periodo hispánico	33
	La cultura pima: descendientes modernos	36
	Otros grupos	38
II.	ANTECEDENTES ESPAÑOLES	43
	La era del descubrimiento	44
	El legado de Colón	48
	El asentamiento en el Caribe y más allá del Caribe	50
	Hernán Cortés	51
	Carlos V, Emperador del Sacro Imperio Romano	56
	La Audiencia Real de México	57
	El Virreinato de Nueva España	59
	La búsqueda de nuevas riquezas	60
	Cabeza de Vaca y Estebanico	61
III.	EN BUSCA DEL MISTERIO DEL NORTE: 1538-1605	65
	La expedición de Coronado	69
	El Gran Cañón de Arizona	71
	Melchor Díaz	72
	Hacia Quivira	73

Juan Rodríguez Cabrillo	75
El comercio del galeón de Manila	80
Antonio de Espejo	81
Juan de Oñate	82
IV. FUNDACIONES JESUITAS EN SONORA Y EN LA PIMERÍA ALTA	85
La Compañía de Jesús	87
Política misionera	88
Las misiones en Sonora y Arizona	89
Eusebio Francisco Kino, C.J.	89
La Pimería Alta	92
La sublevación	94
La campaña de 1695	95
Kino y los indios pima	97
Trabajo preliminar de Kino	98
Conexión con la Baja California	99
Asentamientos en la Baja California, 1697	100
En busca de una ruta terrestre	101
Ayuda para California	102
El padre Kino como diplomático	103
La misión continúa	104
La oposición a los misioneros	105
V. ACTIVIDAD EN LA FRONTERA	107
Nuevos destinos en la Pimería Alta	108
El padre Johann Baptist Grazhoffer en Guevavi	109
Celebración y muerte	112
San Xavier del Bac	113
El padre Felipe Segesser	113
El padre Ignacio Xavier Keller	115
Bolas de plata, 1736	115
Nuevos sacerdotes para la Pimería Alta	117
El padre Rapicani en Guevavi, 1737	117
Hostilidad en la frontera	118
EL padre José de Torres Perea	119
Colonos no indígenas	120
San Xavier del Bac	122
El esfuerzo con los moquis (hopis)	123
El padre José Garrucho	125
El padre Francisco Xavier Pauer	127
Progreso de las misiones en la Baja California	128

VI.	EL FIN DE UNA ERA	129
	Comienza un conflicto	129
	La revuelta de los pimas en 1751	131
	El presidio en Tubac	133
	El regreso de Pauer	135
	El desarrollo de Tucson	136
	El padre Middendorff fracasa	139
	Un interludio pacífico	140
	EL padre Ignacio Pfefferkorn	142
	Una migración forzada de los pimas nortños	143
	De vuelta a Guevavi	145
	El padre Custodio Ximeno	146
	El padre Linck en la Baja California	147
	Las reformas de Carlos III	148
VII.	UNA ERA DE TRANSICIÓN	151
	Visita del marqués de Rubí	151
	Expulsión de los jesuitas	153
	José de Gálvez	155
	Nuevas instrucciones	157
	El golpe final	157
	Baja California	158
	Reflexiones	159
	La gente de razón	159
	Periodo intermedio	161
	La orden de los frailes menores	162
	La Baja California	164
	El padre Junípero Serra	166
	La amenaza rusa	167
	Los padres Gil y Garcés	168
	Guevavi	170
	San Ignacio de Tubac	170
	San Xavier de Bac	171
	Limitaciones impuestas	172
VIII.	LA EXPANSIÓN DE LA FRONTERA	175
	La Pimería Alta	176
	Los pimas del Gila	178
	Cambios en el personal de la misión	180
	Un nuevo virrey	182
	Reglamento de 1772	185

La ruta a California	189
Segundo viaje a California	192
La obra de Anza en California	196
Domínguez y Escalante	198
IX. LA COMANDANCIA GENERAL DE LAS PROVINCIAS INTERNAS	201
Teodoro de Croix	201
San Agustín del Tucson	210
Los derechos de agua bajo el gobierno español	212
El capitán Pedro de Allande y Saabedra	214
Ataques de los indios	217
Los misioneros franciscanos del norte de España	219
Guerra con Inglaterra	220
Asentamiento de los yumas en el río Colorado	221
El desastre de Yuma	225
X. LAS ACTIVIDADES DE LOS MILITARES, CIVILES Y MISIONEROS	231
La batalla del 1 de mayo de 1782	231
El plan de Pític	232
Continúan las hostilidades de los indios	235
Una cuestión religiosa	239
El regreso de Anza	241
Los colonos de Tubac	243
La visita del padre Bringas	245
Los primeros colonos del sur de Arizona	249
La iglesia de San Xavier del Bac	251
Fin de siglo	252
Indios cautivos	253
Tumacácori	255
La vida de los colonos	256
Primeras concesiones de tierras	258
El barón de Arizona	261
XI. EL FINAL DE UNA ERA	263
Los primeros años	263
Dificultades en la frontera	266
Los últimos años de la independencia	267
Los pimas	268
Concesiones transitorias de tierras	270
La expulsión de los españoles	272
La guerra entre México y los Estados Unidos	273
Herencia y vida hispana	275

APÉNDICES	279
Ensayo bibliográfico	281
Bibliografía	291
ÍNDICE ONOMÁSTICO	305
ÍNDICE TOPONÍMICO	313

I

LA TIERRA Y SU GENTE

GEOGRAFÍA

Arizona, la zona norte de la provincia de Sonora, que perteneció a Nueva España en los tiempos hispánicos, se convirtió en parte de los Estados Unidos en 1846. Este territorio, escasamente poblado, no fue admitido como estado de la Unión hasta 1912. Su nombre fue tomado de una región argentífera denominada *Arizonac*. El estado, sexto en extensión de los Estados Unidos, tiene una longitud de 392 millas de norte a sur y de trescientas treinta y ocho de este a oeste en su trazado más ancho, cubriendo una superficie de 113.956 millas cuadradas. Hoy en día limita al este con Nuevo México, al norte con Utah, al noroeste con Nevada, al este con California y al sur con el estado mexicano de Sonora.

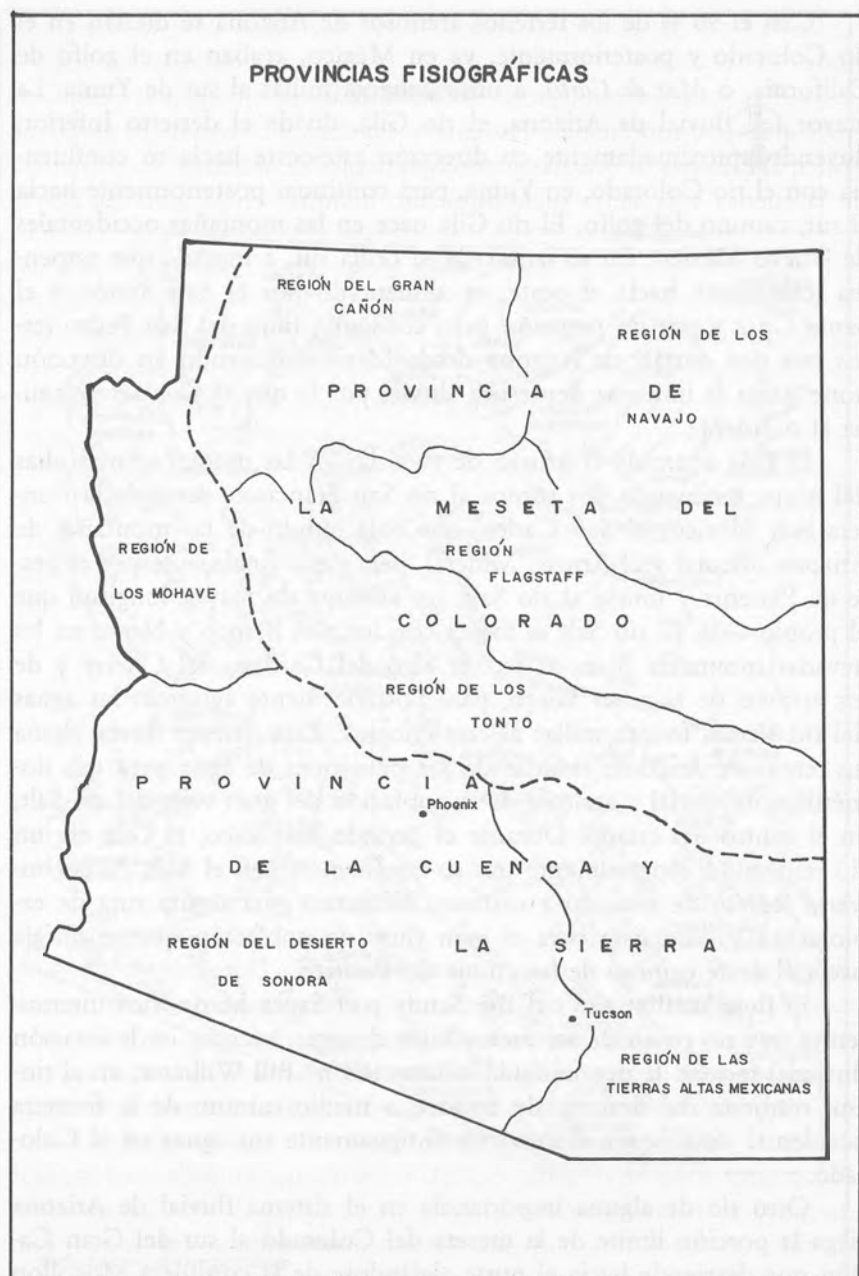
Arizona, aislada de las zonas habitadas por desiertos, profundos cañones y altas montañas, tuvo un lento desarrollo durante el periodo hispánico y la primera etapa de posesión americana (esencialmente desde 1540 hasta 1900). Sin embargo, ya en la etapa hispánica, la zona se encontraba poblada por un considerable número de tribus de nativos americanos. Los descendientes de estos habitantes nativos siguen, hoy en día, residiendo en Arizona.

Arizona se divide en dos principales provincias geográficas, con una zona de transición entre ellas. Al sur tenemos la provincia de la cuenca y de la sierra, que contiene el desierto de Sonora, frecuentemente denominado «desierto Inferior», y se extiende como un gigante, con forma aproximada de media luna, del noroeste al sureste, a horcajadas entre el límite de Arizona y México y cubriendo más de la mi-

tad de la frontera del río Colorado con California y Nevada. Su parte alta es el corazón de Arizona, donde se concentra la mayor parte de su riqueza y de su población. En su interior se albergan las dos mayores áreas metropolitanas; Phoenix y Tucson, y la mayor parte de las principales minas, industrias y zonas agrícolas de Arizona. La provincia de la cuenca y la sierra suele asimismo dividirse en la zona de tierras altas mexicanas al este y la zona de Mojave al noroeste.

Pegada a la porción cóncava de esa media luna, más o menos orientada de noroeste a sureste, se encuentra la provincia de la meseta del Colorado. Los geógrafos a veces distinguen una tercera zona denominada provincia intermontana, un segmento abrupto y montañoso que se encuentra entre los tres mil y los cinco mil quinientos pies de altura, poblado en su mayor parte por pinos ponderosa. Esta zona de transición, no solo geológica sino también en lo que a flora y fauna se refiere, marca las estribaciones de la meseta que constituye la provincia de la meseta del Colorado, que se eleva desde los cinco mil quinientos a los nueve mil pies de altura. Esta meseta se extiende hacia el norte hasta casi alcanzar el límite continental en Four Corners, el punto de unión de los estados de Utah, Colorado, Nuevo México y Arizona; en dirección este se prolonga hasta el borde de la gran cuenca en Utah meridional. La provincia de la meseta del Colorado ha sido dividida en varias secciones: la zona Navajo, que contiene el desierto Pintado y el bosque Petrificado, la zona del Gran Cañón, la zona Flagstaff y la zona Tonto. La zona Tonto, que está dividida por la cordillera Mogollon desde el norte, contiene la anteriormente mencionada región intermontana.

En términos pluviales, Arizona es un desierto pues yace en su totalidad en zona de designación árida, recibiendo (a excepción de algunas áreas aisladas y algunos picos montañosos) menos de veinte pulgadas de agua al año, cantidad que constituye el límite aceptado entre el desierto y las tierras templadas. Con todo, las cosechas pueden madurar con regularidad. Aun siendo una tierra árida, Arizona tiene un sistema fluvial bien definido, aunque apenas una docena de sus ríos tengan agua todo el año. La mayoría de estos ríos sólo llevan las aguas torrenciales de las tormentas estivales o de ligeras lluvias de invierno, sin embargo estos ríos han sido verdaderas vías de conexión, proporcionando cultivos y lugares habitables.

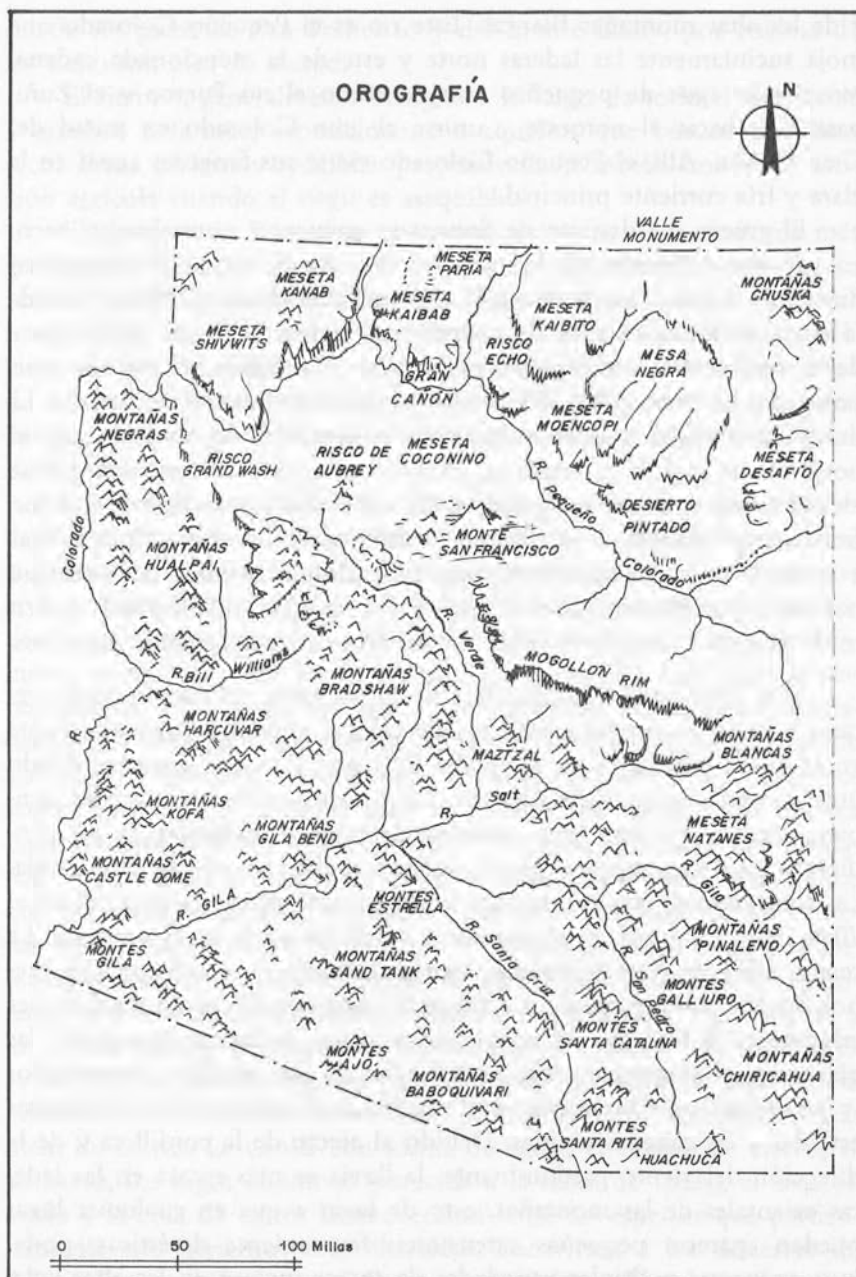


Casi el 90 % de los terrenos arenosos de Arizona se drenan en el río Colorado y posteriormente, ya en México, acaban en el golfo de California, o *Mar de Cortés*, a unas ochenta millas al sur de Yuma. La mayor red fluvial de Arizona, el río Gila, divide el desierto Inferior, fluyendo aproximadamente en dirección este-oeste hacia su confluencia con el río Colorado, en Yuma, para continuar posteriormente hacia el sur, camino del golfo. El río Gila nace en las montañas occidentales de Nuevo México. En su izquierda, u orilla sur, a medida que serpentea lentamente hacia el oeste, es alimentado por el San Simón y el Santa Cruz y por un pequeño pero constante flujo del San Pedro (estos tres ríos entran en Arizona desde México, fluyendo en dirección norte hacia la inmensa depresión aluvial por la que el Gila se encamina al occidente.

El Gila acumula el grueso de su flujo en las montañas más altas del norte, recibiendo por turnos al río San Francisco, cerca de la frontera con México; al San Carlos, que baja rápido de las montañas de Arizona oriental y al Arroyo Mineral, para pasar finalmente por el oeste de Phoenix y unirse al río Salt, un afluente de mayor longitud que el propio Gila. El río Salt se forma con los ríos Blanco y Negro en las nevadas montañas Blancas, recoge algo del Carrizo, del Cherry y de los arroyos de la zona Tonto, para posteriormente aglutinar las aguas del río Verde, treinta millas al este Phoenix. Este sistema fluvial drena un tercio de Arizona, atendiendo las peticiones de agua para uso doméstico, industrial y agrícola de la población del gran valle del río Salt, en el centro del estado. Durante el periodo hispánico, el Gila era un río respetable, especialmente tras su confluencia con el Salt. Al encontrarse repleto de pescado y castores, constituía una segura ruta de exploración y conquista para el gran flujo de población que se dirigía hacia el oeste camino de las costas del Pacífico.

El flujo combinado del Big Sandy y el Santa María (ríos intermitentes que no pasan de ser meros hilos de agua, excepto en la estación lluviosa) forman la denominada bifurcación de Bill Williams, en el rincón noroeste del desierto de Sonora, a medio camino de la frontera occidental de Arizona. Éste vertía antiguamente sus aguas en el Colorado.

Otro río de alguna importancia en el sistema fluvial de Arizona riega la porción límite de la meseta del Colorado al sur del Gran Cañón que desciende hacia el norte alejándose de la cordillera Mogollon



y de las altas montañas Blancas. Este río es el Pequeño Colorado que moja sucintamente las laderas norte y este de la mencionada cadena, recogiendo agua de pequeños arroyos como el río Puerco y el Zuñi, para fluir hacia el noroeste y unirse al gran Colorado en mitad del Gran Cañón. Allí, el Pequeño Colorado vierte sus fangosas aguas en la clara y fría corriente principal.

El grueso del desierto de Sonora se encuentra normalmente seco; en su parte suroccidental, la más seca, por donde pasa el Colorado en dirección al golfo, recibe tan sólo dos pulgadas de agua. Más al este de la costa, la lluvia es más abundante, especialmente en el borde norte de la media luna que conforma el desierto. La franja del sur se superpone con las tierras altas del estado fronterizo mexicano de Sonora. La lluvia es también más abundante en el límite norte abrigado por el borde de la región montañosa. Estas extensiones montañosas que se elevan sobre el desierto, agrupadas de norte a sur, interceptan el calor, frenan a las nubes que se dirigen al interior desde el mar forzándolas a ir hacia las capas superiores más frías, donde se libera la humedad necesaria para proporcionar de diez a doce pulgadas de lluvia al desierto de Sonora e incluso el doble de esa cantidad a los puntos más altos.

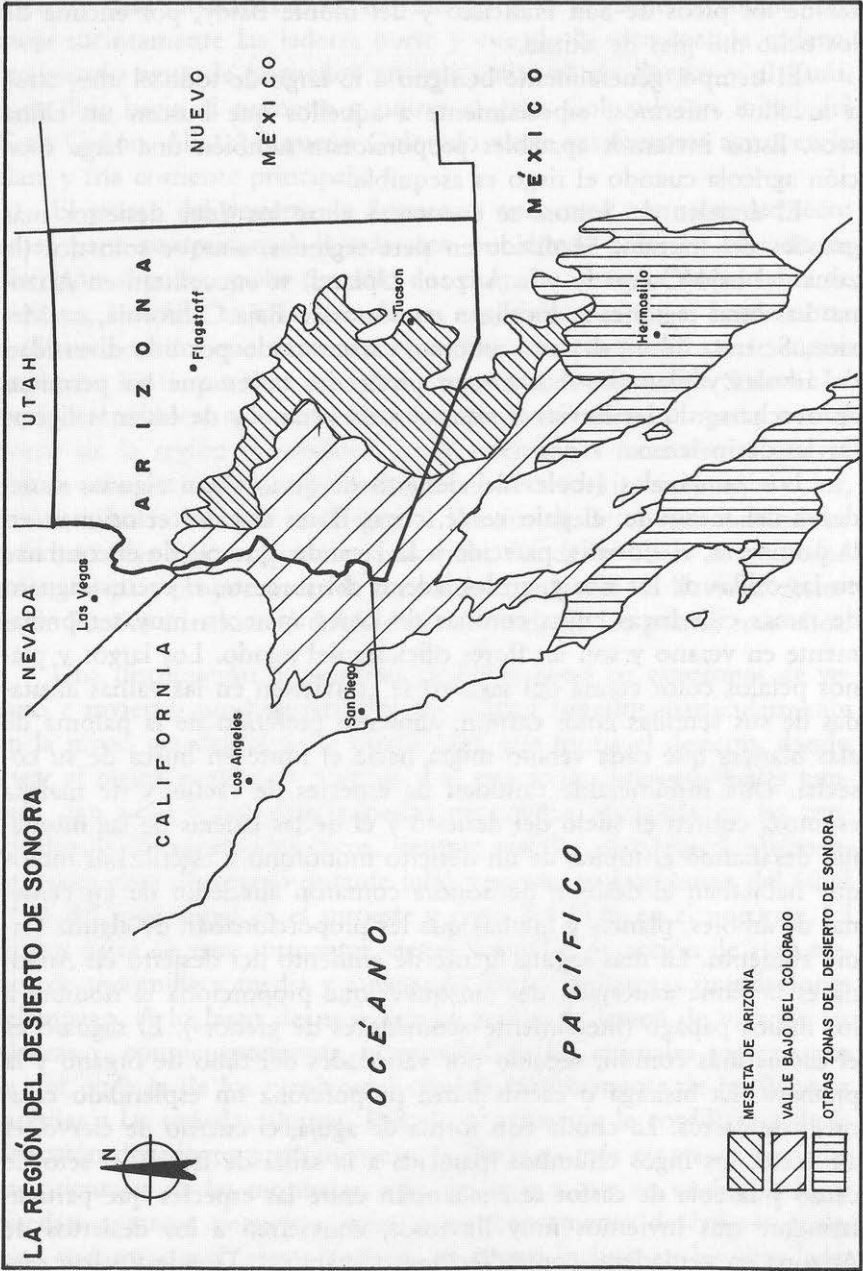
Una distribución homogénea de lluvia entre las estaciones de verano e invierno produce praderas de calidad superior, particularmente en la mitad occidental de la media luna que forma el desierto, dando lugar al mejor ganado de Arizona. Las estaciones lluviosas duales también dan lugar a una gran variedad de especies naturales en las pendientes de los escarpados picos, siempre visibles en el sur de Arizona. Las tormentas de verano durante julio y agosto proporcionan del 60 al 70 % del total anual en el suroeste y cerca del 45 % en el noroeste. La mayor parte de estas tormentas, tienen un radio de acción de algo menos de una milla y media y a menudo causan peligrosas inundaciones relámpago. A lo largo de unas escasas millas, la forma de vida de las plantas y, consecuentemente, la variedad de los animales vegetarianos (y por ende la de los carnívoros) cambia enormemente de las llanuras estériles a las cañadas alpinas. Debido al efecto de la cordillera y de la dirección del viento predominante, la lluvia es más escasa en las laderas orientales de las montañas, esto da lugar a que en cualquier lugar puedan aparecer pequeñas extensiones francamente desérticas; podemos encontrar múltiples variedades de cactus incluso en las altas lade-

ras de los picos de San Francisco y del monte Baldy, por encima de los ocho mil pies de altitud.

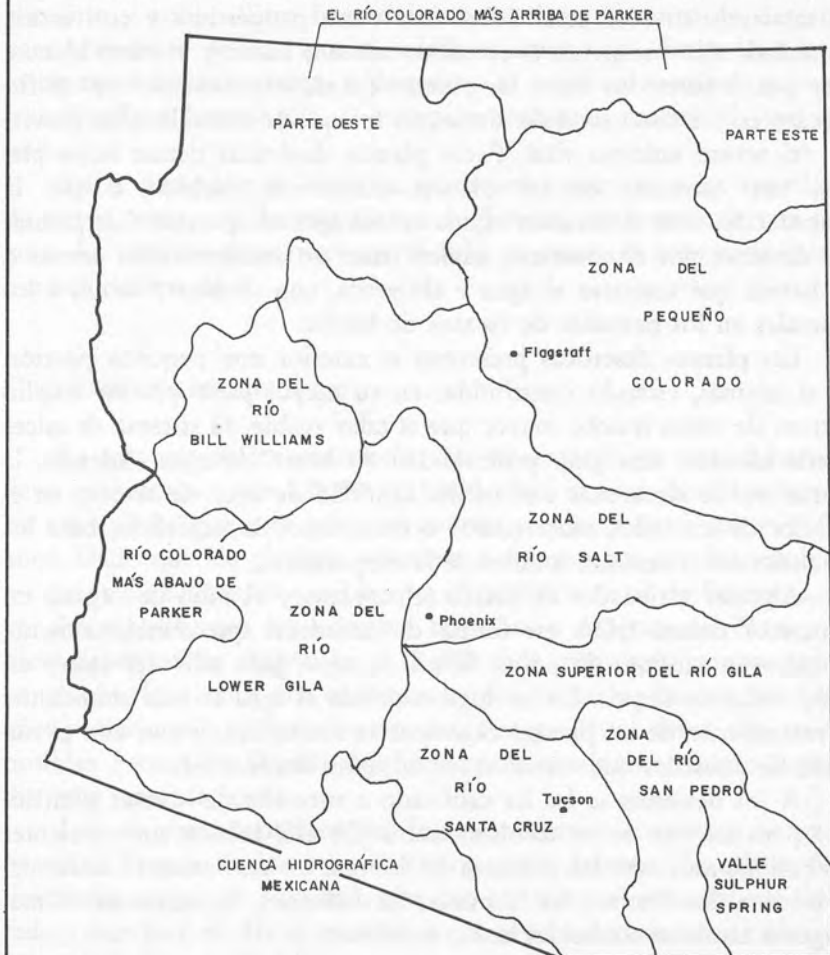
El tiempo, generalmente benigno a lo largo de todo el año, atrae a muchos enfermos, especialmente a aquellos que buscan un clima seco. Estos inviernos apacibles proporcionan también una larga estación agrícola cuando el riego es asequible.

El desierto de Sonora se encuentra entre los doce desiertos más grandes del mundo. Se divide en siete regiones, aunque sólo dos (la zona del bajo Colorado y la Arizona Upland) se encuentran en Arizona. Las otras regiones se localizan en Sonora o Baja California, en México. Se trata de un desierto arbóreo, caracterizado por una diversidad de árboles y plantas robustas con profundas raíces que les permiten aprovecharse de las lluvias torrenciales de verano y de las más ligeras lluvias de invierno.

Los principales árboles del desierto de Sonora son algunas variedades del mezquite: el palo verde, cuyas flores doradas eclosionan en la primavera, el sideritis, parecido a la lavanda, que puede encontrarse en las orillas de los ríos y, en las laderas del suroeste, el cactus saguaro de ramas cilíndricas cuyas coronas de flores aparecen muy tempranamente en verano y son las flores oficiales del estado. Los largos y planos pétalos color crema del saguaro se convierten en las vainas afrutadas de sus semillas color carmín, alimento preferido de la paloma de alas blancas que cada verano migra hacia el norte en busca de su cosecha. Una innumerable cantidad de especies de cactus y de maleza espinosa cubren el suelo del desierto y el de las laderas de las montañas desafiando el tópico de un desierto monótono y estéril. Los indios que habitaban el desierto de Sonora contaron alrededor de un centenar de árboles, plantas y hierbas que les proporcionaban de alguna forma alimento. La más segura fuente de alimento del desierto en Arizona es la vaina azucarada del mezquite, que proporciona el nombre a los indios papago (literalmente «comedores de granos»). El saguaro es el cactus más común, seguido por variedades del tubo de órgano y la pitahaya. La bisnaga o cactus barril proporciona un espléndido caramelo de cactus. La cholla con forma de aguja, el cuerno de ciervo, el alfiletero, los higos chumbos (parecida a la sabra de Israel), el seto de cerdo y la cola de castor se encuentran entre las especies que particularmente tras inviernos muy lluviosos, convierten a los desiertos de Arizona en verdaderas contradicciones semánticas. Donde no hay cac-



ESTUDIO DE LAS ZONAS ACUÍFERAS



tus, encontramos igualmente al espinoso ocotillo, con brillantes varillas de flores rojas particularmente atractivas para los colibrís, altas y cremosas ramitas de yuca o bayoneta española, jосуé, uña de gato y una variedad de flores silvestres.

En otras áreas, por el contrario áridas, está siempre presente el arbusto duradero de la creosota, a veces llamado «arbusto apestoso» por su característico olor acre. Sobre una tierra paupérrima y con escasa humedad, sólo prosperan el escuálido arbusto burro y el erizo blanco. Hay pocos parecidos entre las plantas del desierto, excepto en su firmeza y en los sistemas defensivos con los que la naturaleza les previene del severo entorno vital. Pocas plantas desérticas tienen hojas planas, tan comunes en las plantas domésticas, debido a que la evaporación sería demasiado rápida en semejantes aparatos. Las plantas del desierto, por el contrario, suelen tener un recubrimiento ceroso o de barniz que conserva el agua y ahuyenta, con su olor y sabor, a los animales en los periodos de escasez de hierba.

Las plantas desérticas presentan al exterior una pequeña porción de sí mismas, estando constituidas en su mayor parte por un amplio sistema de raíces mucho mayor que el tallo visible. El sistema de raíces puede alcanzar una gran profundidad en busca de agua. Además, la planta puede almacenar una buena cantidad de agua de reserva en el interior de los tallos subterráneos o bien, sobre la superficie, bajo los recubrimientos cerosos, a salvo de la evaporación.

Algunas variedades de cactus (el saguaro y el tubo de órgano en concreto) tienen tallos en forma de acordeón que funcionalmente constituyen tanques de pulpa llenos de agua para salir del apuro en temporadas de sequía. En los lugares donde el agua es más abundante, el crecimiento de las plantas desérticas se multiplica, y con ello el número de animales que viven en los austeros alrededores.

A los desiertos se les ha calificado a menudo de «tierras silenciosas» pero esto no es en absoluto cierto. En este hábitat son corrientes los colibrís así como las palomas de Sonora, los gorriones, la codorniz, el bisonte, los finches, las lechuzas, los halcones, las lechuzas de madriguera también conocidas como tecolotes.

El desierto posee vida, con sus ruidos y los signos visibles de sus numerosos habitantes, el antílope ardilla de Yuma, el coyote, el zorro kit, la liebre americana, el tejón, el pardillo, la ardilla, la tortuga, el monstruo de gila, el ciervo mula, la cabra del desierto, el correcaminos

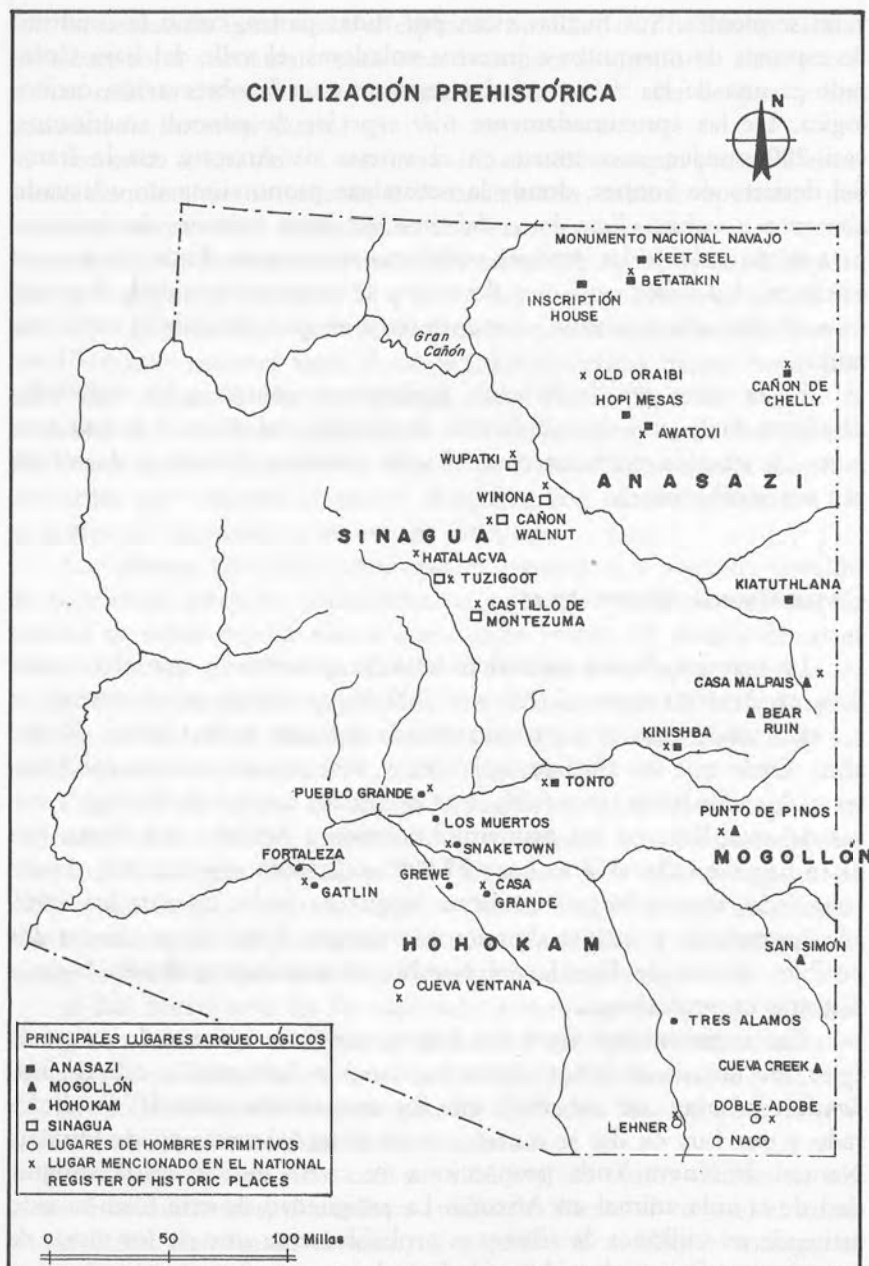
y las serpientes. Sus huellas están por todas partes, como la multitud de especies de mosquitos e insectos voladores, el valle del bajo Colorado es una de las más preciadas regiones para la observación ornitológica. De las aproximadamente 650 especies de pájaros americanos, casi 200 pueden encontrarse en el sureste de Arizona, en la franja del desierto de Sonora, donde la naturaleza proporciona un adecuado alimento y cobijo. Esto hace del área un lugar favorito de descanso para la mayoría de las especies voladoras americanas. Entre las cosas a evitar en el desierto podemos destacar a la serpiente cascabel, al monstruo de gila, a la tarántula, al escorpión y en gran medida al sapo cornudo.

En la parte alta de Arizona, podemos encontrar a las variedades de ciervo mula y al de cola blanca de Sonora, así como a la rata canguro. La jabalina permanece en el valle mientras el bobcat deambula por sus estribaciones.

CIVILIZACIONES PREHISTÓRICAS

La mayoría de los científicos está de acuerdo en que el hombre lleva en América entre 12.000 y 15.000 años; si bien recientemente se ha especulado que este periodo podría ser aún mayor, unos 30.000 años. Dado que los glaciares aparecen y desaparecen con los cambiantes ciclos climáticos, es posible que el puente natural de Bering, a través del cual llegaron los primeros humanos a América del Norte, pudiese haber estado abierto hace 28.000 años, pero seguramente estuvo congelado, formando una continua lengua de hielo, durante los 5.000 años posteriores o incluso durante más tiempo. Estos datos ofrecen dos posibles épocas de llegada del hombre al continente, dando lugar a distintas especulaciones.

Los mejores científicos no logran ponerse de acuerdo sobre la época de llegada de los primeros humanos a Arizona. La cabeza fosilizada con rasgos de cocodrilo que fue encontrada cerca del río Colorado y que hoy en día se muestra en el Museo Americano de Historia Natural de Nueva York, proporciona un cierto indicio de la antigüedad de la vida animal en Arizona. La antigüedad de este fósil ha sido estimada en millones de años y es probablemente uno de los restos de las primeras formas de vida animal en Arizona mejor conservado.



En el desierto de Sonora, a unas 85 millas entre el oeste y el noroeste de Tucson y a 75 millas en dirección sur desde Phoenix, un sobresaliente acantilado de las montañas del Castillo esconde una cueva en la que un pequeño arroyo proporciona lo más esencial para la vida, el agua. Este lugar es llamado la cueva de la Ventana y constituye literalmente una ventana a las gentes del pasado, una enciclopedia sólida del saber popular de los nativos americanos inmersa en un basurero de sólo quince pies de profundidad, sumergida en 10.000 años de antigüedad.

Los primeros habitantes humanos de la zona han sido generalmente enmarcados dentro de la cultura cazadora, que se extendió desde las grandes praderas en la parte central de los Estados Unidos, a través de Nuevo México, hasta Arizona oriental. Han sido encontradas puntas de lanza y rascadores de lascas junto a huesos de caballo, de bisonte y de animales ya extintos como el mamut y el camello. Asimismo, los huesos de un mamut de Columbia con ocho puntas de flecha en la cabeza y la caja torácica fueron encontrados enterrados a gran profundidad en Greenbush Creek cerca de Naca, Arizona. La antigüedad de los restos se ha estimado entre los 10.000 y los 13.000 años. Hacia el oeste, se desarrolló la cultura del desierto formada por gente dedicada eminentemente a la recolección de plantas y semillas en lugar de a la caza. La mayoría de los artefactos encontrados eran utilizados para moler semillas.

EL HOMBRE COCHISE

La cultura cochise fue la más representativa de la cultura del desierto, su aparición data del 5.000 a.C. Los primeros individuos pertenecientes a esta cultura cazaban animales ya extintos pero la desaparición de la caza mayor les forzó a volverse hacia las presas pequeñas, es decir a los animales de hoy en día. También se hicieron más dependientes del alimento vegetal. Desarrollaron herramientas de piedra apropiadas para la recolección y preparación de alimentos vegetales. Los yacimientos de este periodo producen gran cantidad de este tipo de utensilios. Es de destacar el par de muelas que se utilizaban como una mano y el metate presente en las sociedades granjeras de tiempos ulteriores.

Con el tiempo esta cultura se dedicó a las labores de la agricultura intensiva, cultivando una primitiva forma de cereal (o maíz) y otras nuevas cosechas que fueron introducidas por culturas procedentes del sur hacia el 3.000 a.C. Debido a que el maíz no crece solo, sino que debe ser plantado y atendido, estos habitantes del desierto comenzaron a restringir su forma de vida nómada. La vida sedentaria estaba gobernada por la longitud de la estación agrícola. El desierto permitía una economía basada en dos cosechas de maíz, por tanto desde que las semillas de maíz eran plantadas a principios de primavera o finales de verano, hasta su recolección, los cochise se debían encargar de matar o ahuyentar a los animales (conejos, ratas, ardillón, venados y otros) que eran atraídos por las cosechas; a menudo estos animales servían para añadir sabor y algunas proteínas a la masa de vegetales e hidratos de carbono. La capacidad de almacenar comida era asimismo esencial para el funcionamiento del sistema. En esta época fueron introducidas otras dos plantas (la calabaza y las alubias), esto estabilizó y enriqueció la economía. Los nativos se convirtieron, por tanto, en sedentarios.

LOS HOHOKAM

La cultura hohokam, basada casi exclusivamente en la agricultura de regadío, se desarrolló en la zona del desierto de Sonora. Los restos de una extensa red de canales de riego se conservan todavía a lo largo de los ríos Gila y Salt, cerca de Phoenix. Algunos de estos canales son de un tamaño similar a los actuales. Ninguna construcción india del norte de México sobrepasa al sistema de canales de los hohokam en cuanto a derroche planificado de esfuerzo y colaboración intercomunitaria. Fueron verdaderos maestros agrícolas; cultivaban maíz, alubias, calabaza, y algodón en una tierra desértica mediante el control del agua. Este pueblo apareció sobre el 300 a.C.

Mediante el desarrollo de un intrincado sistema de canales, los hohokam tuvieron libertad de elegir el lugar de emplazamiento de sus aldeas. Cientos de personas vivían en un asentamiento denominado «Los Muertos», a seis millas del río Salt y mantenido por el fino hilo vital de un canal. En otras áreas, lejos de los arroyos de caudal permanentes, el control de las aguas superficiales era esencial para la vida. Construyendo acequias que atravesaban los numerosos drenajes natu-

rales en las laderas de las montañas, lograban recoger el agua y dirigirla hacia la tierra fértil.

A principios de verano, antes de que el maíz estuviese maduro, los hohokam mejor capacitados físicamente se encaminaban hacia las montañas bordeando el desierto en pos de la cosecha del maguey, la planta que produce el pulque y el tequila en México. Recolectaban su pulpa azucarada para posteriormente tostarla hasta conseguir la consistencia óptima para su conservación; de este modo conseguían un alimento esencial en los meses más fríos del año y en los periodos de escasez de agua en los cultivos.

Los hohokam de la ribera desarrollaron su sofisticado sistema de canalización de agua utilizando tan sólo azadas de piedra y herramientas de madera y hueso. Sin embargo sus provechosos cultivos les proveían de más tiempo libre para labores creativas y de caza del que disponían otros grupos, de este modo tenían siempre abundantes animales con los que llenar sus platos. Los hohokam del desierto fabricaban cerámica decorada, bellas cestas, caparazones marcados al agua fuerte con ácido de frutas, construían casas semipermanentes, hacían atractivos mosaicos y ornamentos con turquesas, abalorios y otros ornamentos personales, espejos y paletas cosméticas, construyeron canchas de pelota parecidas a las de Mesoamérica y desarrollaron un sistema social con distintos grupos de guerreros entrenados, capaces de repeler las amenazas de los agresivos ataques de los athapascos.

LA CULTURA MOGOLLON

Ocupando un área que se extendía por el este hasta el valle del Río Grande en Nuevo México y por el noroeste hasta la parte occidental de la Arizona central, donde los orígenes del río Verde marcan el límite occidental de la cordillera Mogollon, se asentaba una cultura con distinto estilo de vida: la cultura mogollon. Estaba formada por habitantes migrantes del desierto, que rápidamente tomaron elementos culturales de otros pueblos con los que tuvieron contactos hacia el este, el oeste y el norte. Esta cultura ocupó los aproximadamente diez mil años de evolución y expansión humanas que transcurrieron desde los orígenes del hombre cochise hasta el clásico periodo de los hohokam de la ribera, quienes consiguieron dominar al desierto de Sonora tras

la introducción del maíz, las alubias, la calabaza y la cerámica, varios siglos antes de la aparición de la era cristiana. La cultura del desierto fue seguida en el tiempo por la mogollon, con bandas migratorias procedentes de culturas con ambos estilos de vida. Posteriormente fueron desplazándose paulatinamente hacia la meseta del Colorado para desarrollar allí la cultura anasazi.

La mayor contribución al progreso del hombre aportada por los mogollon fue su arquitectura del desierto. Mejoraron ampliamente las simples y temporales casas circulares subterráneas del hombre cochise y de los hohokam del desierto, construyendo conjuntos de viviendas adosadas de naturaleza más permanente. Empezaban por horadar huecos de varios pies de profundidad, apilando lodo alrededor de las paredes y reforzándolas con pesadas vigas de madera en lugar de débiles arbustos. Una fuerte viga central sostenía el tejado cónico. Se añadían agujeros para hacer fuego y posteriormente despensas y oquedades donde podían ser almacenadas las reservas de alimento en vasijas y cestas, lo que evitaba a los mogollon el tener que buscar comida durante los meses de invierno; ese tiempo podía ser dedicado a mejorar sus habilidades en el arte de curtir las pieles, la cestería y la cerámica. También les proporcionaba más tiempo para sus ritos religiosos.

Profundizando y agrandando algunos de los habitáculos subterráneos con propósitos ceremoniales, los mogollon crearon las primeras *kivas*, centros religiosos subterráneos, en el suroeste. El hombre había aprendido a sobrevivir almacenando la cosecha sobrante y se había concedido las adecuadas facilidades para la expresión de su fe religiosa y sus aspiraciones. Fue un gran paso para la humanidad en el suroeste, mientras en el norte una nueva cultura se estaba desarrollando en la región rocosa de la meseta del Colorado. Los bienes materiales de los mogollon eran en su mayoría burdas herramientas de hueso, puntas de flecha, muelas para moler cereal, bloques delgados de piedra para cultivar los terrenos, pequeños cuencos de piedra para pulverizar pigmentos y artículos semejantes. Su creación más sobresaliente fue la cañería de piedra tubular y después del 700 a.C., las ropas de algodón.

LA CULTURA ANASAZI

La meseta del Colorado mantuvo a la dinámica cultura anasazi, entre el 5000 a.C y el 1400. Los navajos denominaban con este nom-

bre (que significa «Los Antiguos») a los primeros tejedores de cestas y a los pueblo que habitaban en la enorme provincia rocosa que se extiende a lo largo de la Arizona septentrional.

Su epicentro cultural se localizaba cerca de un área denominada «Four Corners», el único lugar en Estados Unidos donde cuatro fronteras de estados (Utah, Colorado, Nuevo México y Arizona) se unen en un solo punto. El corazón del territorio anasazi se encontraba más concretamente en la cuenca donde drena el río San Juan, ligeramente al este de Four Corners. En la actualidad se conservan dos concentraciones de sorprendente tamaño y sofisticación. Una está en Pueblo Bonito, que comienza en el área del cañón Chaco en el noroeste de Nuevo México y continua a través de las viviendas de las colinas de Mesa Verde en el Colorado suroriental. El segundo, en Arizona, tiene menos construcciones majestuosas, las concentraciones de población se localizan en las áreas del cañón de Chelly y en el área comprendida por el cañón Tsegi Cañón y Kayentam, donde se encuentran la dramática casa de la inscripción y los yacimientos de Keet Seel y Betatakin. La primera fase de la tradición anasazi ha sido descrita por los antropólogos como «cestería», en tributo a la excelente variedad de artículos de cestería y chapeado creados por estas gentes, que carecían de la cerámica habitual en otros pueblos de la misma época y entorno.

Alrededor del 600 a.C., apareció la ropa de algodón en la zona y los anasazi comenzaron a abandonar las cuevas en las que al principio habían encontrado refugio. Construyeron toscas casas subterráneas ligeramente huecas, a menudo techadas con una combinación de leños y morteros de barro, fácilmente reconocibles como una fase introductoria de las viviendas de tronco y barro de los navajos, quienes con el tiempo sucedieron a los anasazi como principales residentes de la meseta del Colorado. Estos primeros cesteros comenzaron a construir sus residencias en lugares más cercanos a los campos de maíz y posteriormente, a los de alubias, calabaza y quizás algodón, plantados en los profundos valles fluviales creados por la eterna erosión de la suave arenisca de la meseta. Con el tiempo, estas construcciones fueron profundizadas y alineadas con métodos de albañilería, convirtiéndose en receptáculos destinados a los asuntos de la comunidad y progresivamente dedicados a ceremonias religiosas, al estilo de las que estaban desarrollando los mogollon. Estas fueron las primeras *kivas* de los pueblos, las primeras comunidades urbanas creadas como conjuntos de hogares

anasazis que daban lugar a extensos sistemas de apartamentos que, en algunos casos, podían cubrir varios acres de tierra, dando cobijo a cientos de personas. Con este interesante y creativo estilo de vida, los anasazis entraron en el segundo aspecto de su rica tradición. Su cultura, que data del 800 de nuestra era, aproximadamente, ha sido calificada como base de la tradición de los pueblo (como estructura urbana).

Dando muestra de grandes habilidades como albañiles, los anasazi añadían habitaciones contiguas a las viviendas y *kivas* hasta que sus apartamentos multiusos y los componentes de sus plazas llegaban a formar pequeñas ciudades. Además de los logros arquitectónicos, también eran alfareros creando objetos de gran utilidad y valor decorativo. Los anasazi se distribuían en una vasta zona al este de la meseta del Colorado ocupando la mayor parte de la zona central y alta del valle del Río Grande y hacia el sur, ya en Arizona, sobre el decadente mundo mogollon. Las ramas de los anasazi que se asentaron lo largo de río Pequeño Colorado y se mezclaron con los mogollon, los hohokam y las culturas pueblo, han sido identificadas como las culturas sinagua y salado. Éstas se trasladaron al desierto de Sonora donde fueron absorbidas o se difuminaron entre la posterior cultura de los hohokam de la ribera.

Las causas exactas de la decadencia anasazi son inciertas. Sequías, epidemias internas y pérdida de vitalidad debida a una superioridad cultural que les condujo al acomodo y, posteriormente, al abandono de la producción, son algunas de las causas apuntadas como origen de este declive. La dinámica y vibrante cultura anasazi floreció durante varios siglos dejando que sus elaborados restos monumentales trasciendan más allá del finito lapso de la vida humana. Antes incluso que las severas sequías barrieran el suroeste en el último cuarto del siglo XIII, algunas de las zonas anasazi ya habían sido abandonadas o despobladas. La falta de lluvia suele ser la causa dada al declive de las tres culturas de Arizona durante esa era. Otro factor principal que contribuye a la dislocación y difusión de los modelos culturales de los mogollon y los anasazi, fue el gradual impacto de una vasta migración de cazadores recién llegados del norte y el este que, más que destruir, amenazaban a los aldeanos sedentarios y a sus campos. Algunos antropólogos creen que los primeros intrusos fueron los shoshones, procedentes de más allá del norte en las montañas Rocosas. Mientras los recién llegados avanzaban, muchos anasazis y mogollon se alejaban; aldeas y pue-

blos enteros migrando hacia el este para reasentarse en el valle del Río Grande. Otros encontraron montañas y mesetas fácilmente defendibles, atrincherándose y dando lugar a las perdurables comunidades pueblo en Acoma, Laguna, Zuñi y Hopi; enclaves de anasazis aislados que llegaron a ser con el tiempo la moderna cultura pueblo con grandes virtudes e incomparables dotes artísticas, calificados a menudo como el compendio de todos los éxitos de los pueblos nativos americanos.

LOS RECIÉN LLEGADOS

No es seguro que los shoshones (también llamados ute-aztecas) comenzaran la devastadora invasión. En cualquier caso la ocupación de Arizona en el norte del Gila y el este de su unión con el Salt, debió completarse en el siglo xvi por las bandas de cazadores athapascos que habían llegado a América del Norte muchos cientos de años después de las primeras inmigraciones del hombre a través del puente de Bering, al final de la glaciación. Los descubrimientos arqueológicos a lo largo de las islas Aleutianas sugieren que esta gran migración desde Asia pudo ser llevada a cabo por isleños que cruzaron de un salto el estrecho y que al alcanzar el continente norteamericano, se movieron hacia el sur hasta el valle athapasco de las Rocosas canadienses antes de migrar en hordas hasta la parte alta de las Grandes Praderas. Finalmente debieron migrar en dirección sur hasta la región del búfalo, al este de las Rocosas hasta que la invencible resistencia de otros pueblos migradores, posiblemente los comanches de la parte alta de las praderas de la moderna Texas, les hizo dar la vuelta hacia el oeste a lo largo de la espina dorsal del continente.

Estos recién llegados, que barrieron a los restantes anasazi y mogollon y a sus subculturas de Sinagua y Salado, llegaron con el tiempo a convertirse en los apaches y los navajos. La lengua athapasca hablada por gente muy lejana en el norte, en la Columbia Británica, es muy cercana a la de estos dos grupos interrelacionados del suroeste, sólo diferenciándose en ligeras desviaciones dialécticas; esto denota una raíz común no sólo en el lenguaje sino también en la cultura.

La cultura mogollon perdió su separada identidad, dando lugar a intrusiones y desapareciendo finalmente por completo, dos siglos antes

de la llegada de los españoles. En el norte la cultura cesterá de los anasazi había ido creciendo gradualmente hasta alcanzar su monumental periodo pueblo, cuyas perdurables cualidades y estilo arquitectónico aún sobreviven en muchos lugares. Mientras, en el sur y en el oeste los hohokam de la ribera estaban pasando por el más alto nivel de progreso prehistórico en Arizona aunque aún no habían aprendido a fabricar herramientas de metal. Sin embargo, bandas relativamente avanzadas de México manufacturaban y comerciaban, dentro de Arizona, con pequeñas campanas de cobre. La presencia de estas campanas de cobre hacen pensar que los depósitos de cobre de Arizona eran explotados, ya, en tiempos precolombinos. Los nativos hicieron excavaciones en busca de turquesas y sulfatos, pero sólo con el propósito de ornamento y cosmética, no con el de fundido y uso de metales. Los únicos animales domésticos criados por los nativos americanos en Arizona eran los perros y los pavos, ambos usados como alimentos. La rueda era desconocida. El arco y la flecha era su más avanzado armamento; no existía metal alguno para facilitarles la lucha por la existencia.

El centro de la población de Arizona, hoy en día, se localiza en el valle del río Salt, el mismo lugar que constituyó el centro poblacional de los tiempos prehistóricos anterior a la llegada de los athapascos y de los europeos. Esto no es mera casualidad, allí, cerca de la confluencia de los ríos Salt, Gila y Verde, un terreno fértil y el seguro suministro de agua se unifican bajo el sol, fuente de la vida.

Cuando las bandas salado se trasladaron en dirección sur desde la región anasazi, trajeron consigo diseños de cerámica sofisticados y habilidades arquitectónicas que se tradujeron en construcciones como la Casa Grande y Pueblo Grande. Los hohokam absorbieron a estos recién llegados sin mayores conflictos. Los hohokam, evidentemente, continuaron con su costumbre de cremación en sus rituales mortuorios, mientras los recién llegados practicaban la inhumación; esto induce a veces cierta confusión a los arqueólogos de hoy en día, que encuentran al material de los salado y hohokam entremezclado. Su mayor centro urbano era Los Muertos, que se extendía varias millas al sur y sureste de la moderna ciudad de Tempe; ahora, sin embargo, ha desaparecido totalmente bajo las viviendas de suburbio. Como en Los Muertos, muchas de las primeras granjas y de las más antiguas zonas residenciales de Phoenix, fueron construidas sobre las ruinas de los co-

respondientes sistemas de canalización de agua y zonas residenciales de los hohokam. La Casa Grande, la más impresionante de las construcciones hohokam-salado, se erige en el parte sur del Gila, a unas veinticinco millas al este de Snaketown. Pueblo Grande, una estructura de casas sólo eclipsada en tamaño y magnificencia por Casa Grande, hace guardia sobre un complejo hohokam que incluye el parque de las Cuatro Aguas, una de las varias secciones de canal que aún quedan visibles, construidas por los hohokam con sus azadas de piedra y sus cestas de transporte.

Este gran centro agrícola prosperó durante cientos de años, pero fue abandonado a finales del siglo XIII, posiblemente como resultado de una devastadora sequía que barrió todo el suroeste. Los antiguos hohokam partieron. Los arqueólogos creen que simplemente se alejaron de la zona de drenaje del río Salt para trasladarse al valle del río Gila, preservando sus habilidades en el contexto de los amistosos indios pima que vivían allí cuando llegaron los primeros europeos, los cuales quedaron maravillados ante el progreso que aquéllos habían alcanzado. En la época de llegada de los primeros españoles, hacia la mitad del siglo XVI y principios del siglo XVII, los indios locales, sin embargo, parecían no saber nada de las gentes que habían construido esas grandes estructuras, como la Casa Grande y las sorprendentes viviendas de los acantilados.

LOS INDIOS DEL PERIODO HISPÁNICO

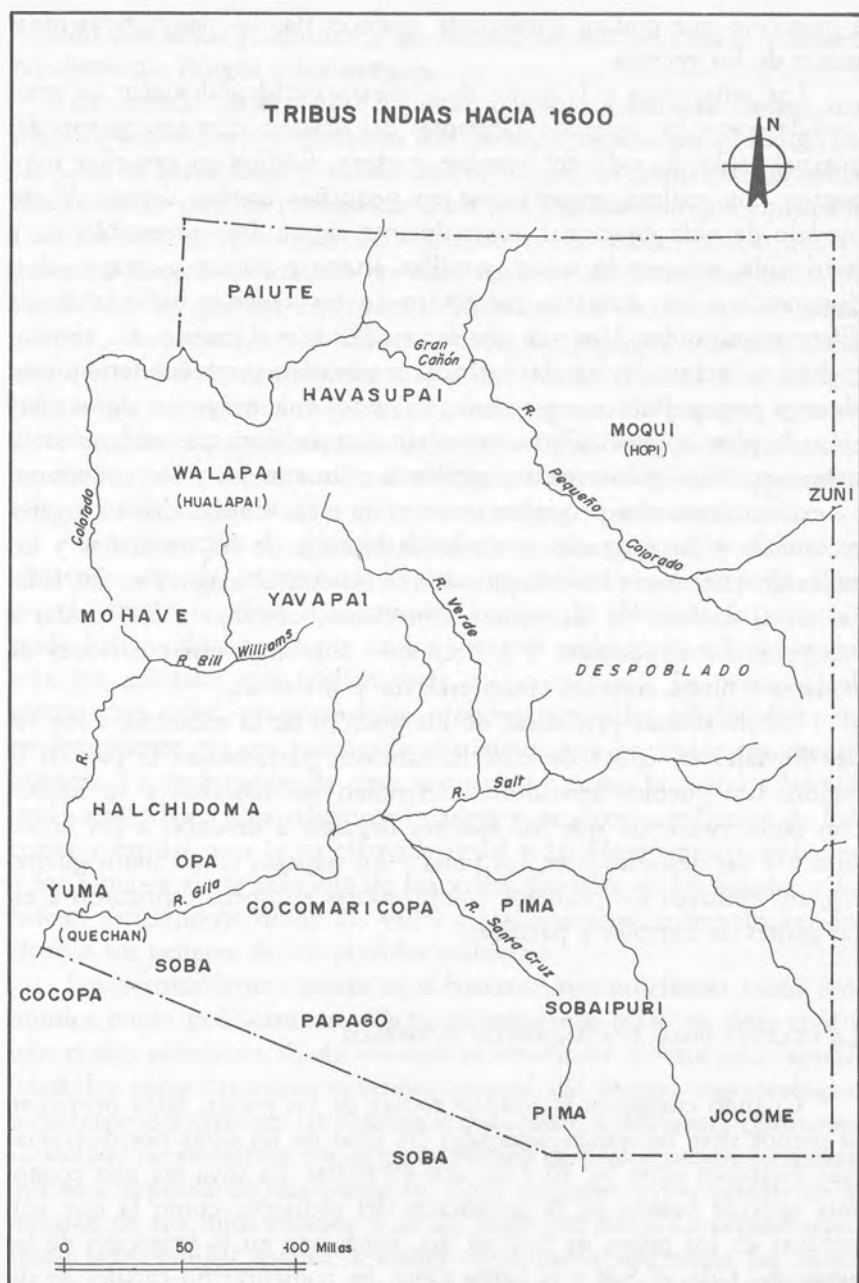
Mientras los arqueólogos no logran ponerse de acuerdo sobre el momento en que llegaron las hordas de athapascos (las estimaciones oscilan entre el siglo X y el XVI), el catastrófico impacto de su toma de posesión es incuestionable. Los athapascos se dividieron en numerosas bandas familiares pequeñas, llamadas navajo y apache, que se distribuyeron desde Four Corners hasta México, dominando la mitad este de Arizona. Lo único que tenían en común era el lenguaje y su modelo cultural, nómada e invasor, con escaso dominio de las actividades artísticas y avezadas habilidades en materias militares. Hacia el siglo XVI, forzaron a los grupos más antiguos hacia modelos de asentamiento que fueron poco modificados durante los siglos siguientes. Las gentes que generalmente han sido consideradas como descendientes de los hoho-

kams, de los pacíficos papagos y los pimas, ocuparon el desierto Inferior y los valles fluviales. Los hohokams del desierto se cree que dieron lugar a los papagos, mientras los hohokams de la ribera se conocen actualmente como pimas.

A lo largo del río Colorado hay tribus cuyos dialectos, derivados del uto-azteca, indican un origen anterior, por lo que se cree que abandonaron Mesoamérica antes que los hohokam. Se trata de los cocopahs, que viven cerca de la desembocadura del río Colorado, los quechas o yumas cerca de la confluencia del Gila y el Colorado, y los chemehuevis y mohaves, compartiendo la porción central de la parte occidental de las estribaciones del río. Hacia el este estaban los cocomaricopas y, más al norte, cerca del gran recodo por el que el Colorado emerge del Gran Cañón y vira hacia el sur, había bandas dispersas de havasupai y pobres paiutes, parientes cercanos de los habitantes de la gran cuenca. Los estilos de vida de estas gentes no han variado mucho desde la pobre economía del hombre cochise y los primeros modelos de habitantes del desierto a partir de los cuales se desarrollaron culturas más avanzadas como la mogollon y la hohokam.

La vida era bastante simple para estas personas, basada fundamentalmente en la recolección, con una agricultura rudimentaria en las vegas de los ríos. En el centro del vasto desierto de Arizona y extendiéndose hacia el río Colorado estaban los yavapai y walapai (hualapai), que también vivían de la combinación de modelos de caza y recolección que no han cambiado virtualmente a lo largo de los siglos. Ligeramente hacia el sureste estaban los mohave.

La agricultura, apoyada por la recolección y por la poca caza disponible en una tierra árida, era el sostén principal de la supervivencia humana. A lo largo de los valles fluviales meridionales la agricultura progresaba con meritorias técnicas de ingeniería. Las presas hechas con maleza, los canales y los útiles diseños de irrigación producían abundantes cosechas de maíz, calabaza, alubias y algodón. A lo largo del río Colorado, en difuminadas parcelas de tierra a lo largo de numerosas áreas, los nativos simplemente hundían las semillas en terrenos húmedos o anegados (dependiendo del agua absorbida por la tierra tras las lluvias de primavera) para hacer madurar a sus plantas. Sin embargo las variaciones en el flujo del río hacían que esos sistemas de cosecha fuesen impredecibles y que frecuentemente diesen lugar a privaciones



e inanición que podían igualmente aparecer tras las destructivas invasiones de los vecinos.

Los athapascos y la gente del desierto occidental vivían en gran medida como los antiguos habitantes del desierto que emergieron del original estilo de vida del hombre cochise. Edificaban casuchas temporales con maleza, moviéndose en pequeñas bandas dentro de un modelo de vida estacional, normalmente en un área preestablecida y restringida, recogiendo raíces, semillas, frutos y nueces y atrapando o disparando a los animales que vivían en los variados hábitats de las diferentes altitudes. Una vez que fue establecido el maíz como alimento básico, incluso las bandas erráticas sembrarían pequeños terrenos en algunos puntos fértiles, regresando, tras unos cuantos meses de recolección de plantas salvajes, para cosechar el maíz si es que aún no se lo habían comido los ciervos, los antílopes o los conejos y otros roedores. La existencia de esos pequeños terrenos de maíz emplazados en lugares recónditos y las migraciones de los habitantes de las montañas y los valles fluviales hacia los bosques donde florecía el maguey en las laderas en el interior de las zonas montañosas, condujo a las bandas a competir por el alimento y a frecuentes conflictos por cuestiones de mujeres y niños, tratados como esclavos y sirvientes.

Las invasiones periódicas de los pueblos de la montaña a los valles fluviales en época de cosecha también perturbaban la paz en la región. Los pueblos agricultores defendían sus cosechas y su hábitat con tanta virulencia que los apaches llegaron a describir a los hohokam y a sus descendientes, los pima y los papago, como fieros guerreros, sin embargo los primeros colonizadores europeos calificaron a estas gentes de amables y pacíficas.

LA CULTURA PIMA: DESCENDIENTES MODERNOS

Cuando comienza la historia escrita de los pimas, éstos ocupaban al menos siete haciendas separadas las unas de las otras por distancias que oscilaban entre las 10 y las casi 40 millas. La suya era una economía agrícola basada en la utilización del rodrigón, como la que aún perdura en los pimas de hoy en día, confiaban en la irrigación de las aguas del Gila, el Salt y el Santa Cruz. Se construyeron canales de di-

versión con leños y arbustos y un extenso sistema de canales y afluentes distribuía el agua a los campos.

Estos pacíficos agricultores pimas, que vivían en casas hechas con palos entrelazados y emplastadas con barro, se agrupaban a lo largo del río Gila, el Santa Cruz y el San Pedro, fueron los primeros que tomaron contacto con los jesuitas enviados por España. Aunque amistosos, eran los más agresivos, sin duda debido a que habían tenido que repeler los numerosos ataques apaches. Al oeste de estos pueblos se encontraban los que los españoles calificaron con el nombre de pimas gilenos. Al suroeste, en el desierto, vivían los papagos, parientes cercanos que vivían de una manera más primitiva, debido a la falta de agua para irrigar su región. Los pimas comerciaron con los papagos, quienes estaban al sur de aquéllos, por algunas comodidades que escaseaban en su región, como el mezcal y el chiltipiquines, una pequeña pimienta salvaje usada en el suroeste mayormente como condimento.

La recolección de plantas salvajes era una importante fuente de alimento extra de emergencia. La caza era de menor importancia, siendo el venado la pieza más común, aunque la cabra de la montaña pudo haber sido importante en los tiempos prehistóricos. Los conejos eran los animales que podían verse más a menudo. La pesca, usualmente con redes, proporcionaba proteínas animales adicionales pero evidentemente no era practicada corrientemente en todos los asentamientos. La explotación de estos recursos, así como la guerra y las materias asociadas a ritos religiosos (madera para arcos y polluelos de halcones y águilas para la parafernalia ritual y las observancias), inducían a los pimas a viajar más allá de los valles fluviales en las bajadas y las laderas dirigiéndose desde los valles a las montañas, enfrentándose incluso a los peligros de los posibles asaltantes.

Los asentamientos pimas eran bastante autosuficientes tanto económica como políticamente. Cada asentamiento tenía un líder civil y uno o más chamanes. Cada chamán se acreditaba en una sola especialidad, las consultas sobre curación, control del tiempo meteorológico o fomento del éxito en las batallas se realizaban a diferentes chamanes. La unidad de estructura social era la familia de prolongación patriarcal, que se componía de una pareja (o algún miembro superviviente de la misma), de sus hijos casados y de las hijas por casar. La organización social suprafamiliar incluía a clanes organizados formando los denominados «moieties», pero su función se fue oscureciendo u olvidando

o quizás fue ocultada por los investigadores cuando comenzaron a plantearse las preguntas sobre su existencia. Dado que la descendencia del clan era a través de la línea masculina, los hijos de padres que no pertenecían a los pimas, no la adquirían; por tanto este tipo de organización social tenía, al menos, una función legitimadora. Una forma de parentesco ritual semejante al compadrazgo, unía asimismo a los individuos en grupos más amplios que la familia, pero no hay evidencia de jerarquía por edad o ritos de inscripción salvo posiblemente una ceremonia en la pubertad. Una pareja recién casada simplemente moraba junta, el divorcio y los segundos matrimonios eran igualmente informales. Idealmente los padres debían encargarse de casar a sus hijos pero en la práctica había una gran libertad de elección. La consanguinidad se computaba hasta la quinta generación, dando lugar a un conjunto de normas de incesto.

En suma, al comienzo del registro de su historia, los pimas vivían en una sociedad laxa, con una economía estable comparada con la de los cazadores y recolectores que los rodeaban y capaz de proporcionarles excedentes alimenticios. Tenían buenas relaciones con los papagos hacia el sur, pero debido a que se aliaron con los pueblos yumas comaricopas, que vivían en las proximidades de los ríos Gila y Salt, los pimas llegaron a reñir con otros yumas, concretamente los quechas del río Colorado y los yavapais. Los excedentes pimas también llamaban la atención de los apaches, al este, añadiendo otra presión a la vida pima, sin embargo aún no se habían desarrollado las posteriores tensiones entre las comunidades pima.

OTROS GRUPOS

Otros grupos de nativos americanos encontrados por los primeros españoles ocupaban un área cercana al pintoresco cañón Chelly. En tiempos históricos, al menos, los constructores de las ciudades de esta parte de Arizona eran en su mayoría hopis, pertenecientes al grupo lingüístico de los shoshones (ute-azteca) de los indios norteamericanos. Aparentemente también ellos fueron víctimas de alguna gran sequía o algún otro desastre. Por tanto, al igual que otras tribus del suroeste del Colorado y el norte de México, se retiraron de las grandes ciudades a las áridas praderas para levantar sus construcciones en las mesetas y

otras tierras altas, donde los arroyos les proporcionaban agua para sus cosechas. En ciertos casos estas gentes debieron destruir sus antiguas posesiones, cortando los árboles de alrededor y reduciendo la humedad de la tierra, permitiendo con ello la erosión. La tribus hostiles debieron haber forzado su retirada hacia parajes más retirados y defendibles. Oraibi, el Castillo de Moctezuma y otras ciudades de la meseta o del acantilado indican la lucha de los indios agricultores por sobrevivir a pesar de sus enemigos climáticos y humanos.

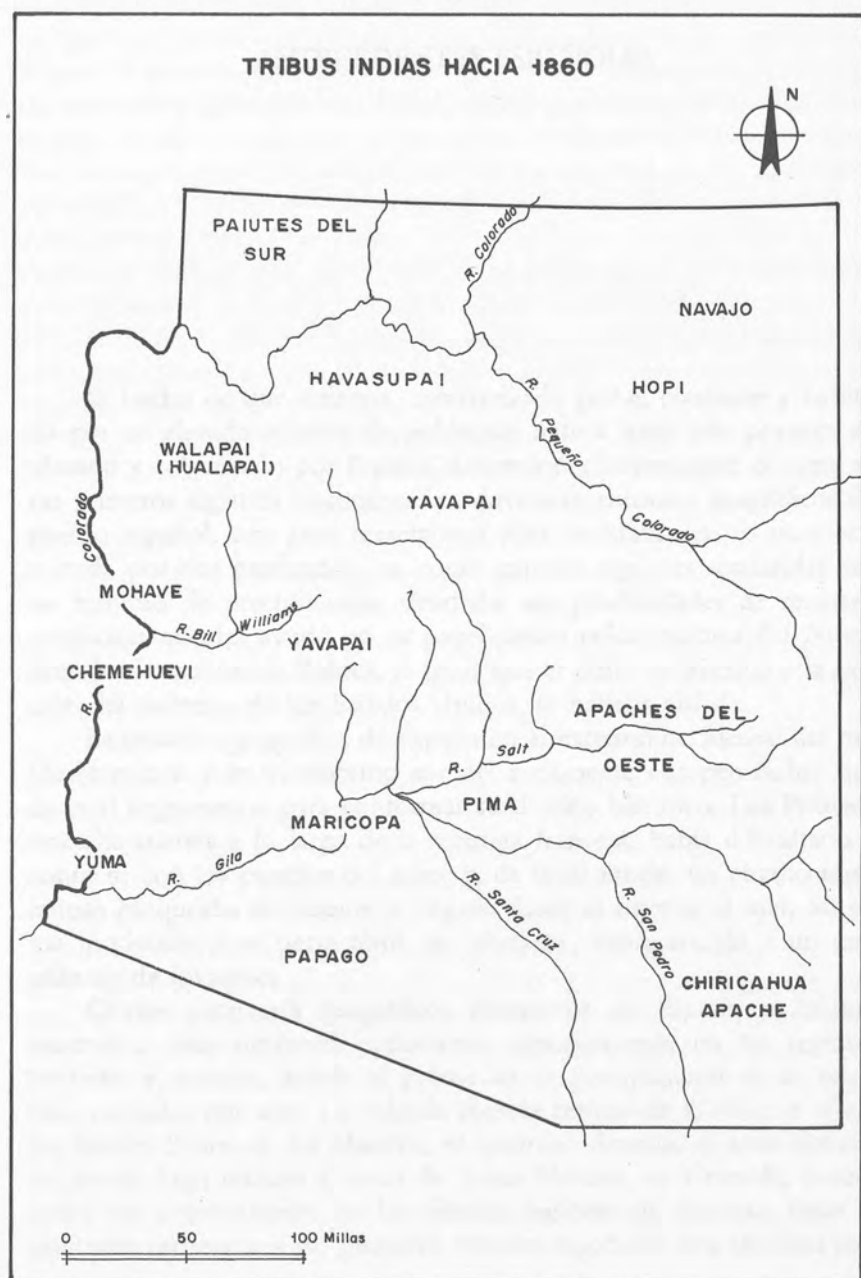
Hacia el oeste de las tribus pima estaban los cocomarcopas, los cuales hablaban un dialecto yuma y, en la desembocadura del Gila, a lo largo del Colorado, se encontraban los yumas propiamente dichos. Algo más al norte estaban los mojaves, también con alguna porción yuma y arriba, en el Colorado, no lejos del Gran Cañón, se asentaban los yumas hualpais, otras pequeñas tribus yumas como los havasupais, los chemehuevis y los tavapais, todos viviendo a lo largo de la parte superior del río Colorado o sus zonas de influencia.

Los navajos y los apaches, ambas tribus que hablaban el lenguaje athapasco, recorrían toda la esquina noreste y sureste ocupando un tercio del estado respectivamente. Aparte del dialecto similar, las gentes de ambas tribus tenían una apariencia semejante, lo cual indica que en realidad son un único pueblo. Cómo y por qué se separaron es una cuestión aún sin resolver, pero una palabra navajo, «apachu» (que significa enemigo o ladrón), esconde que la separación no fue en absoluto amistosa. Los navajos llevan ocupando la misma posición geográfica desde ese momento, el noreste de Arizona el noroeste de Nuevo México. Los primeros comerciantes europeos sabían que se trataba de ladrones inteligentes, pero también les conocían como hábiles, audaces y acérrimos comerciantes. De hecho, algunos antropólogos creen que los adquisitivos navajos se separaron de sus primos apaches debido principalmente a que los primeros comenzaron a preferir la ventaja de conservar permanentemente sus propiedades, al contrario de lo que pensaban sus primos apaches.

Cuando el hombre blanco se encontró por primera vez a los apaches, éstos estaban ocupados intentando echar a los más sedentarios sobaipuris, que hablaban un dialecto pima, más allá de la parte sureste de Arizona. Siendo nómadas, vivían en su mayor parte de la caza, complementando su dieta con alubias, mezquite, bellota, pitaya y semillas de hierbas de varias clases, si bien rara vez se molestaban en

cultivar cualquiera de estos tipos de vegetales para obtener una fuente permanente de alimento. Había un cierto número de tribus apaches, que no se diferenciaban tanto por el dialecto o la apariencia como por su localización geográfica. Cinco de ellas erraban por Arizona y cubrían un radio de acción al oeste, que se extendía casi hasta la parte central de Texas. Los chirichuas ocupaban el rincón sureste del estado y el suroeste de Nuevo México, Sonora y Chihuahua. Los grupos tonto, coyote, san carlos y cibecue se localizaban principalmente en la montañas, más al norte. Al igual que otros apaches, los de Arizona vivían en pequeñas comunidades. A pesar de su aparente falta de organización, continuaban siendo los indios más temidos del Estado debido a sus constantes ataques a las viviendas de valles donde habitaban los pimas y otras tribus pacíficas. A comienzos del siglo xvi, la zona entre el río Colorado y el Gila se encontraba deshabitada, recibiendo por tanto el nombre de «El Despoblado». Hacia 1775, sin embargo, se convirtió en baluarte de los apaches occidentales que seguían atacando los asentamientos de los valles de los ríos Gila y San Pedro.

Cuando los españoles descubrieron la existencia de los nativos de Arizona, éstos empleaban arcos y flechas (a menudo envenenadas), lanzas, mazas y escudos. Utilizaban entre ellos una especie de lenguaje de signos universal. Si bien en algunos grupos se usaba una simple comunicación pictográfica, jamás pasaron de la decoración simbólica de vasijas y cestas. Las familias de cualquier tribu se dividían en clanes, normalmente con nombres de animales. El cabeza del clan más vigoroso se encargaba de dirigir a los guerreros en los conflictos. Excepto en algunos grupos donde se observaba una cierta tendencia hacia el matriarcado, las mujeres sólo cumplían el papel de cuidadoras de niños, encargadas del alimento y sirvientes de los hombres. La religión de estas gentes giraba en torno de los espíritus que vivían en los árboles, el viento, el agua... Tenían tan sólo una vaga noción de sus orígenes, normalmente decían proceder del norte o de debajo de la tierra. no tenían ni la más remota idea del mundo exterior del que llegarían, finalmente, los españoles.



II

ANTECEDENTES ESPAÑOLES

El hecho de que Arizona, caracterizado por el contraste y habitado por un elevado número de población nativa, haya sido primero explorado y colonizado por España, determinó efectivamente el curso de sus primeros registros históricos. Los diferentes entornos geográficos del pueblo español, una gran meseta con altas montañas en su interior y cortada por ríos profundos, así como grandes regiones semiáridas con un mínimo de precipitación, desafiaba sus posibilidades de recursos, condición que les ayudó en su papel como colonizadores del Nuevo Mundo. La península Ibérica, al igual que el norte de México y la porción del sudoeste de los Estados Unidos, se hallaba aislada.

La posición geográfica de España en el extremo occidental del mar Mediterráneo y en el extremo sur del continente europeo había sido de vital importancia para conformar su destino histórico. Los Pirineos, una alta barrera a lo largo de la frontera francesa, había dificultado el contacto con los pueblos del norte y, de igual modo, un círculo montañoso bloqueaba fácilmente la llegada desde el interior al mar. Su clima moderado y su tierra fértil, no obstante, había atraído a un gran número de invasores.

Ciertos caracteres geográficos distintivos de España y Arizona mostraban una similitud impactante, especialmente en las regiones centrales y sureñas, donde el promedio de precipitación es de seis a diez pulgadas por año. La soleada meseta central de Castilla la Vieja, los fértiles llanos de La Mancha, el caluroso Aragón, el seco desierto en donde llega incluso a nevar de Sierra Nevada, en Granada, poseen todos sus contrapartidas en las diversas regiones de Arizona. Estas similitudes otorgaron a los primeros colonos españoles una afinidad para

con Arizona y la confianza necesaria para introducir la agricultura y la ganadería.

LA ERA DEL DESCUBRIMIENTO

En la época del descubrimiento español de América, España se hallaba preparada para acontecimientos de proporciones épicas. El año 1492 marcó un viraje crucial en la historia de los españoles. El 2 de enero de 1492, la última fortaleza mora de Granada cayó ante los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, dando por concluida la guerra contra los musulmanes. La victoria culminó siete siglos de esfuerzo para establecer la hegemonía cristiana en la península española. La herencia romana de España y la Reconquista había creado fervientes cruzados de orientación religiosa, dirigentes militares celosos y un número de valerosos aventureros y luchadores que querían alcanzar una mejor posición en su nivel de vida. Este mismo hecho había dado lugar también a una nación con vasta experiencia en la mezcla racial, aunque no religiosa.

Los musulmanes y cristianos vivieron juntos durante siete siglos, frecuentemente en paz y armonía, por lo que existió un considerable intercambio cultural entre los dos grupos peninsulares más importantes. Como resultado, una variedad de leyes, costumbres e instituciones que habían pasado a integrar la sociedad española fueron, a su vez, utilizadas para llevar a cabo la colonización de América. Las meticulosas reglas para la administración que España organizó para el Nuevo Mundo tenían raíces en la leyes romanas, visigodas y musulmanas, así como en los fueros de Castilla. La tolerancia e incluso la incitación al casamiento con los pueblos americanos nativos convertidos estaba de acuerdo con las costumbres de la península Ibérica. Las leyes españolas reflejaban el entusiasmo humanitario de una nación comprometida con la cruzada cristiana, una nación de gente preparada para llevar a cabo la conversión de un continente completo de habitantes paganos. La Reconquista también preparó a los españoles para fundar nuevos asentamientos —principalmente ciudades— en territorio previamente inhabitados.

Con la expulsión final de los moros, Isabel pudo desviar gran parte de las energías de Castilla hacia nuevos proyectos. La reina, en soli-

tario, patrocinó a Cristóbal Colón en su viaje inicial del descubrimiento. Esta expedición pobremente equipada, que soltó amarras del sur de España el 3 de agosto de 1492, fue unas de las aventuras más heroicas de la historia de Occidente. En esa empresa, un puñado de hombres empujados por sueños de riqueza futura navegaron sobre aguas extrañas para encontrar un nuevo canal de comercio y posiblemente, nuevas tierras. Los territorios que descubrieran se convertirían en parte de la corona de Castilla. Es posible que otros europeos hayan arribado a las costas de América antes que la expedición española, pero Colón proporcionó el primer enlace permanente entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Sin embargo, el significado trascendental de su descubrimiento escapó al famoso navegante, quien denominó a las nuevas tierras como las Indias porque pensó, había encontrado la India. Aún cuando los historiadores han escrito que Colón murió sin comprender la naturaleza de sus descubrimientos, hizo varias referencias en sus últimos escritos acerca de la posibilidad de haber estado en un lugar nuevo. Sus cuatro trascendentales viajes, ayudaron a aumentar la comprensión geográfica de la región del mar Caribe en gran medida.

España dio al Nuevo Mundo una curiosa combinación de civilización medieval e ideas renacentistas. La Reconquista había mantenido el espíritu de cruzada y la idea de una Iglesia universal, firmemente viva en España, junto con una fuerte creencia en elementos míticos del reino de la fábula y el romance popular durante la Edad Media. Parte de los conquistadores españoles fueron hombres del Renacimiento en su inclinación a la grandeza, la riqueza, y la fama; pero hubo una fuerte continuidad entre la dinámica medieval y los primeros pasos de la vida institucional y cultural de las colonias iberoamericanas.

Colón no fue tanto el primer explorador moderno como el último de los viajeros medievales grandes, inspirado más por las leyendas sobre la existencia de islas fabulosamente ricas fuera de la costa de Asia que por un deseo de colonizar nuevas tierras. Incluso mientras navegaba a través del mar Caribe y a lo largo del continente americano, pensó que se encontraba visitando islas retratadas en mapas medievales en el borde del Oriente, cerca de Catay. En su tercer viaje de 1502 tuvo la certeza de haber encontrado el Paraíso en la Tierra. Describió el delta del Orinoco en la costa venezolana como las bocas de los cuatro ríos del Génesis, que procedían del Árbol de la Vida. Su descripción de la fabulosa riqueza del Paraíso no hizo nada para atenuar la

certeza de los exploradores posteriores, de que en alguna parte de América se encontrarían todos los seres míticos, monstruos, grifos, y El Dorado, del mundo medieval. California estuvo rodeada por la leyenda de la reina Calafia y sus mujeres Amazonas. De hecho, una de las fuerzas más significativas que empujaron a los exploradores españoles al suroeste fue la idea que en alguna parte más allá de la frontera de Sonora había ciudades de oro que ocultaban maravillas e inexplorados misterios.

Los españoles del siglo XVI, inspirados por las leyendas de El Dorado y las novelas de caballería, buscaron en las esquinas más insospechadas del continente americano para encontrar las supuestas riquezas. Incluso los nativos, llamados erróneamente indios, se convirtieron en un importante misterio que confundió a la nación española. Las especulaciones iban desde la suposición de que descendían de las Diez Tribus Perdidas de Israel a la idea que, de algún modo, los pueblos nativos eran descendientes de la nación galesa. Los hechos tenían que ser sacados de la ficción antes de que la capacidad de los indios para la cristiandad y la civilización europea pudieran ser entendidas, y los teólogos españoles pudieran determinar qué clase de relación sería correcta establecer con ellos.

Asimismo, el español Alejandro Borgia, fue elegido papa en 1492. Este hecho proporcionó a Fernando e Isabel un fuerte aliado en Roma y, al mismo tiempo, estableció la naturaleza del control español en América. La bula papal de 1493, por medio de la cual el papa Alejandro VI dividió el Nuevo Mundo entre España y Portugal, dio el dominio sobre las Indias a la corona de Castilla e impuso la obligación de extender la cristiandad por la nueva tierra. Cada español, educado para sentirse individualmente responsable de la conversión de los nativos paganos, estaba obligado a indagar en la naturaleza básica del indio para determinar cómo podía ser mejor cristianizado y llevado a un modo de vida civilizado. Los conquistadores preguntaban si la conversión debería llevarse a cabo mediante una persuasión pacífica o si la guerra era un justo medio para obligar a los indios a servir a Dios y al rey. Lamentablemente, algunos de los aventureros del Nuevo Mundo no se preocupaban acerca de la incapacidad de los nativos para entender lo que se requería para rendir obediencia a la Iglesia y al rey. Con frecuencia, se libraban guerras contra los indios que eran totalmente ignorantes acerca de lo que se esperaba de ellos. El rechazo a la obediencia

cia frecuentemente daba lugar a que fuesen capturados y convertidos en esclavos.

Los sacerdotes, que intentaban atemperar las crueldades de los conquistadores, se preguntaban de qué modo los nativos podían ser cambiados desde lo que ellos eran a lo que ordenaba el dogma cristiano. Entre los documentos de la conquista existen opiniones sobre todas estas preguntas junto con numerosas propuestas hechas por los misioneros y los diversos funcionarios para la protección y el bienestar de los indios americanos. En comparación con otras naciones europeas colonizadoras, únicamente los españoles, legalistas y fervientemente católicos, se hacían estas preguntas con una preocupación genuina. El patrón fue establecido por la reina Isabel que, hasta el día de su muerte, consideró el bienestar de los nativos americanos como la mayor responsabilidad de España en el Nuevo Mundo.

Otro evento histórico del año 1492 fue la publicación de la *Gramática*, del castellano Antonio de Nebrija, la primera gramática escrita de un lenguaje europeo moderno. Este libro marcó la clara supremacía de Castilla y su lenguaje, no sólo en la península Ibérica, sino que aseguró su posición dominante en América. Tan pronto como se fundaron las escuelas para los nativos, se enseñó el lenguaje de Castilla. Cuando se descubrió que el número infinito de dialectos indios hacía imposible la enseñanza en su lenguaje nativo, los misioneros también introdujeron el castellano como medio de comunicación.

Así, al finalizar el siglo xv, España se alzaba en el pináculo de su destino, en una perfecta posición para sacar provecho del descubrimiento de un Nuevo Mundo. España fue capaz de llevar a cabo y convertirse, durante un tiempo, en factor decisivo en la historia de Occidente. Se encontraban presentes todos los elementos: la solidaridad política y religiosa lograda por el matrimonio de Fernando e Isabel, las energías del aparato militar y religiosas, liberadas por la expulsión final de los moros, el entusiasmo de la cruzada y la colonización alentado tanto por la Iglesia como por el Estado, el afortunado accidente de la fe de Isabel en Colón y el orgullo intenso, el coraje y el espíritu mismo del español. Estas circunstancias establecen el patrón de conquista del Nuevo Mundo, y de ellos resultará la clase de colonización que Arizona experimentaría en las primeras manos europeas.

En su aventura americana, España dio su lenguaje, su religión, sus leyes y sus costumbres a un número de naciones que, a través de los

tiempos, se ha ido desarrollando y prosperando. Cualquiera que sea su efecto posterior en el progreso mundial, el descubrimiento de España del continente americano provocó un irreversible y creciente impacto sobre la historia de la humanidad. Cambió el centro de gravedad del mundo conocido y volvió los ojos de la civilización desde las cruzadas del este hacia la conquista del oeste. Para los indios, sin embargo, fue una historia diferente. Sus vidas —para bien o para mal— se vieron cambiadas y su historia se convirtió en una historia de acomodación y supervivencia.

EL LEGADO DE COLÓN

Entre las grandes atracciones de Sevilla, antigua capital de Andalucía, se encuentran la gran catedral y su torre de la Giralda. Cerca de allí, y excitando quizás más al historiador, se halla el Archivo de Indias, en donde más de treinta mil documentos relacionados con el descubrimiento de América y los tres siglos de progreso de España en el Nuevo Mundo están archivados dentro de una impresionante edificación de piedra, originalmente la *Casa de Contratación* o Casa Colonial de Comercio, fundada en 1503. Se exhiben aquí documentos autógrafos de Américo Vespuccio, Hernán Cortés, Fernando Magallanes, Francisco Pizarro, y una carta de Miguel Cervantes pidiendo a la corona el permiso para emigrar a las Indias en 1590. Si esta solicitud no hubiera sido negada, Cervantes bien pudo dejar de escribir *Don Quijote*. El Archivo de Indias contiene un voluminoso registro de los planes, actividades, esperanzas y sueños de España por sus posesiones coloniales, encontrándose asimismo entre sus páginas las razones que existieron detrás de sus errores. Sin duda, dentro de estas paredes yace la historia de un imperio cuya influencia tiene no obstante que ser aún evaluada completamente.

La Biblioteca Columbina, al otro lado de la catedral, es una biblioteca especial, donde libros poseídos y anotados por Colón son exhibidos en urnas de cristal. Estos libros pueden examinarse —hay solamente unos diez—, junto con sus notas al margen, escritas en español legible, transmitiendo un curioso sentimiento acerca de la continuidad del mundo. Sus comentarios están casi todos relacionados con la riqueza, el oro, las joyas, piedras y metales preciosos. Casi cada vez que

aparece la palabra oro, está subrayada, y en su copia de los viajes de Marco Polo, palabras tales como perfumes, perlas, piedras preciosas, vestidos de oro, pimienta y marfil están así mismo marcados. Este hecho no es inusual, ya que el afamado almirante propuso su viaje en 1492 para encontrar un itinerario marítimo más corto para la India y, de ese modo, tener parte en las fabulosas riquezas del comercio de especias. Colón sabía que el mundo era redondo y que la India podía ser avistada navegando hacia el oeste, pero, al igual que muchos otros personajes de su tiempo, calculaba que la tierra era alrededor de un tercio más pequeña que su tamaño real. Colón no tenía ni idea, lo mismo —aparentemente— que cualquier otro en Europa, de la existencia del continente americano. Este error geográfico del siglo xv hizo que los asentamientos de la isla de La Española fuesen considerados próximos a la India y, de ahí, el nombre de Indias occidentales. Los habitantes nativos fueron llamados, lógicamente, indios. Los navegantes comprenderían muy pronto la gran distancia existente entre las costas occidentales del Atlántico y las islas de las especias del Oriente.

Después de dos intentos fallidos en *La Navidad* y *La Isabela*, Colón fundó Santo Domingo, el primer asentamiento permanente en el Nuevo Mundo y hoy capital de la República Dominicana, en la costa sur de La Española, en 1496. El descubrimiento de oro en las proximidades destinó este sitio a convertirse en el primer asentamiento importante y, más tarde, ciudad, bajo dominio español en América. Las minas se agotaron pronto, pero los colonizadores españoles construyeron nuevas ciudades, introduciendo el cultivo de la caña de azúcar, las frutas cítricas, el ganado, las ovejas y los caballos. Debido a su necesidad de mano de obra sometieron a los nativos a una extenuante explotación, tanto en las minas como en la agricultura; muchos de ellos murieron dentro de un corto periodo de tiempo. A partir de esta tragedia, apareció la reforma gubernamental, preocupada por el tratamiento a los indios, más la comprensión práctica de que si se seguía practicando una política tal, muy pronto no podría encontrarse allí más trabajadores. La Española se convirtió así en una tierra de pruebas para el sistema colonial español, diseñándose métodos más humanos que fueron empleados en todas las Indias. En el continente se convirtió en objetivo principal para evitar los errores cometidos en las islas de las Indias occidentales. La corona española estipuló una serie de reglamentos para llevar a cabo un sistema de gobierno y leyes bien regu-

ladas, al tiempo que aprobó detalladas leyes acerca de la ocupación de nuevas tierras, fundación de nuevas ciudades, la protección y conversión de los indios y el empleo de los nativos para trabajar.

EL ASENTAMIENTO EN EL CARIBE Y MAS ALLÁ DEL CARIBE

La isla de La Española se convirtió en una base para la posterior expansión en América. Entre 1508 y 1511, los españoles se establecieron en las islas de Jamaica, Cuba, y Puerto Rico; se enviaron expediciones a lo largo de las costas de Florida, México y el norte de América del Sur. El sueño de Colón para encontrar un itinerario hacia la India, perseguido aún apasionadamente, recibió un gran impulso cuando Vasco Núñez de Balboa cruzó el istmo de Panamá en 1513 para hallar el *Mar del Sur*, un gran océano sin cartografiar, que se esperaba apuntase hacia el sur. Este descubrimiento inspiró a otros exploradores españoles para buscar una nueva vía en el océano Atlántico, debido a que hubo algunos que navegaron alguna vez a través o alrededor de la gigante masa de tierra americana, pudieron finalmente dirigirse directamente hacia el Oriente.

Fernando Magallanes, portugués de nacimiento, navegó por primera vez el fiero y tempestuoso estrecho, en el extremo meridional de América del Sur en 1520, y experimentó aguas tan peligrosas que llamó pacíficas cuando entró en los mares que hoy llevan ese nombre. Su exitoso cruce hasta las Filipinas finalizaron en tragedia cuando murió en una batalla con los nativos, dejando a Juan Sebastián Elcano para guiar la culminación de la primera circunnavegación del mundo. El éxito de España incrementó la búsqueda de un itinerario aún más corto hacia el Oriente, rastreando la existencia de alguna vía de agua en América del Norte que salvara la larga jornada hacia el sur y las dificultades del estrecho descubierto por Magallanes. La primer travesía alrededor del cabo de Hornos no sería materializada hasta que los holandeses, buscando un itinerario más fácil hacia el Pacífico, en 1616, le diesen el nombre de su ciudad natal «Hoorn».

Los marineros españoles que buscaron un pasaje hacia el noroeste estaban inspirados por las leyendas medievales que afirmaban la existencia de grandes riquezas ocultas en áreas remotas del mundo. En su búsqueda para una ruta exclusivamente de agua para llegar directamen-

te a Catay, los capitanes especulaban sobre esas ricas ciudades y un puñado de maravillas situadas a lo largo de sus costas. Estos rumores provocaron a su vez especulaciones acerca de la ubicación de otras tierras legendarias. Entre los depósitos más populares de riquezas se hallaba las Siete Ciudades de Cibola, supuestamente fundadas por siete obispos con oro y tesoros tomados durante la Reconquista (se pensaba en un principio que estaban en el Atlántico); el Reino de La Gran Quivira, una tierra donde hasta los utensilios familiares eran de oro y la isla de California, un áspero dominio habitado por mujeres bellas cuyo único metal era el oro. Estos cuentos, junto con un temor de que Inglaterra o Rusia encontraran primero el evasivo pasaje noroeste o «estrecho de Anian» como era llamado, empujó a los exploradores españoles muy lejos, hacia el interior del continente de América del Norte, hacia el norte, a lo largo de la costa pacífica y, finalmente, a las costas de Alaska y Siberia.

HERNÁN CORTÉS

La conquista de México, más quizás que el importante descubrimiento de Balboa o el valiente viaje de Magallanes, es el primero en la cadena de eventos que llevó directamente a la exploración y al asentamiento de Arizona. Los informes acerca de la existencia de jugosas riquezas indias en el interior de la costa del golfo de México inspiró a Diego de Velázquez, gobernador de Cuba, a habilitar un número de barcos bajo las órdenes de Hernán Cortés, un hombre que pensaba era ambicioso y valiente, lo suficiente como para maniobrar con los poderosos indios aztecas de México central. Cortés, un hombre educado en la áspera región occidental de España, Extremadura, llevó una expedición que se enfrentó a peligros sin paralelo, pero que cosechó mayores premios que cualquier español había hasta entonces conocido. Su éxito, y el de su liderazgo, resultó de la combinación de una serie de elementos, como la suerte, la inteligencia y el coraje.

La historia de la conquista puede seguirse de las propias cartas de Cortés y a través de los ojos de Bernal Díaz del Castillo, un duro y viejo soldado español que acompañó a Cortés personalmente durante la aventura completa. Aunque Díaz escribe su *Historia Verdadera de la Conquista de México* casi un cuarto de siglo después, hizo gala de una

excelente memoria, reconstruyendo escenas con vívidos detalles. Describió a Cortés, que había servido en las Indias desde 1504, como un valiente, hombre bueno y justo, un hombre que poseía la magia del liderazgo y cuyo nombre inspiró a un puñado de aventureros a zambullirse con él en junglas desconocidas y someter totalmente a una antigua civilización.

Desafiando al gobernador de Cuba, Diego de Velázquez, quien volvió a llamar a Cortés en el último momento, la expedición abandonó la isla en febrero de 1519, con once barcos, seiscientos hombres, dieciocho caballos y diez pequeños cañones. Arribando a la costa mexicana, Cortés, entonces un rebelde, fundó *La Villa Rica de la Vera Cruz*, una ciudad cuyo nombre no dejaba dudas en cuanto al doble propósito de la conquista española y cuyo consejo municipal le eligió capitán general, artimaña utilizada para ganar la protección del rey.

Un naufrago español, Jerónimo de Aguilar, y una esclava azteca que vivía con los indios mayas en la costa de Yucatán, fueron los primeros en ayudar a Cortés en su conquista de México actuando como intérpretes. La muchacha, llamada doña Marina por los españoles, informó que el imperio azteca se encontraba dividido, y que sus pueblos sometidos, cuyos habitantes debían pagar grandes tributos, serían sus aliados en su marcha contra la capital insular del emperador Moctezuma en el lago Texcoco (emplazamiento del actual México, D.F.). Cuando los españoles miraron hacia abajo desde las altas montañas que rodeaba el valle de México, se asombraron de ver seis lagos y treinta ciudades blanqueadas brillando al sol. En una isla, dentro del lago mayor, se erigía Tenochtitlán, la más grande y más opulenta ciudad de los aztecas, sede de gobierno para una nación de alrededor de 300.000 habitantes. Esta capital con aire veneciano, unida mediante canales y conectada al continente por tres estrechas vías, parecía casi impenetrable para las tropas españolas. Cortés describió el mercado en una carta a Carlos V:

Esta gran ciudad de Temixtitan [Tenochtitlán] está fundada en esta laguna salada y desde la Tierra-Firme hasta el cuerpo de la dicha ciudad, por cualquiera parte que quisieren entrar a ella, hay dos leguas. Tiene cuatro entradas, todas de calzada hecha a mano, tan ancha como dos lanzas ginetas. Es tan grande la ciudad como Sevilla y Córdoba. Son las calles della, digo las principales, muy derechas, y algu-

nas destas y todas las demás son la mitad de tierra, y por la otra mitad es agua, por la cual andan en sus canoas, y todas las calles de trecho a trecho estan abiertas por do atraviesa el agua de las unas a las otras, e en todas estas aberturas, que algunas son muy anchas, hay sus puentes de muy anchas y muy grandes vigas, juntas y recias y bien labradas; y tales, que por muchas dellas pueden pasar diez de caballo juntos a la par. E viendo que si los naturales desta ciudad quisiesen hacer alguna traicion, tenian para ello mucho aparejo, por ser la dicha ciudad edificada de la manera que digo, y que quitadas las puentes de las entradas y salidas nos podrían defar morir de hambre son que pudiesemos salir a la tierra, luego que entre en la dicha ciudad di muca priesa a facer cuatro bergantines, y los fice en mut breve tiempo, tales que podan echar trescientos hombres en la tierra y llevar los caballos cada vez que quisiesemos.

Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil animas comprando y vendiendo; donde hay todos los generos de mercadurias que en todas las tierras se hallan, asi de mantenimientos como de vituallas, joyas do oro y plata, de plomo, de laton, de cobre, de estano, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas; vendese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos las linjes de aves que hay en la tierra, asi como gallinas, perdices, codornices, lavancos, lorales, zarcetas, tortolas, palomas, falcones, gavilanes, y cernicalos, y de algunas aves destas de rapina venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y unas. Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños, que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios, donde se venden las medicina hechas, asi portables como ungüentos y emplastos. Hay casas como de barberos, donde lavan y rapa las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes para traer cargas. Hay mucha lena, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para cámaras, y otras mas delegadas para asiento y para esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verduras que se fallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzos, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas que son semejables a las de España. Vende miel de abejas y cera y miel de canas se maiz, que son tan melosas y dulce como las de azúcar, y miel de unas plantas

que llaman en las otras y estas maguey, que es muy mejor que arropé; y destas plantas facen azúcar y vino [Agave americana], que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de filado de algodón de todos los colores, en sus madejicas, que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha mas cantidad. Venden colores para pintores cuantas se puedan hallar en España, y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo y sin el, tenidos, blancos y de diversos colores. Vende mucha loza, en gran manera muy buena, venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas manera de vasijas, todas de singular barro, todas o las mas vidriadas y pintadas. Venden maíz, en grano y en pan, lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo lo de las otras islas y Tierra-Firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescado. Venden mucho pescado fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ansares y de todas las otras aves que he dicho en gran cantidad, venden tortillas de huevos fechas. Finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que demás de las que he dicho, son tantas y de tantas calidades que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria, y aun por no saber poner los nombres, no las expreso.

Por otra parte, los sacrificios humanos eran un rito central de la civilización azteca. Cada año, se ha estimado que unas 10.000 víctimas hallaban la muerte en rituales religiosos, conducidos generalmente en la parte superior de las pirámides de los templos. El azteca consideraba tales ceremonias como esenciales para su supervivencia. Si no se hacía correr la sangre humana y se ofrecían corazones humanos para alimentar al sol y a otros dioses, el mundo, creía, sería destruido. La mayoría de esos sacrificados eran hombres, generalmente prisioneros de guerra. Por esta razón, los indios de las regiones cercanas a Tenochtitlán estaban dispuestos a unirse a los españoles para derrotar al poderoso imperio azteca.

Lamentablemente, el sangriento sitio final de esta bella ciudad costó las vidas de unos 150.000 indios, según se ha estimado. La impresionante desigualdad en contra de los españoles se vio disminuida por la creencia azteca de que Cortés podría ser la legendaria serpiente emplumada, Quetzalcóatl, un dios poderoso que había prometido regresar a través del mar como un hombre blanco y barbado. La confu-

sión y la renuncia de Moctezuma a encolerizar a un dios tan importante le llevó a dudar acerca de la defensa, por lo que el emperador cayó rápidamente en manos españolas. Además, los aztecas, nunca habían visto caballos, por lo que pensaban que los soldados de caballería de Cortés eran criaturas terroríficas, ciertamente, dioses también. Los españoles iban mejor armados, con armas de mano de acero, ballestas, revólveres y cañones, si bien sus ventajas psicológicas eran quizás mayores.

Cuando Moctezuma fue asesinado finalmente por su propia gente, los aztecas no pudieron mantener una presión militar suficiente para derrotar a los españoles y sus aliados indios, especialmente los tlaxcaltecas. En agosto de 1521, la conquista llegó a su fin y Cortés, a pesar de las cuantiosas pérdidas, se convirtió en amo de la arruinada Tenochtitlán. El valiente conquistador proclamó la autoridad de España, prohibió los sacrificios humanos, destruyó los ídolos paganos, limpió los templos de sangre y se hizo con el tesoro azteca.

Derrotando a la poderosa nación azteca, que poseía el control político, militar y económico en México central, desde el golfo al Pacífico y al sureste hasta la lejana Guatemala, los españoles fueron capaces de extender su victoria sobre un gran área densamente poblada. El grupo de Cortés de 400 a 450 soldados iniciaron el impulso por el que el imperio español extendió su control sobre unos estimados cincuenta millones de indios en el centro y el sur de México. Durante los tres años que siguieron a la caída de la capital, Cortés se dedicó en persona a reconstruir Tenochtitlán y a pacificar sus áreas sometidas con moderación y sabiduría política, única entre los conquistadores. Estableció municipios, designó funcionarios, promovió la agricultura, y dictó ordenanzas generales para toda clase de actividad. Su política de expansión estaba gobernada por la conciliación, utilizando la fuerza únicamente como último recurso. Un aspecto poco conocido de la historia de Cortés es que, con la excepción del conflicto azteca inicial en Tenochtitlán, la mayor parte del presente territorio de México quedó bajo dominio español con un mínimo derramamiento de sangre.

El oro, la plata y las joyas del imperio azteca llevó naturalmente a los españoles a la creencia de que nuevas áreas de riqueza india tenían que yacer al norte y al sur de la capital mexicana. Hacia 1522, Cortés alcanzó el Pacífico en Michoacán, fundando la ciudad portuaria de Zacatula. Ordenó la construcción de cuatro barcos para llevar a

cabo exploraciones hacia el norte, pero la carencia de suministros y de trabajadores cualificados ralentizó la marcha. Productos europeos esenciales como las partes de hierro y las sogas debían transportarse lentamente por tierra, desde Veracruz. No obstante, se completaron cuatro barcos hacia 1527 justo a tiempo para cumplir una orden real enviando tres de ellos a las Molucas para reforzar las reclamaciones españolas en las Indias orientales. Dirigentes rivales forzaron entonces a Cortés a regresar a España en 1528 para defenderse contra el cargo de la búsqueda de independencia. Hallado inocente en la corte real y nombrado marqués del Valle de Oaxaca, Cortés regresaría a México en 1530 como señor de un vasto estado feudal al sur de la capital, renovando rápidamente sus sueños exploratorios hacia el Pacífico y el norte de México, D.F.

CARLOS V, EMPERADOR DEL SACRO IMPERIO ROMANO

Ya en 1524, la autoridad real se vio fortalecida a medida que los funcionarios del rey asumían el control financiero de México. Carlos I de España, nieto de Fernando e Isabel, había llegado al trono español a través de su madre Juana y había heredado los territorios del este de Francia, los Países Bajos, Austria y Bohemia a través de su padre Felipe el Justo, de la familia austriaca de los Haubsburgo. Carlos, que se convirtió en Carlos V, Emperador del Sacro Imperio Romano, en 1519, aprovechó su heredada fortaleza para mantener una monarquía absoluta. Y, como el éxito de Cortés comenzó a rivalizar con el poder del rey, la autoridad de los conquistadores se vio gradualmente disminuida en todas las áreas.

Así, se estableció una audiencia real para el gobierno de Santo Domingo en 1524 para asegurar el poder de la corona. Para seguir con este propósito, el gobierno español suplantó a Cortés de forma muy gradual por sus propios funcionarios. A medida que se hacía conveniente se fueron dictando la serie de pasos por medio de los cuales se establecía que su presencia en Nueva España se había hecho innecesaria, un programa que forzó finalmente el establecimiento de un virreinato. Al mismo tiempo que se nombró a Cortés gobernador y capitán general de Nueva España, el 15 de octubre de 1522, el gobierno central se hizo cargo de la administración de su interés más importante,

las finanzas. Fueron designados funcionarios reales, como contable, tesorero, veedor y asesor. Estos funcionarios llegaron a México en 1524 y desplazaron a los designados por Cortés en la administración de la hacienda real. Dos años después un golpe más serio vino a azotar con la llegada del licenciado Luis Ponce de León, quien proclamó el juicio de residencia de Cortés, le suspendió del ejercicio de sus funciones judiciales y asumió el gobierno para la duración del proceso legal. A Cortés sólo se le dejó la administración de los indios y el liderazgo militar como capitán general. Las muertes posteriores, en rápida sucesión, del juez de residencia y su sucesor, Marcos de Aguilar, llevó al tesorero real Alonso de Estrada al poder. Numerosas afrentas, culminadas en un orden para dejar de ejercer su cargo como capitán general, condujo finalmente a Cortés a España para buscar la restitución de sus mandos anteriores y la recompensa adecuada por sus grandes servicios.

LA AUDIENCIA REAL DE MÉXICO

Mientras tanto, el emperador y sus consejeros, en parte llevados por las quejas de los enemigos de Cortés, habían determinado remediar la situación mediante el establecimiento de una audiencia en México, similar a la establecida en Santo Domingo en 1524, pero con mayores poderes. Temía que la presencia de Cortés pudiera obstaculizar las actividades de este cuerpo y solicitó su presencia en España, una invitación que acordó, exactamente con sus propios planes. Su llegada se produjo demasiado tarde para afectar al nuevo gobierno, ya que la primera audiencia fue designada el 13 de diciembre de 1527 y Cortés puso pie en suelo español hacia el final de 1528. Este poder estuvo compuesto de cuatro licenciados: Francisco Maldonado, de Salamanca; Alonso de Parada, que había residido en Cuba; Diego Delgadillo, de Granada y Juan Ortiz de Matienzo, un vizcaíno. Nuño de Guzmán, gobernador de Panuco, fue designado presidente y, puesto que los primeros dos murieron inmediatamente después de llegar a México, fue dejado solamente con dos oidores para ayudarle a manejar los asuntos de Nueva España.

Los oidores llegaron a Nueva España en diciembre de 1528 y Guzmán asumió sus tareas como presidente el primer día del siguiente año. Su papel ha sido descrito como una orgía de extorsión, mal go-

bierno y crueldad, pero un estudio más completo de los documentos de su caso, puede mostrarle como alguien no peor que un gran número de exitosos empresarios de su tiempo con quien la historia ha sido menos dura.

Cortés se vio decepcionado una vez más en su gran ambición por verse convertido en gobernador de Nueva España. Mientras estuvo en sus aparentemente más óptimas condiciones de influencia en la corte, la reina estuvo buscando un gran personaje, totalmente ajeno a la conquista, para nombrarlo virrey, designándose un nuevo gobierno en el que tuvo una parte relativamente pequeña. Su cometido era explorar el mar del Sur, su continuación como capitán general de Nueva España, la concesión de veintitrés mil indios en encomienda y el título de marqués del Valle de Oaxaca que era el mayor favor concedido por la corona. Nuño de Guzmán vio así mismo el fin de sus breves días de autoridad. Cuando averiguó que sería destituido de la presidencia y que su audiencia sería retirada, adoptó una posición atrevida. Utilizando su posición reunió a todos los soldados que pudo encontrar, tanto jinetes como mosqueteros y ballesteros y partieron para Jalisco, en la costa occidental. La conquista de la provincia de Nueva Galicia fue el resultado de esta expedición.

Lamentablemente para Guzmán, no existía allí Nuevo México y, a pesar de una reina amazona, miró en vano para hallar un botín que le hiciese ganar el perdón por sus días de mal gobierno. Durante un tiempo fue capaz de mantener una posición precaria basada en la esperanza de la corona de obtener algún beneficio, despertada por su conquista y por las cartas enviadas a España. La activa rivalidad con Cortés, cuyos planes había anticipado y, desafiante de la nueva audiencia, la cual tenía órdenes de seguir con el juicio de residencia, marca el período hasta el establecimiento del virreinato, en 1535. Sus promesas de éxito le consiguieron la designación de gobernador de Nueva Galicia, instrucciones para que la segunda audiencia le aconsejara y favoreciera de cualquier modo posible, el pago del salario de su antiguo cargo hasta la fecha de comienzo de su nuevo mandato, un préstamo de dinero bajo garantía, permiso para llevar a cabo el juicio de residencia en ausencia e instrucciones para que Cortés permaneciese fuera de Nueva Galicia y restringiese sus descubrimientos al mar del Sur.

La empresa de Guzmán no fue totalmente estéril. Con la ayuda de su capaz lugarteniente, Cristóbal de Oñate, comenzó el asentamien-

to español permanente de Nueva Galicia. Se fundaron varias ciudades españolas, entre ellas las villas de Santiago de Compostela, Espíritu Santo (Guadalajara) y La Purificación.

EL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA

Carlos I seleccionó el primer virrey de Nueva España con gran cuidado. Antonio de Mendoza, descendiente de una familia altamente respetada de Castilla, fue instruido como diplomático, llevando a cabo misiones que requerían máxima lealtad y habilidad. Como oficial más poderoso del rey en Nueva España, el virrey servía como presidente de la audiencia, como gobernador y como capitán general de un área que se extendía a lo largo del actual México, el sudoeste de los Estados Unidos y las regiones costeras del noroeste del Pacífico. El virrey Mendoza demostró ser prometedor en su gran responsabilidad y ganó la admiración y respeto de sus subordinados. Solamente Cortés, que vio en Mendoza un competidor, estuvo descontento por la llegada del virrey.

El Virreinato de Nueva España se expandía siguiendo los caracteres distintivos generales de la política colonial española que se había iniciado en la isla de La Española. Ya que los indios eran posesión exclusiva del soberano español, el rey era propietario absoluto de todas las nuevas tierras, así como cabeza política y religiosa única de todas las provincias creadas en ellas. Cada privilegio y posición económica, política o religiosa partía de él. El prominente papel de la Iglesia también caracterizaba la política española. La corona confió en gran medida en la autoridad eclesiástica, respecto a cuestiones tales como la salvación de las almas indias, la distribución de las tierras nativas y el trabajo, el acuerdo de disputas entre los españoles e indios y la transmisión general de todos los elementos de la civilización española que harían de los nativos parte integrante del imperio español igual que si hubiesen nacido en España.

LA BÚSQUEDA DE NUEVAS RIQUEZAS

Mientras Mendoza y Cortés luchaban por el poder en México, los hombres de la conquista soñaban con nuevas riquezas. Desde la llegada a México de las noticias acerca del fabuloso y próspero imperio inca, los aventureros españoles comenzaron a imaginar rápidamente «un otro México» en algún lugar no muy lejano. Sus primeros pensamientos se volvieron hacia el océano, escenario para un fascinante cuento del siglo xvi acerca de una isla mítica gobernada por una reina amazona. Se ha pensado que Cortés esperaba encontrar tanto la famosa isla de oro de las Amazonas como el largo tiempo buscado estrecho de Anian, en alguna parte al norte de la costa mexicana. Diego Hurtado de Mendoza mandó dos nuevos barcos que navegaron desde Zacatula en 1532 para perseguir estos objetivos, pero la expedición finalizó en motín. Cortés arregló una segunda aventura en su esfuerzo para penetrar el misterioso Pacífico comandada bajo su primo distante Diego de Berra, un hombre arrogante y desagradable que fue ejecutado por su tripulación. Fortun Jiménez, primer piloto y cabecilla del motín, tomó el mando del barco y entre el final de 1533 y principios de 1534 alcanzó lo que pensó era una isla, pero que en realidad se trataba de la actual península de la Baja California. Jiménez ancló en una bahía, a la que denominó La Paz, descendiendo a continuación a tierra. Un ataque repentino llevado a cabo por indios hostiles provocó la muerte de Jiménez y de veinte de sus hombres; el resto escapó al puerto mexicano de Jalisco. Los supervivientes informaron que los nativos de su isla recientemente descubierta eran salvajes primitivos, pero que poseían abundantes perlas. La sola posibilidad de las perlas supuso un incentivo suficiente para que Cortés planease su propia expedición. Se le unieron una serie de voluntarios que sabían de la reputación del capitán para encontrar riquezas.

Tres navíos alcanzaron la bahía de La Paz el 3 de mayo de 1535. Cortés la denominó bahía de Santa Cruz y fundó el primer asentamiento de la Baja California en la seca y rocosa costa. La hostilidad de los nativos y la carencia de alimentos hizo necesario que dos barcos regresaran al continente para conseguir suministros, de éstos, uno naufragó en el golfo de California, entonces llamado el «Mar Rojo de Cortés». En un segundo intento por obtener suministros, sólo el barco que Cortés mismo mandaba pudo volverse atrás, escapando de las

traidoras aguas tempestuosas, y llegar a La Paz; mientras tanto, veintitrés de sus hombres murieron de hambre en las costa inhospitalaria de la Baja California. Cortés tomó el navío restante y regresó a México para obtener auxilio. Finalmente, hacia el final de 1536, las perspectivas de éxito parecían tan remotas que Cortés envió barcos a recoger a los colonos supervivientes. Así finalizó el primero de una larga sucesión de intentos para colonizar la Baja California.

CABEZA DE VACA Y ESTEBANICO

Cortés podría haber abandonado su búsqueda de la tierra de oro con el regreso a México de Alvar Núñez Cabeza de Vaca, en 1536. Durante un notable periplo de ocho años sobre lo que hoy es el sur de los Estados Unidos y el norte de México, Cabeza de Vaca zozobró en la costa de Florida en 1528, dijo que no había visto grandes maravillas pero que había oído que los indios hablaban de grandes ciudades más hacia el norte, quizás las Siete Ciudades de Cibola. Cabeza de Vaca, acompañado en su larga jornada por sus camaradas españoles Alonso del Castillo Maldonado y Andrés de Dorantes, y el moro Pantanoso Esteban —servidor de Dorantes—, fueron los únicos supervivientes de un intento de Panifilo de Narváez para hallar riquezas en Florida en 1528. Después de ir a la deriva a través del golfo de México en pequeños botes contruidos toscamente, pasaron varios años como cautivos entre los indios en Texas. Habían logrado finalmente escapar y rehacer el camino hacia el oeste a través de Texas, partes de Nuevo México y Arizona y, finalmente, hacia el sur a través de Sonora, hasta Culiacán, el asentamiento español más septentrional de la costa del Pacífico. De allí viajaron a México, D.F. donde fueron huéspedes del virrey Mendoza durante varios meses. Cabeza de Vaca efectuó una larga y detallada narración de sus tribulaciones en un libro titulado *Naufragios*, que ha sido publicado en numerosas ediciones. En el capítulo XXVII, Cabeza de Vaca hace la siguiente descripción:

Después que nos partimos de los que dejamos llorando, fuimonos con los otros a sus casas, y de los que en ellas estaban fuimos bien rescebidos y trujeron sus hijos para que les tocasemos las manos, y dabannos mucha harina de mezquiquez [mezquite o *Prosopis juliflora*,

una planta muy común en el sur de Arizona y el norte de México]. Este mezquiquez es una fruta que cuando esta en el árbol es muy amarga y es de la manera de algarrobas y comese con tierra, y con ella esta dulce y bueno de comer. La manera que tienen con ella es esta: que hacen un hoyo en el suelo, de la hondura que cada uno quiere, y después de echada la fruta en este hoyo, con un palo tan gordo como la pierna y de braza y media en largo, la muelen hasta muy molida; y demás que se le pega de la tierra del hoyo, traen otros punos y echanla en el hoyo y tornan otro rato a moler, y después echanla en una vasija de manera de una espuerta, y echanle tanta agua que basta a cubrirla, de suerte que quede agua por cima, y el que la ha molido pruebala, y si le parece que no esta dulce, pide tierra y revuélvela con ella, y esto hace hasta que la halla dulce, y asientanse todos alrededor y cada uno mete la mano y saca lo que puede, y las pepitas de ella tornan a echar sobre unos cueros y las cascara; y el que lo ha molido las coge y las torna a echar en aquella espuerta, y echa agua como de primero, y tornan a exprimir el zumo y agua que de ello sale, y las pepitas y cascara tornan a poner en el cuero, y de esta manera hacen tres o cuatro veces cada moledura; y los que en este banquete, que para ellos es muy grande, se hallan, quedan las barrigas muy grandes, de la tierra y agua que han bebido; y de esto nos hicieron los indios muy grant fiesta, y hobo entre ellos muy grandes bailes y areitos en tanto que allí estuvimos. Y cuando de noche dormíamos, a la puerta del rancho donde estábamos nos velaban a cada uno de nosotros seis hombres con gran cuidado, sin que nadie nos osase entrar dentro hasta que el sol era salido.

El virrey Mendoza, sobrecogido por el espíritu de los descubrimientos, quiso que Cabeza de Vaca regresase al norte, pero éste declinó y en su lugar viajó a España en 1537, donde fue nombrado adelantado del territorio del Río de la Plata en América del Sur. El virrey intentó entonces comprar al sirviente negro Esteban de Dorantes, para utilizarlo como guía para viajar a la región norteña. Apparently, Dorantes quería guiar la expedición, pero el virrey ignoró su petición. Finalmente, acordó permitir a Esteban servir al virrey sin ningún pago debido a los beneficios que podría sacar para los indios y para el tesoro de Nueva España. Tanto Castillo Maldonado como Dorantes permanecieron como colonos en Nueva España. Dorantes, que se casó con María de la Torre, viuda de Alonso de Benavides, recibió un pueblo como regalo y sirvió al virrey en la guerra con los mixtecas.

Así, en los primeros 15 años que siguieron a la conquista de México, no se descubrió ningún área de grandes riquezas. Al sur, las expediciones de Francisco de Pizarro dieron lugar a la conquista de una gran parte del imperio inca de Perú y Ecuador, hallando el valioso tesoro de oro y plata. Los rumores de la existencia de más oro y plata al norte y al sur del imperio inca estuvo circulando a lo largo del imperio español. Aquellos que habían viajado hacia el sur de México, hacia Guatemala y hacia el norte, a Sonora, estaban convencidos de que había ciertamente otro México u otro Perú un poco mas allá de las áreas ya exploradas. El virrey Mendoza, aunque mantenía las esperanzas de que las historias de la existencia de ricas aldeas indias al norte fuesen verdaderas, decidió ser cauto y verificar los hechos previamente, enviando una expedición mayor para seguir los viajes de Cabeza de Vaca y sus hombres.

III

EN BUSCA DEL MISTERIO DEL NORTE: 1538-1605

En 1538, fray Antonio de Ciudad Rodrigo, provincial de la orden de los franciscanos, envió, desde Culiacán y hacia el norte, a dos frailes franciscanos, Juan de la Asunción y Pedro Nadal, con el objeto de convertir al cristianismo a los indígenas de Sonora. No se sabe con certeza hasta dónde llegaron estos dos misioneros, pero aseguraron haber viajado ochocientas millas, lo que les habría llevado hasta Arizona. Oyeron además, noticias de la existencia de gentes, más hacia el norte, con grandes casas, civilizados y ricos.

El virrey Mendoza, ansioso de añadir territorios valiosos a sus dominios, decidió enviar a una persona de su confianza, el vicecomisionado general de la orden franciscana en Nueva España, fray Marcos de Niza, para que comprobara la narración de Cabeza de Vaca en relación a la posibilidad de que existieran pueblos ricos en el norte. Fray Marcos había visitado Perú y, como consecuencia, escribió algunos ensayos sobre los indígenas de dicho país. En setiembre de 1538, recibió del virrey la orden de explorar la región del norte, estudiar la forma de vida y el lenguaje de los indígenas, examinar el país cuidadosamente, anotar cualquier asunto de valor que hallara y buscar posibles asentamientos para las misiones; su *Relación*, hallada en los *Documentos Inéditos del Archivo de Indias*, vol. III, pp. 325 y ss., dice así:

Con la ayuda y favor de la Sacratísima Virgen María, Nuestra Señora y del Seráfico, nuestro padre San Francisco, yo Fra. Marcos de Niza, fraile profeso de la orden de San Francisco, en cumplimiento de la instrucción, arriba contenida, del Ilustrísimo Sr. D. Antonio de Mendoza visorey y gobernador por S.M. de la Nueva España, partí de la

villa de San Miguel de la provincia de Culiacán, viernes siete días del mes de marzo de mill e quinientos e treinta e nueve años, llevando por compañero al padre Fra. Onorato y llevando conmigo a Esteban de Dorantes, negro, y a ciertos indios, de lo quel dicho Sr. Visorey liberto y compró para este efecto, los cuales me entregó Francisco Vazquez de Coronado, gobernador de la Nueva Galicia, y con mucha cantidad de indios Petatean y del pueblo que llaman del Cuchillo, que serán cincuenta leguas de la dicha villa.

Fray Marcos partió de Culiacán el 7 de marzo de 1539, y viajó hacia el norte en compañía de fray Onorato, quien regresó debido a la enfermedad de Esteban y de un cierto número de indios que acompañaron a Cabeza de Vaca. De acuerdo con el plan preconcebido, primero se envió a Esteban para que recabara información y para que enviara, de vuelta, los informes por medio de mensajeros indios. Después de recorrer 150 millas, se detuvo a esperar a fray Marcos; mientras tanto, si sabía de algún país rico y muy poblado, debería enviar una gran cruz que alcanzara la altura de un hombre; si los descubrimientos eran de mediana importancia, debía hacer llegar una cruz blanca que tuviese un ancho de dos palmos. Aparentemente, Esteban se mostraba entusiasmado de su posición de jefe y quería que fray Marcos estuviera contento, de modo que cada cierto tiempo enviaba grandes cruces como señal de que, un poco más lejos, se encontraba el país más grande del mundo y que existían siete ciudades, una de las cuales se llamaba Cibola.

Fray Marcos continuó a lo largo de la zona nororiental de Sonora y cruzó las fuentes del río Sonora, hacia el río San Pedro. Encontró indios opata y sobaipuri, quienes le hablaron acerca de Cibola y otro país, al que llamaban Totonteac, cercano a Cibola; se referían posiblemente al país de los hopi o tusayan, como se le llamó posteriormente. Al llegar al valle de San Pedro, halló evidencias de un intercambio comercial entre los indios sobaipuri y los zuñi o cibola, además de encontrarse con un nativo de Cibola que fue desterrado de su ciudad:

Aquí hallé un hombre, natural de Cibola, el cual dixo haberse venido de la persona que el Señor tiene allí en Cibola puesta, por quel Señor destas siete cibdades vive y tiene su asiento en la una dellas, que se llama Ahacus, y en las otras tiene puestas personas que mandan por él. Este vecino de Cibola es hombre de buena disposición algo viejo

y de mucha más razón que los naturales deste valle y que los de atrás, dixome que se quería ir conmigo para que yo alcanzase perdón. Informeme particularmente del, y dixome que Cibola es una gran cibdad, en que hay unas casas muy grandes, que tienen a diez sobrados, y que en estas se juntan los principales, ciertos días del año, dicen que las casas son de piedra y de cal, por la manera que lo dixerón los de atrás, y que las portadas y delanteras de las casas son de turquesas...

Esteban no envió más cruces una vez que fray Marcos se adentró en este valle; sólo algunos mensajes directos, mencionando que Esteban había entrado en la zona despoblada tras la cual se encontraba Cibola. Fray Marcos llegó, probablemente a principios de mayo, al punto por donde se incursionó Esteban en dicho valle y que, sin duda, quedaba cerca de la desembocadura del río San Pedro o algo más hacia arriba del Gila.

En este momento, fray Marcos recibió noticias, a través de un indio que tuvo contacto con Esteban, de que el negro estaba enfrentándose con ciertos problemas. Aparentemente, los indios le aconsejaron a Esteban que no entrara en Cibola, pero a pesar de esta advertencia continuó su viaje; el mensajero indígena le refirió a fray Marcos que (véase Weber, lxvi) un grupo de gentes habían atacado a Esteban y a sus seguidores. El sacerdote continuó su viaje hacia Cibola, pero, cuando se encontraba a un día de viaje de la ciudad, se encontró con dos de los hombres de Esteban quienes le comentaron que todos los hombres habían muerto, a excepción de ellos dos. Fray Marcos aparentemente llegó a avistar Cibola, pero decidió no entrar en la ciudad, que probablemente sería el pueblo zuñi de Hawikuh, la mayor de las siete ciudades.

Fray Marcos continuó su viaje hacia el norte, mientras lo consideró seguro, debido a la muerte de Esteban. No se sabe realmente hasta dónde llegó, o qué es lo que allí vio, pero realizó el viaje de regreso siguiendo la misma ruta y hasta alcanzar Culiacán en julio. Para agosto de 1539, permanece en México desde donde relata la grandiosa ciudad de Cibola, la que vio desde lejos; una ciudad más grande y mejor que México. Desde entonces, los investigadores mantienen opiniones opuestas en cuanto a si fray Marcos llegó a ver Cibola, o si el miedo a tener el mismo fin que Esteban le llevó a inventar esta parte de su

informe al virrey. Un historiador presume que fray Marcos llegó más al este de lo que dicen otros. Pero aunque el viaje de fray Marcos plantea más preguntas que las que contesta, esto carece de importancia ya que los resultados son los mismos. Aún antes de regresar fray Marcos, tanto el virrey Mendoza como Cortés organizaron expediciones para continuar con los descubrimientos. Tan ansiosos estaban de encontrar nuevas riquezas que esto dio lugar a la competencia entre ambos, convirtiéndose en rivalidad.

En 1539, Hernán Cortés dio órdenes para una expedición por mar que, bajo su jefatura, acabaría con los misterios del norte. En julio de ese año, partieron del puerto de Acapulco tres naves comandadas por Francisco de Ulloa; una, la pequeña *Santo Tomás*, fue destruida por las tormentas en el golfo de California, antes de llegar a La Paz en la Baja California. La flota de Ulloa quedó reducida a la *Santa Águeda*, de 120 toneladas, que era la nave capitana, y la *Trinidad*, con un desplazamiento de 35 a 40 toneladas y unos cuarenta pies de eslora, zarpó de La Paz y se dirigió hacia el agitado mar Rojo de Cortés, hacia la costa continental de México. Ulloa navegó con dirección norte hacia el puerto de Guaymas, al que llamó *Puerto de los Puertos*, esperando encontrar más adelante un paso para rodear la «isla» de California. En vez de ello, las naves hallaron violentas mareas producidas por el río Colorado al desembocar al mar en la cabecera del estrecho golfo. La yerma costa —un solitario desierto quebrado por montañas muertas— tenía escasas probabilidades de cobijar ciudades de oro, de manera que Ulloa viró hacia el sur siendo el primer español en comprobar que la Baja California no era una isla.

Ulloa tomó posesión del país «para el marqués (Cortés) en nombre del emperador (Carlos V), nuestro señor, rey de Castilla...» y luego navegó hacia la costa este de la península hasta llegar nuevamente a La Paz. Intentó rodear la punta extrema sur del cabo San Lucas, pero durante ocho días los violentos vientos y las lluvias tempestuosas lo mantuvieron recorriendo, hacia arriba y abajo, la costa del golfo. Finalmente, a finales de enero de 1540, las dos naves bordearon el cabo; navegaron siguiendo la costa oeste hasta llegar a la *Isla de Cedros*, llamada así porque «...en la cima de las montañas que la formaban, crecían grupos de estos elevados árboles, como es su propia naturaleza». Después de tres meses, Ulloa envió la mayor de las naves, la *Santa Águeda*, de vuelta a casa y continuó sus exploraciones hacia el norte, a

bordo de la *Trinidad*, quizás hasta llegar a la punta de San Pedro, justo al sur de los 30° de latitud.

El descubrimiento de Ulloa, comprobar que la Baja California era realmente una península, creó relativa expectación ya que el concepto de California como «isla» no se hizo popular hasta 1602, idea que persistió en los mapas hasta bien entrado el siglo xviii. Sin embargo, la expedición de Ulloa, la última que estuvo relacionada oficialmente con Cortés, afrontó numerosas tormentas durante la exploración, tanto en la costa este como en la oeste de la península, y su descubrimiento de la isla, con los cedros, no compensaba en forma alguna las tan esperadas ciudades de oro. El desencanto fue muy grande y Cortés, disgustado por su falta de autoridad y frustrado por la constante oposición del virrey, zarpó para España en 1540. El gran conquistador luchó por sus reclamaciones ante la corte real, pero sus demandas se arrastraron penosamente entre los indiferentes funcionarios. Los años de esfuerzo le dieron poca satisfacción y, finalmente, en 1547, la muerte se llevó al infeliz Cortés, el primer explorador español que abrió camino hacia el norte.

LA EXPEDICIÓN DE CORONADO

Mientras Ulloa todavía se hallaba de viaje, el virrey Mendoza organizó una amplia expedición, simultáneamente por tierra y mar para descubrir la fabulosa Cibola y reclamar la posesión de dicha área para España. La expedición sería comandada por el experimentado Francisco Vázquez de Coronado, natural de Salamanca, a quien Mendoza había nombrado gobernador de Nueva Galicia en agosto de 1538. Coronado era un hombre de buena posición y rico. Casado recientemente con Beatriz de Estrada, hija de Alonso de Estrada, tesorero real de la Nueva España, y albergaba fervientes deseos por acompañar a fray Marcos a Ciudad de México. Tan pronto hubo consultado al virrey Mendoza, Coronado comenzó a solicitar voluntarios; muy pronto, cerca de 300 españoles y 800 indios, proporcionados por Mendoza, se unieron a la expedición. Entre los hombres que dejaron crónicas escritas de esta aventura, figuran Pedro de Castañeda, colonizador castellano, quien formó parte de la expedición a Culiacán, un capitán del ejército, Juan Jaramillo, y fray Marcos, que sería nombrado guía oficial.

El propio virrey acompañó la expedición hasta Compostela, donde encontró al ejército agasajado por Cristóbal de Oñate, quien reemplazaba a Coronado como gobernador de la provincia de Nueva Galicia. El 22 de febrero de 1540, se realizó un gran desfile formado por 200 jinetes, 70 infantes, unos cuantos frailes y casi 1.000 indios. El cuerpo estaba equipado con cañones pequeños, más de 500 caballos y mulas, ganado vacuno, bovino, porcino y caprino. El grupo, que partió de Compostela, cerca de Tepic, parecía optimista y bien equipado.

Tal era la expectativa por el hallazgo de riquezas, que Coronado invirtió toda su fortuna personal en esta aventura, y Mendoza autorizó que los ansiosos voluntarios fueran equipados a expensas de la corona. El destacamento marítimo, comandado por Hernando de Alarcón, estaba formado por tres naves; abandonó México, en mayo de 1540, con instrucciones de explorar la parte norte del mar de Cortés y realizar contactos, por vía terrestre, con la tropa de Coronado. El 26 de agosto, Alarcón y sus hombres se convirtieron en los primeros españoles que navegaron el río Colorado, al que bautizaron Buenguía. Durante la travesía, contactaron con los indios cocopah, chicama (halyikuami), coano (kohuana) y cumana (probablemente los kumeyaay). En uno de estos encuentros, los indios que se aproximaron a la costa sumaban más de 500, y agitaban arcos y flechas, y portaban estandartes, y mostraban signos de hostilidad, Alarcón los recibió con regalos y les convenció así de su amistad. El comandante español los describió como grandes, muy bien proporcionados, con buenas facciones y sus caras llenas de horribles signos pintados con carbón. Llevaban pendientes fabricados de conchas y huesos, y el pelo corto por delante y largo por detrás. Como aparentemente adoraban al Sol, Alarcón les comentó que él y sus hombres eran realmente hijos del Sol. Otra cosa que también dio resultado fue repartir cruces, las cuales tuvieron tal demanda que no se pudieron hacer lo suficientemente rápido, debido a no disponer de suficientes varillas y papel. Después de explorar el área, y no hallando signo alguno de los otros grupos españoles, regresaron al golfo para revisar las naves.

Alarcón decidió continuar, de nuevo, hacia el norte con la esperanza de tener noticias de Coronado. El 14 de setiembre, él y sus hombres regresaron a los poblados cocopah, obsequiándoles con semillas para que las plantaran y algunos otros regalos. Más hacia el norte, recogieron a uno de los españoles que se había quedado en Coama,

y que fue tratado bien. Todavía río arriba, mantuvieron contacto con dos indios, provenientes de lo que ellos llamaron la perversa tierra de Cumana (posiblemente kumeyaay), que les informaron de que se había planeado una asonada, pero que ésta había sido dominada. Dos días más tarde, se encontraron con unas montañas muy altas y un desfiladero muy estrecho, en un punto situado justo al sur del Gila, cerca de la actual Yuma, en Arizona, que lo obligaron a regresar río abajo. Alarcón decidió erigir una gran cruz y grabar un mensaje en ella, lo que indicaba que habían llegado hasta dicho punto, pero que tenían que regresar. Navegaron río abajo y la suave corriente los trasladó a la desembocadura al cabo de cuatro días. Una vez allí, después que todos los miembros del grupo estuvieran a bordo y a salvo, regresaron a México. El virrey Mendoza se sintió defraudado por no haber encontrado a Coronado.

EL GRAN CAÑÓN DE ARIZONA

Los españoles, bajo las órdenes de Pedro de Tovar y fray Juan de Padilla, lograron establecer relaciones cordiales con los indios hopi, quienes les informaron de la existencia un gran río, que se encontraba a unas veinte jornadas hacia el noroeste, y que formaba un valle muy fértil. El grupo de Tovar visitó Tusayan, un grupo de ciudades habitadas de Arizona, para descubrir algo del misterioso río, Coronado envió al capitán García López de Cárdenas con 25 hombres, entre ellos, Pedro de Sotomayor, que llevaba un diario. Partieron de Hawikuh, el 24 de agosto de 1540, y viajaron hacia el norte en dirección a la tierra de los hopi. Veinte días más tarde, llegaron a orillas de un río que corría a través de una profunda garganta; el área era elevada, llena de pinos retorcidos y muy fría. Permanecieron tres días en busca del paso que les llevaría al río y que, según los nativos, tenía media legua de ancho. Sus esfuerzos por bajar al fondo del cañón fueron vanos, así es que, al cabo de dos meses, los exploradores regresaron a Hawikuh. Habían descubierto el Gran Cañón del Colorado, mientras que el otro grupo de hombres, los de Coronado, visitaron los pueblos moqui de Arizona. Obtuvieron un valioso conocimiento de la geografía, pero no hallaron gran riqueza en Arizona.

MELCHOR DÍAZ

Mientras tanto, Coronado llevó a sus hombres, lentamente, hacia el norte, atravesando el valle del río Yaqui y, en setiembre, antes de encontrar los estériles territorios de Nuevo México, envió a Melchor Díaz, que era un experto soldado explorador, en busca de Alarcón en las cabeceras del golfo. Díaz debía dirigirse primero hacia el pueblo de San Gerónimo de los Corazones, cercano a la actual Ures, en Sonora. Debería, entonces, encontrarse con Alarcón y luego continuar buscando las fuentes del río, con el «gran desfiladero», descubierto por López de Cárdenas al norte y al oeste de Cibola. Díaz, acompañado de 25 jinetes, llegó a la desembocadura del Colorado, remontó su curso hasta llegar al punto donde Alarcón se había dado por vencido, hasta entrar en contacto con los indios cocopah, gente muy vigorosa y fuerte que se acompañaba de antorchas para calentarse durante el viaje, razón por la cual Díaz bautizó al río como El Tisón (*sic*). Los indios le hablaron a Díaz de los visitantes blancos que recientemente habían llegado en barcos. Habiendo encontrado la cruz y el mensaje dejados por Alarcón, y hallado un sitio por donde cruzar el río, Díaz decidió continuar río arriba.

Narraciones de la época señalan que, tras cinco o seis días de viaje, el grupo llegó a un área probablemente muy próxima a la actual Blythe, en California, cruzaron el Colorado en balsas indígenas de tipo canasta, que se calafateaban con alquitrán, y viajaron hacia el inhóspito desierto de Colorado. Obligados a regresar por la carencia de agua, parece que Díaz y sus hombres cruzaron las dunas del valle Imperial al tomar un atajo hacia Yuma, en Arizona. El grupo fue hostilizado por los indígenas mientras se desplazaban hacia Sonora. Desafortunadamente, Díaz, mientras perseguía a un galgo, se traspasó accidentalmente con su propia lanza. El intrépido explorador murió de las heridas, veinte días más tarde, el 18 de enero de 1541. Aunque Díaz no dejó una declaración de su descubrimiento, parece cierto, de acuerdo con diarios que apoyan tal acerto, que fue el primer español cuya expedición llegó a la Alta California, siendo su muerte resultado directo de su incursión en aquel territorio.

HACIA QUIVIRA

Durante aquellos meses, Coronado recibió información de los indios; parece ser, según éstos, que las siete ciudades y las tierras doradas estaban siempre «algo más lejos.» Coronado, acompañado por un reducido destacamento, recorrió alrededor de 220 leguas entre Culiacán y Chichiltēcalli al borde de la selva. En este lugar, Coronado comenzó a sentirse desanimado, por encontrar, tan sólo, una pobre casa sin techo; actualmente, se cree que fue una antigua ruina localizada cerca de Eagle Pass (Paso del Aguila) en el condado de Graham, estado de Arizona.

Recorriendo un país inhabitado, cruzando las Montañas Blancas y atravesando la divisoria, más allá de la situación actual de Fuerte Apache en el valle del Río Blanco, se encontraron con un río de aguas fangosas y rojizas. Lo llamaron Vermejo (el Pequeño Colorado) y continuaron río arriba del Zuñi hasta Hawikuh, uno de los pueblos más importantes de los indios zuñi, que se encontraba a varias millas al este de la frontera entre Arizona y Nuevo México. Como la ciudad era realmente pobre, y como no tenía ningún parecido con la mítica Cibola, los hombres se sintieron disgustados y desalentados. Se pusieron furiosos contra fray Marcos, quien los había convencido de la riqueza de la ciudad. Afortunadamente, y para su bienestar, el sacerdote fue enviado de regreso a Nueva España.

Coronado estableció su centro de operaciones en Hawikuh, a la que llamaron Granada, y envió grupos de exploración en varias direcciones. En otoño se desplazaron hacia el este, en dirección al pueblo Tiguex, cerca de Bernalillo en Nuevo México.

Los españoles también se interesaron en la zona oriental y, como resultado de una visita que les hiciera Bigotes, un cacique cicuye, Hernando de Alvarado, fray Juan de Padilla y un grupo de soldados fueron enviados a explorar la zona del valle del Río Grande. Tuvieron contacto con los habitantes hostiles del pueblo de Acuco (Acoma) y continuaron hacia Tiguex y Pecos. En Pecos, Alvarado compró El Turco, un esclavo nativo del interior —que probablemente fue traído de los pueblo por los apaches de las praderas. El Turco fue el mayor culpable de que fracasara el esfuerzo realizado por los españoles.

Mientras Alvarado permanecía en Pecos, López de Cárdenas y otro grupo de soldados se trasladaron al área de Tiguex y establecieron un

centro permanente de operaciones para el ejército español. Al hacerlo, forzaron a los indios a que abandonaran el pueblo perdiendo así todas sus propiedades; este incidente, además del hecho de que los españoles necesitaban alimentos, causó un profundo rencor en los indígenas. Los españoles, que creían tener el derecho de exigir tributos a los indios, incrementaron el temor de los nativos y aumentaron los sentimientos hostiles de los indios pecos, quienes guardaron rencor a los españoles por largos años, por haber apresado a su jefe, Bigotes, encadenándolo durante meses. Este rencor se extendió, además, a los otros nativos, incluidos los apaches del área de Arizona.

Las dificultades, entre españoles e indios de Tiguex, emergieron casi de manera inmediata, por sentirse éstos agraviados por la ocupación de aquellos soldados intolerantes y sin mujeres; cuando el cuerpo principal de la tropa llegó a la ciudad en diciembre de 1540, Coronado había dado ya la orden de quemar el pueblo. Con motivo de la prisión de Bigotes, de la exigencia española de 300 piezas de vestir y la violación de una mujer india, se produjo una guerra a gran escala. Los indios de Tiguex, ultrajados por el trato recibido, se alzaron y capturaron un gran número de caballos españoles, dándoles muerte en un lugar cercano a las empalizadas. Se produjo una feroz batalla que duró hasta que unos 200 indios ofrecieron su rendición a Pablo de Melgosa y Diego López; su oferta fue aceptada y se les entregó a López de Cárdenas.

Como Coronado dio la orden de que ningún indio debía capturarse vivo, López de Cárdenas, quien más tarde llegó a decir que él no sabía que habían venido en paz, ordenó que se clavaran en el suelo 200 estacas para quemarlos vivos; tras comenzar a quemarlos, los 100 indios que aún permanecían en sus tiendas, se apoderaron de armas, las que estaban a mano, y comenzaron a luchar, pero ninguno escapó con vida a excepción de unos pocos que permanecieron escondidos en el pueblo. Posteriormente, los españoles se vieron sometidos a un ataque constante hasta que varios meses de nevadas obligaron a detener el combate. López de Cárdenas estuvo a punto de morir, pero pudo escapar ayudado por treinta soldados. Al iniciarse la primavera, la guerra parecía casi acabada, y algunos de los indios pueblo fueron obligados a someterse; otros, simplemente se trasladaron a zonas montañosas hasta que los hombres de Coronado se retiraron.

El 23 de abril de 1541, Coronado partió de Tiguex en busca de La Gran Quivira, país descrito por El Turco como de gran riqueza, lugar donde el rey tomaba una siesta «bajo un gran árbol de donde colgaba un gran número de pequeñas campanas de oro» y la gente comía en platos de plata y cuencos de oro. Coronado investigó los pueblos del valle del Río Grande, aplastó una revuelta de los indios del norte de Nuevo México, y continuó en su búsqueda de Quivira, que se rumoreaba estaba al norte. Coronado siguió viaje a través de Texas y Oklahoma, cruzando montañas, ríos y llanuras, hasta que finalmente llegó a Quivira, un grupo de caseríos indígenas muy pobres en las grandes llanuras del noreste de Kansas. Coronado, frustrado y desanimado, hizo ejecutar a El Turco y consiguió a varios indios amistosos que lo guiaron de vuelta a Nuevo México.

Un consejo de oficiales españoles votó por el abandono de la expedición, en abril de 1542, y por regresar a México. La riqueza de los conocimientos geográficos adquiridos, durante estas trascendentales aunque vanas exploraciones, significó muy poco para aquellos hombres que esperaron encontrar ciudades cuyas riquezas colmarían los sueños más descabellados. El fracaso de Coronado dio fin a la era de los grandes conquistadores, los que arriesgaron sus vidas y fortunas privadas por la promesa de vastos feudos o por el tributo de ricos vasallos; a Coronado se le juzgó por mala conducta, como gobernador de Nueva Galicia, y se le forzó a dimitir de su cargo.

JUAN RODRÍGUEZ CABRILLO

El virrey Mendoza, desilusionado por los escasos resultados de los esfuerzos de Coronado, regresaba al mar, de manera resuelta, con otro plan que le permitiera descubrir las riquezas del norte y el esquivo estrecho de Anian. Pedro de Alvarado, gobernador y adelantado de Guatemala, arribó al puerto de Acapulco en 1540 con una flota de trece navíos y ofreció sus servicios a la corona para explorar el Pacífico. Alvarado, poderoso lugarteniente que sirvió a Cortés durante la conquista de México, comandó, en 1523, un ejército de cuatrocientos españoles y 20.000 aliados indios, penetrando en las fértiles zonas montañosas de Guatemala, y llevando a cabo una brutal campaña hasta conseguir que los indios fueran reducidos. Durante dicha campaña, la mano de-

recha de Alvarado, acompañándole siempre, fue Juan Rodríguez Cabrillo, navegante, jinete, capitán de arqueros y, con el tiempo, descubridor de la Alta California. Con la victoria alcanzada en 1524, Alvarado fundó Santiago de Guatemala y se convirtió en capitán general de la provincia que se extendía desde el sur de México hasta el límite de Panamá, Cabrillo fue nombrado segundo en el mando de la flota de Alvarado.

Algunos detalles de los antecedentes y de la vida de Juan Rodríguez Cabrillo, antes de su llegada a México, salieron a la luz en los últimos años, pero su edad exacta o su lugar de nacimiento se desconocen todavía. El original del diario de las exploraciones de Cabrillo no se pudo localizar, pero en los documentos, conservados en el Archivo de Indias en Sevilla y en los Archivos Generales de Centroamérica en Guatemala, consta una relación de los servicios que prestó a España, de su familia y posesiones en Guatemala y de sus actividades en California. Su apellido, que en su forma correcta sería Rodríguez o Rodríguez Cabrillo, indica que su nacionalidad era la española; siempre firmó como Juan Rodríguez, a la manera española.

La relación de la vida de Cabrillo comienza en 1510, momento en el que llegaba al Nuevo Mundo a la edad de 12 años y participaba en la conquista de Cuba, bajo las órdenes de Diego de Velázquez, y viajó a las costas de México con la expedición de Pánfilo de Narváez, quién iba a enfrentarse al desafiante Cortés. Cortés dejó parte de su armamento a Alvarado en Tenochtitlán, y regresó a Veracruz para enfrentarse a esta nueva amenaza desde su propia base central. Cortés venció a las fuerzas españolas por medio de un movimiento sorpresa; se ganó a los soldados, con la promesa de oro, y los preparó para que atacaran la isla capital azteca. De esta forma, Cabrillo pasó a formar parte del ejército reforzado de Cortés y, como Alvarado había fallado en su intención de contener a los aztecas, sirvió en todas las batallas sangrientas de la conquista. Bernal Díaz del Castillo narra que Cabrillo

fue un buen soldado de la campaña mexicana... que más tarde, como residente en Guatemala, fue una persona honorable, y fue capitán y almirante de una flota de trece navíos al servicio de Pedro Alvarado, y sirvió bien a Su Majestad en todo lo que se le presentó...

En Guatemala, Juan Rodríguez Cabrillo se entregó primero a la agricultura y a la minería, en las tierras que le fueron concedidas por

Alvarado. En 1536 se le encargaba la construcción de una flota que fuera capaz de explorar las áreas más remotas y peligrosas del Pacífico. El acopio de materiales para la empresa resultó tan difícil que Cabrillo optó por establecer su sede en Honduras, para así poder obtener suministros desde el Atlántico. Dicho proceso se vio acompañado del sacrificio de un gran número de vidas humanas, ya que el material metálico, los aparejos y otros equipos tenían que cruzar los pantanos y montañas, transportados por los indígenas hasta llegar a Acajutla, en la costa del Pacífico, actualmente costa de El Salvador. La construcción de la flota de Alvarado continuó lentamente, ya que faltaban herramientas y Cabrillo exigía los más altos niveles de calidad. En 1540 se finalizaron trece naves, aunque una de ellas, la *San Salvador*, fue construida a expensas del propio Cabrillo. Una vez que las naves estuvieron listas para navegar, Alvarado pidió a su jefe constructor que se uniera a la expedición, a bordo de la *San Salvador*, como almirante de la flota; Cabrillo aceptó y las naves arribaron al puerto mexicano de Navidad, cerca de Colima, el día de Navidad de 1540.

El virrey Mendoza y Alvarado formaron una sociedad para explorar el Pacífico, la cual, por supuesto, incluía el uso de la nave propiedad de Cabrillo. Planificaron dividir la flota en dos: una, que investigaría las islas del lejano oeste, la otra, que exploraría la costa norteamericana del Pacífico «hasta que se avisten su final y su secreto». Sin embargo, justo antes de la partida, Alvarado dejó sus naves al mando de Cabrillo, mientras acudía en ayuda del virrey, para sofocar una revuelta indígena, conocida como la guerra mixteca. Esta batalla, irónicamente, costaría la vida a Alvarado al ser aplastado por un caballo. El virrey Mendoza se hizo cargo de la parte de la flota, propiedad de Alvarado y, mostrando la gran estima que sentía por Cabrillo, comisionó al guatemalteco para navegar con la carabela *San Salvador* y con *La Victoria*, que era un pequeño bote de vela abierto, a lo largo de la costa del Pacífico, hacia el norte, en busca del estrecho de Anian. El resto de las naves fue enviado a Filipinas, bajo las órdenes de Ruy López de Villalobos.

Debido a la inesperada muerte de Alvarado, y con dos de los barcos menos adecuados de la flota de aquél, la expedición de Cabrillo zarpó del puerto de Navidad, el 27 de junio de 1542, con el propósito de explorar las remotas y desconocidas áreas del Pacífico del norte. Las dos naves que partieron, tanto la capitana, que no mediría más de se-

senta pies, como su acompañante, estaban infraequipadas y escasamente provistas; sin embargo, los hombres de Cabrillo se enfrentaban a la posibilidad de morir de sed, hambre o escorbuto con intrépida indiferencia. La meta que inspiró a muchos, —encontrar el Paso del Noroeste y un atajo hacia las riquezas orientales—, impulsó a estos aventureros españoles hacia aguas desconocidas, más al norte de lo que había llegado ninguna nave europea.

Las dos naves de Cabrillo arribaron a la bahía de Ensenada, Baja California, el 17 de setiembre de 1542, donde permanecieron cinco días, en singladuras de 15 a 20 millas. Al cabo de tres días avistaron las tres islas de Coronado, bautizadas por Cabrillo como *Las Islas Desiertas* y fueron situadas a 34 grados de latitud (dos grados demasiado hacia el norte). Los españoles observaron, desde estas aguas, el humo de las hogueras de los indios y, mientras se aproximaban a tierra firme, vieron un hermoso y verde valle con montañas al fondo; el 28 de mayo de 1542, Cabrillo condujo la *San Salvador* y *La Victoria* hacia la bahía de San Diego, ancló a sotavento de Punta Loma y oficialmente descubrió la Alta California, denominada así para distinguirla de la Baja California. Los españoles bajaron a tierra, fueron saludados por nativos amistosos a quienes Cabrillo describió como de «muy buen ver» y ataviados con pieles de animales. El almirante le dio el nombre de San Miguel Arcángel a su recién descubierto «muy buen y protegido puerto», rebautizado por un navegante posterior, Sebastián Vizcaíno, como San Diego de Alcalá.

Tres tímidos indígenas se acercaron a la nave de Cabrillo e indicaron, por medio de señas, que ya habían visto a otros hombres con indumentaria parecida, con arcos y sables, y que viajan muy al interior. Por sus gestos, Cabrillo comprende que aquellos hombres, probablemente un destacamento de la expedición de Coronado, empuñaban lanzas, montados a caballo, y que habían matado muchos indios. Por este motivo, los indígenas de California estaban asustados, pero los españoles les obsequiaron y calmaron sus temores. Cuando durante una excursión de pesca nocturna, cerca de la costa, varios nativos hirieron a tres marineros, Cabrillo ordenó a la tripulación que no disparara, que se ganaran su confianza. Estos primeros visitantes españoles que llegaron a California, llamada *Guacamal* por sus habitantes, sentaron el precedente de un trato amistoso con los indios, política que continuaría,

con pocas excepciones, durante toda la ocupación del territorio por parte española.

Al partir de San Diego, tras un descanso de seis días, la expedición avistó en el canal las islas de San Clemente y Santa Catalina. La *San Salvador* y *La Victoria* tomaron rumbo a tierra firme y Cabrillo avistó la bahía de San Pedro (su *Bahía de los Fumos*); continuaron su curso, a lo largo de la costa, hasta visitar un poblado indígena que Cabrillo llamó *Pueblo de las Canoas*. Los fuertes vientos del norte, cerca de Punta Concepción, les obligaron a buscar abrigo en un pequeño puerto de la isla de San Miguel. En esta isla, que ellos llamaron *Isla de Posesión*, la mala fortuna les estropeó el envidiable récord exploratorio ya que, durante el desembarco, Cabrillo se cayó en la rocosa playa fracturándose un brazo; sin hacer caso de la herida, Cabrillo ordenó a sus hombres que continuaran con la delineación y exploración de la costa. A pesar de las tormentas invernales y los vientos adversos, llegaron a una zona cercana a la bahía de San Francisco a mediados de noviembre; desde allí, regresaron en dirección sur y tomaron rumbo hacia el protegido puerto de San Miguel. Para fines de diciembre, la gangrena se apoderó del brazo de Cabrillo, causándole posteriormente la muerte el 3 de enero de 1543. La tripulación enterró su cuerpo en la estéril, y azotada por el viento, isla de *La Posesión*, rebautizándola como *Isla de Juan Rodríguez*. Los vientos cambiantes y las arenas cubrieron cualquier huella de la tumba.

Las palabras finales de Cabrillo reflejan el espíritu intrépido de los primeros exploradores españoles. Dio instrucciones a su primer piloto, Bartolomé Ferrer, para que no cesara en el reconocimiento de la costa norte. Las dos naves navegaron nuevamente hacia mar abierto, tomaron rumbo hacia el norte teniendo en contra fuertes ventarrones. En un momento dado, cuando habían sido impulsados peligrosamente hacia la costa, en un punto cercano a la frontera de Oregón, rezaron pidiendo protección y un súbito cambio en la dirección del viento los salvó. El diario de la expedición describe muy pocos puntos reconocibles de la costa, lo que dificulta el seguimiento exacto del curso que siguieron. La latitud estimada de 44 grados, probablemente era de dos grados menos, pero no deja dudas en cuanto al coraje que poseían al afrontar los peligros de las desconocidas aguas.

La tripulación de Cabrillo, debilitada, debido a la exposición a la intemperie y al escorbuto, respondía con alegría a la orden dada por

Ferrer para que la *San Salvador* y *La Victoria* volvieran a casa; llegaron a puerto Navidad el 14 de abril de 1543 con la triste noticia de la muerte de Cabrillo, y con los desalentadores resultados de la expedición: no hallaron el estrecho de Anian, ni ninguna civilización indígena fabulosa, ni armamentos de oro de la isla de las amazonas —nada que pudiera enriquecer—, ni siquiera consiguieron emocionar al virrey de Nueva España. Mendoza guardó tan cuidadosamente los mapas de las exploraciones y el diario de Cabrillo, que permanecen en secreto, ya que aún no han sido encontrados. El nombre de este gran explorador, el primer europeo en asentar sus pies en las costas de California, fue olvidado rápidamente; ni los nombres que asignó a los lugares visitados han permanecido como una ofrenda a su expedición. Sesenta años mas tarde, Vizcaíno siguió la misma ruta de Cabrillo y, sin obedecer las instrucciones, cambió los nombres de los lugares que su predecesor había bautizado y señalado en los mapas.

EL COMERCIO DEL GALEÓN DE MANILA

El fracaso de Cabrillo por encontrar un paso hacia la India, sumado a la necesidad que tenía España por incrementar el comercio, devino en renovados esfuerzos para conquistar Filipinas; visitadas por primera vez en 1521, las islas, nominalmente, pertenecían a Portugal, de acuerdo con la bula papal de 1493. Sin embargo, Ruy López de Villalobos tomó posesión de las islas en nombre de España en 1542, pero, ante la imposibilidad de vencer la hostilidad de los nativos, cayó posteriormente en manos de los portugueses (Moriarty SCQ en el 66). Ninguno de los exploradores que permanecieron en las Indias Orientales logró hallar una ruta satisfactoria que cruzase el Pacífico hasta Nueva España. Los navíos, que navegaban hacia el este, se quedaban pronto sin vientos que los impulsaran; la única ruta segura era rodear África para así llegar al Atlántico. Era indudable que se debía descubrir una ruta si se quería establecer el comercio entre México y el Oriente.

ANTONIO DE ESPEJO

Debido a los fracasos de Coronado y otros exploradores para descubrir las riquezas del norte, pasaron cerca de cuarenta años antes de que otro español entrara en Arizona, así como lo hiciera él a través de Nuevo México. En 1563, Francisco de Ibarra, un joven conquistador, fundó la ciudad de Durango como capital de la provincia de Nueva Vizcaya, que incluyó, durante más de 200 años, a Arizona y Nuevo México. En el mismo año de 1563, un grupo de españoles se trasladó al norte a trabajar en las minas del sureste de Chihuahua, fundando el pueblo de Santa Bárbara desde donde hacían correrías para esclavizar indios que trabajaran en las minas.

Debido a la amenaza de los indios, fray Agustín de Rodríguez y otros dos frailes, abandonaron Santa Bárbara el 5 de junio de 1581 acompañados de algunos soldados, sirvientes indios y géneros para el comercio. Los soldados posteriormente abandonaron a los misioneros cuando se agotaron los géneros y la comida, se fugaron y regresaron a Santa Bárbara. El grupo de relevo, que partió el 10 de noviembre de 1582, al mando de fray Agustín Beltrán, quedó formado por el rico hacendado, dueño de minas, Antonio Espejo, 12 soldados voluntarios y algunos aventureros. Siguieron la misma ruta que el primer grupo, el que lideró Rodríguez, y muy pronto descubrirían que los frailes habían muerto a manos de los indios que fueron a rescatar. No se sabe si realmente fray Rodríguez penetró en el territorio de Arizona, alcanzando los pueblos zuñi y hopi, aunque no parece posible que lo hiciera; él y sus compañeros fueron, sin duda, muertos cerca de Tiguex por pueblos que habitaban una zona situada al oeste de los zuñis.

Espejo, al enterarse de la muerte de Rodríguez y sus compañeros, decidió, de todas formas, continuar su viaje exploratorio y partió hacia Acoma, luego torció al oeste, hacia los pueblos zuñi. Desde allí, Beltrán, acompañado de aproximadamente la mitad de los españoles, regresó a Santa Bárbara mientras Espejo, acompañado de nueve personas, se dirigía al noreste en busca de un lago de oro, que se suponía quedaba en aquella dirección. Sin embargo, Beltrán y los otros sabían que Coronado recorrió aquel país sin encontrar algo de valor; al cabo de cuatro días, llegaron a los pueblos hopi, pero se les advirtió que, si se acercaban, serían muertos. Espejo continuó su avance, a pesar de las advertencias, y se encontró, cuando le faltaban un par de millas para llegar a la

ciudad, con unos 2.000 nativos cargados de provisiones. Espejo les aseguró que los españoles sólo querían comerciar y les hizo obsequios.

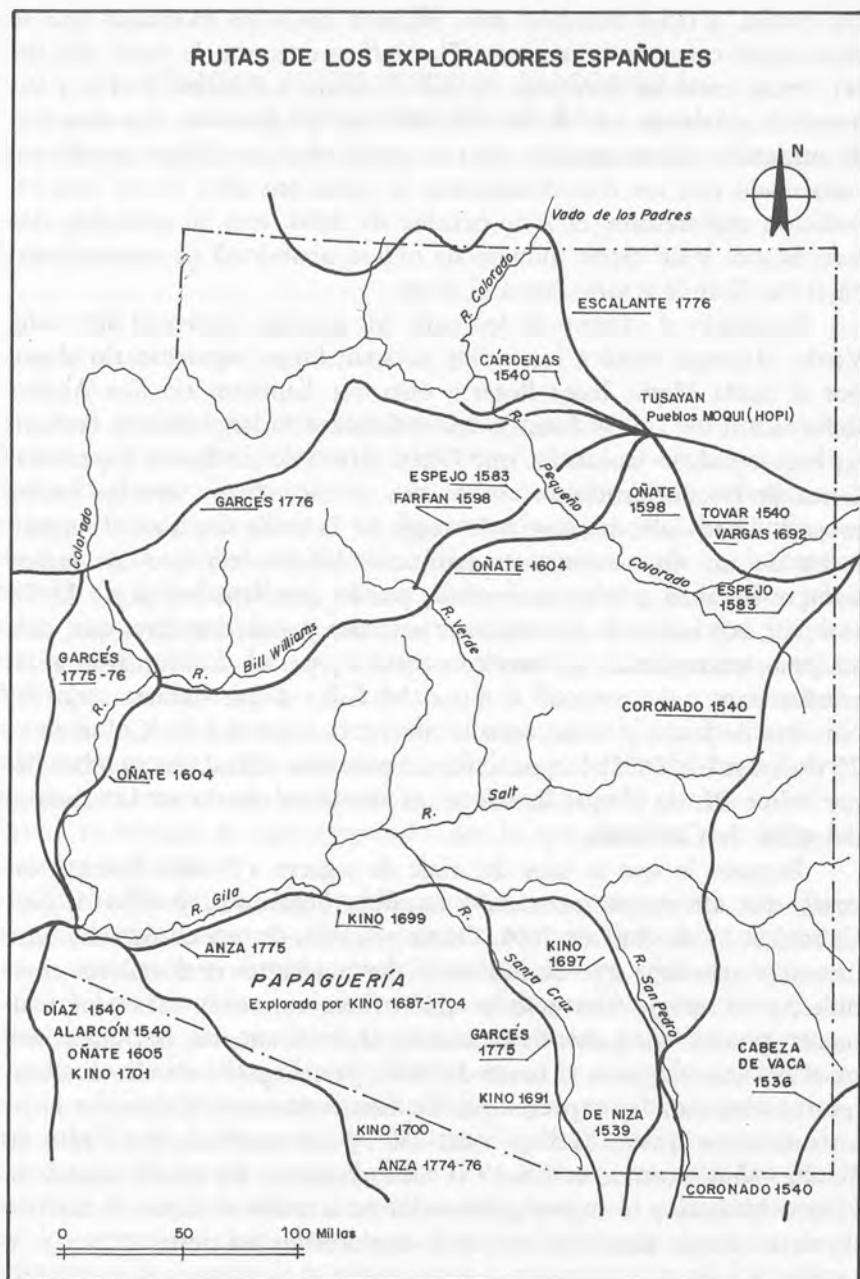
La situación se volvió provechosa, los indios construyeron un corral para los caballos de Espejo, ya que les tenían miedo. Durante seis días realizaron intercambios con los indios de Awatobi, Espejo recibió varios tipos de minerales y 4.000 mantas de algodón.

Espejo envió a cinco de sus hombres para que llevaran los grandes bultos de mantas, hasta zuñi, mientras él y cuatro de sus compañeros viajaban hacia el oeste, recorriendo 45 leguas en busca de algún yacimiento minero; lo descubrió y extrajo mineral muy rico en plata. Los indios comentaron a Espejo la existencia de un gran río, situado tras las montañas, con una anchura de 8 leguas, y le manifestaron que el río les conduciría a una fértil y rica llanura. Por la descripción, parece ser que Espejo se encontraba en las cercanías de la bifurcación de Bill Williams, cercana a Prescott, en Arizona, y que el gran río era, sin lugar a dudas, el Colorado. Posteriormente, abandonó el lugar y regresó al zuñi, encontrándose con el grupo de Beltrán, al que se unió y partieron juntos hacia el sur, llegando a Santa Bárbara el 20 de setiembre de 1583. Sus narraciones y las muestras de mineral que llevaban, despertaron el interés por Arizona.

JUAN DE OÑATE

Una de las personas más interesadas en la exploración del norte y en la fundación de una nueva colonia, era Juan de Oñate, hijo del acaudalado Cristóbal de Oñate, quien reemplazó a Coronado como gobernador de Nueva Galicia. Oñate y su hijo hicieron fortuna con las minas de plata de Zacatecas y ambos estaban capacitados para dirigir hombres. Juan de Oñate firmó un contrato real, el 21 de setiembre de 1595, para organizar una expedición hacia Nuevo México a sus propias expensas. La expedición la componían 400 hombres, 130 mujeres y niños, 8 carretas y más de 7.000 cabezas de ganado vacuno, bovino y caprino, e iban, además, acompañados por un grupo de misioneros. La colonia estableció su base de operaciones en el pueblo indio de Caypa, al que bautizaron San Juan, a unas 40 millas al norte de la actual Santa Fe.

Oñate se entregó entonces a la búsqueda de las minas de plata de Espejo, y realizó varias exploraciones hacia el oeste. Su capitán, Mar-



cos Farfán, y ocho hombres más, viajaron hacia las montañas que se encuentran cerca de la moderna Flagstaff, y cruzaron la parte alta del río Verde, entre las montañas de Bill Williams y Prescott. Farfán y sus hombres señalaron más de 60 reclamaciones y regresaron con muestras de minerales supuestamente ricos en plata. Aunque Oñate quedó entusiasmado con los descubrimientos, le costó seis años reunir una expedición exploratoria; el 7 de octubre de 1604, con 30 soldados, dos franciscanos y un cierto número de indios, abandonó su asentamiento en el río Grande y viajó hacia el oeste.

Siguiendo el camino de los zuñi, los pueblos hopi y el alto valle Verde, el grupo visitó a los indios yavapai; luego, siguieron río abajo, por el Santa María, hasta llegar a otro que llamaron río San Andrés (bifurcación del Bill Williams), descendieron a lo largo de esta corriente, llegaron al río Colorado, que Oñate llamó río de Buena Esperanza. Cerca de la confluencia de ambos ríos se encontraron con los indios mojave. Desde allí, bajaron a lo largo de la orilla llegaron al amplio lecho de un río, densamente habitado. Informaron que los indios siempre llevaban una tea encendida, por lo que llamaron al río El Tisón (*sic*). Los indios le comunicaron a Oñate y a sus hombres que, más adelante, encontrarían un mar con corales y perlas. Continuaron apresuradamente, sobrepasando la boca del Gila, al que llamaron río del Nombre de Jesús, y alcanzaron la desembocadura del río Colorado el 25 de enero de 1605; luego, tomaron posesión oficial, en nombre del rey Felipe III, de lo que llamaron un excelente puerto en la cabecera del golfo de California.

Es poco lo que se sabe del viaje de regreso a Nuevo México, excepto que afrontaron penurias y hambre; llegaron al pueblo de San Gabriel el 25 de abril de 1605. Oñate recorrió, dentro de Arizona, una distancia más larga que cualquiera de los anteriores exploradores españoles, y su trabajo hizo que la región fuera conocida, más profundamente, por los europeos. Se descubrió, definitivamente, la riqueza mineral de Arizona, pero el costo del viaje para llegar hasta ella dificultó que continuaran las expediciones de descubrimiento. Oñate renunció a su cargo en Nuevo México hacia 1607 y fue sustituido por Pedro de Peralta. Muy pronto, se fundó la villa de Santa Fe como capital de Nuevo México, y el nuevo gobernador se interesó más por el desarrollo de su propia provincia que en la exploración del oeste.

IV

FUNDACIONES JESUITAS EN SONORA Y EN LA PIMERÍA ALTA

Para entender los esfuerzos españoles por penetrar en el norte de Sonora, o en lo que posteriormente sería Arizona, es necesario entender la fuerza que les impulsaba, a soldados o misioneros, a arriesgar sus vidas en pos de una visión —un desconocido destino—. La filosofía estoica de cada español con frecuencia iba acompañada por un desprecio hacia la seguridad personal, por un deseo de grandeza, de orgullo inflexible, por una necesidad de pasar a la acción y de llevar a cabo grandes empresas, y sobre todo, por la buena voluntad. Además, existían españoles que, crecidos junto a la herencia de la Reconquista, consideraban la salvación de las almas de los indios como una obligación moral. El misionero español, cuyo entusiasmo religioso lo adentraba hacia las regiones más remotas de las Américas, estaba impulsado por un increíble fervor, su tránsito al cielo asegurado, por lo que creía ser el trabajo de Dios en la Tierra.

El hecho de que los pueblos españoles se convirtieran tan fácilmente al cristianismo durante el periodo romano, impulsó a un escritor a suponer que «España, probablemente, fue ya cristiana antes de Cristo.» Los españoles hicieron de Dios una presencia concreta en su ritual religioso, con pasión e intensa imaginación. La influencia mora y judía envolvió a la península Ibérica en un apasionado sentimiento por la religión, sentimiento que no llegó a penetrar en los países protestantes. Desde la Reconquista, España adoptó el concepto de religión como una vía hacia el nacionalismo. Los frailes y los soldados combatieron al infiel, hombro a hombro. España, por sí sola, emprendió las dos cruzadas de más éxito en la historia: la cruzada contra los musulmanes y la cruzada de la conquista y la cristianización de los indios

del Nuevo Mundo. Pero, aún así, la conquista espiritual de los indios fue mal comprendida, tanto entonces como ahora, y la codicia de unos pocos desacreditó injustamente los motivos cristianos de otros muchos.

No se puede justificar la explotación de los indios por los españoles, pero las excesivas acusaciones de avaricia y crueldad, atribuidas por otros países europeos, son innecesarias. El eminente erudito en leyes del siglo xvii, Juan de Solórzano y Pereira, realizó una defensa de la política española en las Indias, que se puede aplicar totalmente al periodo de las misiones de Arizona. Así se expresaba:

Aunque los herejes y otros rivales de las glorias de nuestra nación española han reconocido la validez de sus derechos sobre el Nuevo Mundo... trataron de desacreditar estos derechos, diciendo, en primer lugar, que fueron impulsados más por la codicia por el oro y la plata de estas provincias que por el fervor en la propagación de los Evangelios...

Aunque reconozcamos que la codicia por el oro y las riquezas... haya existido frecuente entre algunos, esta culpa no disminuye los méritos de los muchos hombres de bien que tomaron parte sincera y apostólica en la conversión del Nuevo Mundo. Ni tampoco disminuye los méritos del fervor e interés, mostrado constantemente por nuestros reyes en sus perspicaces decretos e instrucciones.

La historia de los intentos de España, para llevar a los habitantes aborígenes de las Américas a participar totalmente dentro del imperio español, es una extraordinaria prueba de la validez de las observaciones de Solórzano. Durante siglo y medio, los reyes de España, virreyes y particulares enviaron expediciones al norte de México para establecer la soberanía, hasta que comprendieron que el país no podía ser poblado, y mucho menos evangelizado, por grupos colonizadores o por la fuerza militar. Finalmente, los misioneros jesuitas —los capas negras— consiguieron asentarse firmemente en los valles ribereños que flanqueaban la costa oeste de México. Su empeño cristianizador fue una epopeya de coraje individual, espíritu de cruzada y desprecio por las comodidades de la vida. Los jesuitas trataron de proteger a los indígenas contra la explotación por parte de los mineros y rancheros, o de los ejemplos corruptores de la civilización europea, agrupándolos en pueblos misioneros autosuficientes. El esfuerzo realizado por las tres principales órdenes mendicantes —franciscanos, dominicos y agustinos—,

que estuvo relacionado con el trabajo misionero desde la conquista, fueron señalados con igual fortaleza.

LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Ignacio de Loyola, vasco español, organizó en 1534 la Compañía de Jesús planeando una organización militar para luchar contra el avance del protestantismo en Europa. Obtuvo la aprobación papal, para la nueva orden fraternal, de parte del papa Pablo III en Roma en 1540. Loyola puso gran énfasis en la educación de sus «soldados de Dios», y los primeros jesuitas resultaron ser universitarios pertenecientes a las mejores familias de Europa. Los candidatos eran escogidos en base a su aptitud mental y física, su disposición a una vida de rigurosa disciplina, obediencia total, y una irrenunciable devoción. Como orden religiosa, estaba mejor entrenada que los frailes de otras órdenes mendicantes y pronto se convirtieron en los custodios del saber en el Nuevo Mundo. Debido a su ambición, inflexibilidad y obediencia directa al papado, los jesuitas se ganaban enemigos muy fácilmente, incluso dentro del clero y, como de inmediato comenzaron a criticar la forma de vida de la nobleza establecida y el parapeto de la burocracia colonial, sembraron la semilla para un descontento posterior. Sin embargo, la protección sin temor de los indios a su cargo constituyó el punto principal en su programa para el Nuevo Mundo.

Los primeros misioneros jesuitas llegaron a la costa de Brasil en 1549, cinco años después del reconocimiento oficial de la orden. A Florida llegaron en 1566 y, finalmente, un selecto grupo de 15 llegó a México en 1572. Este grupo consagró las dos primeras décadas a la fundación de colegios en las ciudades, pero fue en 1591 cuando los capas negras se integraron a las misiones en la frontera noroccidental de la Nueva España. El 6 de julio de ese año, los padres Gonzalo de Tapia y Martín Pérez abrieron la primera misión jesuita permanente en Nueva España e iniciaron la conversión de los indígenas de la provincia fronteriza de Sinaloa. El padre Tapia fue el primer protomártir de su orden en Nueva España. En 1598, al finalizar el reinado de Felipe II, los capas negras comenzaron la búsqueda de conversos entre las tribus de la Sierra Madre occidental en Sinaloa. Desde allí, los jesuitas avanzaron continuamente hacia el norte, atravesando multitud de ríos,

cruzando las fronteras regionales, y ya para 1604 llegaban al río Fuerte. La primera misión se estableció en la moderna Sonora, a orillas del río Mayo, en 1613; cuatro años más tarde, en 1617, los indios yaquis, que derrotaron a la expedición militar española que penetró en la zona, invitaron a los capas negras para que fueran a su país y fundaran otra misión. Desde aquí, los misioneros avanzaron hasta el país de los ópatas, en 1628, donde permanecieron varias décadas.

POLÍTICA MISIONERA

De acuerdo con la política misionera general de los españoles, los capas negras persuadieron a los diseminados indígenas para que se asentaran en pueblos permanentes y pequeños, llamados *reducciones*, donde se les podría inculcar los rudimentos de una forma de vida civilizada y cristiana. Los indígenas, una vez asentados, eran idealmente instruidos en sus pueblos de nacimiento permitiéndoseles conservar su estructura de clases. Se planificó que los jefes nativos asumieran un papel semejante dentro de la organización municipal española; bajo las leyes de las indias, el control de los misioneros debía ser temporal —lo ideal es que sólo durara diez años—. Para alcanzar la secularización, se proyectó que las obligaciones religiosas estuvieran a cargo de un cura de parroquia, siendo los terrenos de la misión repartidos entre los indios conversos. En muchos casos, los misioneros insistían que la independencia no era positiva, especialmente dentro de los diez años, de manera que los conflictos, entre autoridades seculares y religiosas, se convirtieron en el principal problema durante los años posteriores. La ley española también especificaba que el tesoro real correría con los gastos del equipamiento inicial y con los de transporte de los misioneros, se les pagaría un pequeño salario anual, se compartirían los costes de la construcción de la misión y se les asignaría una pequeña guardia militar.

Tan pronto como los religiosos pudieran conseguir la ayuda de los indios, se consideraría la posibilidad de que las misiones se convirtieran en unidades autosuficientes por medio del cultivo, la cría de ganado y algo de industria textil. Los misioneros eran, al mismo tiempo, exploradores, geógrafos y agentes diplomáticos entre las diferentes tribus. En caso de un ataque por parte de indios no conversos o extran-

jeros, exigían la lealtad de sus neófitos en la defensa de estos puestos fronterizos. En algunas áreas, las funciones de los misioneros se vieron complicadas por la pobreza de la tierra, la ausencia de recursos naturales y el nivel cultural primitivo de los nativos. A pesar de todo esto, los jesuitas alcanzaban grandes progresos.

LAS MISIONES EN SONORA Y ARIZONA

A mediados del siglo xvii, y debido a que no surgía la evidencia cierta de la existencia de riqueza, el mayor empuje hacia el norte fue llevado a cabo por la iglesia. Aunque Nuevo México se conformó como campo de actividad especial de los franciscanos, a los jesuitas se les encargó las provincias de Sinaloa y Sonora, que eran a su vez parte de la región que los españoles llamaban Nueva Vizcaya. En 1644 había ya 35 misiones jesuitas en Sonora y, 30 años más tarde, se instalaban en los valles de Sonora y San Miguel. Tras varias décadas de expansión entre los yaquis y los ópatas, los jesuitas entraron en las secas y calientes tierras, de valles desérticos y cadenas montañosas aisladas, llamadas la Pimería por los indios pima. La región llamada Pimería Alta fue dividida entre Sonora de México y Arizona de los Estados Unidos de América, estaba formada por un área de 50.000 millas cuadradas que cubría hacia el norte, hasta los valles del Altar y del río Magdalena, hasta las riberas del Gila, y desde el valle del río San Pedro hacia el oeste hasta el golfo de California y casi hasta el río Colorado. Desde los primeros años de la década de 1640, los indígenas de dicha región se opusieron a la penetración española; sin embargo, los jesuitas tenían la certeza de que serían bien recibidos por los pimas. El hombre escogido para hacer el primer intento fue Eusebio Francisco Kino, jesuita con experiencia en la Baja California.

EUSEBIO FRANCISCO KINO, C.J.

Debido a que la Compañía de Jesús recibió en 1671 la petición, por parte de Alonso Fernández de la Torre, para que fundaran una misión en California, la corona española decidió organizar una expedición cuyo objetivo primordial fuera religioso. Como parecía que la ins-

talación de un asentamiento permanente en California nunca sería producto de una empresa privada, don Isidro Atondo y Antillóan, marino y soldado experimentado, obtuvo apoyo real para establecer una colonia en algún lugar cerca de La Paz. Kino y su compañero de orden, Matías Goñi, recibieron la orden de acompañar a la expedición hacia la península; a ellos se unió Juan Bautista Copart, en 1684, ante cuya presencia hizo el padre Kino los últimos votos como misionero, en agosto de ese año.

Kino, bautizado como Eusebius Chinus o Chini, nació el 10 de agosto de 1645, se crió en su pueblo natal, Segno, cerca de Trento, en el Tirol austríaco. A la edad de 18 años padeció una grave enfermedad y prometió que, si conseguía curarse, se haría misionero. Recibió educación en matemáticas y astronomía en Trento, Italia, y, posteriormente, el 20 de noviembre de 1665, ingresó en la Compañía de Jesús en Landsberg, Baviera; el joven Eusebio tenía la esperanza de viajar al Oriente, como misionero extranjero, pero el destino le escogió una carrera distinta. En 1678, un año después de su ordenación sacerdotal, se recibieron dos nombramientos emanados del rey de España: uno para Filipinas y otro para México. Tanto Kino, así escribía ahora su nombre, como uno de sus amigos deseaban ir a Filipinas; lo lanzaron a suertes y Kino perdió.

Kino viajó a España y permaneció en Cádiz más de dos años esperando un navío que lo llevara al Nuevo Mundo. Llegó a México a finales de la primavera de 1681 en momentos nefastos para la actividad misionera en las fronteras del norte, ya que los indios habían iniciado una serie de hostilidades que durarían varios años. El peor estallido tuvo lugar con la revuelta de los indios pueblo en Nuevo México en 1680, que consistió en un levantamiento simultáneo de los, hasta entonces, pacíficos indios de la provincia. Los pueblo, apoyados por los apaches, nómadas y totalmente hostiles, consiguieron matar 21 misioneros y 380 colonos en unos pocos meses. Los 2.000 españoles que quedaron huyeron a lo largo del río Grande hacia la zona de El Paso. Allí, ese mismo año, los españoles crearon un nuevo asentamiento llamado Guadalupe del Paso del Norte (hoy Juárez), mientras los indios pueblo retornaban a su antigua forma de vida. Para 1683, la revuelta de los pueblo se había extendido hasta el distrito de El Paso y hacia el noroeste de la Nueva Vizcaya donde destruyeron otras misiones. El presidio de El Paso del Norte fue fundado en 1683, mientras continua-

ba la inquietud de los indígenas. Los indios pimas, seris y otras tribus de Sonora se unieron a la rebelión.

Sin embargo, las noticias de la revuelta de los pueblo, no mermaron el entusiasmo de Kino ante la posibilidad de acompañar la expedición de Atondo hacia la Baja California como cosmógrafo real, aunque su verdadera participación abarcaba mucho más. El grupo llegó a La Paz, en abril de 1683, tomando posesión oficial de las tierras y comenzó a construir un asentamiento cerca de la bahía. Tras varios meses, los ataques de los indios y la falta de suministros les obligaron a mudar el asentamiento más hacia el norte —cerca de un río llamado San Bruno. Mientras erigían el asentamiento, Atondo y Kino como su cartógrafo, exploraban las regiones montañosas al oeste. Los dos hombres llegaron a cruzar la gigantesca barrera de la Sierra de la Giganta, convirtiéndose así en los primeros europeos en llegar al Pacífico por vía terrestre. Para mayor alegría, se encontraron con indios amistosos y cooperadores que les mostraron conchas marinas, particularmente algunas grandes conchas azules de gasterópodos que tendrían, posteriormente, una gran influencia en los conceptos geográficos de Kino.

Atondo no halló, en ninguna parte de la árida y rocosa península de la Baja California, terreno que fuera suficientemente fértil como para mantener a una colonia o misión. A medida que los suministros, venidos de México, escaseaban, la mayor parte de los colonos, dos tercios, enfermaron de escorbuto, hasta que, ya al final, quedaron pocas esperanzas de sacar la empresa adelante. En mayo de 1685, Atondo ordenó que todos los miembros de la expedición regresaran a tierra firme. El informe que presentó al virrey señalaba que la península no podía ser cristianizada utilizando los medios existentes y, por recomendación de Kino, propuso que a los jesuitas se les concediera un subsidio anual de 30.000 pesos, para que asumieran la responsabilidad total de la conversión de los nativos de la Baja California. Carlos II, considerando que ya se habían gastado más de 200.000 pesos en la fracasada aventura de Atondo-Kino y que existían otras necesidades en la Nueva España, emitió, en diciembre de 1685, un decreto real que suspendía el proyecto del padre Kino; de esta manera, las barreras que se opusieron a los asentamientos californianos dieron un nuevo impulso al movimiento hacia Arizona.

LA PIMERÍA ALTA

A pesar de su urgente petición de que se le permitiera regresar a la Baja California, el padre Kino fue asignado a la Alta Pimería, territorio de los indios pima del norte de Sonora y sur de Arizona. El imaginativo jesuita nunca abandonó su sueño de regresar a la península y, de hecho, esperaba establecer una base entre los indios seri, en la costa continental, desde la cual poder continuar su plan de convertir a California. Sin embargo, fundamentalmente debía considerar el programa de su misión como lo había concebido el padre Juan María Salvatierra, un jesuita joven, de ascendencia noble española e italiana.

Kino llegó a Oposura (actualmente Moctezuma), en Sonora, a fines de febrero o a principios de marzo de 1687. Debido a la revuelta de los pueblo, los indios que habitaban a lo largo de la frontera septentrional se encontraban inquietos y posiblemente planeando un futuro ataque. Desde la década de 1640, cuando los pimas que habitaban el río Magdalena rechazaron a don Pedro de Perea y sus frailes de Nuevo México, a estos indios se les consideró como hostiles y traicioneros. El padre José de Aguilar, sacerdote residente en Cucurpe, misión indígena en Opata, pensó que el padre Kino era la persona ideal para acercarse a los pimas y convertirlos al cristianismo. El 13 de marzo de 1687, en un promontorio cercano a la rancharía de Bamotze, o Cosari, situada en el valle del río San Miguel, Kino fundó la misión de Nuestra Señora de los Dolores. Los pimas afluyeron en busca de regalos y de la enseñanza del misterioso, pero bondadoso capa negra, y le ayudaron a plantar trigo y árboles frutales. Esta misión se convertiría en la base de operaciones de Kino durante los siguientes 24 años.

Kino tuvo éxito desde el primer momento. Envío mensajeros nativos para comunicar, a aquellos que quisieran escucharle, que habría regalos para ellos. Bautizó a sus hijos y les mostró los beneficios materiales que les traería la cristiandad. Sin embargo, una vez que estableció la misión, el expansionismo indomable de Kino lo llevó a adentrarse en nuevos campos. Entró por primera vez, en lo que es ahora Arizona, en enero de 1691 con Juan María Salvatierra que era, en aquel entonces, un padre visitador enviado por el Provincial de Nueva España para investigar los rumores que se propagaban en los círculos españoles con respecto a los pimas, asegurando que eran unos mentirosos incorregibles, además de ladrones. Como Kino tenía planes para la

conversión de las tribus pimas del norte, Salvatierra decidió acompañarlo en un recorrido por la Pimería Alta. El padre visitador quedó impresionado por la entusiasta recepción que se les dio y las ventajas de una misión en la región. Los dos jesuitas continuaron hasta el curso alto del río Altar, donde fueron recibidos por una delegación de nativos que portaba cruces de madera. Si Salvatierra tenía alguna duda sobre sus deseos de convertirse, ésta desapareció. La coordinación resultó perfecta.

Kino y Salvatierra viajaron hacia el norte, cruzando la frontera internacional al oeste de la actual Nogales, luego se dirigieron hacia el este, cruzando las montañas, y, finalmente, descendieron, siguiendo un arroyo, al valle de Guevavi. En vez de girar hacia el sur, en dirección al poblado indio de Guevavi, los nativos les guiaron hacia el norte en dirección a la ranchería de Tumacácori. En la orilla derecha del río, que Kino llamó el Santa María, les esperaban un grupo de indios. En la ranchería de San Cayetano de Tumacácori permanecían algunos jefes sobaipuri del norte, que habían construido tres chozas (ramadas), una para decir misa, otra para dormir y la tercera para cocinar. Había además unas cuarenta casas, y los indios eran amistosos y trabajadores. El valle era fértil y los nativos parecían ansiosos de oír la voz de Dios. Salvatierra quedó convencido y regresaron a lo largo del mismo río, siguiendo su curso hasta la ranchería de Guevavi, allí donde la gente había construido un grupo de chozas que llegaron a ser conocidas como *gi vavhia*, Gran Pozo o Gran Fuente. El agua del río era utilizada para irrigar el maíz y para regar los gigantescos álamos y sauces que les daban sombra. La gente aceptaba los regalos y escuchaban lo que los jesuitas narraban con la ayuda de los interpretes. Kino pensó que las posibilidades de trabajo misionero en el valle de Santa Cruz eran muy buenas, de manera que decidió volver al año siguiente. El trabajo que realizaba en Sonora era muy prometedor y lo mantenía ocupado, por lo que no visitó Arizona de nuevo hasta finales de 1694. Viajó por los valles de Santa Cruz y Gila, posiblemente cruzó el Tucson desde donde observó las ruinas de Casa Grande, llegando casi hasta la confluencia de los ríos Gila y Salt. En el capítulo VIII del diario de Kino, página 107, puede leerse lo siguiente:

Por Noviembre de 1694 entré con mis sirvientes y algunos justicias desta Pimería, hasta la Casa Grande, que así la llaman estos pimas, y

es el río caudaloso de Gila, que sale desde el Nuevo México y tiene su origen cerca de Acoma. Esta este río y esta Casa Grande y sus cercanas 43 leguas mas adelante y al noroeste de los sobaipuris de San Francisco Javier del Bac... Toda era gente agradable y dócil, y nos dieron noticias de las dos naciones amigas que hay mas adelante por todo el río abajo al poniente y al noroeste en el río Azul, y mas adelante en el río Colorado, que son la de los opas y la de los cocomaricopas, que son de muy diferente, pero muy clara lengua... La Casa Grande es un edificio de cuatro altos, tan grande como un castillo y como la mayor iglesia destas tierras de Sonora; dicese la dejaron y despoblaron los mayores de Moctezuma, y perseguidos de los cercanos apaches, salieron al Oriente o Casas Grandes, y de allí tiraron hacia el Sur y Suroeste, y fueron a fundar la gran ciudad y corte de México. Junto a esta Casa Grande hay otras trece menores, algo más caídas, y las ruinas de ciudades enteras con muchos metates y ollas quebradas, carbones, etc., y serían sin falta las siete ciudades que refiere el apostólico varón fray Marcos de Niza, el cual, en su larga peregrinación, vino hasta el Bacapa, ranchería destas costas que dista como 60 leguas desta Casa Grande al Sudoeste, y esta como 20 leguas de la mar de la California...

LA SUBLEVACIÓN

Los problemas se iniciaron en 1695, en la misión de Tubutama, en el valle del Altar, lugar donde se encontraba el padre Daniel Januske, quien pidió a algunos soldados españoles que se acercaran al asentamiento para castigar a dos pimas que estaban causando problemas y que, creía él, amenazaban su vida; los soldados cumplieron y castigaron a los indios frente al resto de la población. El padre Januske también cometió un error cuando contrató a un arrogante indio ópata como capataz para los rebaños y los campos de la misión. Los pimas de la misión no simpatizaban con los ópatas y cuando, en marzo de 1695, el padre Januske se ausentó, los pimas asesinaron al capataz y a otros dos ópatas que, por casualidad, estaban allí en ese momento. Quemaron la casa del sacerdote y la iglesia, destruyeron los objetos sagrados y mataron el ganado de la misión. Luego se dirigieron hacia el sur, donde reclutaron más pimas, y continuaron en dirección al asentamiento misionero de Caborca, asesinando al padre Francisco Javier

Saeta, misionero jesuita, residente recién llegado de la ciudad de México a mediados de octubre, convirtiéndose así en el primer mártir de la Pimería Alta.

A causa de la muerte de Saeta, Gabriel del Castillo, un madrileño que era gobernador y capitán general de Nueva Vizcaya desde 1693, ordenó una respuesta sin precedente para aplastar la rebelión, pero los soldados no encontraron una resistencia organizada. Se pidió al padre Kino que reuniera a los jefes que no habían tomado parte en la asonada para descubrir quiénes lo habían hecho; el encuentro entre los pimas, Kino, los soldados y los indios seris, se llevó a cabo en la rancharía de El Tupu. Todo transcurría normalmente hasta que se señaló al primer culpable que, en vez de ser arrestado fue decapitado por los soldados. En aquel momento se produjo un motín y la mayoría de los cincuenta indios pimas que resultaron muertos eran pacíficos. Los edificios que quedaban en la misión de Tubutama y Caborca fueron incendiados, también las iglesias de Imuris, Magdalena y San Ignacio. Se dispuso otra reunión en El Tupu, llamada luego La Matanza, para hacer arreglos para alcanzar la paz. Kino pudo restaurar el orden, pero los indios recordarían, por mucho tiempo, la respuesta española a la rebelión.

LA CAMPAÑA DE 1695

La historia completa de la campaña se conserva en un diario de 200 páginas guardado en el Archivo de Hidalgo del Parral, microfilm 1.695, ff. 5-208. Es una excelente fuente acerca de los detalles de la campaña militar, los soldados que tomaron parte (véase apéndice A), la conducta y respuesta de los indios, y la actuación de los jefes españoles; los siguientes extractos nos dan una visión aproximada de lo que ocurrió en el área, en lo que es actualmente Arizona:

En dicho día 26 de julio de 1695 años, nosotros, los generales, don Domingo Terán de los Ríos y Juan Fernández de la Fuente, en virtud del auto de arriba, hicimos parecer ante nosotros, al alférez Francisco de Acuña, que lo es actual de la compañía volante del cargo del general don Domingo Jironza Petriz de Cruzate, al cual por ser muy inteligente en la lengua pima, le dimos a entender que lo teníamos

nombrado para que a su leal saber y entender, hiciese el oficio de intérprete. Y asimismo, nombramos dos indios de dicha nación, pimas cristianos, el uno llamado Cristóbal y el otro Francisco, para que estuviesen presentes. Y en lengua ópata se le diese a entender en todo lo que se le preguntaba a los declarantes y que en la misma lengua dijese ellos lo que respondieren. Que para entenderlos, se nombró por intérprete de la lengua ópata, a un soldado de la compañía de dicho general, Juan Fernández de la Fuente, llamado Cristóbal Granillo. Y estando todos los dichos intérpretes presentes, les dimos juramento en forma de derecho, el cual hicimos por Dios Nuestro Señor y la señal de la cruz. So cuyo cargo prometieron decir verdad y de interpretar bien y fielmente su leal saber y entender sin añadir ni quitar palabras ni razones. Y en conformidad de lo dicho, hicimos traer ante nosotros al indio pima preso con un par de grillos, al cual se le preguntó por medio de los dichos intérpretes, si era cristiano o gentil. Dijo ser cristiano y que se llamaba Xavier y lo había bautizado el padre Eusebio Francisco Kino en el pueblo de Nuestra Señora de los Dolores y que es natural de la ranhería del Bosane...

Y habiéndole preguntado que si sabe la causa de haberse alzado los indios de los pueblos y ranherías referidas y que por qué causas habían muerto al padre Francisco Xavier Saeta en el pueblo de Caborca y al indio Antonio, de nación ópata, mayordomo del padre Daniel Janusque, misionero de este pueblo del Tubutama. Y por qué lo habían querido matar a dicho padre, dijo que al padre de este pueblo nunca lo quisieron matar, porque lo querían mucho. Que sólo quisieron matar a los ópatas, que eran tres porque no eran de su nación y porque el Antonio, que era el mayordomo de dicho padre, había azotado al caporal de esta estancia, que era gentil y que éste dio tlatoles a sus parientes de las ranherías de Quisore y de Araupo y este pueblo. Que teniéndolos juntos en esta estancia para matar dichos ópatas, llegó dicho padre y su mayordomo donde estaba la gente y que estuvo hablando con ellos y les dijo, que se quería ir y no había de volver, porque le estaban matando las vacas y las bestias. Que conocía que ellos no lo querían. Que sacaría cuanto tenía y se iría de una vez. Que con estas razones se fue por las lomas con un muchacho. Y que queriendo algunos seguir al padre para matarlo, dijo el caporal que no siguieran al padre ni lo mataran, porque él lo quería mucho. Y que habiéndolo dejado ir, empezaron luego a flechar a dicho mayordomo, porque en el rodeo había visto muerta una vaca, que dicho caporal la había matado para los indios de la junta.

Y estándolo riñendo, lo empezaron a flechar y viéndose herido, había ido huyendo a caballo hacia el pueblo y que el caporal y todos

lo fueron siguiendo. Y que en una casa de un compadre suyo se había metido, donde cuando ellos llegaron lo hallaron muerto. Y que allí lo sacaron y lo tiraron en un arroyo. Y que allí mataron a los otros dos ópatas y los tiraron. Y que a un indio llamado Angel y a su mujer, que era del pueblo de los zuris, que hablaban bien la lengua pima, los había escondido un compadre suyo, porque no los matasen y que de noche los sacaron para que se fuesen a su pueblo como se fueron. Y que el caporal quebró las puertas de la casa del padre y entró con los demás indios y sacaron los ornamentos y cuanto había y lo repartieron entre todos.

KINO Y LOS INDIOS PIMA

Las constantes incursiones y el pillaje, por parte de los apaches, mantenían a la nación pima, a los militares españoles y al padre Kino, constantemente preocupados. Tras la muerte del padre Saeta, Kino y su compañero, el capitán Juan Mateo Manje, esperaban oír gritos de guerra de los apaches o de los pimas y sufrir un ataque parecido. El capitán Manje escribió más tarde que Dolores y sus habitantes no fueron atacados porque la iglesia de la misión estaba muy bien adornada y pintada. Kino, por último, convenció al general Juan Fernández de la Fuente, comandante de la prisión de Janos, de que la nación pima no estaba alzada, sino que huía por temor a sufrir la misma suerte que habían corrido, tanto los culpables como los inocentes, con motivo del asesinato del padre Saeta. El general encargó a Kino que convocara una reunión para concertar la paz con los jefes pimas; el 30 de agosto de 1695, se reunió con los indios, además de las autoridades españolas, en El Tupo; la reunión fue productiva y se restauró la paz. En aquella época, la amistad de los pimas era tan grande que, cuando el padre Kino viajó a México, en noviembre de 1695, se hizo acompañar por el hijo de El Coro, un jefe sobaipuri que se convirtió al cristianismo. Tanto el virrey como las autoridades eclesiásticas se alegraron de conocer al joven indio pima y creyeron que era una buena prueba del excelente trabajo realizado por los jesuitas; debido a ello, el virrey prometió enviar otros cinco sacerdotes a la Pimería Alta.

TRABAJO PRELIMINAR DE KINO

A comienzos de 1696, Kino se propuso atraer a los sobaipuris de las ranherías del alto San Pedro, para que se incorporaran al sistema de la misión. Llevó el ganado hasta Bac y lo distribuyó entre los indios del asentamiento de Santa Cruz; este ganado formaría los núcleos de los rebaños que servirían de alimento a los residentes de la misión y a los hombres de Kino durante los viajes exploratorios. Por lo tanto, los ranchos ganaderos de las misiones llegaron primero que las propias misiones. Posteriormente, Kino erigió altares en campo abierto o protegidos por techos construidos por los indios, donde decía misa y hablaba acerca de la forma de vida cristiana. Por último, organizó una gran delegación de jefes sobaipuris y de la zona alta del valle de Santa Cruz, para que se presentaran ante el rector de los jesuitas del distrito de Baccerac y le pidieran más misioneros.

Kino volvió a la ciudad de México a fines de 1696 y luego regresó a Arizona en 1697, desde donde se dirigió de nuevo hacia el norte siguiendo el río Santa Cruz. El 27 de setiembre de 1698, Kino y el jefe de su escolta militar, el capitán Diego Carrasco, hicieron la primera referencia escrita a Tucson, Arizona, a la que llamaban San Cosme de Tucson. Kino volvió a encontrarse con los habitantes de la zona el 7 de marzo de 1699. Su escolta militar durante este viaje, el teniente Juan Mateo Manje, mencionó que habían pasado por cuatro asentamientos, separados entre sí una legua, en su travesía entre San Agustín de Oiaur y San Xavier del Bac. En esa época, Tucson sería como una ranhería de los actuales papagos; la gente vivía desperdigada en los montes en agrupaciones de casas próximas al río Santa Cruz. Manje observó, que en las cinco o seis leguas entre Oiaur y Bac había numerosos campos cultivados y con zanjas de riego. Es muy probable que los indígenas cultivaran maíz, judías, calabazas, melones, trigo, algodón, amaranto, quenopodio, «garra de diablo» y tabaco en los campos regados con el agua del río; también dependían del semiárido desierto para otros alimentos vegetales y para toda la carne.

A Kino le corresponde el mérito de establecer la primera misión jesuita en lo que es hoy Arizona. En 1701 nombró varios sacerdotes para los asentamientos pimas de Guevavi y Bac en el valle del río Santa Cruz. El primero de estos misioneros en llegar a su destino fue el padre Francisco Gonsalvo, un valenciano de 28 años que tuvo una in-

fluencia poco perdurable en los indios ya que, al cabo de un año, Gonsalvo enfermó y murió al llegar a la casa del padre Agustín de Campos en la misión de San Ignacio de Caborca, el 10 de agosto de 1702, fue enterrado en el cementerio de la misión. Su colega, el padre Juan de San Martín, nacido en Caravaca, Murcia, en 1670, llegó a la ciudad de México a la edad de 18 años, ingresó en la orden de los jesuitas y estudió en la capital durante unos doce años. El padre San Martín llegó a Guevavi en el verano de 1702 y dirigió la construcción de una pequeña iglesia y una casa. Además, colocó las bases para una casa y una iglesia de mayor tamaño, pero como le sucedió a Gonsalvo, se enfermó y dejó la misión, pero más afortunado que San Martín, recobró la salud y sirvió en otras zonas fronterizas. El padre Agustín Campos, sacerdote de Caborca hasta 1736, nació en Sijena, Huesca en 1669, pertenecía a los jesuitas desde que tenía 15 años y en 1693, cuando tenía 24, había iniciado su ministerio en San Ignacio.

CONEXIÓN CON LA BAJA CALIFORNIA

En 1700, el padre Kino inició un proyecto para establecer una conexión entre Arizona y las misiones de Salvatierra en la Baja California. Entre 1698 y 1701, Kino realizó siete viajes exploratorios a caballo, para demostrar que California era realmente una península y que las misiones no tenían por qué ser abastecidas cruzando el traicionero mar de Cortés. En 1701, acompañado de Salvatierra, se encaminó hacia el golfo cruzando campos que «más bien parecían de cenizas que de tierra», y donde el suelo estaba cubierto de pedruscos de lava negra solidificada. Al llegar al punto donde el río Colorado desemboca en el golfo, Kino llegó a la conclusión, que posteriormente confirmó, de que no existía ninguna isla como se había pensado hasta entonces; y por supuesto, aceptó la explicación de los indios yumas, que decían que las conchas azules que utilizaban habían sido llevadas por tierra desde el Pacífico. Los mapas de la Pimería Alta y de la península de California, trazados por Kino en 1702, demostraron, de manera determinante, que el concepto geográfico expuesto por Francisco de Ulloa en 1539, era correcto.

A pesar del esfuerzo de Kino, las misiones existentes dentro del territorio perteneciente al actual estado de Arizona, no prosperaron.

Los primeros sacerdotes en San Xavier de Bac y San Gabriel de Guevavi, fueron también los últimos mientras Kino vivió, y durante los veinte años siguientes. Sin embargo, el incansable jesuita exploró casi todo el territorio de Arizona al sur del río Gila, antes de su repentina muerte el 15 de marzo de 1711, mientras ayudaba a dedicar una iglesia en Magdalena, Sonora. Kino también fue el primero en llevar vacunos, ovejas, cabras, caballos y mulas a la Pimería Alta para ser utilizados por los indígenas, y más de veinte ranchos debían su creación a su previsión y cuidado. También introdujo, entre los pimas, nuevas variedades de frutas, hortalizas, granos y la caña de azúcar y les ayudó a defenderse de los ataques de sus belicosos vecinos. Sus escritos acerca de los territorios pimas, hizo que éstos se conocieran en el exterior y atrajeron colonos hacia esa zona.

ASENTAMIENTOS EN LA BAJA CALIFORNIA, 1697

El padre Salvatierra, compañero y buen amigo de Kino, se hizo cargo en 1697, del área misionera de California por orden real del anciano Habsburgo, Carlos II. Debido a que las posibilidades de éxito eran exiguas, la aprobación real se produjo debido a la determinación de los jesuitas de ser autosuficientes. A través de la labor del padre Juan de Ugarte, nacido en Honduras y profesor de filosofía en los colegios jesuitas de Zacatecas y de la ciudad de México, se obtuvieron suficientes fondos para el proyecto de California, por medio de donaciones individuales y de organizaciones, tanto en la Vieja como en la Nueva España (Venegas 42). Estos donativos conformaron la base del Fondo Pío, una respetable cantidad de dinero asignada al apoyo de las misiones en California; este fondo se mantuvo permanentemente durante el periodo español y el mexicano.

El decreto de 1697, ordenaba a los jesuitas a correr con todos los gastos de su expedición a la Baja California sin ayuda del tesoro real. A cambio, se les dio a los misioneros una autoridad extraordinaria: permiso para controlar a sus protectores militares, alistar soldados y guardias, elegir y quitar oficiales, nombrar funcionarios civiles para la administración de justicia y tomar posesión del nuevo territorio en nombre del rey. El padre Kino había resuelto acompañar la expedición en cuanto los suministros y hombres estuviesen listos, pero se presen-

taron disturbios entre los indios de la Pimería Alta, a los que tuvo que atender. En octubre de 1697, Salvatierra partió con el capitán Luis de Torrey y Tortolero, cuatro soldados y tres indios; la gran barca que les acompañaba, cargada de ganado y suministros, naufragó durante una tormenta, antes de llegar a la península. El pequeño grupo de Salvatierra llegó ileso a Bahía de la Concepción (cerca de la actual Mulege), pero enseguida se desplazaron hacia el sur en busca de mejores tierras. Pasaron por San Bruno, el asentamiento que, tristemente, habían abandonado Kino y Atondo, continuando hacia la bahía de San Dionisio, donde descubrieron una fuente natural no muy lejos de la costa. Los amistosos nativos llamaban al lugar, Concho, que significa mangles de color. Aquí, el 19 de octubre de 1697, los misioneros construyeron una capilla temporal, plantaron una gran cruz enfrente, tomaron posesión oficial de la zona y la bautizaron en honor a su patrona, Nuestra Señora de Loreto.

EN BUSCA DE UNA RUTA TERRESTRE

Al comenzar el nuevo siglo había en Loreto cerca de setenta colonos, pero todos los suministros tenían que ser transportados desde Sinaloa y Sonora, utilizando naves de poca categoría, que hacían aguas y que no tenían ninguna posibilidad de aguantar una tormenta en el golfo. La estéril e improductiva península dependía totalmente de estos barcos, por lo que Salvatierra viajó a la Pimería Alta en 1701 para unirse al padre Kino en busca de una vía terrestre, que uniera Sonora con la Baja California. Durante su ausencia, el padre Ugarte, descorazonado por no poder obtener ayuda gubernamental para California, llegó a la bahía de San Dionisio después de navegar tres días por el golfo en el casco podrido de una imitación de barco. Ugarte decidió que la mejor ayuda la recibiría de Salvatierra y Piccolo, y por lo tanto relevó al último para que volviera a reunirse con sus indios en San Javier. Ugarte permaneció en Loreto hasta que Salvatierra regresó de México; para ese momento los tres jesuitas comenzaron a trabajar en equipo, alternándose entre las dos misiones y la tierra firme.

Los fondos y suministros continuaban siendo tan escasos en la península, que los padres jesuitas estaban al borde de la inanición. El padre Salvatierra chistosamente se refería a sus raciones como «dieta para

ratas», pero con el tiempo la realidad de la situación acabó con su buen humor. En 1700 elaboró una lista pormenorizada de las conquistas misioneras, describiendo las tremendas dificultades, y rogando que la corona pagara los soldados, como lo hacían en otros puestos fronterizos; el fiscal real de México rechazó la petición de ayuda ya que los jesuitas habían convenido, en 1697, que correrían con todos sus gastos. El padre Ugarte que fue a México para solicitar fondos, trató de explicar la diferencia entre crear una colonia y mantenerla indefinidamente. Posteriormente, el padre Piccolo viajó a México en 1701, donde presentó un informe similar.

AYUDA PARA CALIFORNIA

Carlos II murió en medio de esta crisis sin dejar herederos, y su joven sucesor, el borbón Felipe V, nieto de Luis XIV, invirtió la dirección; aunque la sucesión de un monarca francés produjo una guerra con Inglaterra, tuvo un efecto positivo en California. Un nuevo decreto real, fechado el 17 de julio de 1701, asignó seis mil pesos al año, no sólo para salvar, sino también para alentar e incrementar las misiones en California; el rey ordenó un informe completo sobre las condiciones existentes tanto de las misiones como también de los barcos de suministro. Esta oferta tuvo un efecto psicológico muy importante, aunque las misiones fueron realmente salvadas por las generosas donaciones de don Joseph de la Puente, don Juan Cavallero y Ocio, y otros donativos particulares. El padre Piccolo respondió a la petición de Felipe V con un segundo informe fechado en febrero de 1702, en el cual hacía una descripción favorable de la Baja California. El entusiasmo fervoroso del sacerdote le impulsó a exagerar la fertilidad y ventajas de la rocosa península. Se le olvidó mencionar la falta casi total de agua, las frecuentes sequías, las destructivas inundaciones ocasionales, la fuerza de los vientos y los huracanes o las invasiones de langostas.

Debido a la naturaleza hostil de la tierra, la soñada conexión entre la misión de Kino entre Sonora y Arizona nunca llegaría a realizarse. Los jesuitas de la Baja California lucharon durante décadas por conseguir apenas introducirse dos tercios hacia el norte por la península.

EL PADRE KINO COMO DIPLOMÁTICO

Además de su trabajo como constructor de misiones y como explorador, el padre Kino afrontó muchas situaciones difíciles como diplomático. Los apaches, que fueron sometidos temporalmente por El Coro en 1695, se volvieron nuevamente agresivos, realizando en 1703 tantas correrías, que las autoridades españolas pensaron que podían perder la Pimería Alta. Aunque los apaches eran los enemigos, se culpó también a los pimas. Debido a sus dotes diplomáticas, Kino pudo hacerse con la amistad de los pimas, especialmente con la ayuda de su amigo El Coro, y conservar así su misión.

Durante muchos años, el padre Kino había tenido la esperanza de fundar un gran pueblo en algún lugar de la Pimería Alta. Propuso que fuese un pueblo en vez de un presidio, ya que creía que era preferible la civilización a la conquista; decidió ubicarlo a orillas del río San Pedro en Quiburi, pueblo de El Coro. En 1706, Kino recibió cartas del general De la Fuente y del capitán Juan Díaz de Terán, oficial real superior en el valle de Opodepe. Fuente lo felicitaba por sus logros en encontrar la vía terrestre a California y por su éxito en ganarse la amistad de los indios. El general también estaba, además, de acuerdo con Kino en que los yumas y sus vecinos del norte, los quiquimas, también estaban pidiendo sacerdotes. El general Manje (antes capitán) también recomendaba, el 15 de setiembre de 1706, el envío de otros misioneros y treinta soldados hacia el área del río Colorado y les apremió a que construyeran un gran pueblo para albergar las oficinas principales del asentamiento español.

Estos planes nunca se llevaron a cabo debido a la guerra de Sucesión española, que comenzó en 1701 cuando el monarca borbón, Felipe V, ascendió al trono de España. Los ataques de Gran Bretaña contra Francia y España acapararon gran parte de las fuerzas militares española y no sobraban soldados que trabajaran en una frontera tan lejana. Incluso después de que terminara la guerra y se establecieran los términos de la paz en 1713, por el Tratado de Utrecht, el gobierno español no tenía dinero para gastarlo en las colonias del Nuevo Mundo.

El padre Kino dejó muy pocos informes sobre sus actividades entre 1707 y 1710; en los años posteriores escribió un largo informe en que resumidamente hacía un recuento de toda la labor que había lle-

vado a cabo en la Pimería Alta. Instó al rey para que considerara las grandes ventajas que se obtendrían al continuar la colonización de la Alta California y la fundación de una villa civilizada. Desgraciadamente, el padre Kino murió casi repentinamente en marzo de 1711 en una visita al pueblo misionero de Santa María Magdalena para consagrar, a San Francisco Xavier, una bella y nueva capilla. El padre Agustín de Campos le suministró los últimos sacramentos y rezó el funeral; el padre Kino fue enterrado en la misma capilla del pueblo de Magdalena (ahora Ricardo Flores Magon) «en el lado derecho del altar, donde están ubicadas la segunda y la tercera sillas.»

LA MISIÓN CONTINÚA

Después de la muerte de Kino, los esfuerzos continuados de los padres Agustín de Campos y de su colaborador, Luis Xavier Velarde, mantuvieron la actividad del trabajo misionero en la Pimería Alta. Entre los años de 1716 y 1720, el padre Campos bautizó a 1.004 personas, la mayoría de ellos niños; prestó sus servicios en Caborca hasta 1736, continuó con el trabajo iniciado por el padre Kino y organizó expediciones hacia el oeste y hacia el norte. El padre Luis Xavier Velarde, que sustituyó a Kino en Dolores, Remedios y Cocospera, estaba bien entrenado para salvar almas, aunque no le gustaba hacer viajes muy largos y prefería recibir visitantes del norte. Velarde nació en Valladolid, España, el 25 de agosto de 1677, e ingresó en la Compañía de Jesús el 20 de abril de 1697. Llegó a la Pimería Alta en 1713, dos años después de la muerte de Kino, pero había tenido noticias de la excelente labor que había realizado su predecesor. Velarde permanecería a cargo de Dolores hasta que murió en 1737.

Uno de los problemas más graves que afrontaron los misioneros en todo momento, fue el hecho de que las enfermedades del Viejo Mundo mataban a los indios en grandes cantidades. Muchos de los niños que el padre Campos bautizaba en una expedición habían muerto para la siguiente por culpa de la viruela, el sarampión o el tifus. Campos y Valverde trabajaron duramente para mantener contentos a los pimas, pero no sabían cómo controlar las enfermedades. En 1720 llegaron otros dos sacerdotes, los padres Luis María Gallardi y Luis María Marciano.

Los pimas del norte continuaban viajando hacia el sur para establecer misiones. El 17 de enero de 1722, en Imuris, cerca de Santiago, el padre Campos bautizó y luego unió en matrimonio a María y a Ignacio, ambos de Guevavi. El 5 de marzo de 1722, Campos, acompañado de funcionarios nativos y de fray Joseph Durán de la Peña, de la orden de San Hipólito bautizaron 18 niños en Guevavi. Al día siguiente, el sacerdote, a cuyo séquito se habían unido indios de Guevavi y de otras rancherías, continuó a lo largo del río hasta San Cayetano de Tumacácori donde bautizó y dio nombres cristianos a 27 niños. Los gobernadores nativos de Guevavi y San Cayetano actuaron durante la ceremonia como padrinos. En San Xavier del Bac, unas 25 leguas más al norte, el número de niños bautizados llegó casi a 100. Después de la ceremonia, Campos y su grupo regresaron siguiendo el río, hasta un punto situado a varias leguas de Tumacácori, pasaron por Saporí y llegaron a Arivaca de Tucubavia, el lugar donde hacía ya 31 años, el padre visitador Salvatierra había quedado impresionado por las pequeñas cruces de madera.

Desgraciadamente, el principal enemigo de los jesuitas continuaban siendo, todavía, las enfermedades y en especial la viruela. El padre Campos bautizó tantos indios como pudo y escribió a sus superiores acerca de la necesidad de que hubiese más sacerdotes; también sugirió al virrey que se estableciera un presidio en la parte baja del Gila para que sirviera como eslabón con California, ya que desde aquí, los jesuitas podrían, posiblemente, penetrar en los pueblos hopi de más al norte.

LA OPOSICIÓN A LOS MISIONEROS

Los primeros años de la década de 1720 fueron de rivalidades en Sonora, debido a que ciertos individuos de la población militar y civil, se oponían al sistema de las misiones. En el año de 1706, Juan Mateo Manje, compañero de viajes de Kino, elogió el trabajo de los jesuitas pero propuso que se diera por terminada la fase misionera. Coincidiendo con los sentimientos de los mineros y de los hacendados de Sonora en general, propuso que las tierras de las misiones se distribuyeran entre los indios, que las misiones fuesen secularizadas y que a los indios se les obligara a trabajar en las minas o ranchos de acuerdo con el sistema de repartimientos. La influencia de los jesuitas logró el arresto de

Manje en Parral por hacer tales propuestas, aunque posteriormente se le puso en libertad. Sin embargo, los veinte años de exoneración de tributo y repartimiento del que gozaban los indios de acuerdo con la cédula original de Kino, habían finalizado, y en 1722, los ciudadanos de San Juan Bautista pidieron la retirada total de los jesuitas y la repartición de la tierra y el ganado de las misiones entre los indios. Don Gregorio Álvarez Tuñón y Quirós, capitán del presidio de Fronteras, junto con algunos otros, quienes aparentemente tenían la intención de hacerse con el trabajo y las tierras de los indios, elevaron una petición para que los jesuitas fuesen retirados y las misiones secularizadas.

Los misioneros no se tranquilizaron hasta que en 1726, el visitante general Pedro de Rivera reemplazó a don Gregorio con un nuevo capitán, don Juan Bautista de Anza. Anza se convirtió en un firme defensor de los misioneros, como también lo era el obispo de Durango, Benito Crespo. Este obispo apremió al virrey y al padre provincial para que enviara otros tres sacerdotes a la Pimería Alta. Mientras se discutía el caso del aumento de los misioneros, los padres Campos y Velarde continuaron sus actividades. Durante la Semana Santa de 1726, Campos bautizó 25 nativos en Tumacácori. En un lugar muy agradable situado sobre el río Santa Cruz, justo al norte de San Cayetano, el buen padre bautizó un bebé; el padre Campos anotó el nombre del lugar como Tubac, lugar que se convertiría en un importante presidio durante la década de 1750.

Para atraer a los indios del norte hacia las misiones, el padre Velarde ordenó que se trajera de la ciudad de México un cargamento de regalos. Registró 57 matrimonios, entre nativos de Santa María y Guevavi, realizados entre el 1 de noviembre de 1725 y el 20 de abril de 1729 e indicó que había bautizado 276 niños de los alrededores, aunque muchos de ellos murieron a causa del sarampión. A pesar de las enfermedades y de la crítica de los extraños hacia los pimas, a quienes tildaban de desagradecidos e indignos, el virrey continuó con su apoyo a las misiones. Las reales cédulas fechadas el 10 de octubre de 1728, le permitieron al virrey pedir, el 27 de abril de 1730, que se establecieran tres nuevas misiones jesuitas en la zona norte de la Pimería Alta. Aunque esto fue una buena noticia para los jesuitas, no significaba que dejaran de existir los problemas. Las condiciones de las misiones ya establecidas se habían deteriorado a partir de la muerte del padre Kino y los nuevos padres tendrían que hacer un gran esfuerzo para seguir los pasos de su famoso predecesor.

ACTIVIDAD EN LA FRONTERA

Durante los últimos años de la década de 1720, se reunieron en Europa un grupo de jesuitas de varias regiones de Alemania, Italia y España, cuyo objetivo era la obra misionera en Nueva España. Se encontrarían en España, alojándose en un gran hospicio de Sevilla o en el Puerto de Santa María, en Cádiz, donde esperarían, durante un año o dos, un convoy que los transportara a Veracruz. El padre Kino, con anterioridad, esperó bastante tiempo en Cádiz, y lo aprovechó para perfeccionar su español y aprender artes que le resultaran útiles para su trabajo misionero. Los compañeros jesuitas estudiaron astronomía, y matemáticas; aprendieron cómo fabricar brújulas o relojes de sol, a coser, hacer botellas, soldadura en estaño, trabajar con el torno y desarrollar habilidades que necesitaban para la construcción de las misiones entre los nativos.

En el Archivo General de Indias, Contratación, legajo 5.550, existe una lista de 26 jesuitas que formaron parte del grupo de 1730. Antes de que se les permitiera embarcar, cada jesuita debía presentarse ante un tribunal examinador. Uno de los padres alemanes describió así su experiencia:

Llegamos muy temprano y se nos alineó frente al tribunal; en una mesa estaban sentados un grupo de caballeros que nos miraron de arriba a abajo. A cada uno se le preguntó su nombre y nacionalidad, su rango, sacerdote o hermano lego, hasta dónde había llegado en sus estudios, y así sucesivamente; todo esto era debidamente anotado en un folio por el secretario. Luego nos observaron a todos durante cierto tiempo, de manera que pudieran describir cuidadosamente nues-

tras fisonomías y estaturas, con el fin de que ningún impostor pudiese embarcar y llegar ilegalmente a las Indias. Me era difícil contener la risa viendo cómo estos caballeros nos contemplaban gravemente y dictaban para que se escribiera nuestra completa descripción física... Ningún matarife ve con tanto interés a una res como nos miraban estos hombres.

Cuando el navío *La Potencia*, alias *El Blandón*, partió en 1730, los 26 jesuitas iban a bordo. Debió ser un grupo muy interesante de alemanes, italianos y españoles reunidos en una vivienda tan reducida. Arribaron al puerto de La Habana el 2 de febrero de 1731, permanecieron allí durante dos meses y en abril partieron hacia Veracruz, ciudad que el padre Fernando Consag, de nacionalidad húngara, describió como insalubre y con muchas enfermedades. Le pareció que el nombre Vera Cruz era muy apropiado ya que muchos europeos morían de «el vómito negro» y otras enfermedades del estómago. Ninguno de los misioneros se sintió apesadumbrado al tener que iniciar el viaje por tierra a la ciudad de México.

NUEVOS DESTINOS EN LA PIMERÍA ALTA

Después de una corta estadía en la capital, tres de los jesuitas recién llegados —Philip Segesser, suizo; Ignacio Xavier Keller, moravo y Juan Bautista Grashoffer, austriaco— recibieron la noticia de que se les había destinado a la Pimería Alta. Hicieron el equipaje y se pusieron en camino hacia Durango, en el norte, donde deberían encontrarse con el obispo Benito Crespo. Todos recibieron el acostumbrado regalo real, de vestimentas y equipos para el altar de las iglesias, que erigirían en las regiones fronterizas entre Sonora y Arizona. Tras conocer al obispo de Durango y visitar al padre Gaspar Stiger, de camino a una misión de Tarahumara, los tres partieron, en agosto de 1731, hacia la Pimería Alta.

El reducido grupo viajó con dirección norte hacia el centro minero de Parral, y luego giraron al este hacia Casas Grandes y el presidio de Janos; prosiguieron en la misma dirección hasta llegar a Fronteras, donde los recibió el capitán Juan Bautista de Anza. Después de otro día y medio de camino arribaron a la misión de Opata de Cu-

quiarachi donde les esperaban los superiores. El 7 de octubre de 1731 se encontraron con el padre visitador Cristóbal de Canas, el padre rector Luis María Gallardi y con los padres Agustín de Campos y Luis María Velarde. Se les asignó a las vacantes existentes en las misiones de Guevavi, San Xavier del Bac y Santa María Soamca; se les advirtió que su tarea sería extremadamente difícil y que las viviendas de las misiones estaban en un estado sumamente ruinoso. Se decidió que cada uno de los misioneros pasara varios meses en compañía de uno de los jesuitas más veteranos para aprender el idioma y las costumbres de los pimas, y que el capitán Anza los ayudaría en sus destinos.

En un informe escrito por un misionero anónimo en 1730, éste se quejaba de que los funcionarios y colonos españoles criticaban e interferían en el trabajo de las misiones, y que los padres no podían hacer más que halagar a sus vecinos. El informe especificaba que los pimas eran desagradecidos, inmorales y negligentes y que las áreas misioneras, situadas alrededor de Dolores, San Ignacio, Tubutama, y Caborca habían mermado su población y se convertían en campos misioneros ineficaces, en comparación con las regiones del sur. En el conjunto de las cuatro áreas habitaban, en 1730, menos de 1500 personas bajo el sistema de misiones. La que menos población tenía era el área de Kino, con sólo 135 indios en Dolores, Remedios y Cocóspera. La más poblada era Caborca, donde estaban registrados 723 pimas. La pérdida de población se debió a las epidemias, los ataques apaches y la disminución de las medidas enérgicas del programa de los jesuitas.

Sin embargo, cuando los padres llegaron en 1732 existía un cierto optimismo y el foco de la actividad misionera se trasladó, de nuevo y definitivamente, hacia Arizona. Los pimas de la zona norte de Santa Cruz y los sobaipuris, todavía más al norte, alrededor de Bac, recibieron a los misioneros con vehemencia y comenzaron a agruparse alrededor de la misión. Los jesuitas, por su parte, nunca se establecieron en el Gila, ni construyeron iglesias en el país de los papago, aunque sí hubo un intento que se construyó en la frontera en Sonoita.

EL PADRE JOHANN BAPTIST GRAZHOFFER EN GUEVAVI

El padre Grazhoffer, alto y de cabello castaño, había nacido en Bleiburg, Carinthia, en el sur de Austria, el 5 de junio de 1690. Ingresó

en la Compañía de Jesús el 27 de octubre de 1710 y profesó sus votos el 2 de febrero de 1728 en Commotau, Bohemia. Durante su aprendizaje con el padre Gallardi en Tubutama, el padre Grazhoffer sufrió un serio ataque de fiebre, pero para la primavera de 1732 ya estaba listo para iniciar su ministerio. Se reunió, en un lugar llamado Quino, con Segesser, Keller, al capitán Anza y un escolta militar, Eusebio Aquibisani, que era el nativo nombrado por los españoles como capitán general de los pimas. Los sacerdotes llevaban todo el material necesario para iniciar la construcción de las nuevas estructuras de la misión. Así, había hachas de carpintero, tenazas de herrero, hoces, magníficas vestimentas de damasco en cinco colores y jarros de plata para los altares. Celebraron una misa al amanecer del 3 de mayo de 1732, día que dio comienzo a una nueva era para la Pimería Alta.

El río, cerca del cual se asentaban las tres misiones, nace en las montañas Huachuca y fluye hacia el sur pasando por el pueblo de Santa María Soamca, la actual Santa Cruz. El padre Kino lo bautizó como el río de Santa María, aunque más tarde le asignaron los nombres regionales de río de Soamca, de Guevavi, de Tubac y, finalmente, en la década de 1780, río de Santa Cruz. El historiador John Kessel, en su libro *Mission of Sorrows: La Guevavi jesuita y los pimas 1691-1767*, describe los territorios aledaños y la recepción que los pimas dieron al grupo. La tierra era seca y polvorienta, pero los álamos y los sauces que crecían a la orilla del río hacían que el lugar resultara habitable.

Cientos de pimas se acercaron a Guevavi para ver lo que sucedía; estaban pintados y se cubrían con mantas negras y lucían plumas. La expedición hizo su entrada triunfal en el pueblo el 4 de mayo. Es indudable que el padre Grazhoffer llegó a pensar que, con suerte, el refugio temporal podría ser reemplazado muy pronto por una casa de adobe y una capilla, y que los huertos y campos de la misión se añadirían a la pequeña parcela, sembrada de trigo, en el suministro de alimentos y vestiduras para los neófitos. Además, su nombre se extendería según los planes del buen padre. La misión, al final, llegó a ser conocida como «la misión de los santos ángeles Gabriel y Rafael de Guevavi o Gusutaquí». Más tarde se agregó el arcángel San Miguel al grupo para invocar así una mayor protección para la misión de Gusutaquí, que en idioma pima significa «gran agua», y que fue mencionado por primera vez por el capitán Juan Mateo Manje en 1699, y aparece esporádicamente como sinónimo de Guevavi.

El capitán Anza presentó oficialmente los indios pimas a los padres a través de una ceremonia adecuada. Un simbólico replante de la Santísima Cruz y descargas de mosquetes dieron un toque especial al momento y los indios respondieron con carreras, danzas y canciones. En el informe del padre Canas para el obispo, fechado el 31 de julio de 1732, encontrado en el Archivo General de Indias en Sevilla (Guadalajara 185), se describe así el recibimiento:

Con ayuda de un diestro intérprete, el capitán pronunció a los más de mil pimas que se habían reunido ese día... una piadosa y vigorosa oración explicando la causa, el objetivo y el motivo de su llegada, que era, presentarles, en el nombre del rey nuestro señor, Felipe V, que Dios guarde, a un padre Clérigo para enseñarles e inculcarles los mandamientos cristianos, bautizar a sus hijos e instruir a los adultos de manera que obtuvieran los mismos beneficios y compartir con los demás los servicios ofrecidos, como lo hacen los nativos en las otras misiones. A todas estas cosas mostraron felicidad y obediencia.

A continuación, el jefe de los nativos «don Eusebio» Aquibissani, tocayo del padre Kino, quien era llamado capitán general de los pimas, habló a los indígenas reunidos; estos indígenas, pimas de Guevavi, probablemente tenían cierto resentimiento hacia Aquibissani ya que fue escogido por los españoles, pero de todos modos le escucharon. La vara de gobernador de Guevavi la portaba un viejo y popular indio cristiano llamado Francisco.

Cuando el padre Grazhoffer comenzó a trabajar con los pimas, es indudable que los halló diferentes a la descripción que hizo de ellos el padre Kino, quien siempre los consideró como un pueblo dócil, amistoso y sincero que mantenía su palabra aunque otros los describieran como taimados y astutos. Él nunca les criticó su ebriedad o las fiestas, que duraban toda la noche, y no pareció preocuparle el hecho de que en una oportunidad los pimas de Quiburi bailaran sobre los cueros cabelludos de 15 enemigos que habían matado días atrás. Tampoco mencionó que tenían varias mujeres u otras características que los hubieran hecho menos deseables como súbditos del rey español. La tolerancia mostrada por Kino, le sirvió para ser bienvenido en todas partes.

Cuando el padre Grazhoffer se afincó en Guevavi, como sacerdote residente, contaba con que los indios se conformaran con las formas

cristianas de vida y se asentaran permanentemente. Los indígenas se volvieron huraños, aunque cooperaron en la construcción de la misión. Ya se había construido una pequeña casa, bajo la dirección del capitán Anza, y muy pronto el altar fue cubierto por un buen techo de ramada para dar sombra durante los servicios. Se establecieron cuatro visitas: Sonoita al noreste, Arivaca al oeste, Tumacácori al norte aguas abajo del río, y más alejada, Tubac. Según cálculos del padre Grazhoffer, 1.400 personas vivían dentro de su jurisdicción, entre ellas algunos civiles incluyendo a Nicolás Romero y a un miembro de la familia Romo de Vivar que, como vivía tan lejos de un sacerdote secular, se trasladó a la misión de Guevavi debido a sus necesidades espirituales.

CELEBRACIÓN Y MUERTE

A mediados del verano de 1732, el padre Grazhoffer se unió a sus compañeros el padre Ignacio Keller de Santa María de Soamca y el padre Philip Segesser von Brunegg de San Xavier del Bac para celebrar, junto con los padres Canas y Gallardi y el capitán Anza, el día de Ignacio de Loyola. Se hospedaron con el padre Campos en San Ignacio y el clima resultó ser extremadamente caluroso. Permanecieron durante ocho días y celebraron los ejercicios espirituales de su fundador San Ignacio de Loyola. Segesser, natural de la fría y placentera ciudad suiza de Lucerna, se quedó en San Ignacio para cuidar al anciano padre Campos, razón por la cual dividía su tiempo entre su propia misión de San Xavier del Bac y San Ignacio.

Más tarde, en mayo de 1733, Segesser encontró muy enfermo al padre Grazhoffer en Guevavi, agravándose la salud del delicado sacerdote hasta que murió en brazos de Segesser el día 26 de mayo. El padre Segesser acusó a los indios de haber envenenado a Grazhoffer, cosa que posteriormente admitieron. Sólo podemos especular acerca de las razones que tuvieron para ello; como resultado de lo sucedido, Segesser fue nombrado para Guevavi y el padre Gaspar Stiger fue trasladado desde Tarahumara Alta, a San Xavier del Bac.

SAN XAVIER DEL BAC

Francisco Gonzalvo, primer sacerdote residente en San Xavier del Bac, había muerto en 1702 y a pesar de los planes del padre Kino, no hubo ningún otro sacerdote permanente hasta 1732, cuando la corona española tuvo la posibilidad de enviar más sacerdotes. El padre Segesser fue enviado a Bac en 1732, pero pasó la mayor parte del tiempo cuidando del padre Campos. Segesser hizo muy pocos comentarios acerca de los sobaipuris de la zona que, hasta cierto punto, eran granjeros de regadío sedentarios. Por su parte, la comunidad pima de Tucson se vio reducida posiblemente debido a las enfermedades traídas del Nuevo Mundo.

El padre Stiger, nacido el 20 de octubre de 1695 en Oberreid, cerca de Gallens en la diócesis de Constanza en el norte de Suiza, ingresó en la Compañía de Jesús el 9 de octubre de 1725; llegó a Nueva España en 1729 y fue asignado inicialmente a la misión Tarahumara en Carichic. Cuando llegó a Bac, tuvo problemas con los líderes religiosos nativos, especialmente en 1734 cuando, durante su ausencia, los nativos irrumpieron en su casa robándole todo, incluso las hermosas vestimentas en cinco colores y otras cosas que habían sido enviados por el virrey. El capitán Anza intervino y las familias nativas regresaron devolviendo lo que habían robado, aunque las vestimentas estaban despedazadas. El padre Stiger continuó guiando a su rebaño a pesar de que los hechiceros nativos le lanzaron maldiciones.

EL PADRE FELIPE SEGESSER

El padre Segesser, hijo del gobernador provincial de Lucerna y tercero de 17 hermanos, nació el 1 de setiembre de 1689 e ingresó en la Compañía de Jesús el 14 de octubre de 1708. Tenía ojos azules, cabello castaño claro y contextura media; profesó en 1726 justo antes de su partida hacia el Nuevo Mundo. Al hacerse cargo de Guevavi, tuvo muy poco éxito; plantó algunos árboles frutales, como ya lo hiciera en Bac y trató de conseguir la ayuda de los nativos de Sonoita. Cuando fue a averiguar por qué no habían venido en su ayuda, los encontró totalmente borrachos. Su llegada a la zona coincidió con las ceremonias anuales de la lluvia, comienzo del año para los indígenas, inme-

diatamente antes de las siembras de julio. Durante varias semanas las mujeres recogieron las frutas del gigantesco saguaro y elaboraron una bebida de color carmesí que, al descomponerse casi de inmediato, había que tomarla rápidamente, produciendo consecuentemente una borrachera general. Aunque los indígenas invitaron al sacerdote a que participara, el padre Segesser declinó el ofrecimiento y decidió a esperar un día más para pedirles que trabajaran con él.

Desgraciadamente, a medida que pasaba el tiempo, un mayor número de indios moría por las enfermedades o no se adaptaba a las nuevas costumbres. Daba la impresión de que los pimas bebían más frecuentemente y el obispo, entonces, amenazó con excomulgarlos, pero el padre Segesser estaba al tanto de sus dificultades y era indulgente. Al cabo de varios meses en Guevavi, el buen jesuita comenzó a sentir los efectos de las enfermedades; en Bac gozaba de una salud perfecta, pero se iba debilitando. Segesser sospechaba de los hechiceros del pueblo y creía que habían envenenado a Grazhoffer. Finalmente, el padre Keller hizo de enfermero y envió a Segesser al sur a la misión de Cucurpe; al cabo de seis meses el sacerdote estaba ya lo suficientemente recuperado como para regresar a Guevavi.

A medida que se acercaba el 31 de julio de 1734, Segesser preparó los arreglos, con el padre Keller, en Soamca para celebrar la festividad de San Ignacio. Stiger, a la sazón, ausente de Bac, no podía estar con ellos. Entonces, y sin ningún aviso, los indios de Soamca comenzaron a desertar y Segesser regresó rápidamente a Guevavi para encontrarse con que los nativos se habían refugiado en las montañas llevándose el ganado y los caballos. Exactamente lo mismo había sucedido en Bac, con el agravante de que los indios asaltaron la casa de Stiger. La causa del miedo había sido el rumor que se extendía de que el capitán Anza venía a matar a todos los pimas, pero, al cabo de cierto tiempo, la situación se normalizó y los indios se marcharon.

Cuando Segesser se enfermó, nuevamente en Guevavi, Anza lo llevó a su propia casa en Fronteras donde su mujer le cuidó hasta que se repuso. Esta vez, Segesser no regresó a Guevavi sino que se incorporó a la misión de Tecopira, en la Pimería Baja. Durante los años restantes, Guevavi permaneció a cargo de Gaspar Stiger de San Xavier de Bac. Los hechiceros lanzaron varias maldiciones sobre él, pero conservó su salud. Posteriormente fue enviado a San Ignacio para reemplazar al anciano padre Campos, cuya mente había empezado a decaer.

Segesser permaneció en San Ignacio hasta su muerte el 24 de abril de 1762.

EL PADRE IGNACIO XAVIER KELLER

El padre Keller nació el 11 de Noviembre de 1702 en Olomuc, Moravia, e ingresó en la Compañía de Jesús el 17 de octubre 1717. Alto y rubio, profesaría sus actividades en Soamca en 1736. Con el traslado de Stiger, toda la zona norte de la Pimería quedó bajo la jurisdicción de Keller. A lo largo de los años 1736 y 1737, viajaba a Guevavi para predicar y bautizar. En una ocasión bautizó a tres niñas pimas y a un niño, a quien llamo Nijorita o Nixora, que era el nombre que se le daba a un indio vendido por otros indios a la gente de «razón» y que vivían prácticamente como esclavos. Este niño era, Francisco posiblemente, propiedad de Vicente Figueroa, su padrino de bautismo. Keller también bautizó algunos otros civiles, durante sus visitas a Guevavi, entre quienes estaba un hijo de Luis Pacho, Juliana Romero, hija de Juan Núñez y María Rosa Samaniego y un hijo de Agustín Fernández y María Antonia Romero.

Aparentemente, existía un mayor número de colonos desplazándose a lo largo del río al sur de Guevavi y, animada por el padre Keller, esta gente apadrinaba a los nativos. Desgraciadamente los compadres no tomaban en serio sus responsabilidades y algunos soldados eran padrinos de docenas de nativos y muy esporádicamente veían a los niños o a sus padres tras la ceremonia bautismal.

BOLAS DE PLATA, 1736

Mientras tanto, al suroeste de Guevavi, tuvo lugar un acontecimiento, a fines de octubre de 1736, que no solamente le dio su nombre a Arizona sino que también produjo el primer tropel minero hacia la región que hoy lleva su nombre; en las cercanías del campo minero de Arizonac o Arizona, propiedad del capitán don Gabriel de Prudhom Heyder Butron y Muxica, el hijo de un prospector yaqui encontró la primera de varias asombrosas bolas o planchas de plata. El tamaño de las bolas aumentaba a medida que la narración pasaba de

boca en boca. Finalmente, el capitán Juan Bautista de Anza, como representante de justicia mayor de Sonora bajo Bernal de Huidobro, el nuevo gobernador de Sinaloa, llegó al lugar de los hechos y preparó un informe escrito al obispo de Durango, Benito Crespo. Realizó una investigación para determinar el significado de las bolas de plata, pero la mayor parte habían desaparecido. Los documentos relacionados con el hallazgo se conservan en el Archivo General de Indias, Guadalajara 185, y han creado recientemente interés por la plata. El informe de Anza decía:

...entre la misión de Guevavi y la ranhería de Arissona se descubrieron más bolas y trozos de plata, algunos de hasta cien arrobas.

El propio Anza vio diez o doce arrobas, pero señaló que se estaban descubriendo minas en las colinas. La principal preocupación de Anza era que la corona recibiera el quinto real del metal hallado.

La fama de las bolas y planchas de plata se extendió por toda Nueva España y la pequeña ranhería de Arissona, parte de la misión de El Saric situada al suroeste de la actual Nogales, se hizo muy popular, hasta el punto de dar el nombre de Arissona a la región, y llegó a ser más conocida que el de la Pimería Alta. El antropólogo Kenneth M. Stewart estableció que la palabra «Arizona» es de origen papago, y como los papagos procedían de una parte de la nación pima, la palabra podía haber sido adoptada por los españoles. En papago significa una corriente que fluye eternamente, y resultaba un nombre lógico para un pueblo situado a orillas de tal corriente. La pequeña ranhería era conocida como Real de Arissona, y es posible que su población llegara a los 10.000 habitantes, convirtiéndose en el primer pueblo de crecimiento violento y en el primer pueblo fantasma en la zona.

Los mineros continuaron llegando al área en busca de la evasiva plata, así como el capitán Anza, preocupándose por el pago del igualmente evasivo quinto real. Finalmente, las minas fueron clausuradas por orden real en 1741, cuando ya había desaparecido la mayor parte de la plata. Sin embargo, los prospectores continuaron buscando por la región y, de vez en cuando, se producía algún pequeño hallazgo. El nombre Arizona llegó a ser sinónimo de inmediata riqueza.

NUEVOS SACERDOTES PARA LA PIMERÍA ALTA

Los dos sacerdotes siguientes estuvieron en Guevavi más de tres años, en contraste con el tiempo que permanecieron los que residieron allí con anterioridad. El primero fue Alexandro Rapicani, nacido en la localidad de Zeven, en el Ducado de Bremen, el 3 de noviembre de 1702, de madre sueca y de padre napolitano. Tenía el cabello rubio, ojos azules y buen aspecto. El padre Rapicani se despidió de sus discípulos jesuitas en Westfalia en abril de 1753 para viajar a Génova. De allí partió hacia Cádiz, donde permaneció en el amplio hospicio jesuita del Puerto de Santa María mientras comenzaban los arreglos para su viaje a Nueva España. Allí, el padre Rapicani conoció al superior del grupo, el padre Andrés Xavier García, y al padre Jacobo Sedelmayer de Baviera con quienes viajaría junto a más de 40 miembros de la misión jesuita de 1735. Partieron el 22 de noviembre a bordo de la *Santa Rosa*, que encalló frente al puerto de San Juan de Ulúa, en Veracruz, el 18 de febrero de 1736. Los desgraciados jesuitas tuvieron que abandonar la nave y algunos de ellos perdieron los baúles que contenían las pocas cosas de valor que poseían.

Al llegar a Puebla de los Ángeles, camino de la ciudad de México, los jesuitas fueron recibidos en la catedral por el obispo Benito Crespo, quien había sido recientemente promovido desde la sede de Durango. El obispo informó a los recién llegados los nombres de todos los misioneros alemanes y las provincias donde estaban ubicados. Irónicamente, el buen obispo, que entregó gran parte de su vida a los indios de la Pimería Alta, murió durante la devastadora peste de 1736.

EL PADRE RAPICANI EN GUEVAVI, 1737

El traspaso de la misión de Guevavi al padre Rapicani, por parte del padre Ignacio Keller, se llevó a cabo el 1 de junio de 1737 en presencia del padre rector Gaspar Stiger. El inventario mostraba lo pobre que era la misión en aquel momento. La casa guardaba algunos utensilios de cocina como ollas de cobre, una cazuela grande, platos de loza y de barro, una taza grande, dos servilletas y un paño para el chocolate. La misión poseía 240 reses vacunas, 150 ovejas, 50 cabras, 8

bueyes, 12 caballos, 10 mulas y unas cuantas yeguas. El sueldo real anual era de 350 pesos.

La misión de San Xavier del Bac no tuvo padre residente durante la mayor parte de su existencia; como no había suficientes misioneros para servir en la zona fronteriza de Arizona, el padre Rapicani también se hizo cargo de Bac y de la visita de Guevavi. De vez en cuando recibían unos 200 pesos adicionales por esta responsabilidad añadida; el inventario de Bac también mostró la pobreza de la casa del sacerdote, la mayor parte de la cual casi había sido destruida durante el levantamiento de 1734. El número de reses, ovejas y cabras era el mismo que en Guevavi, lo que indica que las cifras eran meramente estimativas; fueron menos caballos, mulas y yeguas y ningún buey.

El padre Keller continuó con su trabajo en la Pimería Alta y el 19 de enero de 1738, bautizaba a seis personas en la ranchería de Gusutaquí. A la semana siguiente visitó San Xavier para realizar 23 bautizos y luego regresó a Gusutaquí el 22 de febrero. En los registros de Guevavi existe la anotación del matrimonio de una pareja de nativos, Lorenzo Mumurigca y Antonia Sipinimuhbi, ambos de Guevavi, realizado por el padre Rapicani el 16 de agosto de 1739.

A finales de abril de 1740, los padres Rapicani y Sedelmayer viajaron a San Ignacio para cumplir con los ejercicios espirituales anuales, de ocho días de duración y, a continuación, el 1 de mayo de 1740, profesaron públicamente, durante una misa solemne, sus votos de pobreza, castidad y obediencia y la voluntad de ir dondequiera que el papa los enviase; como sacerdotes profesos, habían culminado todos sus años de estudio y noviciado.

HOSTILIDAD EN LA FRONTERA

Durante las seis semanas que precedieron a los disturbios, hubo conatos de violencia entre los indios yaquis y las tribus colindantes. Había rumores que producían una intranquilidad que se extendía y parecía ser culpa del gobernador Bernal de Huidrobo, quien ejercía, desde 1734, la jurisdicción sobre las cinco provincias costeras del norte: Rosario, Culiacán, Sinaloa, Ostimuri y Sonora (incluyendo la Pimería Alta). El gobernador, cuyos métodos autocráticos no eran muy estimados por los jesuitas, ni tampoco por los indios, producía desasosie-

go en la zona. A la difícil situación se añadió una tragedia ocurrida el 9 de mayo de 1740: la muerte del capitán Anza, amigo y protector de los jesuitas, ocurrida cerca de la misión del padre Keller en Soamca.

El padre Keller tenía conocimiento de que los apaches habían explorado la zona recientemente, y le avisó al capitán Anza para que estuviera alerta. A pesar de las precauciones tomadas, Anza viajaba más adelante de sus tropas, pues el peligro parecía menos evidente, sin embargo, los apaches estaban emboscados entre los chaparrales. Cuando Anza se aproximó, los apaches iniciaron el fuego y, en un instante, Anza cayó muerto y los indios se hicieron con el máspreciado trofeo, su cabellera. Desgraciadamente, con este hecho, los jesuitas habían perdido su mejor apoyo, y el puesto sería difícil de ocupar nuevamente. Para junio, los yaquis y mayos habían cortado las comunicaciones entre Sonora y el sur e incitaban a la rebelión en el norte.

El gobernador Bernal de Huidrobo solicitó la ayuda de su sargento mayor en la provincia de Sonora, don Agustín de Vildosola, amigo y asociado de Anza, quien estaba a cargo de colonizar la finca de aquél. Durante el verano de 1740, Vildosola y sus hombres defendieron Sonora con éxito. Mandó un destacamento para localizar entre los pimas a los apaches infiltrados. Posteriormente los soldados ejecutaron a cuatro yaquis y a un apache, de quienes sospechaban que llegaron a planificar la rebelión de toda la Pimería Alta. El padre Rapicani, que no se llevaba bien con Vildosola, fue trasladado a la misión ópata de Batuc.

EL PADRE JOSÉ DE TORRES PEREA

José de Torres Perea nació en 1713 en el pueblo mexicano de Chalchicomula, Puebla. Ingresó en la Compañía de Jesús en 1729 y en 1737 estudió teología en el colegio Mazimo en la ciudad de México. Poco después de ordenarse sacerdote, el padre José partió hacia las misiones del norte, pasando por las tierras de los mayos y los yaquis. El 31 de Enero de 1741 llegó a Arispe, en la parte alta del río Sonora, donde se presentó al padre visitador Carlos de Roxas, quién asignó al joven sacerdote, con sus apenas 20 años, a las misiones de Guevavi y de San Xavier del Bac.

El padre José inició sus actividades inmediatamente y, además de sus tareas en Guevavi, sus cuatro visitas y San Xavier, el activo jesuita ofreció sus servicios a las ranherías dispersas por la zona. Presidió su primera ceremonia de matrimonio cuando el gobernador indígena de Tumacacari, José Tutubusa, se casó con Marta Tupquice, de San Xavier el 23 de mayo de 1741, lo que constituyó todo un acontecimiento. Entre los testigos estaban Ignacio Jucumisa, el gobernador de San Xavier, Domingo Cussu y varios colonos más con nombres españoles.

COLONOS NO INDÍGENAS

El descubrimiento de plata en la zona atrajo a muchos colonos, algunos de los cuales se establecieron como agricultores, utilizando las colinas para hacer pastar el ganado. Don Nicolás Romero continuaba siendo el cabeza de una gran familia en crecimiento en Buenavista, y llegaron otras con nombres como Tapia, Grijalva, Bohórquez, Barba, Amesquita, Gallego y Samaniego; otros se asentaron en Tubac, al norte de Guevavi. El padre Rapicani celebró un doble matrimonio el 14 de febrero de 1740, el de Francisco de Ortega y Gertrudis Barba y el de Luis Villela y Rosalía Durán, a quienes llamó vecinos de Tubac. Hacia el otoño de 1741, el padre Torres Perea bautizó al hijo de los Villela a quién llamaron Miguel Ignacio Villela Durán.

En Arivaca, don Antonio de Rivera mantenía una hacienda con una gran servidumbre de yaquis y nixoras. La hacienda del capitán don Bernardo de Urrea de Culiacán estaba cerca de Sopori, entre Arivaca y Tubac. Don Antonio sería tres veces gobernador interino de Sonora. Todos estos colonos, gente de «razón», pertenecían a la parroquia de Nacosari, a 120 millas al sureste de Guevavi. Por ello, pedían generalmente al padre José que llevase a cabo los sacramentos del bautismo, matrimonio y extremaunción.

El padre José realizaba sus obligaciones con gran éxito; trataba de elegir como intermediarios a líderes nativos respetados por la población. Puso todo su interés en educarlos y rara vez tuvo que aplicar castigos corporales, pero, cuando éstos se hacían necesarios, procuraba que los aplicase el gobernador indígena, quien ostentaba una posición privilegiada como símbolo de autoridad: llevaba su vara y ocupaba un lugar especial en la iglesia. Por su parte, los pimas, rara vez utilizaban

el castigo corporal, excepto para la ejecución ocasional de un hechicero perverso; de esta forma el jesuita fue aceptado poco a poco entre los pimas.

Una semana antes de las Navidades de 1741, el padre José viajó por el territorio del arroyo Sonoita para visitar y casar al gobernador nativo Antonio de Sonoita. De camino observó la necesidad de fundar otro presidio en la zona, especialmente desde que se había enterado de las incursiones que hacían los apaches para apoderarse del ganado. Casualmente ya se habían hecho planes para fundar un nuevo presidio para cincuenta hombres, localizado a 19 leguas al sureste de Guevavi y a cinco al sureste de Soamca, en un lugar conocido como San Mateo de Terrenate. Pero como el presidio se fundó para proteger a Guevavi, en ocasiones se le llamó presidio de Guevavi, aunque estaba a 50 millas de distancia.

Durante los dos años siguientes, el padre José empleó mucho tiempo recorriendo los diferentes poblados, celebrando matrimonios y bautizos y, lamentablemente, en enero de 1744, tuvo que registrar cinco muertes por una enfermedad descrita como vómito amarillo. Posteriormente, en la primavera, pudo redactar un informe completo acerca de las condiciones existentes en Guevavi; en él se quejaba de lo insalubre que era el clima de Guevavi y de que los nativos comían frutos crudos lavados con agua corrompida. Señalaba además que tenían la costumbre perjudicial de bañarse en cualquier momento, incluso después de haber comido, lo que podía provocar serios casos de corte de digestión. También pensaba que era perjudicial para las mujeres bañarse inmediatamente después de dar a luz y seguir su vida igual que antes; la leche de esas mujeres se agotaba pronto causando la muerte de sus niños. Otro problema de Guevavi era la labor de los hechiceros que, con el «mal de ojo», provocaban la esterilidad de las mujeres. Naturalmente, en los poblados que tenían más contacto con los españoles existían más enfermedades y, por lo tanto, más muertes; al buen jesuita le costaba trabajo entender la razón por la cual Dios castigaba su trabajo provocando la muerte de los nativos a su cargo.

En su informe sobre Guevavi, indicaba la distancia existente hasta las misiones vecinas: 13 ó 14 leguas a Santa María Soamca; 25 a San Ignacio; y 25 a San Xavier, todo ello por caminos expuestos a los peligrosos ataques de los apaches. Desde la fundación de Guevavi en 1732, se habían registrado 978 bautizos y solamente 23 familias vivían

en la misión. Los niños cambiaron sus costumbres paganas y asistían a las clases todos los días. Terminaron con las borracheras y bailaban solamente en ocasiones, creían en el matrimonio cristiano y obedecían a sus padres.

SAN XAVIER DEL BAC

El padre Torres Perea también informó, en marzo de 1744, acerca de las condiciones de San Xavier del Bac, quejándose de que hacia el norte ya no existían más cristianos, solamente naciones paganas. Desde la fundación de la misión en 1732, el registro bautismal indicaba 2.142, sin contar aquellos que habían sido bautizados por padres anteriores. En total, más de 400 familias vivían dentro del área de la misión. Sin embargo, los habitantes de las montañas se manifestaban poco adeptos a las normas cristianas; solamente dos sacerdotes habían residido allí. A uno de ellos lo embrujaron en 1734, profanando sus vestiduras y cálices; tras esto se habían rendido y vivían tranquilamente, siendo atendidos por el padre en Guevavi.

A pesar de que los indios estaban bautizados, no sabían rezar ni siquiera el Padrenuestro o el Ave María y no seguían los rituales acostumbrados, como el santiguarse. La mayoría se casaba de acuerdo a sus ritos paganos y llegaban a decir a los sacerdotes que ya les habían casado los padres anteriores; los archivos de la iglesia registraron que solamente 30 parejas, de las 400 familias existentes, estaban casadas, aunque no parecían estar convencidas de que esto fuera importante.

En febrero de 1744, el padre Torres Perea se trasladó a Caborca y el padre Ildefonso de la Peña, otro jesuita nacido en México, llegó temporalmente a Guevavi. También llegó, en mayo de 1744, otro inspector visitador de la orden, el suizo padre visitador Juan Antonio Balthasar y dejó escrita otra descripción de los nativos de San Xavier del Bac; su principal queja era que los indios abandonaban continuamente la misión. Lo que no comprendía el padre visitador era que ése era su patrón económico normal.

El movimiento estacional regular de los pimas, para aprovechar los diferentes recursos económicos de su territorio, era la mayor preocupación de los misioneros, quienes querían que los indígenas fueran sedentarios. La provisión de agua era el factor determinante de sus mo-

vimientos; a veces pasaban el invierno en poblados con fuentes de agua bien localizadas, cerca de manantiales permanentes en la montaña, o a orillas de los ríos Magdalena-Concepción, Santa Cruz-Gila o del Colorado. Transportaban el agua en recipientes cerámicos hasta los gruesos troncos de los cactus gigantes para poder cosechar sus frutos a mediados del verano. Cuando las tormentas de verano llenaban las hondonadas de los valles cercanos a los manantiales, algunos regresaban a sus campos en los poblados para sembrar maíz u otros cereales. Sin tomar en cuenta la cercanía de los campos y la existencia de agua permanente para uso doméstico y para la irrigación de sus campos en Bac y en el pueblo de Tucson, sus residentes debían viajar para encontrar los troncos de los cactus gigantes, yuca o bosques de robles con el fin de obtener frutos comestibles. Igualmente, debían movilizarse para encontrar buenas zonas de caza de ciervos y carneros montañoses. Debido a este patrón cultural de los nativos, el padre Balthasar indicaba que Bac necesitaba tropas militares que forzasen a los pimas del norte a vivir permanentemente en el poblado para que trabajasen los campos de forma constante, para castigar a los curanderos y deportar a los residentes indeseables a la ciudad de México. El padre De la Peña se marchó con Balthasar y, durante el verano, el padre Keller se encargó nuevamente de Guevavi y de Bac.

EL ESFUERZO CON LOS MOQUIS (HOPIS)

Desde la época de Juan de Oñate en Nuevo México, los españoles trataron de encauzar hacia su forma cultural a los moquis, con la esperanza de convertirlos al cristianismo y de establecer intercambios, organizándoles como parte del imperio español. Los hopis eran un pueblo pacífico e independiente, pero estaban en contra de los padres y de sus enseñanzas y no recordaban con agrado a Coronado o De Tovar. Tras la fundación de Nuevo México, los franciscanos se empeñaron en establecer tres misiones en Awatobi, Orabi y Shongopovi, así como dos visitas en Walpi y Mishongnovi, atendidas desde 1629 hasta la revuelta de los pueblo en 1680, quienes destruyeron las iglesias, mataron dos frailes y despeñaron a otros dos. Durante casi un siglo, los españoles no intentaron fundar otras misiones entre los hopis.

El proyecto de extender las misiones españolas desde la Pimería Alta hasta la provincia de los moquis, había despertado el interés de los jesuitas desde el mismo momento en que llegaron a Arizona hasta la llegada de los franciscanos. Desde la época de Kino, intentaron extender su obra más allá del Gila, pero no supieron calcular la distancia existente hasta llegar a los asentamientos hopis y, por lo tanto, distorsionaron la posibilidad de conexión con Nuevo México. Tanto los franciscanos, en Nuevo México, como los jesuitas en Arizona, querían el control de las misiones de los hopis, produciéndose una gran disputa entre las dos órdenes. Los jesuitas comprendieron que la cuenca del Gila era una ruta terrestre natural que permitía la comunicación con California, y albergaban la esperanza de unir así sus misiones. Por su parte, los franciscanos consideraban a los hopis como lazo de unión con Nuevo México.

Debido a los distintos argumentos expuestos por los jesuitas, en 1719 el rey aprobó su petición para ejercer su ministerio entre los hopis. La dificultad para llegar a la zona, la falta de personal y otras actividades impidieron la actuación de los jesuitas hasta que en 1741 se revisó la orden real. El padre Ignacio Keller viajó al Gila en 1745 e intentó penetrar en la zona por el norte, pero los apaches le atacaron, mataron a algunos de sus guardias, perdiendo la mayoría de los caballos y provisiones, y viéndose forzado a dar marcha atrás. Ese mismo año, el padre Jacobo Sedelmayer, de Tubutama, viajó al Gila por el camino de Sonoita. En 1744 partió para llegar hasta los hopis, pero, al alcanzar el área de Casa Grande, los indios se negaron a guiarle hacia el norte siguiendo una vía directa. Por lo tanto, Sedelmayer se arriesgó río abajo, por la orilla norte, explorando por primera vez el gran río y cruzó el Colorado.

El padre Sedelmayer se alejó del Gila, a la altura de un manantial de agua templada, llamado Agua Caliente, y otro llamado San Rafael Otaigui, donde el camino conducía al Colorado, quizás cerca de la actual Ehrenberg. Sedelmayer remontó el río hasta la confluencia de otra corriente llamada «río azul» (probablemente la actual bifurcación de Bill Williams); allí comprendió que los moquis no estaban a más de dos o tres días de viaje y que tenían un intercambio comercial frecuente con las tribus del Colorado, pero el padre decidió no continuar y regresó hacia el sur.

En 1744, una nueva cédula real pedía más información a los franciscanos y jesuitas acerca de la verdadera localización de los moquis. Como resultado, se emitió una nueva cédula real, con fecha del 23 de noviembre de 1745, que concedía la zona a los franciscanos de Nuevo México, aunque no lograron asumirla tras la expulsión de los jesuitas en 1767. Mientras tanto, el padre Sedelmayr realizó dos nuevos intentos, en 1748 y en 1750, para llegar hasta los hopis. En la primera incursión, desde Tubutama, se acercó hasta el Gila, en un lugar cercano a la ranchería llamada San Felipe Uparch. Descendiendo por el río, encontró rocas pintadas en el lugar donde, en 1744, se desviaron en dirección noroeste. Llamó Santa María del Agua Caliente a la ranchería que había junto al manantial de agua caliente, mientras decidía que sería un lugar apropiado para una misión.

El padre Sedelmayr siguió la orilla norte del río Gila y viajó hacia el país de los yumas, quienes aparentemente no eran amistosos ya que era un año de pertinaz sequía y a ninguna de las tribus cocomaricopa les apetecía recibir visitantes. Su segunda excursión la llevó a cabo, a fines de 1750, el buen padre, llegando más lejos a lo largo del Colorado, hasta las rancherías del Quimac o Quiquima, donde encontró nativos hostiles por lo que regresó a través del desierto siguiendo el camino de Sonoita.

EL PADRE JOSÉ GARRUCHO

El padre José Garrucho, cuyo nombre original era Giuseppe Garrucio, nació en Castel Aragonose, Cerdeña, el 17 de marzo de 1712. Ingresó en la Compañía de Jesús el 6 de enero de 1731 y partió hacia España desde el puerto de Alghero, Cerdeña, el 23 de octubre de 1740. Una vez en España tuvo que esperar a viajar al Nuevo Mundo, lo cual consiguió en 1744, acompañado de otros 20 jesuitas, a bordo de la nave *San Francisco* con la mala suerte de ser capturados por los piratas ingleses, todavía enemistados con España debido a la guerra de «Jenkin's Ear». Cuando se aproximaban al norte de la costa de Cuba y, casi avistados, los ingleses decidieron desembarcar a los jesuitas. El padre Garrucho y sus compañeros llegaron a Puerto Príncipe (hoy Camagüey), donde fueron recibidos por los residentes y, después de ejercer

su ministerio entre ellos durante 20 días, partieron hacia La Habana donde consiguieron viajar al continente.

Tras conocer a sus superiores en la ciudad de México, el padre Garrucho fue enviado en 1745 a la frontera con Sonora para unirse al padre Keller, quien lo acompañó hasta Guevavi, donde los viajeros hallaron casas de adobe, una tosca iglesia, gallineros y corrales. El padre Keller presentó al recién llegado padre Joseph, quien permanecería allí para cumplir con su ministerio y administrar bautismos, enseñar, celebrar los ritos matrimoniales y, por supuesto, las ceremonias de enterramiento cristiano. El 5 de mayo, el padre Garrucho asentó su primer registro como padre residente, anotando el entierro de una joven sirvienta del capitán Urrea. En los dos días siguientes se llevó a cabo una boda y el bautizó de cuatro niños, ceremonia en la que tomó parte como padrino el gobernador indígena Juanico Cipriano Cavoostuitoc.

El padre Garrucho comprendió muy pronto las dificultades que afrontó su predecesor. Casi de manera inmediata todos los vecinos, excepto dos criados de la casa, abandonaron la misión. El capitán Pedro Vicente de Tagle Bustamante llegó, desde el presidio de San Felipe de Terrance, para buscar a los indios pimas y castigarlos. El padre Garrucho protestó por el abuso de la fuerza y finalmente los convenció para que regresaran utilizando regalos y lisonjas. Al volver, continuaron amistosos, pero su número disminuyó debido a las enfermedades, especialmente sarampión y viruela, las dos cruces de las misiones que causaban la muerte continuamente. En octubre de 1747, el padre Joseph regresó a Bac y se enteró de la muerte de diez niños que habían sido enterrados en su iglesia, sin embargo, continuó reclutando pimas en los territorios cercanos, perdiéndolos por enfermedad.

El padre Garrucho se llevaba bien con la gente de «razón» de la zona, aunque, en un constante batallar con los españoles para evitar que usurparan las tierras de los indígenas, especialmente debido a que los jesuitas controlaban la mejor que había, sus enemigos alegaron que los jesuitas habían convertido la zona en dominio privado. Es difícil decir, de manera específica, cómo podían los colonos obtener tierras.

El padre Garrucho también hizo planes con don Joaquín de Casares, maestro de obras de Caripe, para construir una nueva iglesia misional. La estructura, de 15 pies por 50, quedaría situada al borde de la mesilla, con su eje más largo orientado en la dirección norte-sur y su portal principal viendo hacia el sur donde se encontraba la plaza

del pueblo. La cimentación se realizaría con losas de aglomerado de cemento, elaborado con rocas locales, unidas con mortero de barro. Las paredes de adobe, secado al sol con un espesor de tres pies, blanqueadas y decoradas interiormente en varios colores, el techo plano descansaría sobre vigas colocadas siguiendo el eje menor. Habría una puerta en el lado oeste que llevaría a un patio rodeado de habitaciones. Este convento tendría habitaciones para el padre Joseph, escuela para los indios, una cocina, un refectorio y los cuartos necesarios para depósito y trabajo. Aunque la construcción se realizó lentamente con ayuda de trabajadores nativos, la nueva iglesia fue terminada.

EL PADRE FRANCISCO XAVIER PAUER

Nacido Franz Bauer, en la ciudad de Brno, Moravia, el 6 de enero de 1721, se incorporó a la Compañía de Jesús el 9 de octubre de 1737. Estudió en el colegio jesuita de Olomouc en la ciudad natal del padre Keller. De allí partió el 1 de febrero de 1749 y llegó al hospicio de Cádiz el 12 de mayo, donde permaneció más de un año. Por casualidad, llegaría al puerto sureño al mismo tiempo que los franciscanos, entre los cuales se encontraba fray Junípero Serra a la espera de partir hacia México. Bauer partió para Veracruz el 16 de junio de 1750 y, de allí, continuó a lomos de una mula, en compañía de otros diez jesuitas, a lo largo de la difícil ruta costera desde Guadalajara hasta Sinaloa. Se le nombró para reemplazar al padre Garrucho en San Xavier de Bac al iniciarse el año de 1751.

Durante la última semana de mayo de 1751, el padre Pauer —así escribía él su nombre en Nueva España—, bautizó ocho niños en San Ignacio y luego continuó hacia San Xavier para convertirse en el primer sacerdote residente de los últimos 15 años. Desgraciadamente, el padre Pauer reinició el trabajo de la misión en Bac en vísperas del más importante movimiento indigenista producido entre los pimas del norte. La crisis se produjo, en parte, debido a la lucha por el control del gobierno colonial español, entre los clérigos y los funcionarios civiles y militares, y también debido al resentimiento que llegó a incubarse entre los nativos durante varios años. El estallido de las hostilidades se conoce como la revuelta de los pimas de 1751.

PROGRESO DE LAS MISIONES EN LA BAJA CALIFORNIA

Mientras tanto, las misiones jesuitas en la Baja California progresaron extraordinariamente. A pesar del levantamiento, que se produjo al sur de la península en 1753, los padres continuaron estableciendo misiones al norte y al sur del presidio y de la sede de la misión principal en Nuestra Señora de Loreto. Había cierta comunicación, aunque generalmente dificultosa, a través del golfo de California, o mar de Cortés; por esto, los jesuitas continuaron desplazándose hacia el norte con la esperanza de hallar una vía terrestre que los uniera con sus hermanos.

El padre Fernando Consag, nacido en Hungría, llegó a la Baja California en 1732 e inició una extraordinaria carrera misionera y exploratoria, centrada en la misión de San Ignacio, situada unas cuarenta millas tierra adentro de la actual Santa Rosalía. El padre Consag, en un intento de comunicarse con las misiones de Arizona, viajó hacia las costas situadas en la zona norte del golfo hasta llegar a la desembocadura del Colorado. En aquel viaje, el grupo descubrió la bahía de Los Ángeles y recomendó que se utilizara como puerto de entrada de los suministros para el continente. La bahía estaba justo al norte del área de las islas Canal, llamada Salsipuedes. El diario de Consag y los mapas anexos proporcionan una descripción detallada de esta parte del golfo, y confirmaba los descubrimientos de Ulloa, Kino y Ugarte; un paso adelante en el reconocimiento de California como una península. En 1753, Consag exploró nuevamente la costa oeste, hasta casi el paralelo 30, en compañía del capitán Fernando de Rivera y Moncada, recién nombrado comandante del presidio de Loreto; sin embargo, el viaje por tierra hasta Yuma continuaría siendo difícil e intransitable.

VI

EL FIN DE UNA ERA

COMIENZA UN CONFLICTO

Diego Ortiz Parrilla, nombrado gobernador y capitán general de las provincias de Sonora y Sinaloa el 23 de junio de 1749, había prestado un gran número de servicios a la corona. Luchó contra los apaches en la frontera norte de Nueva España a comienzos de 1750. Con el grado de capitán, dirigió sucesivamente los presidios de San Saba, Texas y Santa Rosa. Ascendido a teniente coronel, sirvió en el Regimiento de Dragones de Veracruz y más tarde en Sonora. Tras supervisar la construcción de la posta de San Miguel de Horcasitas (Pitic), dirigió una expedición contra los indios seris en la isla Tiburón y en la costa del golfo de California. Para luchar contra estos indios, que protestaban contra la concesión de sus tierras a los españoles en Pitic, Ortiz Parrilla reclutó soldados del norte de Pima, comandados por Luis Oacpicagigua, un hispanohablante de Santa Gertrudis del Saric, una misión situada en el nacimiento del río Altar.

Los pimas lucharon valerosamente y regresaron a su lugar de origen sintiendo menos temor ante las tropas españolas, siendo recompensados posteriormente por las autoridades militares debido a su actuación en la campaña contra los seris. A partir de ese momento se mostraron reacios a seguir las normas autoritarias de los jesuitas. Por otra parte, los padres estaban contrariados por el hecho de que el gobernador Ortiz Parrilla, siguiendo el consejo de José de Olave, juez político de la Pimería Alta, hubiera nombrado capitán general de todos los pimas al soberbio y ambicioso Luis Oacpicagigua sin haberles consultado. Desde hacía varios meses los jesuitas estaban preocupados, ya

que el halago del gobernador hacia los indios les dificultaba controlarles.

Como parte de la ofensiva anual contra los apaches en 1751, un contingente de pimas se unió a los soldados del presidio de San Felipe de Terrenate, en una campaña destinada a buscar y destruir a los indios hostiles de la parte baja del río San Pedro y los de detrás de las montañas de Chiricahua. Luis Oapicagigua avanzó con un nutrido grupo de guerreros y pasó por la misión de Guevavi, donde el padre José los alimentó durante tres días. Cuando los soldados estuvieron preparados para la partida, Garrucho les despachó con quince cabezas de ganado pertenecientes a la misión. Al llegar a Soamca, la recepción a los indios fue menos cordial. El padre Keller, en vez de honrarlos, aparentemente insultó a Luis, originando así resentimientos y malestar.

El 29 de setiembre de 1751 hubo una gran fiesta en Guevavi, en honor de San Miguel. La nueva iglesia estuvo rebosante. La mayoría de los vecinos asistió, incluyendo a don Nicolás de Romero y su familia, Miguel Valenzuela, recientemente retirado de la guarnición de Terrenate y Juan Manuel Ortiz, del campamento minero de Aguacaliiente. También estuvo don Gabriel Antonio de Vildosola, hijo de don Agustín, el anterior gobernador de Sonora. Vildosola, nacido en la ciudad vasca de Villares en 1722, había venido al Nuevo Mundo con su padre, y era el dueño de la hacienda cercana en Santa Bárbara. También asistieron el padre Juan Nentuig, un jesuita procedente de Bohemia y asignado a Saric, el padre Francisco Xavier Pauer de San Xavier del Bac, y otros.

En mitad de la fiesta, un indio conocido como Pedro Chihuahua, que se consideraba a sí mismo como la mano derecha de Luis, llegó para ver a los padres. Portaba la vara de sargento comandante de la nación de los pimas, que le había ofrecido el gobernador Ortiz Parrilla, sin que los jesuitas lo supieran. El padre Garrucho advirtió a Pedro que no estaba permitido andar por ahí con la vara, y que si entraba otra vez en Guevavi, recibiría cien latigazos, tras lo cual Pedro se marchó muy contrariado. Más tarde, a principios de noviembre, se producirían otros incidentes, tales como el robo de ganado y de caballos.

LA REVUELTA DE LOS PIMAS EN 1751

El 21 de noviembre de 1751 las actividades dominicales de la misión de Guevavi se interrumpieron por la llegada de Juan de Figueroa, el prior de la misión de Tubac, quien casi resultó muerto a raíz de haber sufrido mordeduras hechas por indios que habían enloquecido. Los nativos de Guevavi cogieron sus armas y huyeron mientras les fue posible, dejando sin asistencia al padre Garrucho.

Don Antonio de Rivera, un vecino que por casualidad estuvo ese día en Guevavi, se fue con una docena de vecinos a Arivaca, donde se encontró con unos 200 indios amenazantes, hallando asimismo muertos a Juan María Romero, el prior de la misión, a José de Nava y a otros.

En San Xavier del Bac, el padre Pauer recibió una advertencia del gobernador nativo, pudiendo escapar con el prior español y tres o cuatro soldados situados en la misión, antes de que sus nativos decidieran unirse a la revuelta. En Tucson, los nativos discutieron durante unos días antes de comprometerse con la causa rebelde. En general, los indios de Tucson jugaron un papel muy pequeño en la lucha.

Se enviaron avisos al padre Keller en Soamca quien a su vez pasó las noticias al padre Stiger en San Ignacio, donde se montó un campamento militar. En ese momento surgieron inquietantes y terribles nuevas: Luis Oacpicagigua había cambiado su apellido por Bacquioppa, lo que significa «enemigo de las casas de adobe» aliándose además con los apaches. Asimismo los padres jesuitas Tomás Tello, en Caborca y Henry Ruhen, en Sonoita, habían sido martirizados. El padre Garrucho se preparó entonces para abandonar la misión en Guevavi, a la que nunca volvería, siendo de hecho culpado por el gobernador Ortiz Parrilla de haber causado la rebelión. Buscando refugio en el presidio de San Felipe de Terrenate, los fugitivos se encontraron con que don Pedro Menocal, el capitán de fronteras, había ejecutado a Pedro Chihuahua.

Una vez que supieron que el padre Garrucho no volvería, los nativos de Guevavi se dividieron. Algunos se unieron a Luis, mientras que otros se fueron a las montañas. En diciembre de 1751 bandas de nativos saquearon la casa del jesuita, destrozando los santos, matando los pollos y los pichones y destruyendo todo lo que tuvieron a su alcance. San Xavier del Bac sufrió un daño similar o peor. Finalmente,

el gobernador Ortiz Parrilla comprendió que Luis no era un buen y leal vasallo que mereciera honores, aunque igualmente sometió a corte marcial al capitán Menocal, por haber ejecutado a Pedro Chihuahua sin sus órdenes directas. Envío mensajeros para parlamentar con Luis, quien estuvo dispuesto a negociar la paz, después de haber perdido un combate contra 86 españoles, en enero de 1752. Sus condiciones de paz incluían el alejamiento del padre Keller de la Pimería y que el padre Garrucho, que por entonces estaba sirviendo a los ópatas en Oposura, devolviera los criados pimas que se había llevado.

El 18 de marzo de 1752, Luis Oacpicagigua llegó solo a Tubac, donde estaban acampados el representante del gobernador, el capitán José Díaz del Carpio y sus hombres. Se rindió y, a continuación, cuarenta de los rebeldes anteriores aparecieron en Tubac y más de cien se volvieron a Sonoita. Otros regresaron a Guevavi, pero se opusieron al restablecimiento de un misionero. El gobernador decidió que los jesuitas eran culpables y convocó varios vecinos para testificar contra ellos. Los jesuitas, que sabían que se había amenazado a los vecinos con el destierro a San Juan de Ulúa, concluyeron que el gobernador era un hombre de poco carácter, siendo además un altanero agitador que evidenciaba una gran antipatía por los jesuitas. Estos censuraron a Ortiz Parrilla por otorgar tanto poder a este indio, que se consideraba a sí mismo como el propietario legítimo de todo lo que había en la Pimería Alta, comenzando en ese momento a conspirar contra los padres. La investigación habría de continuar hasta finales de 1754.

La revuelta de los pimas empezó en Saric, al norte de Tubutama, en la misma área donde tuvo lugar una primera rebelión en 1695. En ese mismo sitio, el capitán Luis tuvo muchas reuniones en 1751, ganando así varios aliados de Sonoita y Caborca y un cabecilla de los papagos llamado Jabanimo. Su mayor apoyo provenía de los pimas del oeste (los grupos que ya llevaban más tiempo en la misión), sin lograr conseguir, en cambio, el de los sobaipuris y de los pimas del curso alto del río Santa Cruz. El motín se inició con la matanza de dieciocho españoles que habían sido invitados a su casa en Saric, luego se atacó Tubutama y Luis Oacpicagigua fue inducido a matar a Tello y Ruhen, los sacerdotes de Caborca y de Sonoita. Las actividades del padre Garrucho en Guevavi tuvieron poco que ver con el aumento de la revuelta. En el este hubo solamente un escaso protagonismo en el que las fuerzas de Ortiz Parrilla mataron a cuarenta pimas y donde tuvo

lugar la deserción del papago Jabanimo. Finalmente, después de haber matado a más de cien españoles, Luis decidió negociar la paz. Del mismo modo que en la insurrección anterior de los pimas, ésta se resolvió fundamentalmente mediante una negociación y no a través de una batalla desesperada. Ello dio como resultado el establecimiento de otro presidio en la frontera norte, la de Tubac, al sur de Bac en el río Santa Cruz, para proteger las misiones de Guevavi y San Xavier del Bac.

Después de una investigación profunda se descubrió que en general los pimas preferían vivir en la misión, sobre todo para poder mantener los rebaños de ganado y porque consideraban los rituales religiosos como técnicas curativas, mientras que los jesuitas no podían continuar con sus demandas. La situación también estaba determinada por un relativamente escaso contacto con otros españoles, que se quedaron en el extremo sur de la zona de los pimas. Sólo aquí se vieron obligados a sufrir trabajos forzados, por lo que muchos terminaron abandonando el área. Sin embargo, la hostilidad hacia los españoles no era muy profunda, prevaleciendo una actitud favorable hacia las misiones. Al no constituir los altos pimas una unidad tribal y, puesto que el programa misionero afectaba de manera irregular a los pimas, no hubo una programación extendida y constante. Habiendo costado cerca de cincuenta años llegar tan lejos como a San Xavier del Bac, la culturización fue muy desigual, con algunos pimas sosteniendo una intensa relación desde 1687, y otros casi sin ningún contacto. A raíz de que las condiciones de vida que ofrecía el estar cerca de un centro misionero eran mejores, algunos de los papagos de las áreas del desierto preferían participar en el programa.

EL PRESIDIO EN TUBAC

Tan pronto como el gobernador Ortiz Padilla recibió las noticias de la revuelta, solicitó autorización para reclutar y equipar una nueva guarnición fronteriza para poder así controlar a los indios pimas del norte. En la primavera de 1752 recibió esta autorización y formó una compañía de cincuenta hombres que ocuparon cuarteles temporales en Santa Ana, una colonia española al sur de San Ignacio, permaneciendo a la espera, mientras el gobernador mantenía una reunión en San Ignacio con oficiales militares y los misioneros veteranos Sedelmayr, Se-

gesser y Stiger, a efectos de escoger el mejor lugar. Eligieron uno en el río Santa Cruz y el otro en el río Altar. El padre Sedelmayr consideraba Tucson «un lugar con agua y pastos en abundancia», a unas cuatro o cinco leguas al norte de San Xavier del Bac, como principal localización, que evitaría problemas entre los pimas del norte y los papagos cercanos. El padre Segesser también prefería Tucson por las mismas razones y, además, porque el presidio podría controlar los poblados cercanos de los apaches, que se extendían en los alrededores.

Por último, a primeros de junio de 1752, el gobernador escogió Tubac, en la orilla oeste del río Santa Cruz. El presidio fue fundado por el capitán Juan Tomás Belderrain bajo el nombre de Presidio Real de San Ignacio de Tubac, poco después de la decisión del gobernador, aunque se ignora la fecha concreta de su construcción. Seguidamente, parece que la guarnición se marchó a Tubac en marzo 1753, fecha en que los nativos de esta zona, cuyas tierras fueron ocupadas por los soldados del presidio, se dirigieron hacia Tumacácori, situada a una legua al sur de Tubac, en el mismo lado del río. El 19 de marzo de 1753 la nueva visita misionera a San José de Tumacácori estuvo rodeada de un considerable fasto. El antiguo pueblo de San Cayetano, que Kino había conocido en el margen este del río, fue abandonado. Evidentemente, algunos residentes también se marcharon hacia Tucson, comenzando esa zona a rivalizar en población con el asentamiento de Bac. El presidio de Tubac estaba situado sobre una suave loma en el valle de Santa Cruz. Sus altos muros y sus viviendas interiores estaban contruidos con ladrillos de adobe. A un lado había un corral para los caballos, debidamente organizado para poder entrar inmediatamente en acción cuando las circunstancias lo requirieran. Al este, por encima del presidio, asomaban las montañas de Santa Rita y directamente al oeste se veían las de Tumacácori. Aunque ésta era una región muy desértica, en muchas ocasiones las montañas estaban cubiertas de nieve durante los duros inviernos. Había cuatro caminos que conducían al presidio. Uno iba desde el sur hacia la misión en Tumacácori y de ahí al centro de Sonora. El del norte conducía a la misión de Tucson. El camino del este sólo llegaba hasta la pequeña misión de Sonoita y el del oeste transcurría sobre las montañas, dirigiéndose luego al sur, hacia los asentamientos de Tubutama y Altar, en Sonora.

EL REGRESO DE PAUER

Mientras los jesuitas decidían dónde volver fundar la misión de los pimas, el padre Keller ejerció como sustituto durante el año 1753, quedando al cargo de tres misiones y dos presidios. A comienzos de diciembre, el padre Keller bautizó a Juan Antonio, el hijo del capitán Juan Tomás Belderrain y doña María Teresa Butron Prudhom y Muxica, hija del barón Prudhom, miembro de una antigua familia de Arizona. Los padrinos fueron don Gabriel Antonio de Vildosola y su mujer doña Gregoria de Anza, hermana de Juan Bautista de Anza, el más joven, y de Francisco de Anza.

El nuevo gobernador interino, don Pablo de Arce y Arroyo, intentó cumplir exhaustivamente las órdenes del virrey encaminadas a conservar la máxima armonía con los padres jesuitas y con esta finalidad comenzó a escuchar los ruegos que solicitaban el regreso de los sacerdotes a la frontera. Irónicamente, Luis Oapicagigua en persona apareció en noviembre de 1753 requiriendo la presencia de los misioneros. Manifestó que Caborca y Guevavi estaban preparadas para recibirlos, pero no así San Xavier del Bac, ya que no había iglesia, ni casas, ni cosecha. El gobernador le aseguró que escribiría de inmediato al padre visitador Carlos de Roxas, consultándole acerca del tema. También avisó al capitán Belderrain que, en breve, el padre Pauer podría volver a Guevavi.

El 8 de diciembre, día de la fiesta de la Inmaculada Concepción, el padre Keller comunicó a los indios que su sacerdote llegaría pronto. Cuando el padre Pauer arribó, a finales de diciembre, fue rodeado con afecto por los mismos indios que sólo dos años atrás le habían rechazado. Pauer, que había estudiado en la ciudad natal del padre Keller, seguramente sentía una gran camaradería hacia el padre mayor y esperaba que su recomenzada tarea al frente de la misión durara mucho tiempo. El día de año nuevo de 1754, el padre Pauer empezó a visitar la extensa zona a su cargo, bautizando a treinta y cuatro niños pimas en Tubac, de los cuales veintinueve fueron traídos por sus padres desde San Xavier del Bac. El padre Francisco recibió a su vuelta una amistosa bienvenida. Bautizó a otros 28 niños en Tucson, 4 en Tubac, 10 en Guevavi y al final de la semana pudo totalizar el bautizo de 99 nativos, 2 menos que Garrucho durante sus primeros tres años a cargo de la misión.

Durante la primavera de 1754, el padre Pauer pudo desempeñar correctamente sus tareas en Guevavi, hasta que llegaron a sus oídos ciertos rumores acerca de que Luis Oapicagigua estaba organizando una nueva rebelión. Grupos beligerantes de pimas usando sombreros y adornos apaches de guerra, comenzaron a robar ganado y mataron algunos vecinos. El gobernador Arce y Arroyo y el padre visitador Roxas se apresuraron a trasladarse hacia el norte para valorar el alcance de la amenaza. Se convocó una reunión en San Ignacio, a la que asistieron los jesuitas Pauer de Guevavi, Keller de Soamca, Luis Vivas de Tubutama, Stiger de San Ignacio y Alonso (o Ildefonso) Espinosa, un recién llegado que se dirigía a Caborca. Más tarde, Espinosa, que tenía entonces 34, fue enviado al norte. También estaban presentes los capitanes de la frontera de Sonora: Belderrain de Tubac, Elías González de Terrenate y Vildosola de Fronteras. Se cuestionaba el comportamiento de dos sospechosos, Luis Oapicagigua de Saric, quien insistió en su defensa argumentando que había sido un buen indio y Luis de Pític, quien declaró que no sólo se había comportado bien, sino que además había ayudado a reconstruir las iglesias quemadas y había devuelto objetos robados. Estando encarcelados los sospechosos, Luis de Pític intentó suicidarse, pero fue salvado justo a tiempo.

Este indio manifestó conocer que sus delitos eran malos y que el Diablo le había ordenado terminar con su vida. Dijo también que él y Luis Oapicagigua habían luchado juntos en la campaña contra los seris y que éstos estaban tramando una venganza contra los españoles por haber matado en 1751 a los pimas en El Tupó. Declaró también que después de la revuelta de 1751, Oapicagigua estaba contento con la amnistía y planeaba más rebeliones. Ante estas declaraciones, los españoles decidieron que la cárcel era el mejor sitio para los dos Luises.

EL DESARROLLO DE TUCSON

La misión de Tucson, situada en la parte más septentrional de su territorio, era visitada con escasa frecuencia por el padre Pauer. El 6 de agosto de 1754 éste bautizó a cuarenta y tres personas en Bac y en Tucson, regresando nuevamente a Bac el 16 de febrero de 1755. Días antes, el 2 de febrero, fiesta de la Purificación de la Santa Virgen, Pauer acudió a la misión de Nuestra Señora de la Asunción de Arispe, situa-

da en una meseta al oeste del río Bacanuche, para acabar su declaración ante el padre rector Carlos de Roxas. Después de su visita a Bac, Pauer volvió a Guevavi y en Tubac bautizó a un hijo del capitán Bel-derrain el 19 de marzo, día de San José. El niño fue llamado José Antonio, igual que el hijo anterior, nacido tan sólo dieciséis meses antes y que probablemente había muerto. El padre Francisco fue su padrino. A mediados de abril de 1755 es nombrado un misionero residente en Tucson y Bac, interrumpiéndose en esas fechas la relación de sucesos en Guevavi. Este misionero fue Ildefonso Ignacio Benito Espinosa, quien había nacido el 1 de febrero de 1720 en las islas Canarias y formando parte de la Compañía de Jesús, viajó a Nueva España en 1750. Inicialmente fue enviado a Caborca, luego a San Ignacio para recuperarse y al final a San Xavier del Bac. Es evidente que en su primer viaje no permaneció mucho tiempo en Bac, ya que a mediados de 1756 trascendió que Espinosa se encargó de la misión Cocóspera, mientras que el padre Pauer todavía se ocupaba de Guevavi y Bac.

Durante el verano de 1755 fue nombrado un nuevo gobernador para Sonora: el coronel don Juan Antonio de Mendoza, un castellano enérgico que planeó vencer a los seris, a los apaches y a los rebeldes pimas, decidiendo además trasladar la frontera misionera más hacia el norte. El coronel Mendoza recorrió esta vasta zona y en 1756 resolvió instalar a Espinosa en San Xavier del Bac. Por entonces se estaban difundiendo rumores acerca de que el jefe Jabanimo del río Gila y un grupo de papagos intentaban rebelarse. El padre Pauer viajó al norte para pedir al jefe nativo que reafirmara ante las autoridades españolas sus intenciones pacíficas. Con la excusa de que estaba demasiado viejo para hacer el viaje, Jabanimo mandó a uno de sus hijos a que declarara falsos los rumores. Éste admitió que algunos papagos de la región de Ati querían aprovecharse del liderazgo de Jabanimo sobre el ejército de la tribu de pimas gilenos, para evitar el desplazamiento. Puede que Espinosa presionara a los habitantes del desierto a emigrar a su misión del río Santa Cruz, para compensar las pérdidas de su población. El hijo de Jabanimo manifestó que su padre no respondería a los deseos de aquellos pobladores de Ati.

La situación de entonces parecía estar controlada hasta el festival anual de la cosecha, que tendría lugar en octubre 1756. Evidentemente, las medidas tomadas por Espinosa tendían a eliminar la práctica de los ritos nativos y también a reprimir a los pimas con el objeto de que

abandonaran sus danzas rituales y sus festividades. Entre éstas se contaban una ceremonia de intoxicación ritual al comenzar el año, a fin de procurar abundantes lluvias. En Tucson y Bac, los nativos se resentieron amargamente por el intento de Espinosa de cambiar sus ritos y creencias religiosas ancestrales, razón por la que fueron a la guerra, pensando que de ese modo podrían expulsar al padre Espinosa y también destruir la misión de San Xavier.

Las crónicas e informes españoles de la época atribuyen la violencia desatada en el año 1756 al comportamiento beligerante del jefe Jabonimo de la región del río Gila. Uno de los episodios relatados dan cuenta de que Jabonimo asaltó la misión de Bac con su grupo de pimas rebeldes, siendo apoyados por numerosos indios de su pueblo. Los rebeldes saquearon la casa del padre e intentaron matar a Espinosa, que afortunadamente pudo huir. En esa ocasión, el auxilio llegó a través del alférez Juan María de Oliva, quien arribó a la misión con 15 soldados procedentes de Tubac. Rápidamente, el coronel Mendoza organizó una expedición de castigo, formada por soldados reclutados en varios presidios, con el capitán Elías González de Terrenate como segundo comandante, que recorrió durante el mes de noviembre la zona de San Ignacio, al norte, recibiendo allí los servicios del capellán, padre Bernardo Middendorff, un jesuita originario de Westfalia.

El padre Middendorff era miembro de un grupo de refuerzo constituido por cuarenta y dos jesuitas que habían partido de España el día de Navidad de 1755, arribando al Nuevo Mundo el 19 de marzo de 1756. Poco tiempo después de haber llegado a ciudad de México, Middendorff partió de la capital, invirtiendo casi cuatro meses en su viaje a Sonora, una vez allí, él y sus compañeros contrajeron una dolorosa enfermedad intestinal que los dejó exhaustos. Esta circunstancia les obligó a pasar tres semanas en la misión de Matape, desde donde, una vez repuestos, continuaron su camino hacia Ures, llegando Middendorff a San Ignacio, para asumir su puesto de capellán de la expedición de Mendoza. En su trayecto hacia el norte, recogieron a Espinosa en Tubac, restituyéndole en su puesto al frente de la misión de San Xavier. Desde ahí Mendoza persiguió a sus enemigos, siguiendo sus huellas hasta las orillas del río Gila. Después de sostener allí una batalla que no logró resolver el conflicto, volvieron a San Xavier del Bac y, por último, a San Ignacio.

EL PADRE MIDDENDORFF FRACASA

El padre Middendorff fue el primer jesuita que vivió al norte de San Xavier del Bac, en el área de Tucson. Desde el mes de enero de 1757, Middendorff desplegó ingentes esfuerzos para extender el control español hasta el límite septentrional de la frontera. Acompañado por diez soldados, el jesuita alemán logró ponerse en contacto con los pimas del norte, que vivían esparcidos en montes y colinas, manteniendo allí su estilo de vida tradicional, en chozas individuales. Sin embargo, unas setenta familias consiguieron ser atraídas a un puesto misionero, mediante el tentador ofrecimiento de carne seca y otros regalos. El contingente de esperados conversos incluía unos pocos cristianos que habían sido bautizados anteriormente en Bac por Espinosa. Para Middendorff resultó muy difícil comunicarse con ellos, pues no había aprendido oportunamente el idioma de los pimas en San Ignacio, tal como habían hecho los anteriores jesuitas alemanes antes de intentar una conversión masiva. Por lo tanto, tuvo que instruir a los nativos a través de un intérprete. Además, Middendorff había prohibido a los indios practicar lo que él consideraba vicios: danzas y juegos nocturnos. Finalmente, en el transcurso de una noche de mayo, la misión sufrió el asalto de un grupo compuesto por unos quinientos indios paganos, que atacaron el poblado, destruyéndolo por completo. A pesar de este ataque sorpresivo, el padre Middendorff pudo escapar ileso y llegar a Guevavi. Nuevamente, la misión de Tucson hubo de retomar su anterior status de visita de la misión de San Xavier del Bac, quedando al cargo de Espinosa. Al sur de Tubac, en Tumacácori, el padre Pauer había podido realizar con más éxito su tarea, terminando la construcción de una nueva iglesia de adobe, que medía aproximadamente 60 por 20 pies y estuvo al servicio de los residentes de la zona durante más de sesenta años.

Tras cinco meses de cotidiano esfuerzo el padre Middendorff logró un estrecho contacto con los pobladores indígenas así como una fluida relación entre éstos y los soldados españoles. También pudo transmitirles nociones más completas respecto a cuestiones como la misa diaria, el bautismo, el matrimonio y la extremaunción. La partida del padre Middendorff constituyó un hecho irrelevante para los nativos, quienes se sintieron más libres, e incluso capaces de optar por trasladarse a Bac, en caso de ser necesario. A pesar de sufrir una grave

enfermedad, el padre Espinosa continuó trabajando en Bac, hasta la fecha de su traslado a Caborca y Ati, en 1765.

En Guevavi, el padre Pauer experimentó una honda tristeza al perder dos compañeros en un mismo año. Tras haber servido en la frontera norte de Nueva España durante casi tres décadas, el padre Keller falleció a finales de agosto, poco después de asistir a un pima moribundo. El 7 de setiembre de 1759, a escasas cinco semanas del nacimiento de su hija, murió el capitán Juan Tomás Belderrain. Pauer, nombrado por sus superiores padre rector de la Pimería Alta, se trasladó a San Ignacio, arribando a Guevavi su sustituto, un jesuita flaco y achacoso, llamado Miguel Gerstner.

UN INTERLUDIO PACÍFICO

Miguel Gerstner, nativo de Evenshausen, ducado alemán situado al suroeste de Franconia, nació el 17 de marzo de 1723 y entró en la Compañía de Jesús el 12 de julio de 1744. Poco después de haber servido en la provincia jesuita del alto río Rin, se ofreció como voluntario a las misiones españolas. Gerstner encontraría muchas dificultades durante su permanencia en la frontera de Sonora, ya que continuamente padecía alguna enfermedad, con lo cual su vida en la Pimería Alta no resultaría gratificante. En los libros de registro de la misión, consta como primera tarea de este sacerdote la asistencia en un entierro acaecido el 12 de enero de 1760, registrándose también el último acto en Guevavi del padre Pauer el 15 de enero del mismo año. Durante esos días se supone que los dos sacerdotes habrían intercambiado impresiones acerca de las características de las tareas cotidianas a cumplirse en la misión, el cuidado de las existencias, los nativos en quienes se podía confiar o los soldados más serviciales para colaborar en el trabajo.

Poco después de su llegada, el padre Gerstner se dirigió hacia el norte para investigar la muerte de Eusebio de Tumacácori, a manos de los vengativos pimas, requiriendo la participación de un intérprete, a pesar de lo cual se sentía capaz de atender a las necesidades de los nativos. Bautizó a cuatro niños y casó a tres parejas. Después, en lugar de retornar a la seguridad de Guevavi, el decidido jesuita se dirigió a Sonoita, el sitio más alejado que visitó, bautizando allí a seis niños,

tres de ellos hijos de familias de la zona de San Xavier y de Tucson. El gobernador nativo, Gregorio, ejerció como padrino de un chico joven y el teniente José Romero, escolta de Gerstner, aceptó la misma responsabilidad para un nixora. Tras haber cumplido sus obligaciones, el buen padre volvió a Guevavi sintiéndose seguramente orgulloso y satisfecho por haber cruzado todo el territorio sin sufrir incidentes.

A comienzos de 1760 llegó, como nuevo capitán del presidio de Tubac, don Juan Bautista de Anza. Tenía 24 años de edad y era hijo del amigo de los jesuitas, ya fallecido. Este joven no sólo heredó el nombre de su padre, sino también su talento, su valor, su temperamento formal, su buena relación con sus soldados, y la pericia en el manejo de las armas. Nacido en el presidio de Fronteras en 1736, el joven Anza había crecido entre soldados y fue cadete desde su temprana adolescencia. Su abuelo sirvió como teniente y capitán en el presidio de Janos, en Nueva Vizcaya y su padre estuvo al mando de la guarnición en Corodeguachi y Fronteras. El joven Anza entró al servicio militar en Fronteras en 1752 y llegó a teniente el 1 de julio de 1755. Arribó a Tubac después de haber pasado cinco años en Fronteras, sirviendo al lado de su cuñado don Gabriel Antonio de Vildesola, capitán de Fronteras y considerado como un héroe en toda la provincia. Anza había sido entrenado con los mejores recursos disponibles en el lugar.

A su llegada, compró la casa de Belderrain en Tubac y se instaló en ella con su madre viuda, doña María Rosa Bezerra Nieto de Anza. Inmediatamente se marchó a luchar contra unos rebeldes pimas de la zona situada al sur de la desértica visita de Arivaca. Allí encontró muerto a su compañero, el soldado Miguel de la Cruz, sorprendiendo a sus asesinos a punto de quitarle el cuero cabelludo. Anza se vengó rápidamente y mató a nueve de los indios, incluyendo a Ciprian, su jefe, hijo de Luis Oapicagigua. Desde entonces, los jesuitas de Guevavi ya no temían a los pimas; la década de 1760 traería consigo nuevas guerras con los apaches.

El padre Gerstner continuó su trabajo en la nueva iglesia de Guevavi e hizo construir a los nativos una casa en la visita de Calabazas. Hubo mayor número de bautizos que entierros y también se celebraron las fiestas locales. Un sacerdote secular, José Manuel Díaz del Carpio, ejerció de vez en cuando como capellán en Tubac firmando varias partidas en el libro bautismal de Guevavi. Su hermana, Ana María Pé-

rez Serrano, solía visitar Tubac de vez en cuando, llamando así la atención del joven Anza, con quien contrajo matrimonio al poco tiempo. El 24 de junio de 1761 el padre Carlos de Roxas, que había bautizado a Juan Bautista 25 años atrás, celebró la ceremonia. La pareja se instaló en Tubac, pero la flamante señora de Anza no pudo convencer a su hermano, José Manuel, para que se quedara. El padre Gerstner asumió las obligaciones necesarias para continuar sirviendo a la guarnición y a los vecinos. También bautizó a numerosos niños en Tumacácori, hecho que indicaba que éste era en 1760 un pueblo muy grande y activo. Desafortunadamente, también la tasa de mortalidad era muy alta lo cual provocaba una drástica reducción de la población nativa.

EL PADRE IGNACIO PFEFFERKORN

El 25 de mayo de 1761 el padre Miguel Gerstner firmó una orden de traslado, marchándose de Guevavi e instalándose en Saric para comenzar allí su trabajo. A pesar de su mala salud, había logrado sobrevivir en medio de difíciles condiciones. Le reemplazó un viejo amigo, Ignacio Pfefferkorn, nacido en Mannheim, en el arzobispado de Colonia, el día de la fiesta de San Ignacio (el 31 de julio de 1726). Había compartido el viaje desde Alemania a la Pimería Alta con Gerstner y otros, incluyendo a José Och. En una ocasión, el padre Segesser les estaba enseñando los rudimentos de la vida misionera en la misión de Ures, cuando un grupo de indios intentó atacarles. Los padres se arrojaron al suelo, mientras sus mulos escapaban a la selva. El padre Pfefferkorn, que más tarde escribiría un importante libro sobre las actividades de los jesuitas en Sonora, viajó a Guevavi esperando encontrar un aire más puro y un agua más sana que la de Ati. Probablemente se desilusionaría.

Al cabo de poco tiempo, le llegó la noticia al padre Pfefferkorn, en Guevavi, de que el padre visitador general Ignacio Lizassoain, natural de Pamplona, había ocupado su cargo en abril de 1761. El visitador general no quería viajar en la temporada de lluvias, por lo que no llegó hasta noviembre a la Pimería Alta, y no fue a Guevavi. En vez de ello viajó por Cananea y Terrenate e hizo una parada en Soamca. Desde allí viajó al suroeste, a través de Cocóspera e Imuris, a San Ignacio, donde recibió a los otros padres de la Pimería Alta.

Después de casi seis meses en Guevavi, el padre Pfefferkorn viajó alrededor de 65 millas para contar su relato sobre el progreso de la misión y sus expectativas de futuro. Presentó los registros de bautizos, bodas y entierros y un censo de la población nativa. Informó que en Guevavi había 31 familias, 5 viudas y 5 viudos y 29 conversos, adultos y niños, aprendiendo el dogma. Calabazas y Sonoita contaban respectivamente 36 y 34 familias con 30 y 19 personas recibiendo clases. Tumacácori tenía 72 familias, 7 viudas, 8 viudos y 40 conversos. Desafortunadamente en Tumacácori hubo un número de muertes no registradas, y cuando Felipe, el popular gobernador nativo falleció, muchos de los papagos abandonaron el área.

UNA MIGRACIÓN FORZADA DE LOS PIMAS NORTEÑOS

En San Xavier del Bac, el padre Espinosa sufrió un problema similar. La mayoría de sus neófitos le habían abandonado y sólo quedaban los viejos y los enfermos. Los nativos de Tucson habían abandonado su pueblo. Fuese por enfermedad o por temor a los apaches, una cosa era segura, la misión estaba en apuros. En San Miguel de Horcasitas, el padre visitador Lizassoain discutió la situación con José Tienda de Cuervo, gobernador de Sonora desde el 16 de enero de 1761. El gobernador, holandés a servicio de España, tenía experiencia, sobre todo con los indios seris, a quienes habían ahuyentado del continente a la isla Tiburón. Él y Lizassoain tomaron una decisión que traería trágicas consecuencias: destacar tropas coloniales para forzar a los sobaipuris a reinstalarse en las misiones jesuitas existentes. Haya sido o no piadosa su decisión, el traslado debilitó la defensa de la frontera y dejó la puerta abierta para las invasiones de los apaches, como pronto descubrió la gente de Sonora.

La migración de los sobaipuris en 1762 contribuyó a asegurar la supervivencia biológica de una población originaria del área de Tucson y diversificó la estructura social del asentamiento. El capitán Francisco Elías González, comandante del presidio en Terrenate, fue el encargado de realizar el desplazamiento. Los sobaipuris emigrados sólo tenían un limitado surtido de casas nuevas y se instalaron allí donde el capitán Elías les permitió. Unos 30 se instalaron en la misión de Santa María de Soamca, y otros se establecieron lo más cerca posible de sus

tierras originarias de Sonoita, en la meseta, al oeste del río San Pedro. Además, hubo un grupo de aproximadamente 250 (aunque el misionero dijo 400) que se instalaron en Tucson, donde tenían a su disposición suficiente campo y agua. El padre Espinosa era bastante ambicioso en sus planes de integración de los nuevos colonizadores en la vida de Tucson, enseñándoles el pastoreo de ovejas y la labranza. No obstante, los sobaipuris no eran muy receptivos a este tipo de actividades y no sabían cuidar de su ganado. Al año siguiente los apaches se escaparon con el excedente de la ganadería del sacerdote de Bac. El padre Espinosa había incrementado sus rebaños desde unos pocos terneros a casi mil cabezas, pero los apaches las redujeron a 200.

La pérdida de la ganadería de Espinosa ilustró el principal defecto estratégico de la decisión colonial de desplazar a los sobaipuris del río San Pedro a la misión más occidentales. Mientras vivían a lo largo del río constituían la primera línea de defensa contra la penetración de los apaches, siendo capaces de evitar invasiones. Su posterior asentamiento en el río Santa Cruz, lo convirtió en la primera línea de hostilidades, atrayendo apaches atacantes hacia este valle, que anteriormente se encontraba protegido. Durante el año 1763 los robos de los apaches aumentaron en número hasta que Anza solicitó permiso al gobernador para trasladar otra vez a los sobaipuris, a comienzos de 1764.

El nuevo gobernador de Sonora, Juan Claudio de Pineda, natural de Sort, en la provincia de Lérida, había servido como teniente en la campaña italiana, en la década de 1740, siendo posteriormente ascendido a capitán, el 17 de diciembre de 1759. Ascendido una vez más por sus servicios competentes, un año después Pineda se convertía en teniente coronel y, en contra de sus deseos, fue enviado a Nueva España como gobernador y capitán general de Sonora y Sinaloa. En su camino se detuvo en la ciudad de México y en 1762 acompañó al virrey a Veracruz para evaluar la amenaza de la guerra inglesa. Por fin, Pineda llegó a Rosario, y luego a Sinaloa en febrero de 1763, y tomando el cargo del capitán Urrea en San Miguel de Horcasitas el 20 de mayo. En 1764 Pineda inspeccionó las guarniciones fronterizas y reorganizó las unidades de milicia. Concentró sus principales esfuerzos en los hostiles seris y ofreció un premio de 300 pesos por la captura de la cabeza del jefe de los seris. Más tarde Pineda recorrió el puerto de Guaymas en búsqueda de lugares adecuados para una larga expedición a Sonora con objeto de vencer a los seris.

El gobernador Pineda no atendió el ruego de Anza para desplazar a los sobaipuris de Tucson al valle de Buenavista. Anza argumentó que en Tucson los indios carecían de suficiente agua de riego y de campos y que el padre Espinosa no era capaz de atender sus confesiones. El padre rector Manuel Aguirre, aconsejó a Pineda que, en vez de desplazar a los indios, debería mandar otro sacerdote a Tucson. Aguirre también abogó por el envío de papagos a Buenavista, ya que no tenían campos para cultivar, y criticó la decisión inicial de volver a colocar a los sobaipuris en Santa Cruz. Obviamente, el rector jesuita y el gobernador militar no llegaron a un acuerdo satisfactorio.

Mientras tanto, el padre Aguirre solicitó tres misioneros más para la provincia de Sonora y la Pimería, especialmente uno para Tucson. El gobernador Pineda recordó al rector que los jesuitas estaban acumulando demasiados estipendios para misiones carentes de misioneros, así que tenían primero que ocupar los puestos que se hallaban vacíos. Aguirre continuó insistiendo, mientras el padre Espinosa cayó gravemente enfermo. Espinosa se repuso temporalmente en San Ignacio, pero en San Xavier volvió a encontrarse en malísimas condiciones a mediados de mayo de 1765. Finalmente, Aguirre encontró a José Neve, un joven jesuita mejicano, que le asistió en diversas actividades. Nacido en Calpulalpan, en la provincia de Tlaxcala, el 10 de junio de 1739, Neve ingresó en la Compañía de Jesús en 1755, y llegó a Sonora a principios de 1765. Empezó trabajando en Ati y fue enviado para asistir al sacerdote enfermo en Bac. Encontró a Espinosa inmóvil en su cama y le cuidó hasta que se repuso lo suficiente para permitir que siguiera el viaje a San Ignacio. Espinosa se hallaba tan enfermo que no pudo desplazarse durante varios meses. Por fin, Neve le dejó en San Ignacio en octubre de 1765 y volvió a Bac. Espinosa se repuso lo suficiente como para trasladarse a Caborca en febrero de 1766.

DE VUELTA A GUEVAVI

El padre Pfefferkorn no encontró el esperado aire puro y sano en Guevavi. Muy pronto, el calor del verano y los pantanos que rodeaban al río empezaron a generar enfermedades. Pfefferkorn se puso gravemente enfermo y en junio de 1763 fue a Oposura, donde se repuso, quedándose algún tiempo recopilando material para su libro (publica-

do en Alemania en 1794), detallando su vida entre los indios de Sonora. Desafortunadamente no incluyó referencias directas de su experiencia en Guevavi, pero sí describió los peligros de la planta toloache, o la datura sagrada, cuyo jugo causaba alucinaciones e incluso, si se tomaba incorrectamente, la muerte. Pfefferkorn y otros padres alemanes parecían vivir mejor en climas más frescos.

EL PADRE CUSTODIO XIMENO

El sustituto del padre Pfefferkorn en Guevavi resultó ser un español alto y moreno, nacido en Valdelinares el 1 de mayo de 1734, en el territorio frío y montañoso del sur de Aragón. El padre Custodio Ximeno entró en la Compañía de Jesús el 29 de setiembre de 1752 y asistió al colegio de los jesuitas de Zaragoza. Habiéndole sido garantizado su traslado a la provincia jesuita de México, viajó casi 500 millas al sur, al hospicio del Puerto de Santa María en el golfo de Cádiz, donde esperó un barco rumbo a Nueva España. Se embarcó en el *Nuestra Señora de Begoña*, también llamado *El Vencedor* y, después de una breve estancia en la ciudad de México, se dirigió a la frontera norte. El padre Custodio, y un amigo español del colegio, el padre Francisco Xavier Villarroya, se fueron juntos a mediados de la primavera de 1763, acompañados por el nuevo gobernador de Sonora, Juan Claudio de Pineda.

El padre Ximeno fue destinado a Guevavi, mientras que Villarroya se dirigió a Ati. Los dos recién llegados pronto conocerían el peligro que constituían los apaches, ya que estos indios poco amistosos habían atacado con frecuencia a lo largo del valle, desde Soamca a través de Guevavi hasta San Xavier del Bac. De hecho, las invasiones habían sido tan frecuentes, que una delegación de habitantes del valle de San Luis fue a ver al capitán Anza, pidiéndole permiso para abandonar sus casas y trasladarse cerca del presidio. La propia cuñada de Anza, doña Victoria Carrasco, esposa de don Francisco de Anza, fue enterrada en octubre de 1763 en Guevavi, aunque el padre Ximeno no se refirió a la causa de su muerte. Puede que esto haya influido en la decisión de Anza de permitir a los residentes desplazarse a Terrenate y Tubac, casi a la vera de los muros del presidio. Al gobernador Pineda no le satisfizo la decisión.

En el año 1763, el día de San Miguel, el padre Ximeno presidió las festividades del santo patrón de Guevavi. Estuvo acompañado por el padre visitador Manuel Aguirre, de Sonora, que había estado en la mayoría de las misiones como secretario del padre Lizassoain. Aguirre encontró débil y afiebrado al padre Ximeno y señaló que aquellos que sirviesen en Guevavi, fuesen españoles o alemanes, tenían que ser muy fuertes y pacientes. Aguirre también mencionó que Guevavi contaba con una buena iglesia y vestiduras, pero que su ganadería había sido diezmada por los apaches. También observó que el padre Ximeno todavía no había aprendido el idioma de los apaches, y en realidad quería abandonar la misión debido al peligro que éstos suponían.

El padre Aguirre estaba convencido de que el abandono no era conveniente y que, en lugar de ello, había que crear una nueva misión, con Tumacácori como cabecera y Calabazas como una visita. Desde Tumacácori el misionero podría atender el presidio de Tubac. Incluso se podría usar el estipendio anual, que en sus orígenes iba destinado a la misión abandonada de Kino en Dolores, pues ya había sido asignado a los sobaipuris. Después de haber proyectado su plan, el padre Aguirre cayó en la cuenta de que los vecinos de Guevavi habían abandonado sus casas.

Para repoblar el área el capitán Anza había tenido la idea de trasladar a los sobaipuris descontentos desde Tucson a los campos abandonados por los habitantes del valle de San Luis. Al gobernador Pineda no aprobó esta idea y Aguirre creyó que sería más conveniente volver a trasladar a los sobaipuris a su propio valle, para poder así luchar contra los apaches. Al igual que ocurrió con la proposición de desplazar a los indios a Buenavista, ese plan fracasó. Por consiguiente, el padre Ximeno continuó atendiendo a los nativos de Guevavi y trató de preservar su propia salud. Sin embargo, las enfermedades continuaron minando la vida de los nativos, tanto de Guevavi como de Calabazas.

EL PADRE LINCK EN LA BAJA CALIFORNIA

Con la llegada de más jesuitas a la Baja California en 1764, el padre Wenesclaus Linck tuvo la oportunidad de dirigir su atención hacia una serie de campañas exploratorias. Esperó encontrar más centros

misioneros en el norte y noreste, para así continuar la búsqueda de una ruta terrestre, uniendo las misiones jesuitas de la Pimería Alta con California y descubrir un puerto adecuado en la costa pacífica para los galeones procedentes de Manila. Su primer esfuerzo, un viaje arriesgado a la isla del Ángel de la Guarda en el golfo de California, era una prueba de que este sitio estaba totalmente desierto, sin agua y carente de condiciones climáticas que facilitasen desde allí una partida sencilla.

Durante el año 1765, Linck viajó casi continuamente por todo el área del golfo con un pequeño contingente de exploradores, entre los que estaban el capitán Rivera y Moncada, del presidio de Loreto, dos soldados españoles, dos desertores alemanes de un galeón de Manila, y dieciséis indios. A pesar de haber abarcado un territorio bastante amplio, no descubrieron nada relevante. La contribución más importante del incansable sacerdote resultó su expedición de dos meses en 1766 hacia el norte del río Colorado. Los objetivos claves de Linck eran determinar, quizás por última vez, si California era insular o peninsular, y examinar nuevos posibles asentamientos para las misiones, que permitirían a los jesuitas avanzar hacia el interior de la Alta California. También observó las costumbres nativas, la organización social, el potencial de guerra, y los idiomas; las condiciones materiales de la región, el suministro de alimentos y la disponibilidad de agua. La expedición, obstaculizada por la sierra San Pedro Mártir, no pudo alcanzar la desembocadura del río Colorado, no obstante el grupo de Linck completó sus objetivos más importantes. A su vuelta, el intrépido padre realizó rápidamente los preparativos para una quinta expedición al Pacífico —nunca imaginó que su carrera en California se cortaría en breve. Dos años después, el padre Junípero Serra, en su camino a la Alta California, llevaría consigo una copia del diario de Linck, y establecería la misión de San Fernando de Velicata en el lugar recomendado por su predecesor.

LAS REFORMAS DE CARLOS III

Desafiando el Tratado de Utrecht, firmado en 1713 para terminar con la guerra de la sucesión española, los monarcas borbones de Francia y España empezaron a hacer preparativos para frenar la creciente potencia imperial del Reino Unido. En 1733 ratificaron su alianza, fir-

mando el Pacto de Familia para una defensa mutua. Debido a este convenio con los franceses, España sufrió importantes pérdidas durante varios conflictos en el siglo XVIII, en los que se implicaron estas tres naciones. El último de estos conflictos, conocido en Europa como la guerra de Siete Años, y en América como la guerra franco-india, marcó el final del poder colonial francés en el hemisferio occidental, y los poderosos rivales de Inglaterra y España se convirtieron en herederos del inmenso imperio norteamericano. Por las condiciones del Tratado de París, firmado en 1763, España traspasó Florida a Inglaterra y recibió como compensación un territorio de Francia, la Luisiana occidental. Con la frontera francesa, así delimitada a favor de la expansión inglesa, la frontera de España en el río Mississippi estaba expuesta a posibles ataques a través de Canadá y desde las trece colonias de Inglaterra. Además, la costa pacífica estaba amenazada por el avance ruso desde Alaska, y sus provincias de Sonora, Nuevo México y Texas fueron invadidas por tribus indias cada vez más hostiles.

Después de 1763, aunque carente de medios y de preparación, España se vio obligada a hacer proyectos para una guerra aparentemente inevitable con Inglaterra, a ocupar y controlar Luisiana, colonizar y establecer una línea defensiva en la Alta California, y reforzar los puestos fronterizos para evitar represalias de los indios y otros posibles ataques. En esta época crítica, España necesitaba restablecer su poder colonial, o pasaría a ser una nación de tercera clase. Todas estas exigencias sólo se podían cumplir con la aplicación de medidas heroicas, y éstas se aplicaron gracias al enérgico y culto rey de España, Carlos III. Con su ascensión al trono en 1759, el nuevo monarca reforzó las medidas de reforma que habían sido instituidas desde el principio del siglo e instrumentó medios para conseguir las rentas públicas.

Una serie de decretos promulgados entre 1764 y 1778 modernizaron las actividades comerciales. Se intentó eliminar el monopolio del puerto español de Cádiz, resolver los retrasos debidos al sistema de la flota (una flota anual de buques navegando juntos a España, lo cual constituía un blanco fácil para piratas); aplicar los derechos de aduana sobre bienes españoles, evitar la restricción del comercio colonial, el contrabando, y el monopolio inglés del mercado de esclavos. En España, Carlos III centralizó la administración del gobierno, redujo la deuda pública, construyó carreteras y canales, fomentó la agricultura científica, reorganizó el ejército, reconstituyó la marina de guerra, y

promovió la emigración a América. Sus medidas de reforma, también se reflejaron en el patronato de las actividades científicas en la península Ibérica, y en el resto del mundo colonial español.

Las reformas borbónicas exigieron una mayor eficiencia militar, a la vez que un plan defensivo que estimulase el reclutamiento de nuevas unidades militares. A cargo del programa defensivo para Nueva España estaba el teniente general Juan de Villalba y Angula, capitán general de Andalucía. Considerado como uno de los más importantes oficiales en España, Villalba estaba asignado al destacamento del comandante general y visitador general del ejército de Nueva España. Dirigiría el regimiento de América, compuesto por tropas españolas y por mercenarios extranjeros que tenían que servir como unidades de entrenamiento para las fuerzas armadas de Nueva España. Villalba había formado el regimiento reclutando soldados de Nápoles, Brabandia, Flandes, Lisboa y el puesto norteafricano de Orán. No obstante, el mayor número de tropas procedía del interior de las provincias españolas de Sevilla, Granada, Castilla, Navarra, y otras.

Partiendo de Cádiz, Villalba, su equipo, y un contingente de tropas, llegaron a Veracruz el 10 de noviembre de 1764. Villalba contempló dos grandes problemas de defensa. El primero concerniente a la defensa de la costa de Nueva España, especialmente a la de Veracruz, cuya primera función era defenderse contra la invasión desde el mar de los rivales europeos de España. El segundo se refería a la hostil frontera con los indios, que se extendía desde el golfo de México hasta la costa pacífica de California. Villalba comprendió que no sólo tenía que reorganizar las defensas interiores, sino también instruir las a través de las demostraciones prácticas de soldados profesionales en el regimiento de América. En su valoración de las defensas existentes, Villalba y su equipo analizaron las propuestas presentadas por los consejeros militares en Nueva España.

Durante los veintinueve años de reinado de Carlos III (1759-1788) España triplicó sus rentas, incrementó su población en un 50 % y mejoró su prestigio entre las naciones europeas. Con la ocupación y control de nuevos territorios de Ultramar, España lograría su periodo de mayor expansión.

VII

UNA ERA DE TRANSICIÓN

VISITA DEL MARQUÉS DE RUBÍ

El 19 de diciembre de 1766, hombres a caballo llegaron al poblado de Guevavi anunciando la proximidad de un noble español y su corte. En la misión se habían hecho los preparativos para la llegada de don Cayetano María Pignatelli Rubí Corberá y San Climent, marqués de Rubí, que llevaba a cabo una gira extraordinaria de inspección y evaluación desde el golfo de México al golfo de California. El marqués había llegado a Nueva España el 1 de noviembre de 1764 con la expedición del teniente general Juan de Villalba y Angulo, comisionado del rey Carlos III para realizar los trabajos de defensa en la carretera de Veracruz a México y para reorganizar totalmente la fuerzas militares en Nueva España. Aunque Villalba debía cooperar con el virrey, Joaquín de Monserrat y Cárdenas, marqués de Cruillas, se creó entre ambos un antagonismo personal que frenó la terminación efectiva de los proyectos propuestos por el rey.

La llegada de Villalba precedía a la de otro visitante oficial de importancia, lo cual fue una mera coincidencia, el visitador general José de Gálvez, quien llegó a Veracruz el 18 de julio de 1765, también con el encargo de llevar a cabo reformas y reorganizaciones. Un mes después de haber desembarcado, Gálvez se presentó ante el virrey Cruillas e inmediatamente después ante Villalba. Tenía la esperanza de poder eliminar las diferencias entre ambos, pero en vez de lograrlo se encontró con dificultades con el virrey. Aunque las misiones de Gálvez y Villalba, quien a su vez mandaba a Rubí, eran muy parecidas, el primero debía llevar a cabo las reformas financieras y administrativas,

mientras que el segundo solamente se ocuparía de la defensa en las fronteras. Como Rubí debía inspeccionar todos los presidios de las fronteras y hacer las recomendaciones sobre las futuras defensas, el virrey Cruillas nombró a Nicolás de Lafora, del Cuerpo de Ingenieros Reales, como asesor técnico de Rubí con el cometido específico de trazar un pequeño mapa de cada zona visitada.

Rubí, Lafora y el personal acompañante partieron de Guevavi hacia su siguiente destino, el presidio real de Tubac, donde permanecerían durante dos semanas. El marqués de Rubí, opinaba que Anza, debido a su energía, celo y experiencia era un oficial muy completo que merecía el reconocimiento real. Rubí advirtió que el arsenal del presidio estaba bien dotado de carabinas catalanas de excelente calidad y con sables, lanzas y escudos y otras armas necesarias. La inspección demostró que Anza gobernaba con una generosidad que no era común en los puestos fronterizos, dándole a los hombres descuentos en vez de recargar el precio de los útiles necesarios.

A pesar de todas las lisonjas hacia Anza, el informe de Rubí incluía tres quejas que salían de los testimonios de los soldados. Una, en la que coincidían todos los miembros de la compañía, era la asignación arbitraria de obligaciones y la poco metódica disciplina, cuya culpa hacían recaer en el alférez Juan de Huandurraga. La segunda queja se refería a la comida. Antes de partir, Rubí normalizó las cantidades y los precios y dejó dispuesto que además del maíz y del trigo, cada soldado debía recibir un cuarto de carne cada quince días, si se podía disponer de ella, o sustituirla por carnero o carne salada. La tercera queja era que los soldados tenían que ocupar su tiempo y gastar sus energías reuniendo los caballos y las mulas, cuando la mayoría de estos animales eran propiedad de colonos locales y de los misioneros. Además, tantos animales producían un excesivo pastoreo, en detrimento de las manadas del presidio.

Mientras se llevaba a cabo la inspección, el ayudante de Rubí, teniente José de Urrutia, trazó un mapa del presidio y del área de los alrededores. Curiosamente, Urrutia llegaría a ser, tres décadas más tarde, capitán general de todos los ejércitos españoles y posaría para Goya en la corte de Madrid en 1798. Nicolás Lafora ganaría fama imperecedera con la publicación de su diario sobre la gira de inspección que duró dos años. Rubí comentó que el diario de Lafora, sus observaciones y sus mapas le ayudaron mucho a escribir su dictamen.

Poco después de la partida del grupo de Rubí, la situación del padre Custodio era deprimente. El padre Neve de San Xavier fue transferido y no fue reemplazado hasta mediados de abril de 1767. Finalmente se le asignó el cargo al padre Antonio Castro, quien contaba 27 años, pero lo más probable es que nunca llegara allí. Pronto, este hecho no tendría ninguna consecuencia, ya que las campanas anunciando la muerte de la Compañía de Jesús ya habían sonado en Portugal y Francia, y tendrían finalmente sus repercusiones en España para, muy pronto, llegar a las remotas fronteras de la Pimería Alta.

EXPULSIÓN DE LOS JESUITAS

El correo especial del virrey cabalgaba rápidamente a lo largo de lo que parecía ser una interminable cadena de colinas que separaban a Culiacán de la frontera norte. Se enfermó al llegar a Alamos, pero entregó los importantes documentos que llevaba en su valija a otro jinete, hasta que el 11 de julio de 1767, tres días después del horario previsto, Juan Claudio de Pineda, gobernador español de Sonora, cuya oficina estaba en San Miguel de Horcasitas, abrió el misterioso y sellado paquete. La orden que contenía, directamente dada por el conde de Aranda, presidente del consejo de Castilla, cambiaría el curso de la historia para siempre. Como lo había hecho el marqués de Pombal en Portugal, Aranda súbitamente y sin previo aviso, trasmitía las explosivas noticias según las cuales, Carlos III, había dado la orden, con fecha 25 de junio de 1767, de arrestar a los jesuitas en todos los colegios y misiones del imperio español. Todos los sacerdotes de la frontera norte, y de todos los demás lugares, debían ser trasladados a Veracruz para ser expulsados de los dominios españoles de Ultramar de manera inmediata.

La Compañía de Jesús, que había sido creada en España en el siglo xvi según la idea y la experiencia de Ignacio de Loyola, había crecido en un tiempo relativamente corto hasta convertirse en una de las órdenes más poderosas. La educación secundaria estaba prácticamente bajo el control de los jesuitas. La creciente influencia de la orden, suscitó el celo tanto del clero secular como de los miembros del clero regular. Con el tiempo, la oposición a los jesuitas se extendió a los funcionarios gubernamentales y entre aquellos que favorecían lo que se

llegó a conocer como la política del regalismo. Mientras los monarcas españoles siguieron una política de absolutismo real en relación con la iglesia a partir de los inicios del descubrimiento y la conquista, el uso del control real se había hecho más pronunciado bajo el dominio de los borbones. El regalismo se había convertido en sinónimo de un uso casi abusivo de los poderes reales sobre los asuntos eclesiásticos. Como los regalistas se oponían fuertemente a la centralización de la autoridad de la iglesia en Roma, los jesuitas, que defendían la supremacía de los papas sobre los concilios y sobre los reyes, se convirtieron en blanco de serias acusaciones. Los capas negras habían sido expulsados de la Francia borbónica en 1764.

En España y sus provincias, los comerciantes y otras personas se quejaban de que los jesuitas realizaban un comercio ilegal, vendiendo a menor precio que sus competidores debido a la exoneración de impuestos, y que habían amasado una gran fortuna a expensas, tanto de los indios como de las rentas reales. A los jesuitas se les acusaba de intromisión en la política y se habían ganado la oposición de quienes detestaban su individualismo, su independencia y su riqueza material. La burocracia secularista que había sido introducida en España por los borbones había comenzado a destruir el tradicional solapamiento entre las autoridades civiles y eclesiásticas, y los que estaban al mando querían reducir el extenso control que tenían los jesuitas sobre los colegios españoles.

Carlos III, autorizó la publicación en 1765 del *Tratado de la regalía de la amortización* de autoría anónima, que cuestionaba el derecho de la Iglesia a poseer propiedades. Argumentaba que en todos los asuntos temporales, el estado era soberano. Su autor fue, en realidad, el conde de Campomanes, fiscal del Consejo de Castilla, amigo de Aranda y con las mismas inclinaciones nacionalistas y anticlericales. Campomanes creía en una Iglesia pobre que debía limitar sus actividades a la oración y a la penitencia. Había acusado a los jesuitas de fomentar los motines de Esquilache y como fiscal firmó, el 8 de junio de 1766, el primer decreto condenando a los jesuitas como aspirante a un poder universal. En enero de 1767, el Consejo de Castilla había formulado su opinión de que la orden debía ser expulsada y mostró una carta, que posteriormente se demostró que no tenía ninguna base, en la que se decía que los jesuitas creían que Carlos III era ilegítimo. El rey finalmente se convenció de que la orden quería derrocarlo y tal vez

también planeaba asesinarlo. Todas estas circunstancias se combinaron para apoyar el plan de Aranda y Campomanes de una expulsión inmediata, plan que fue llevado a cabo muy secretamente.

La expulsión de los jesuitas no dependía de las actividades de la orden en América, y todavía menos de las mejoras realizadas en Arizona. Aún así, los misioneros representaron un papel importante en todo el drama. En la Pimería Alta, los jesuitas habían tenido recientemente dificultades con los militares, que se quejaban de tener que cuidar los animales de los jesuitas. El gobernador de Sonora, a su vez, se quejaba de que había misiones sin misioneros que recibían estipendios gubernamentales. En la Baja California, los misioneros de la Compañía fueron acusados de esclavizar a los soldados, de hacer trabajar demasiado a los indios, de comerciar con los ingleses, de mantener en secreto las minas de plata y de ocultar los vastos recursos de la península. Estas acusaciones, exageradas por el amargor del prejuicio y del odio, ejercieron una influencia desmedida debido al aislamiento de los misioneros.

JOSÉ DE GÁLVEZ

Para llevar a cabo la política económica de la corona y cumplir ciertas reformas políticas en la Nueva España, Carlos III había nombrado a José Gálvez, un enérgico y joven letrado, como su representante personal. Gálvez que nació cerca de Vélez, Málaga, en una familia andaluza de escasos recursos pero de noble linaje (véase Chapman, página 208) estudió leyes en la universidad de Salamanca y se distinguió rápidamente en la oficina de asuntos exteriores española. Su conocimiento de las leyes, su eficiente desempeño y su dominio del francés impresionaron favorablemente a Carlos III y le hicieron acceder al cargo de *visitador general* o inspector general de Nueva España (véase el libro de Priestly). En este cargo, a Gálvez se le confiaron poderes absolutos para llevar a cabo, en Ultramar, las medidas reformistas del rey: reforma total de la administración colonial, revisión de los métodos fiscales obsoletos, creación de nuevas fuentes de recursos fiscales, eliminación del tráfico de puestos públicos y la expulsión de los jesuitas. Después de conseguir la remoción del poco cooperador virrey, marqués de Cruillas (1760-1766), recibió el apoyo total del recién nombra-

do marqués de Croix, virrey de Nueva España entre 1766 y 1761. Gálvez, que había llegado a México en julio de 1765, comenzó a desarrollar las nuevas fuentes de recursos fiscales, la revisión de los métodos fiscales obsoletos y la reforma general de la administración colonial. Al recibir el mandato real de mayo de 1767, tomó inmediatamente las medidas necesarias para supervisar la polémica medida. Aunque se producirían sufrimientos y penurias tanto para los religiosos como para los indios, el visitador, que nunca simpatizó con los jesuitas, no tardó en hacer cumplir la notificación de desalojo.

El conde de Aranda inmerso en el espíritu de la ilustración, hacía públicas sus ideas sobre el futuro papel de la Iglesia, en las instrucciones que acompañaban el decreto real. Recomendaba a los mercaderes españoles que se asentaran en los poblados indígenas y realizaran un intercambio recíproco que beneficiara a todos los involucrados. También proponía que los nuevos religiosos debían ir a las misiones como individuos y no como parte de un colegio o de una provincia religiosa.

Gálvez, que actuó inicialmente de manera conservadora, comprendió que esta última recomendación era imposible de cumplir y decidió llegar a acuerdos con los franciscanos siguiendo las formas tradicionales. Además, Carlos III sentía simpatía por los franciscanos y era terciario de la orden. También los frailes eran numerosos, educados y tradicionalistas. Sin embargo, sus planes de largo alcance exigían una integración del sistema de misiones a una comandancia general autónoma en el norte, que convertiría a los indios en tributarios útiles a la corona y daría a Sonora una estructura diocesana muy fuerte, cuando las misiones se convirtieran en parroquias. Gálvez se entrevistó con el comisario general fray Manuel de Nájera, la más alta autoridad de los franciscanos en Nueva España, para decidir cuáles de los colegios apostólicos de la Propaganda Fide debían ser asignados a las diversas zonas. Finalmente se llegó al acuerdo de que el colegio de San Fernando de la ciudad de México enviaría 12 sustitutos a la Baja California, Santa Cruz de Querétaro enviaría 14 para ocupar parte de la misión de Sonora y la Pimería, y Guadalupe de Zacatecas enviaría 25 frailes a las misiones de Tarahumara y Chinipas.

NUEVAS INSTRUCCIONES

Para cumplir con las reformas de Carlos III, el guardián del colegio de Querétaro elaboró las instrucciones que debían seguir los padres al llegar a las nuevas misiones de Sonora. Éstas representaban un cambio sustancial en la política española en relación con los nativos. Primero, los misioneros debían aprender la geografía y la ecología de la zona en que trabajarían y también la de las tierras que se hallaban más allá de la frontera. Asimismo, se les prohibía estrictamente a los franciscanos que impidieran la comunicación de los nativos con los españoles, y se les encargaba que comerciaran con ellos libremente y que vivieran entre ellos. Los españoles también podían vivir en los poblados indígenas. En vez de seguir la política aislacionista practicada desde el momento que finalizó el sistema de encomiendas durante el siglo xvi, a los misioneros se les recomendaba encarecidamente que educaran a los indios, inculcándoles las costumbres españolas y enseñándoles la lengua castellana. Las nuevas instrucciones también exigían que los misioneros emplearan maestros no indígenas y que establecieran escuelas formales en los poblados de la misión para acelerar el proceso de asimilación cultural. Bajo esta nueva política, los soldados, los nativos y los misioneros vivirían en una sociedad cooperativa en la frontera.

EL GOLPE FINAL

Al gobernador Juan Claudio de Pineda no le quedó otra alternativa que ordenar a cada uno de sus capitanes que comenzaran la expulsión. En vez de enviar al capitán Anza para reunir los misioneros de la Pimería Alta, envió a sus oficiales leales a Arizpe, lugar donde se hallaba el rectorado de San Francisco Javier, para notificar la situación al anciano padre visitador general Carlos de Roxas, sacerdote que le había bautizado y casado. Al capitán Bernardo de Urrea de Altar, se le asignó la obligación de reunir a los padres y llevarlos a la misión de Tubutama, residencia del padre rector Luis Vivas, debido a lo céntrico de su localización. El padre Vivas convocó a todos los sacerdotes y los soldados, siguiendo las órdenes de Altar, no tuvieron tiempo para tomar las medidas necesarias para su ausencia. Al padre Custodio Ximeno

en Guevavi se le exigió la entrega de los registros y llaves de la misión. Los soldados encerraron los útiles de la iglesia en la sacristía y les dijeron a los indios que no los desordenaran. Le comunicaron a Ximeno que podía llevarse sus efectos personales: ropa, tabaco, pañuelos, su breviario y un pequeño libro de oraciones, aunque no le podían decir cuál era la naturaleza del viaje.

En la amplia iglesia de Matape, a 65 millas de la actual Hermosillo, se congregaron alrededor de 50 jesuitas para escuchar la lectura oficial del decreto. Se enfrentaban a meses de confinamiento en el puerto de Guaymas, a un terrorífico viaje plagado de enfermedades a través del golfo y a una lastimosa marcha a través de México hasta Veracruz. Por lo menos veinte de ellos murieron en la travesía. Entre los supervivientes que embarcaron en el navío sueco *Princess Ulrica* el 10 de noviembre de 1768, estaban los padres Garrucho, Pauer y Ximeno. Los padres Gerstner y Pfefferkorn harían el viaje posteriormente, este último escribiría una relación detallada de sus experiencias en la Pimería Alta.

BAJA CALIFORNIA

Gálvez nombró a don Gaspar de Portola y de Rovira, nativo de Lérida en el norte de España, y que había pertenecido a los dragones españoles, gobernador de la Baja California con instrucciones de destituir a los dieciséis misioneros que trabajaban en los catorce centros en California. Portola llegó a San José del Cabo, extremo sur de la península, el día 30 de noviembre de 1767, y durante diez días marchó en dirección norte a lo largo de la rocosa costa del golfo. Cualquier idea que hubiera tenido sobre oro, plata y perlas, fue sustituida por la árida realidad, Portola escribiría posteriormente al virrey de México: «La mayor parte de este país es un arenoso desierto sembrado de espinos y cardos». El gobernador fue recibido por el escrupuloso capitán Rivera quien le confirmó la pobreza de toda la región.

Uno a uno los misioneros jesuitas —cinco españoles, cinco alemanes, tres austríacos, dos mexicanos y uno bohemio— se reunieron tristemente en Loreto para preparar su partida el 3 de febrero de 1768, el padre Baegert, inflexiblemente realista, manifestó la opinión de muchos de sus colaboradores diciendo que

desde un punto de vista material, no se nos podía haber hecho un mayor favor... que habernos sacado de tal miseria y mandarnos de vuelta a Europa, nuestra patria.

Y al tiempo continuaba:

Le puedo asegurar al lector que no había ninguno entre nosotros cuyo corazón no sufriera al pensar en abandonar California o quien, aunque la posición de sus hermanos en la monarquía española no cambiase, no se hubiera regresado con alegría en medio del viaje hacia casa.

REFLEXIONES

No hay dudas de que los padres de la Pimería Alta se sentían igual que sus hermanos de la Baja California. Si se habían comportado duramente al insistir en que los indios abandonaran sus antiguas costumbres, era solamente porque creían que las nuevas eran mejores. Si utilizaron la comida y la fuerza como medio para cumplir con sus intenciones, lo hicieron bajo la creencia de que los nativos necesitaban ayuda y gobierno. Y, sin embargo, debido a las enfermedades, casi llevaron al exterminio a muchos poblados. Veían horrorizados cómo hombres, mujeres y niños morían a causa de las epidemias que parecían barrer la zona. Como consuelo sólo podían ofrecer una cosa —la oportunidad cristiana de una vida eterna. Aunque sus cuerpos no sobrevivieran, sus almas serían salvadas.

LA GENTE DE RAZÓN

Los misioneros y los indios no fueron los únicos afectados por la expulsión de los jesuitas. Aunque no participaran en la vida diaria de la misión, habían llegado a conocer a los padres al ser los únicos sacerdotes en los alrededores para llevar a cabo bautizos, bodas y otras ceremonias. Aunque no eran muy numerosas, había familias que estaban relacionadas con los presidios militares y algunas que habían llegado al país como rancheros o mineros independientes, formando en-

tre todos una población en aumento. Algunas de estas familias eran *criollas* de primera o segunda generación que mantenían una relación estrecha con personas y familiares que residían en España. Entre la élite, se tenía un extremo cuidado a la hora de escoger la pareja matrimonial para así asegurar la pureza del linaje. Eran, por ejemplo, por las familias de Elías González, Anza, Vildosola, Díaz del Carpio, y otros. Sin embargo, era más frecuente que las familias de la frontera fuesen mestizas, aunque algunos fueran clasificados como castizos, que significaba una mezcla con una cuarta parte o menos de sangre india. Los hijos de los castizos eran considerados como españoles y podían entrar en las órdenes religiosas y claustros de la Iglesia católica.

Debido a la importancia de los presidios, los comandantes de estas avanzadas tenían una posición muy cercana a la más elevada dentro de la estructura de poder. El comandante decidía qué comerciante debía suministrar a las tropas y cuál sería el precio de los caballos. Aunque la comida era vendida a un precio fijo, el comandante generalmente la compraba a precios tan reducidos como lo permitiese el mercado y obtenía así una buena ganancia. La riqueza de la élite militar les permitía vivir en buenas casas, invertir en empresas mineras y rancheras, educar a sus hijos, obtener favores políticos y concertar buenos matrimonios o darles una carrera a sus descendientes.

Los grupos más numerosos, los *mestizos*, afrontaban muchas dificultades para vivir en la frontera. Sus casas eran generalmente de adobe y tenían dos o, como máximo, tres habitaciones. El mobiliario era parco, incluyendo camas de cuero sin curtir, un arcón para la ropa, bancos para sentarse y una pequeña mesa. Las dos clases que incluían personas con antepasados africanos eran los *mulatos* (españoles y negros) y los *lobos*, mezcla de indios con negros, ambas consideradas como las clases más inferiores.

La ropa era escasa y variaba de acuerdo con la riqueza y la posición social. Los hombres de las clases superiores usaban chaquetas rojas o escarlatas adornadas con botones de plata o cobre. También usaban camisas azules de manga larga y pantalones de gruesa pana azul o roja. Sus sombreros eran rígidos y decorados con bordes plateados y cintas azules o rojas. Las mujeres usaban vestidos plisados, las blusas se cerraban en el cuello y llevaban el rebozo, que de acuerdo con la ocasión podía ser de algodón, de algodón mezclado con seda o de seda pura.

Todas las clases gozaban de las fiestas y celebraban las bodas, los bautizos, los onomásticos y funerales. A los huéspedes se les servía chocolate y tortillas, generalmente había música, bailes y alguna bebida. La comida diaria consistía en judías, *posole* o sopa de maíz, *pinole* o cereal de maíz molido, *atole* o potaje hecho con los granos de maíz y tortillas. Los colonos usaban el maíz como base para los tamales, para las puchas que eran pasteles en forma de anillo hechos con harina de maíz mezclada con azúcar, canela y yemas de huevo, y para los bizcochuelos, que eran barritas duras hechas con harina de maíz, azúcar y leche. El chocolate era la bebida favorita pero era muy caro y pocos podían comprarlo. La carne de vaca, de carnero y de pollo era escasa y se reservaba para ocasiones muy especiales.

Para los residentes de las fronteras, el cambio de jesuitas a franciscanos no tenía ninguna significación especial. Les preocupaba más los ataques de los indios.

PERIODO INTERMEDIO

El capitán Bernardo de Urrea de Altar, de nombre Andrés Grijalva, civil residente en el presidio de Terrenate, y comisario de las tres misiones de Soamca, Guevavi y San Xavier de Bac, impulsado por la generosidad dijo a los nativos que eran los dueños absolutos de las propiedades de las misiones y que podían utilizarlas como quisieran. Les entregó las llaves de los graneros y, ante el disgusto del capitán Juan Bautista de Anza, en pocos días, los nativos de Tumacácori consumieron más de cincuenta fanegas de maíz. Por esta razón, Anza recuperó las llaves y advirtió a Grijalva que no continuase con tal desorden.

Anza necesitaba proteger las provisiones para el caso de un ataque por parte de los apaches, que llegó muy pronto. A comienzos del invierno de 1767, una partida de apaches atacó a los caballos que pertenecían al presidio de Terrenate, mataron a un soldado, capturando a otro y a un colono. Los apaches, perseguidos por los soldados, mataron a sus prisioneros y se prepararon para la lucha. Los soldados entonces se retiraron y afortunadamente no hubo más derramamiento por el momento.

LA ORDEN DE LOS FRAILES MENORES

La orden franciscana debía su existencia a las visiones e ideales del joven Giovanni Francesco de Bernardone, hijo de un rico comerciante, nacido en 1182 en el pueblo de Asís en las montañas de la Italia central. Francisco, al recuperarse de una enfermedad, se sintió animado de una gran vocación de pobreza, caridad y piedad. Vendió algunas de las cosas de su padre y regaló lo obtenido a la iglesia parroquial. Repudiado por su padre, Francisco se alojó con el obispo de Asís, juró obedecer sólo a Dios, y decidió predicar la palabra de la Iglesia como un pordiosero o mendigo. Se oponía a una vida monástica y reclusa, de manera que él y otros dos compañeros fundaron una nueva orden en 1209, en la que no habría posesiones materiales y en la que tendrían libertad para viajar adonde quiera que se necesitaran sus servicios. Aceptaban el uso de las propiedades necesarias para cumplir con su trabajo aunque no admitían su posesión.

Los franciscanos, reclutados mayormente entre familias humildes y armados más que nada de una fe perdurable, buenas intenciones y energía, mostraron ser trabajadores prácticos y abnegados. Muy pronto, la orden adoptó una disciplina vigorosa y recibió la aprobación papal en 1223. Francisco murió en 1226 y fue canonizado como San Francisco ese mismo año. Algunos franciscanos acompañaron a Colón en su segundo viaje a América y fundaron el primer convento del Nuevo Mundo en La Isabela, en isla de La Española en 1493. Fundaron otro en Santiago de Cuba en 1510 y para 1524 habían establecido una custodia en la ciudad de México. Los franciscanos se hallaban ejerciendo su ministerio en la zona central de México, en Texas y en Nuevo México cuando los jesuitas fueron expulsados.

El primer colegio de México, el de Santa Cruz de Querétaro, fue fundado en 1683 por el padre Antonio Linar. Como enlace directo con la iglesia primitiva y apostólica, el programa misional se inspiró en la teoría cristiana inicial que exigía el trabajo manual como parte de la doctrina de la iglesia. Las misiones debían funcionar como fortalezas espirituales autosuficientes y proporcionar una base económica y una vida social para una población inicialmente dispersa. Los frailes ayudarían a los militares en la pacificación de los indios y los militares a su vez protegerían a los frailes. Los franciscanos mantendrían las tierras de los indios en fideicomiso y les enseñarían que Dios recompensaría

sus servicios y su devoción. La autoridad civil regularía la recaudación de los diezmos para la Iglesia secular.

El 18 de enero de 1768, trece frailes vestidos con sus sotanas grises dejaron el hospicio de Tepic, en Querétaro, donde habían estado esperando la orden para incorporarse a las misiones. Su jefe era el padre presidente fray Mariano Antonio Buena y Alcalde, veterano de las misiones de Texas y prefecto apostólico para todos los colegios franciscanos de América. Recorrieron las 40 millas que les separaba de San Blas con el optimismo necesario para navegar hacia el norte a bordo de la recién construida *San Carlos* y de la pequeña *Lauretana*.

Uno de los frailes, Antonio de los Reyes, viajaría por tierra en compañía del coronel Domingo Elizondo, cuyos dragones españoles se dirigían a Sonora para combatir a los indios seris. Elizondo ya había experimentado las dificultades de la navegación por el golfo y prefería el largo pero seguro camino terrestre. Desgraciadamente, las naves, como sucedía con mucha frecuencia en el impredecible golfo, se vieron inmersas o en la calma o en súbitos chubascos hasta que la *San Carlos* se vio obligada a regresar renqueante a San Blas y comenzar de nuevo. Los infelices frailes, que estuvieron navegando sin rumbo durante cuarenta días, eran consolados por fray Junípero Serra y el grupo de frailes del colegio de San Fernando que habían sido asignados a las misiones de la Baja California. La *Lauretana* con seis frailes arribó a Mazatlán, llegando a Sonora a comienzos de la primavera de 1768. Siete semanas después, los demás, entre ellos el padre Buena, llegaron finalmente a la bahía de Guaymas.

Después de entregar sus credenciales al gobernador Pineda en San Miguel de Horcasitas, los padres recibieron sus cargos. Los de Querétaro fueron asignados a las misiones de la Pimería Alta de la siguiente forma:

San Ignacio	— Fray Diego Martín García
Caborca	— Fray Juan Díaz
Ati	— Fray José Soler
Tubutama	— Fray José del Río
Saric	— Fray José Agorreta
Soamca	— Fray Francisco Roche
Guevavi	— Fray Juan Crisóstomo Gil de Bernabé
San Xavier de Bac	— Fray Francisco Garcés

Después de permanecer cuatro días en San Ignacio en el sur, el padre presidente Buena decidió trasladar sus cuarteles generales a Tubutama en el río Altar donde había residido el último superior jesuita. Desde allí confirmó la llegada del padre Gil de Bernabé y del padre Garcés a Guevavi y San Xavier de Bac, dos misiones situadas dentro de lo que hoy en día es Arizona. En julio de 1768 el gobernador Pineda les ordenó a Andrés Grijalva y a los otros comisarios entregar las iglesias, las sacristías, las habitaciones de los padres y el mobiliario a los franciscanos por medio de un inventario oficial.

De acuerdo con las nuevas instrucciones, se les prohibía estrictamente a los frailes seguir con los precedentes económicos establecidos por los jesuitas. Pineda tuvo especial cuidado en asignarles un estipendio real anual como único medio de subsistencia. Cualquier suministro que los padres necesitaran debían ser pagados con los estipendios asignados. Se les prohibió a los frailes utilizar cualquiera de los bienes materiales de las misiones incluso para el bienestar de los indios. Esto era difícil, ya que los niños huérfanos tenían muy poca ropa que usar y escasa comida. El estipendio real era verdaderamente insuficiente.

No había fondos especiales para la construcción y el mantenimiento de las iglesias en las condiciones dejadas por los jesuitas hacían necesaria una reparación. Dos de las vigas que sostenían el techo de la iglesia de la misión de San Miguel de los Ures se desprendieron el 4 de agosto de 1768, y por poco caen encima de los feligreses. La iglesia de Tubutama no tenía sacristía y los murciélagos se introducían por las huecos de las ventanas. Como el estipendio real no podía cubrir los gastos de los edificios, no se realizaban reparaciones, mucho menos mejoras, las estructuras hospitalarias de las misiones eran otro problema, ya que los funcionarios y otros viajeros que utilizaban las misiones como puntos de parada debían ser alimentados. Como los frailes no podían utilizar los almacenes de las misiones para cumplir con esta obligación, esto se convirtió en un grave problema para sus haberes personales.

LA BAJA CALIFORNIA

En julio de 1768, Gálvez viajó a la Baja California para entregar a los franciscanos, oficialmente, las propiedades de las misiones que has-

ta ese momento estaban bajo la administración militar, y para inspeccionar las posibilidades económicas de la región. Durante su permanencia de diez meses, Gálvez consolidó los pueblos de los indígenas, trató de estimular la colonización por parte de los españoles, y tomó las medidas necesarias para impulsar las actividades mineras. Él mismo se estableció al sur de La Paz en la villa colonial Real de Santa Ana, la única ciudad que no había sido fundada por los jesuitas y, desde allí, Gálvez emitió su primer decreto. Sus órdenes del 12 de agosto de 1768, establecían los medios por los cuales los inmigrantes de ascendencia europea podían recibir concesiones de tierras urbanas y rurales. Se les exonerarían los impuestos durante tres años, pero se les exigía que en el plazo de un año debían construir y ocupar sus casas y rodearlas con árboles frutales o de sombra; debían tener al menos veinte cerdos para la cría, una yunta de bueyes, cinco ovejas o cabras, dos yeguas y cinco gallinas y un gallo. Los colonos debían poseer un arado, un hacha, un martillo y otros equipos variados que incluían las armas para su propia protección. Gozarían de aguas y pastos comunes.

En octubre, Gálvez estableció un plan que crearía un patrón para los instalaciones fronterizas, y por el cual, los indios se organizarían en pueblos situados fuera de las misiones. Cada jefe de familia recibiría una parcela para la casa, la propiedad permanente de un trozo de tierra de regadío y la posesión temporal de otras dos. Debían construir una casa con lechos que fuesen «limpios y situados por encima del suelo de manera que los librara de las enfermedades contagiosas que los amenazaban y del hedor que adquirirían al dormir sobre el piso recibiendo la humedad de la tierra.» (véase Chávez, página 8). Los indios debían sembrar maíz, algodón, plantar árboles frutales e higueras chumbas. Las mujeres, en lugar de trabajar en el campo, aprenderían a cocinar, y los sacerdotes les enseñarían a tejer y a hilar. Los hombres, además de cultivar la tierra, comerciarían con sus productos llevándolos al mercado del pueblo semanalmente y vendiéndolos bajo la supervisión de un juez real. Si no tenían otras obligaciones, se les asignaría un trabajo en las minas de manera que tuviesen otras fuentes de ingreso. Entre los solteros se elegirían los seis indios más capaces y trabajadores, para aprender las artes mecánicas y útiles para las misiones, mientras otros cuatro o seis aprenderían a cultivar el maíz para luego enseñar a los demás. Gálvez estableció que los jefes indios serían electos libre y democráticamente en una asamblea que se reuniría el pri-

mer día de cada año y en la que participarían todos los mayores de veinticinco años.

EL PADRE JUNÍPERO SERRA

José de Gálvez, escogió como presidente de las misiones de California al padre Junípero Serra, que se había distinguido por su trabajo como misionero en la región de Sierra Gorda en México. El padre Serra inició la tercera etapa de su carrera apostólica en California. Nació el 24 de noviembre de 1713 en Petra en la isla de Mallorca, fue bautizado con el nombre de Miguel José en la iglesia local. En 1729, Serra, que era un joven de dieciséis años poco desarrollado, ingresó en la orden franciscana de Palma de Mallorca, adoptando el nombre de Junípero. Aunque era un chico enfermizo, recuperó la salud y se fortaleció en el convento y posteriormente obtuvo el doctorado en teología sacra. Serra se convirtió en profesor de filosofía y durante varios años predicó con éxito a lo largo de su nativa isla mediterránea, pero su mente estaba centrada en el deseo de trabajar entre los indios paganos.

En respuesta a los requerimientos de sus antiguos discípulos Francisco Palou, Juan Crespi y Rafael Verger, Serra viajó al puerto español de Cádiz para unirse a sus compañeros mallorquines y otros misioneros franciscanos que se embarcaban para Nueva España. Poco después de llegar a México, Serra y Palou se incorporaron al campo misionero en la zona noreste de Sierra Gorda, donde el primero ostentó el cargo de padre presidente desde 1750 hasta 1759. Posteriormente Serra enseñó en el colegio de San Fernando en México, actuó como director del coro y viajó por Nueva España como comisionado de la Inquisición hasta que fue enviado a la Baja California en 1768. Aceptó, sin dudar, el nombramiento que le hizo Gálvez para encabezar la conversión espiritual de la Alta California. A pesar de los impedimentos físicos que sufría y su avanzada edad, durante los últimos dieciséis años que pasó en California, no dejó de poseer el impulso dinámico y el enorme entusiasmo que fueron una característica constante durante toda su carrera.

LA AMENAZA RUSA

Todos los esfuerzos llevados a cabo para enviar una expedición colonizadora a la Alta California, después del regreso de Vizcaíno en 1603, habían fracasado. ¿Qué nuevo motivo impulsaría la actividad de la maquinaria oficial necesaria y que había abandonado tal empresa durante 165 años? El Misterioso Norte —con sus historias sobre fabulosos imperios, ciudades de oro y enormes tesoros— había perdido su atractivo; ni tan siquiera la creencia de que los ingleses podían descubrir el eternamente buscado estrecho de Anian, era suficiente para animar a la creación de asentamientos en el norte. Las condiciones en 1768, bajo la política agresiva de Carlos III, eran propicias al progreso, pero fue José de Gálvez quien sacó de su letargo a la complaciente burocracia de Nueva España. El activo visitador convirtió la petición del rey para que se realizara una investigación sobre la agresión rusa en el Pacífico del norte en una aprobación oficial de su proyecto para California.

Las informaciones sobre las actividades rusas habían sido recibidas por los españoles desde que se habían iniciado las exploraciones de Vitus Bering durante los años 1728 y 1741, pero la amenaza de la intromisión rusa no parecía inminente. Bering, que era danés, partió por primera vez desde San Petersburgo en 1725 para determinar si Asia y América poseían entre sí una comunicación terrestre; durante los cinco años siguientes, ubicó y cartografió la costa oriental de Siberia y algunas islas del estrecho de Bering. Al mando de una nueva expedición rusa en 1741, Bering descubrió las islas Aleutianas y recaló en la costa de Alaska. El navegante danés murió antes de poder regresar a Siberia, pero los miembros de su equipo, al buscar protección en una de las islas Aleutianas descubrieron una gran cantidad de animales con pieles aptas para fabricar abrigos, lo que se convirtió en el prelude de una operación comercial en pieles que funcionaría posteriormente desde la península de Kamchatka hasta las aguas del Ártico y Alaska.

En 1767 los progresos rusos produjeron en Carlos III la suficiente intranquilidad como para aconsejar al virrey de Nueva España que investigara el asunto. Gálvez había planificado silenciosamente la ocupación de la Alta California tan pronto llegaron a México las noticias sobre la preocupación del rey, pero ahora exageró la amenaza rusa para obtener el apoyo necesario. Soslayando los procedimientos usuales, el

visitador convocó una junta gubernamental en el puerto de San Blas para mayo de 1768, y su plan fue aprobado. Con la aprobación oficial fácilmente obtenida del virrey Croix, Gálvez partió hacia La Paz en julio, totalmente preparado para realizar una operación expedicionaria en forma de tenaza por tierra y mar desde la Baja California hacia el puerto de San Diego y Monterrey. La expedición tuvo éxito y el padre Serra fundó una misión el 14 de julio de 1769 con el nombre de San Diego de Alcalá.

LOS PADRES GIL Y GARCÉS

Al mismo tiempo que se llevaba a cabo la penetración en la Alta California, los franciscanos se asentaban en sus nuevas misiones en la zona de Arizona. Es difícil especular si los sacerdotes estaban o no preparados para las condiciones estivales del ardiente y duro desierto, los helados vientos del invierno y la falta de tierra cultivable. Juan Crisóstomo Gil de Bernabé, enviado a Guevavi, había nacido en 1728 en la villa de Alfambra, en Aragón, a un día largo de camino hacia el norte desde Teruel. A la edad de 17 ó 18 años, en 1746, el joven Juan, alto y delgado, ingresó al seminario franciscano de Nuestra Señora de Jesús en Zaragoza. Después de verse ordenado sacerdote, Juan partió hacia Monlora, uno de los retiros de la orden en la montaña, donde siguió una vida tranquila y de meditación, muy distinta a la de su patrón San Francisco.

A finales de 1762, un par de frailes del Colegio de Santa Cruz de Querétaro, uno de ellos antiguo profesor de teología de la universidad de Zaragoza, viajaban de convento en convento reclutando misioneros para las provincias de Nueva España. Juan Gil, al enterarse que había naciones paganas que ignoraban totalmente las enseñanzas cristianas, rogó que se le enviara allí. El 15 de enero de 1763, dejó la montaña con instrucciones para realizar el viaje y partió hacia Cádiz. A dos días al sur de Zaragoza, se le unió otro fraile que viajaba con el mismo destino —el padre Francisco Tomás Hermenegildo Garcés, de la villa de Morata del Conde, al sur de Aragón. Parecía que había poco en común entre ambos —Juan Gil, diez años mayor, era una persona con mundo y muy elocuente, que prefería pasar sus horas libres en la meditación, mientras el padre Garcés, ingenuo y ordinario, prefería la

compañía de gente sencilla a los que pudiera explicar los divinos misterios y las verdades católicas. Sin embargo, ambos serían vecinos y compañeros en la frontera sur de Arizona.

Francisco Garcés, había nacido el 12 de abril de 1738, fue educado por su tío, el mosen Domingo Garcés, cura de la villa de Morata del Conde. El joven Francisco, ingreso en la orden a la edad de 15 años en el convento franciscano de San Cristóbal de Alpartir y, después de estudiar filosofía, estudió teología sacra en el convento de Calatayud. Estaba ansioso por partir cuando los misioneros de Querétaro le hablaron de las oportunidades en las misiones de Nueva España. El 1 de Agosto de 1763, después de esperar en Cádiz durante varios meses, el padre Garcés y otros once reclutas partieron en la nave *Júpiter* mientras el padre Garcés y otros nueve embarcaron en la infortunada *Mercurio* que naufragó en las costas de Yucatán. Los franciscanos y sus compañeros náufragos, junto con 666 barriles de licor, la mayoría de brandy, fueron rescatados finalmente y a comienzos de diciembre de 1763 se encontraban nuevamente en camino hacia Querétaro para unirse a Garcés y a los otros cuyo viaje había sido más directo.

Las experiencias marítimas desgraciadas acompañaron a los dos frailes aragoneses. Al recibir, a comienzos de 1678, las instrucciones para continuar hacia el norte en dirección a las antiguas misiones de los jesuitas. El padre Gil se embarcó en la *Lauretana*, que después de 40 días de viaje llegó a Mazatlán, lejos de su destino, a 500 millas al sur de Guaymas, mientras el padre Garcés estuvo cuatro meses a bordo del *San Carlos*, mientras daba tumbos hacia adelante y hacia atrás tratando de arribar a Guaymas. Superando los mareos, los padres tomaron el camino por tierra hacia San Miguel de Horcasitas para recibir sus nombramientos de manos del gobernador Pineda. Juan Gil llegó a la misión de los Santos Ángeles de San Gabriel y San Rafael de Guevavi a mediados de mayo de 1768 y encontró a la pequeña iglesia adornada con dos altares y un pequeño altar con pinturas y marcos dorados. La sacristía tenía tres cálices, una pila bautismal de plata y vestimentas de todos tipos y colores. El padre Garcés llegó a la remota San Xavier del Bac el 30 de junio de 1768.

GUEVAVI

Desde Guevavi, el padre Gil podía ver los campos de algodón a lo largo de las orillas del poco profundo río que corría hacia el norte. Más allá del pueblo, hacia el sur de la misión, los indios regaban las parcelas de maíz. El padre Gil y su escolta militar bajaron a lo largo del río hacia el norte hasta la visita de Calabazas, construida a medias con adobe y donde había una docena de familias. Diez millas más allá, la visita de San Juan Tumacácori tenía iglesia y un cementerio y más nativos que Guevavi y Calabazas, quizás más de cien. Aquí, el 20 de mayo de 1768, el fraile de sotana gris bautizó diecinueve indios papagos. A siete de ellos les dio el nombre de Isidro o Isidra en honor al santo patrón de Madrid y a otro lo bautizó como Juan Crisóstomo. La tercera visita, San Ignacio de Sonoita, medio escondida entre los cerros, se encontraba directamente en el camino de los apaches que incursionaban el valle de Santa Cruz. Debía haber un destacamento de soldados en Sonoita, pero no había suficientes para combatir a los seris y vigilar a los apaches. El padre Gil podría ver su trabajo suprimido.

SAN IGNACIO DE TUBAC

Había alrededor de quinientas personas en el presidio de Tubac. Además de una guarnición de 51 hombres, entre ellos tres oficiales y un capellán, sus descendientes y sirvientes, y además una docena de colonos, llamadas generalmente gente de razón, que eran refugiados de los ranchos que habían abandonado río arriba. El censo de 1767, indicaba que en Tubac había 34 cabezas de familia, 144 personas a su cargo, más 26 sirvientes y sus familiares arrojando un total de más de 200. El presidio real tenía como objetivo mantener la paz entre los pimas y los papagos y defender la provincia contra los apaches. La capilla del presidio, construida a expensas personales de Anza, estaba situada justo en el noroeste con el cementerio enfrente. El marqués de Rubí pensaba que la guarnición podía ser retirada ya que los colonos eran capaces de defenderse ellos mismos.

SAN XAVIER DE BAC

Cuando el padre Garcés llegó a esta misión, fue recibido por los indios, a quienes describió como «muy indómitos, sin doctrina incluso en su propio lenguaje.» Después de seis semanas, Garcés escribió al guardián de su colegio que creía que los indios se comportarían mejor en Tucson que en San Xavier, ya que la estructura social de Tucson reflejaba la migración de los indios pima del norte hacia ese asentamiento. Se encontró allí con tres gobernadores de tres pueblos distintos. Y le pidió al guardián que nombrara un misionero a tiempo completo para Tucson ya que un tercer sacerdote en el río Santa Cruz sería definitivamente bienvenido.

Dos meses después de su llegada, Garcés decidió que las cosas estaban ya lo suficientemente resueltas como para iniciar su primer viaje exploratorio. Partió el 29 de agosto de 1768, guiado por cuatro indios, Garcés atravesó el territorio papago hasta el río Gila, predicando simultáneamente el evangelio con ayuda de un intérprete. Regresó en octubre, habiendo estado ausente tantos meses como había pasado en la misión y, de pronto, cayó gravemente enfermo, permaneciendo inconsciente durante 24 horas y sufriendo escalofríos. El padre Gil lo trasladó a lo largo de sesenta millas hasta Guevavi para que se recuperara.

Mientras estuvo ausente, una partida de alrededor de 200 guerreros apaches se apropió de todos los caballos de la guarnición de Terrate y luego asaltaron San Xavier del Bac, mataron a su gobernador nativo y se llevaron a la escolta de dos hombres. Al día siguiente, los apaches asaltaron Santa María de Soamca, a 75 millas al sureste, robaron 37 bueyes y 180 cabezas de ganado. Los pocos indios de la misión, al recordar muy bien el reciente ataque de los apaches en el que habían muerto diez de ellos y tres fueron secuestrados, los dejaron huir. Después que Garcés regresó a Bac, los apaches atacaron nuevamente el 20 de febrero de 1769. Estos ataques continuaron hasta bien entrada la primavera, y la guarnición de Tubac no era lo suficientemente fuerte como para llevar a cabo represalias.

LIMITACIONES IMPUESTAS

Las correrías de los apaches no era el único problema con que se enfrentaban los franciscanos. Cuando el padre presidente Buena no tenía más de unas pocas semanas de haber llegado a Tubutama, se dio cuenta que la nueva forma de llevar las misiones era caótica. El deseo del rey de que a los indios de Sonora no se les obligara a trabajar y que se les diera libertad para vivir y aprender con los no indios, no funcionaba. Escribió a sus superiores informándoles que los nativos vivían en una perpetua holgazanería y que, sin ninguna forma de disciplina, no prestarían la atención necesaria a las enseñanzas de la Iglesia.

El subsidio anual de 360 pesos no era suficiente para correr con los gastos de la misión, para pagar el mantenimiento del padre, un cocinero, un sirviente, que hacía las tortillas, compraba el vino y las velas para los servicios; mejorar la misión y ofrecer a los indios beneficios materiales. El gobernador Pineda sugirió que los frailes cultivaran parte de los terrenos de las misiones y que él les proporcionaría el ganado a bajo precio. Buena también creía que cada misión debía tener dos frailes en una zona con una población tan dispersa. Debido al peligro apache, era difícil viajar. Todos los padres se quejaban de que el estipendio anual apenas cubriría los gastos de la iglesia, mucho menos mantener al misionero, vestir a los indios, alimentar al hambriento y atraer a los paganos. Y lo que era peor aún, los padres no eran los jefes de sus propias misiones. No tenían medios materiales para atraer a los nativos, ninguna autoridad para implantar una disciplina, y trataban con un grupo de personas que eran culturalmente diferentes.

El gobernador Pineda, el padre Buena, el capitán Anza y algunos otros vieron en José de Gálvez, brillante visitador del rey, el hombre que iba a solucionar los problemas de la frontera de Sonora. Durante ocho meses había estado luchando con las necesidades de la Baja California e iniciado la expedición a la Alta California. Ahora se le necesitaba para que terminara la guerra con los seris y las tropas pudieran utilizarse para combatir a los apaches. Los misioneros querían un cambio en la forma de manejar las misiones.

Finalmente, José de Gálvez dejó la península de la Baja California y partió para Alamos para supervisar las operaciones militares en Sonora. Antes de su llegada había escrito al padre presidente Buena pidiéndole que ofreciera a los seris la proposición de que a cambio de la

paz, no serían castigados por sus anteriores crímenes. Buena fracasó en esta misión, pero decidió discutir otros asuntos con Gálvez. Un punto prioritario en su lista era el problema que tenían los franciscanos en la administración de las misiones.

El 3 de junio de 1769, en compañía del padre Buena en Alamos, Gálvez eliminó el poder de los comisarios de la Pimería Alta, como ya lo había hecho en la Baja California y en el sur de Sonora. Le escribió al gobernador Pineda ordenando la entrega inmediata de todas las temporalidades de las misiones, que pertenecían a los indios, además de una lista completa del oro y la plata que se había recibido de cada uno y una de los suministros entregados a los frailes. Los frailes, por fin, estarían totalmente a cargo de las misiones.

Era demasiado pronto para un proceso de asimilación cultural en las misiones de la Pimería Alta. Los franciscanos habían tratado de mantenerse aparte y dejar que los indios se independizaran, y se transformaran en trabajadores activos y contribuyentes cristianos, pero las culturas europeas y nativas todavía no se habían integrado. Los propios franciscanos, habiendo hecho votos de pobreza, no eran lo suficientemente astutos en los negocios y tenían problemas para manejar las temporalidades de la misión, pero necesitaban el poder adquirido. Aunque la transición no fue siempre suave, con ciertos ajustes, las misiones de Arizona del sur continuaron funcionando como una institución fronteriza y los asentamientos españoles se expandieron hacia el norte y hacia el oeste.

VIII

LA EXPANSIÓN DE LA FRONTERA

Poco después de su llegada a Alamos, el visitador general Gálvez comenzó a sufrir continuos ataques de fatiga que eran acompañados de fiebres intensas y periodos intermitentes de comportamiento irracional. La revuelta de los indios seris en el río Fuerte había retrasado mucho sus planes y su oferta de amnistía había producido escasos resultados. En camino a sus cuarteles de campaña en San Miguel de Horcasitas (Pitic), Gálvez comenzó a sufrir desórdenes mentales rayanos en la locura. Se detuvo en San Miguel de Ures y pareció recobrase temporalmente. El 29 de setiembre, fiesta de San Miguel, Gálvez informó a un numeroso grupo de indios sobre sus obligaciones y deberes para con los nuevos frailes. Dictó una serie de órdenes que no dejaban ninguna duda en cuanto a la relación entre los nativos y los franciscanos.

Primero, todos los indios debían asistir diariamente a la enseñanza cristiana y si no lo hacían, recibirían 25 latigazos por la primera falta y 50 por la segunda. El mismo castigo recibirían los indios que se negaran a trabajar. La *gente de razón* con residencia en las misiones debían reconocer al padre como su propio sacerdote y no debían acudir al sacerdote secular para casarse o por ninguna otra razón. Los indios de las misiones debían considerarse a sí mismos como *hijos de la misión*, no como familiares de paganos. Se hablaría español mientras fuese posible y se enseñaría este idioma a los niños. Los indios de las misiones deberían abandonar sus nombres nativos y asumir los españoles. Gálvez sugirió que los seris, después de su derrota, necesitarían también una misión. El padre presidente Buena acompañó al visitador a Pitic para entrevistarse con el gobernador.

Después de dos semanas con el gobernador Pineda y el capitán Domingo Elizondo, Gálvez sufrió un colapso. Agobiado seriamente durante la noche del 14 de octubre de 1769, insistió varias veces que la Virgen María le había dado instrucciones divinas y que San Francisco de Asís le había traído informes de la campaña. El gobernador Pineda y su plana mayor diagnosticaron la enfermedad como megalomanía y, por recomendación del padre Buena, decidieron que Gálvez regresara a la misión de Ures para descansar y reponerse.

En una oportunidad, en Ures y bajo una tensión muy particular, Gálvez dijo ser, entre otros personajes de importancia, rey de Prusia, Carlos XII de Suecia, ayudante del almirante de España, San José, y finalmente el mismo Padre Eterno. Incluso firmó un documento como «José de Gálvez, demente en este mundo: rogad por él, para que sea feliz en el próximo». Sin embargo, cuando el visitador estaba lúcido, el padre Buena le recordaba la necesidad de que hubiera dos misioneros en cada misión y le mostraba las cartas de Francisco Garcés hablando de los muchos paganos que esperaban la salvación más allá del Gila. Cuando finalmente Gálvez pudo viajar, el padre Buena lo acompañó hasta Chihuahua. Protegido por los hombres que le servían, Gálvez recuperó la salud en la ciudad de México a principios de 1770. Seis meses después, y tras haberse enterado de la exitosa creación de los asentamientos de San Diego (julio de 1769) y Monterrey (junio de 1770), pudo regresar a España. A pesar de su enfermedad, había cumplido con tanto éxito con sus obligaciones como visitador general que Carlos III lo nombró para el Consejo de las Indias. Gálvez alcanzó el rango de ministro de las Indias en 1776. Y nunca olvidó el bondadoso trato que había recibido del padre Buena.

LA PIMERÍA ALTA

Las condiciones en la Pimería Alta no habían mejorado, en realidad habían empeorado. Una epidemia que en marzo de 1771 había diezariado a los seris se extendió hacia el norte. En una semana Juan Gil en Guevavi enterró ocho indios de la misiones, entre ellos, al gobernador Eusebio de Tumacácori. Los apaches mataron ocho en Calabazas y hacia el oeste los papagos disfrazados de apaches comenzaron a robar y matar el ganado. La idea de que la totalidad de la nación de

los papagos, calculada en 3.000 individuos, se podía unir a los rebeldes pimas, los seris y los apaches era espantosa. La situación no parecía conducir hacia la paz.

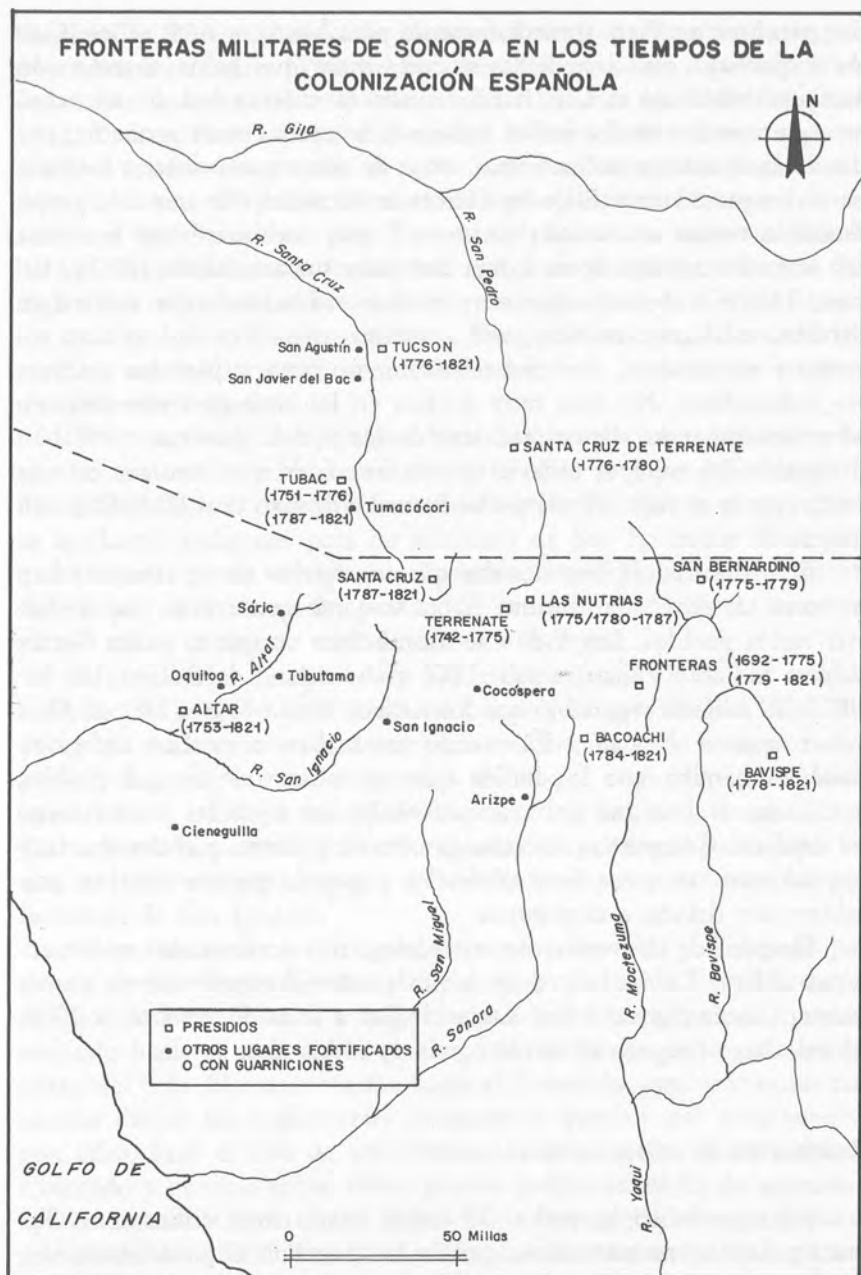
Entretanto, el gobernador Pineda, que estaba muy obeso, había sufrido un ataque y quedado parcialmente paralítico, por lo que ordenó a Anza y 60 soldados de los presidios, que luchaban contra los seris a las órdenes del coronel Domingo Elizondo en el golfo de California, que se unieran al capitán Bernardo de Urrea de Altar para que establecieran la paz en el territorio de los papagos. Esta demostración de poderío fue suficiente para aplacar a los papagos.

El 17 de abril de 1770, Anza abandonó Tubac para dirigirse a San Xavier de Bac y Tucson. Tres familias sobaipuris habían abandonado los asentamientos del río Gila y el faccionalismo parecían haber alcanzado su punto álgido. Anza convenció a los nativos que todavía permanecían en Tucson para que se quedaran y ordenó el regreso de las tres familias sobaipuris que habían emigrado. Anza escogió un lugar para que la gente construyera un muro defensivo, lo que se convirtió en la mayor construcción de estilo europeo en Tucson. Los sobaipuris tenían una serie de quejas que presentaron a Anza. Le comunicaron que hacía tiempo que deseaban una iglesia pero que los misioneros no la habían construido. También querían un subsidio alimenticio, de manera que el padre Garcés les concedió a los indios todo el trigo de los campos de la iglesia en Tucson —diez *bushels* (350 litros)— la mitad de ellos provenientes de Bac. En vista de esto, los nativos aceptaron quedarse y construir la iglesia.

En el camino de regreso a Pític, Anza y el enfermizo gobernador Pineda mataron algunos apaches en una escaramuza. Los apaches, en venganza, arrasaron la visita del padre Gil en Sonoita y mataron diecinueve pimas, incluidas algunas mujeres y niños. Entre ellos al gobernador nativo Juan María y a su mujer Isabel. Debido a estos hechos y otras razones adicionales, el padre Gil decidió trasladar su misión a Tumacácori, el mayor de los pueblos misioneros, y más próximo para ser ayudado por el presidio de Tubac.

LOS PIMAS DEL GILA

En octubre de 1770 se produjo una epidemia de sarampión entre los pimas del río Gila. Le mandaron aviso al padre Garcés de San Xa-



vier para que acudiera inmediatamente para bautizar a los niños. Garcés sospechaba que una de las mujeres pima que había abandonado Bac y se había ido al Gila había llevado la enfermedad. Se encontró con que muchos de los indios habían fallecido y, posteriormente, obviando la oposición de los pimas, viajó río abajo para visitar a los ópatas de lenguaje yuma. El padre Garcés se encontró con que este grupo de indios tenían un carácter amistoso y eran curiosos, luego escribiría una larga descripción de su forma de vida y sus actividades (AGN Historia, 396) y comentaba que sus tierras eran buenas y que cultivaban algodón, calabazas, sandías, maíz e incluso trigo. Los ópatas eran robustos y rechonchos, con piel relativamente clara, y parecían ser buenos trabajadores. No eran muy duchos en las artes guerreras pero estaban aprendiendo algunas técnicas de los pimas. Aunque cultivaban el algodón, las mujeres todavía usaban una falda que consistía en una varilla que le rodeaba el cuerpo de la cual colgaban tiras fabricadas con corteza de sauce.

El padre Garcés mencionaba que los ópatas no se concentraban en zonas determinadas aunque había bastante gente y se podían formar varios pueblos. Los indios se asombraron de que el padre Garcés hubiera ido solo y querían saber qué usaba debajo del hábito. Les habló de su religión y percibió que los nativos tenían alguna idea de Dios puesto que se dirigían a Él cuando sembraban o estaban enfermos. También narraba que los indios querían robar todo lo que podían, pero como él tenía tan poco, lo que hacían era mirar las cosas y luego las dejaban. Compartían su comida con él, y como manifestaba Garcés, no eran tan mezquinos como los papagos, quienes eran así probablemente debido a su pobreza.

Después de conversar con una delegación de desnudos cocomaricopas del río Colorado y de haberles prometido que volvería nuevamente, Garcés regresó a San Xavier de Bac a fines de octubre de 1770, adonde llegó después de recorrer más de 250 millas.

CAMBIOS EN EL PERSONAL DE LA MISIÓN

Mientras tanto, el padre Gil había estado muy enfermo en Tumacacori de la misma manera que lo había estado el padre jesuita Segesser antes que él. El padre presidente Buena envió a fray Francisco

Sánchez de Zúñiga, nativo de Hervás, al norte de Extremadura, para que tomara su lugar. El padre Sánchez Zúñiga había ingresado en la orden franciscana en el convento recoleto de Santa María de Gracia en 1761. Viajó a Nueva España con otros 37 misioneros franciscanos en 1769, el mismo año en que el padre Junípero Serra había llegado a la Alta California. El padre Sánchez Zúñiga sólo tenía 28 años cuando aceptó el nombramiento para Tumacácori, la misión fronteriza donde los apaches acababan de matar diez indios de la misión. Sánchez Zúñiga y los otros habían aceptado la versión de José de Gálvez de que los apaches habían sido controlados. Desgraciadamente, el coronel Elizondo y sus soldados habían sido retirados de la zona ya que se temía una invasión británica.

El comandante del presidio, Juan Bautista de Anza, sabía que los apaches no habían sido controlados y le pidió al gobernador interino, Pedro Corbalán, el cual había sustituido a Pineda, que le proporcionara ayudantes indígenas para las misiones de San Ignacio y Saric para que sirvieran como voluntarios. También le pidió al padre presidente Buena que suministrara las provisiones y los animales de las misiones ya que no se conseguía nada en la zona de Tubac.

A comienzos de agosto de 1771, Anza partió de Tubac con 34 soldados del presidio y 50 auxiliares pimas y se aproximó al Gila. El 9 de agosto sorprendieron una ranchería apache, matando a nueve indios y haciendo prisioneros a otros ocho. El ataque tuvo éxito pero, mientras tanto, se produjo una epidemia entre los indios de la misión de Tumacácori. El padre Sánchez Zúñiga dejó su puesto al padre Juan Gil que se había recuperado ya, y partió hacia el sur para reemplazar al sacerdote de San Ignacio.

El padre Garcés realizó otro viaje a los ríos Gila y Colorado partiendo de San Xavier del Bac el 8 de agosto de 1771. Siguió hacia los pueblos de Ati y Sonoita y luego decidió llegar hasta Yuma. Continuó viajando hacia el oeste hasta que llegó al río Azul, que se creía era un brazo del Gila. Mientras viajaba hacia el Colorado, pasó por varias rancherías donde los indios eran amistosos y querían que permaneciera con ellos. Pasó el mes de setiembre en varios lugares al oeste del río Colorado y escribió sobre varios grupos indígenas. El 28 de setiembre, aparentemente, Garcés había llegado a la boca del Colorado y puede que también hubiera llegado al golfo. Finalmente, después de presenciar una ceremonia fúnebre de los yumas en honor de 11 de sus hom-

bres que habían sido muertos en una lucha con los cocomaricopas y los rimas del río Gila, decidió regresar. Su diario finaliza el 27 de octubre de 1771 en Caborca con la siguiente anotación:

Poco a poco comiendo pitahallas regaladisimas, llegué a Caborca ceñido con el pañuelo de narizes, pues habiendose acabado la reata, hube de valerme del cordón, y este como viejo también se acabó: quando salí al viage estaba malo y se me hinchaban las piernas, y pensaba en salir a curarme y ahora estoy hasta la presente, gracias a Dios, sin novedad chica ni grande, y así aunque no hubiera otro motivo, basta para estos viages el ser proficuos para vivir en San Xavier.

El padre Garcés regreso de su viaje para encontrarse con dos de sus compañeros enfermos. Tuvo que cuidar del padre Gil, quien había recaído, y también del padre Juan José Agorreta de Saric, que había comenzado a sufrir de enfriamientos y fiebres mientras cuidaba de Gil. Garcés, que había estado viajando durante dos meses entre los indios, estaba sano y pensando en su próximo viaje.

Durante el invierno de 1771-1772, mientras Anza y los comandantes de Terrenate y Fronteras luchaban contra los apaches, los padres, excepto Garcés, luchaban contra las enfermedades. El padre presidente Buena sufría de dolorosos hemorroides y no podía cabalgar. Finalmente el padre Buena decidió retirarse al colegio en Querétaro y nombró al padre Juan Gil de Tumacácori como su sucesor. Lo que le permitió al padre Gil mudarse a un clima más sano.

UN NUEVO VIRREY

El virrey número 46 de Nueva España, el Bailío frey Antonio María Bucareli y Ursua, Laso de la Vega, Villacis y Córdoba, caballero Gran Cruz y comendador de la Bóveda de Toro en la Orden de San Juan, gentil hombre de la cámara de Su Majestad, con entrada, y teniente general de los Reales Ejércitos, nació en Sevilla el 24 de junio de 1717. Su familia era tan distinguida que el joven Antonio fue hecho miembro de la orden militar de San Juan de Jerusalén a los 5 años y a los 15 era cadete en la brigada de los Carabineros Reales. Se distinguió en las guerras de Italia y Portugal y reorganizó toda la caballería

española. En 1766 Bucareli ingresó en el campo de la administración colonial al ser nombrado gobernador y capitán general de Cuba. Debido a su meritorio servicio, se le ascendió a virrey de Nueva España, reemplazando al marqués de Croix en setiembre de 1771. Aunque se le había ordenado que continuara con las campañas de Gálvez y Croix, Bucareli decidió empaparse de los hechos.

Bucareli envió al coronel irlandés Hugo Oconor (O'Connor), antiguo comandante del presidio de Adais y gobernador interino de Texas desde 1768 hasta 1771, para determinar la situación militar en el norte. Oconor había llegado a Cuba procedente de España con el regimiento de voluntarios de Aragón y había servido allí hasta 1765 a las órdenes de su primo Alejandro O'Reilly, conocido como el capitán Colorado debido a su cabello rojo, Oconor sería el responsable de cumplir con las recomendaciones del marqués de Rubí.

Bucareli decidió posponer la expansión de las misiones franciscanas hacia el río Gila, pero se aseguró de que a los misioneros de California al mando del padre Junípero Serra se les suministraran los bienes necesarios para mantener el asentamiento. El nuevo virrey tomó una posición más conservadora en relación al control administrativo de los padres sobre los indios, y estuvo de acuerdo con que las reformas culturizadoras que había puesto en marcha el marqués de Croix y que daban una mayor independencia a los indios no había dado resultado.

Varios de los nuevos misioneros que habían llegado de España en 1769 fueron enviados a la frontera del norte. Fray Bartolomé Ximeno, nativo de Santa Cruz de Tobed en el río Grio, había crecido en la misma región de Aragón que el padre Garcés. Ximeno ingresó en la orden franciscana en 1759, cinco años antes que Garcés. Se habían conocido en Calatayud mientras Garcés estudiaba teología y Ximeno cumplía su noviciado. Al llegar a la misión de Tumacácori, Ximeno se encontraría con que su colega aragonés se encontraba a corta distancia en la misión de San Xavier del Bac. En noviembre de 1772, a Ximeno se le unió el padre Gaspar Francisco de Clemente, nacido en la villa de Pancorvo, al norte. En 1764 Clemente se hizo franciscano en Vitoria y luego sirvió como diácono en Santander hasta que se unió al grupo de frailes que viajaban a Nueva España en 1796. En el momento de su llegada a Tumacácori, Clemente sólo contaba 27 años.

Por primera vez había dos frailes para cumplir con las obligaciones de la misión fronteriza, de manera que Ximeno y Clemente comenzaron de inmediato la mejora de las edificaciones. También iniciaron la restauración de la iglesia y la construcción de viviendas de adobe. Construyeron una pared que rodeaba todo el complejo y esperaban defenderse así de las incursiones de los apaches. En Calabaza techaron la iglesia y la pusieron en servicio.

Desgraciadamente, durante este periodo, el padre presidente Juan Crisóstomo Gil se vio envuelto en un forcejeo con los militares, el gobernador Mateo Sastre, su colega franciscano Antonio María de los Reyes, quien se convirtió en procurador del colegio de Querétaro en la ciudad de México y, finalmente, los mismos indios. Mientras Reyes quería adoptar un nuevo plan administrativo para las misiones, Gil quería más protección contra los apaches. A menos que se hiciera algo para detener a los apaches que mataban a los indios de las misiones y se llevaban los caballos, ninguno de los métodos recomendados por Reyes serviría para salvar las misiones. Incluso los soldados de los presidios no eran capaces de proteger sus propios caballos.

Finalmente, el 6 de marzo de 1773, el padre Gil guió a los neófitos lejos de Carrizal después de enterarse que una banda de rebeldes pimas iba a asesinar a todos en la misión. Esa noche vieron cómo la misión era incendiada y volvieron en la mañana para ver qué podían hacer. El padre Gil fue atacado por cuatro jóvenes armados con piedras que lo golpearon hasta que murió. La gente de Carrizal enterró el cadáver e instaló una tienda encima de la tumba. Para cuando llegaron los soldados, ya dos de los asesinos habían sido decapitados y se había capturado al supuesto jefe de la banda. Muchos de los indios lloraron por el sacerdote mientras los franciscanos conseguían su primer mártir de la frontera de Sonora. Por puro azar, el gobernador Sastre moriría días más tarde, insistiendo en que el padre Gil venía a absolverlo de sus pecados. Sus sirvientes decidieron que el sacerdote martirizado se había detenido, en su camino hacia el cielo, para consolar al moribundo gobernador. El padre José Antonio Caxa fue nombrado como sucesor de Gil un año más tarde y ocupó el cargo de padre presidente.

REGLAMENTO DE 1772

En 1762 se habían llevado a cabo grandes cambios en los territorios coloniales de América del Norte. En ese año, Inglaterra recibió la cesión de Canadá por parte de Francia y de La Florida por parte de España; España se convirtió en heredera de Luisiana, lo que creó un problema adicional de defensa. El control de nuevas tribus guerreras acarreó nuevas responsabilidades para los funcionarios españoles, mientras que los territorios ingleses y españoles quedaban separados sólo por el río Mississippi. Para afrontar las exigencias de esta nueva situación, la política indígena española tenía que experimentar cambios fundamentales. Como los franceses por costumbre regalaban anualmente armas y pólvora a las tribus amistosas, los españoles se vieron obligados a continuar esta práctica o a crearse nuevos enemigos. Hasta ese momento los españoles habían seguido la norma de evitar que ningún arma cayera en manos de los indios.

El plan del marqués de Rubí de cambiar la ubicación de ciertos presidios se puso en marcha mediante el *Reglamento e Instrucción para los Presidios que se han de formar en la línea de frontera de la Nueva España resuelto por el Rey Nuestro Señor en Cédula del 10 de Setiembre de 1772* (Archivo General de Indias, Guadalajara 522). Las provincias del norte fueron separadas en una jurisdicción diferente que sería gobernada por un comandante general independiente del virrey. El reglamento estaba basado en las recomendaciones hechas por Rubí en 1768, formuladas por José de Gálvez y promulgadas provisionalmente por el virrey, marqués de Croix. Hugo Oconor fue escogido para llevar a cabo este plan hasta que se nombrara un nuevo comandante general. Por desgracia, el total de sus fuerzas, alrededor de 400 hombres, era insuficiente para afrontar las exigencias normales de una guerra sin la carga adicional de trasladar los presidios a sus nuevas ubicaciones.

Rubí había recomendado que los presidios de la frontera separados por intervalos regulares formasen un cordón de quince puestos avanzados que se extendieran desde el golfo de California al oeste hasta la bahía del Espíritu Santo en Texas. Consideraba que esta línea trazaba la verdadera frontera de Nueva España y de hecho continuó marcando los límites de los asentamientos españoles que se habían realizado exitosamente, y posteriormente se convirtió en los límites entre los Estados Unidos y México. En algunos casos los presidios debían

ser trasladados a una gran distancia de la ciudad que supuestamente debían defender, creyendo erróneamente de que estarían en mejor posición para evitar que los indios se acercaran a los asentamientos.

Se comenzó con los cuatro presidios de Sonora en el oeste, Altar debía ser llevado un poco más hacia el oeste en dirección al golfo de California, Tubac un poco hacia el suroeste, Terrenate algo hacia el este y Fronteras un poco al noroeste dentro del valle de San Bernardino. Los civiles que se habían asentado alrededor de estos presidios debían permanecer en el lugar original y reforzados con otros colonos, indígenas ópatas o españoles, para que se protegieran ellos mismos. Otros puestos, como San Buenaventura, El Paso del Norte, Guajoquilla, Julimes, Cerro Gordo, San Saba y Monclova serían trasladados, mientras Janos, San Juan Bautista y Bahía del Espíritu Santo permanecerían en la situación original. Santa Fe en Nuevo México era una avanzada de esta línea fronteriza.

Además del traslado de los presidios, el Reglamento de 1772 elevaba la posición de las fuerzas fronterizas a un nivel equivalente a los del ejército regular del rey. Tendrían ahora nuevas obligaciones, estarían sometidos a la misma disciplina, y gozarían de las mismas consideraciones en cuanto a ascensos, honores, rangos, recompensas y retiros. Su organización interna, pagos, uniformes, armas y adjudicación de monturas serían, sin embargo, diferentes a los del ejército real. Como protección contra los abusos del pasado, recibirían su salario por adelantado y cada seis meses de manos de un oficial pagador que estaría ubicado convenientemente de acuerdo con las posibilidades, y tanto sus pagas como sus provisiones serían administradas por un oficial de suministros de la compañía (*oficial habilitado*) que sería elegido de entre ellos mismos. La nueva regulación específicamente despojaba al capitán de este lucrativo negocio, pero los hacía responsables de la calidad y del precio moderado de los bienes que debía proporcionar el nuevo oficial de suministros.

El nuevo reglamento también pretendía normalizar las fuerzas de las compañías. Cada presidio de la línea, que incluía a Tubac, estaría formado por un capitán, un teniente, un alférez, un capellán, un sargento, dos cabos, cuarenta soldados rasos y diez exploradores indios. Más allá de la línea, los gobernadores de Nuevo México y Texas actuarían como capitanes de las compañías de Santa Fe y San Antonio, respectivamente. Estas dos compañías tendrían dos tenientes, un alférez,

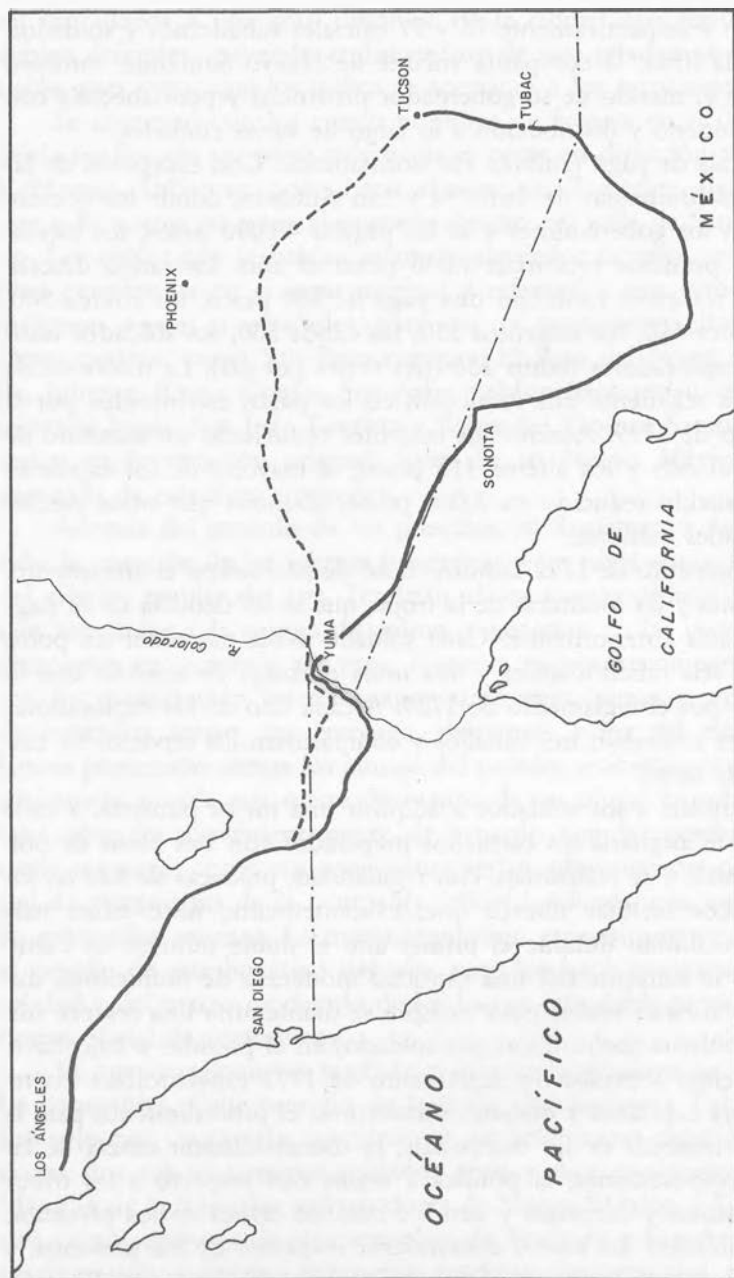
un capellán y respectivamente 76 y 77 oficiales subalternos y soldados. Detrás de la línea, la compañía volante de Nuevo Santander también estaría bajo el mando de su gobernador provincial y permanecería con su actual poderío y distribución a lo largo de varias ciudades.

La escala de pago también fue normalizada. Con excepción de las dos grandes compañías de Santa Fe y San Antonio, donde los comandantes eran los gobernadores y se les pagaba 40.000 pesos, los capitanes de los presidios recibirían 3.000 pesos al año. En rango descendiente, los tenientes recibirían una paga de 700 pesos, los alférez 500, los capellanes 480, los sargentos 350, los cabos 300, los soldados rasos 290 y los exploradores indios 136 (tres reales por día). La nueva escala de pago era realmente una reducción en los pagos establecidos por el Reglamento de 1729. Aunque los tenientes obtuvieron un aumento de 305 pesos al año y los alférez 115 pesos, la mayoría de los capitanes vieron su sueldo reducido en 3.000 pesos, mientras que otros perdieron cantidades menores.

El reglamento de 1772 también trató de normalizar el armamento, los uniformes y las monturas de la tropa, que se les deducía de su paga como se hacía anteriormente. Cada soldado debía mantener un potro además de seis caballos útiles y una mula de carga de acuerdo con lo establecido por el reglamento de 1729. A cada uno de los exploradores indios se les asignaban tres caballos y compartirían los servicios de cinco mulas de carga.

Para animar a los soldados a adquirir una mejor puntería, a cada soldado se le asignaría los cartuchos preparados con tres libras de pólvora cada año, y se realizarían, con regularidad, prácticas de tiro en los presidios. Los reclutas nuevos que, evidentemente, necesitaban más prácticas, recibirían durante el primer año el doble número de cartuchos. Sólo se suministraría una cantidad moderada de municiones durante los combates reales, pero siempre se mantendría una reserva adicional de pólvora (ocho libras por soldado) en el presidio y bajo llave.

Los demás artículos del reglamento de 1772 especificaban los requisitos para capitanes y oficiales subalternos, el procedimiento para la inspección mensual de las compañías, la contabilización exacta de las bajas e incorporaciones, la política a seguir con respecto a las tribus indias amistosas y enemigas y con los colonos civiles de los presidios, la responsabilidad del nuevo comandante inspector de los presidios, y las obligaciones de los otros oficiales y de los soldados rasos. El regla-



Mapa mostrando las rutas de Anza en 1774 y 1775, desde Tubac en Arizona hasta Los Angeles en California. Tras cruzar el río Colorado en Yuma, evitando el desierto del Colorado y manteniéndose cerca de la base de la Sierra, Anza, encontró suficiente agua para guiar a su gente a través del valle Borrego en el condado de San Diego e ir hacia arriba a través del paso de San Carlos. La línea de puntos muestra la variación de la ruta en la segunda expedición, cuando le acompañaban mujeres y niños.

mento no sólo establecía el inmediato nombramiento del comandante inspector que supervisaría y daría cierta uniformidad a las distintas compañías de los presidios, sino también la posibilidad de nombrar un comandante general con una mayor autoridad y con más autonomía.

En 1774, Oconor envió a Antonio Bonilla a inspeccionar los puestos militares de Sonora y planificar la mejora de sus defensas. Durante la inspección, Bonilla examinó la ubicación propuesta en Aribaca adonde se trasladaría la guarnición ubicada en Tubac de acuerdo con el proyecto de Rubí. Bonilla informó que dicha área era insalubre, como ya lo había mencionada el padre Sedelmayr 22 años antes. Bonilla por lo tanto, recomendó que el presidio de Tubac no fuese trasladado allí. Al mismo tiempo, el capitán Juan Bautista de Anza estimó que el concepto de Rubí sobre la sección oeste de la línea fronteriza era obsoleto, al abrir él y el padre Francisco Garcés una ruta terrestre desde Sonora a la Alta California. Para proteger la nueva ruta de suministros, sería necesario que los puestos españoles se situaran más al norte de lo que preveía la línea recta que según Rubí debía trazarse de golfo a golfo.

LA RUTA A CALIFORNIA

Si bien el virrey Antonio de Bucareli mostraba su preocupación por los asuntos religiosos y el bienestar de los indios, su principal política se regía por consideraciones de tipo militar. Desde hace mucho tiempo se había dado cuenta del valor estratégico de California como colonia que sirviera de freno a las agresiones extranjeras desde el mar. De hecho, los rumores de una expedición inglesa al Polo Norte y la amenaza de las actividades rusas en el Pacífico hicieron que Bucareli proyectara nuevas exploraciones marítimas. Aunque este último era un objetivo primario, el virrey Bucareli también deseaba establecer una vía terrestre entre Sonora y California. Esta idea, largamente cultivada por el padre Kino y sus misioneros jesuitas, se convirtió en un proyecto oficial de José de Gálvez y del gobierno español a principios de la década de 1770. Las dificultades que presentaban las travesías marinas y el camino a la Baja California, hacían que estas rutas fuesen poco prácticas para el traslado de las familias de los colonos y los grandes rebaños de ganado. Se necesitaba una forma de llegar a Monterrey que fa-

cilitara el asentamiento de civiles en la aislada provincia española de California.

El hombre que reavivó el sueño de Kino fue el intrépido explorador y misionero padre Garcés, y quien lo realizaría sería el activo capitán fronterizo Juan Bautista de Anza, quien, ya en el tiempo de los jesuitas, había querido establecer una comunicación con California. Así, había pedido permiso para cooperar en la expedición de Portola a California en 1769, pero la presión que estaban realizando los indios seris en Sonora hicieron que Gálvez le negara dicho permiso.

Como resultado de sus diversas entradas desde que había llegado a la misión de San Xavier de Bac, el padre Garcés había aprendido el lenguaje de los pimas y se había familiarizado con las regiones desérticas de los ríos Gila y Colorado. En su exploración de 1771, en la que recorrió 800 millas, Garcés, sin duda, llegó a divisar las montañas que señalaban la Baja California. Estableció contactos amistosos con los indios yumas y con su jefe, bautizado como Salvador Palma, quien se convirtió en un valioso amigo.

Garcés informó a Anza en Tubac, del éxito de su viaje, y éste a su vez informó al virrey Bucareli el 10 de mayo de 1772, explicándole la visita que había hecho Garcés a los yumas, estratégicamente situados, y pidiendo la aprobación para abrir un camino hasta Monterrey. El virrey, cuidadoso por naturaleza, pidió consejo al ingeniero Miguel Costanso, que había estado en California con Serra, había proyectado el presidio de Monterrey y estaba familiarizado con el terreno. Aunque todos los informes fueron favorables, la junta de gobierno retrasó la aprobación hasta que se obtuviera una mayor información. El padre Serra, quien se encontraba en México para presentar sus recomendaciones para el gobierno de California, encarecidamente recomendó el trazado de la nueva ruta. Una segunda junta emitió las resoluciones necesarias y Bucareli, anticipándose a la aprobación del rey, le recomendó a Anza que iniciara el trazado. Cuando la aprobación del rey llegó a México, el 4 de marzo de 1744, ya la expedición había avanzado mucho en su camino.

Poco después de que Anza y Garcés partieran hacia California, fueron bendecidos por la fortuita llegada de Sebastián de Tarabal un indio cochimi de la Baja California que había huido de sus obligaciones en la misión de San Gabriel. En su intento de llegar a su hogar con su mujer y su hermano, Tabaral cruzó las montañas de San Jacin-

to, el desierto de Borrego y, finalmente, las traicioneras dunas cerca del río Colorado, y sólo él salió con vida. El indio, exhausto por su viaje, llegó a Tubac y se entregó a Anza y fue asignado a la expedición como guía. Tarabal se entregó totalmente a servir al padre Garcés y se convirtió en su constante compañero durante los siguientes siete años.

El equipo de Anza, formado por treinta y cuatro hombres, salió de Tubac el 8 de enero de 1774, con suficientes provisiones y animales. Llegaron sin ninguna dificultad al pueblo yuma situado en la confluencia del Gila con el Colorado, pero de allí en adelante la senda era muy escabrosa. El jefe Palma, a quien Anza confirmó como gobernador de los quechas y que condecoró con una cinta y una moneda real, les ayudó a cruzar el río Colorado. Posteriormente los hombres se dirigieron hacia el sur para evitar las interminables dunas. Abandonados por sus guías indios se perdieron en las interminables arenas y, al cabo de diez días, regresaron al Colorado para encontrarse con los yumas. Anza dejó parte de su destacamento y siguió al guía tarbal hacia una vía más al norte, hacia las lejanas montañas. Atravesaron el paso de San Carlos muy por encima del valle de Cahuilla, alegrándose los hombres al ver los verdes valles y las nevadas montañas. Acamparon junto al río San Jacinto, cruzaron posteriormente el actual Ontario y Riverside y finalmente atravesaron las rústicas puertas de la misión de San Gabriel el 22 de marzo. Garcés regresó al Colorado por órdenes de Anza realizando el viaje en doce días. Anza continuó su viaje hacia Monterrey, adonde llegó el 1 de mayo y, después de tres días, regresó a su punto de partida debido a que el nuevo gobernador, Fernando de Ribera y Moncada, no había llegado todavía y no se le esperaba pronto.

Anza siguió el rastro de Garcés y llegó a la confluencia del Gila y el Colorado, donde fue recibido por el jefe Palma y los indios yuma con gran regocijo. Los indios fabricaron una balsa y los transportaron al lugar donde había acampado Garcés. Anza se encontró con que sus soldados y los muleros habían huido a Caborca cuando oyeron que él había muerto. Anza y Garcés viajaron juntos desde el 15 al 21 de mayo cuando se encontraron con dos indios halchidhomas y Garcés, entusiasmado por la oportunidad que se le presentaba para visitar el Colorado Alto, se unió a ellos para viajar por la ruta seguida por el padre Sedelmayer en 1744.

Garcés viajó hasta las cercanías de las montañas Chemehuevi, visitó a los halchidhomas y se encontró con algunos yavapais que se mostraron amistosos. Un anciano yavapai le comunicó a Garcés que su gente eran muy amigos de los quechas a quienes llamaban cutchas. Garcés quedó muy impresionado con los halchidhomas ya que sus casas eran las mejores y más amplias que había visto hasta ese momento y sus campos eran mejores que los de los quechas. Garcés tenía la intención de ponerse en contacto con los indios mojaves de río arriba, pero los halchidhomas se negaron a ayudarlo ya que eran sus enemigos. Mientras tanto, el cansado destacamento de Anza había llegado a Tubac el 26 de mayo después de una ausencia de más de cuatro meses. Garcés no regresó a San Xavier hasta el 10 de julio de 1744.

SEGUNDO VIAJE A CALIFORNIA

Complacido por el éxito de Anza, el virrey Bucareli lo ascendió a teniente coronel y le asignó una paga extra de por vida. Los dos se encontraron en la ciudad de México en noviembre y diciembre de 1774, donde se trazaban los planes para fortalecer la Alta California enviando colonos, soldados y ganado siguiendo la ruta de yuma. Anza y Bucareli trazaron los planes para una segunda expedición, una empresa a gran escala diseñada para convertir a California en una base sólida y permanente. Durante los primeros meses de 1775, se reclutaron, en Sinaloa, colonos pobres de sangre mezclada para asentarse en California vía Arizona.

Individuos:

En primer lugar, el señor teniente coronel de Caballería, y comandante de la expedición, don Juan Bautista de Anza, 1.

Padre capellán de propaganda fide del colegio de Santa Cruz de Querétaro, fray Pedro Font, 1.

Padres fray Francisco Garcés y fray Tomás Eixarch: éstos debían permanecer en el Colorado, 2.

Teniente don José Joaquín Moraga, quien, aunque casado, no llevó a su familia debido a que su esposa estaba enferma en Terrenate, 1

Sargento Juan Pablo Grijalba, 1.

Ocho soldados veteranos del presidio de Sonora, 8.

Veinte soldados, reclutas de Monterrey, 20.

Diez soldados veteranos del presidio de Tubac, como escolta, 10.

Veintinueve esposas, del sargento y de veintiocho soldados, 29.

Ciento treinta y seis personas relacionadas con los soldados antes mencionados, etc., 136.

Veinte muleros de reatas de tres mulas, etc., 20.

Tres pastores de ganado vacuno, 3.

Tres sirvientes de los tres padres, al que se añadió otro más que se quedó con los padres en el Colorado, 4.

Tres intérpretes indígenas de las tres naciones, yuma, cajuénche y jalchedun, 3.

Total, 240.

(Se incluye en este número la mujer que posteriormente murió en el camino).

Equipaje:

Se llevaban ciento cuarenta mulas cargadas con provisiones, munición bélica, y el equipo del señor comandante de la expedición, y algunos otros efectos de este último, y regalos en nombre de Su Majestad para los paganos del camino, 140.

Concepto: Alrededor de 25 mulas de carga con el equipaje privado de la tropa, 25.

Concepto: Los caballos pertenecientes a la expedición, con algunos otros de propiedad particular y algunas mulas de silla, 500.

Concepto: Alrededor de treinta yeguas, potros y asnos, 30.

Total de la manada de caballos, etc., 695.

Ganado:

Concepto: Trescientas veinticinco cabezas de ganado para alimentar la expedición, y el resto para iniciar un rebaño en el nuevo asentamiento y para las misiones de la bahía de San Francisco, 325.

Concepto: Alrededor de treinta cabezas de propiedad particular, 30.

Total ganado, 355.

Después de obtener la aprobación real, Anza partió de Tubac el 23 de octubre de 1775, con un total de 240 hombres, mujeres y niños y casi mil animales. Los padres Garcés y Tomás Eixarch, quienes per-

manecerían temporalmente entre los quechas, y el padre Pedro Font del colegio franciscano de Querétaro y quien llevaría el diario del viaje, acompañaban a la expedición. Bajo la guía de Sebastián Tarabal y con tres intérpretes indios, los españoles viajaron hacia el Gila en el norte, visitaron a los pimas, los papagos, los ópatas y los cocomarcopas. Los ópatas habían sufrido los ataques de los yavapais, sin embargo, Anza observó que su nivel de vida y el de los otros indios había mejorado. Se vieron mantas de los hopis entre los gilas, los pimas, los quechas y los kohuanas, y los últimos dos grupos habían adquirido también mantas de algodón fabricadas por los ópatas y los pimas del Gila.

En Laguna Salada (treinta y tres millas Gila arriba desde el Colorado), un mensajero quecha se unió a los españoles, y dos días más tarde, fueron recibidos oficialmente por Salvador Palma, su hermano y Pablo. A una milla y media del Colorado, la expedición cruzó el Gila y acamparon en lo que en 1774 había sido una isla pero que ahora estaba unida a la costa. Aquí se consiguió, finalmente, un pacto de paz entre los cocomarcopas y los quechas. Palma, en una conversación con fray Pedro Font, expresó sus deseos de que los misioneros vinieran a vivir con los quechas, había incluso elegido el sitio que usarían los españoles, el Puerto de la Concepción (el fuerte de la colina Yuma).

Al día siguiente Anza trató de encontrar un vado puesto que el que habían utilizado el año anterior era inservible. A unos tres cuartos de milla río arriba de su confluencia con el Gila, el Colorado se dividía en tres ramales, lo que permitió que la expedición lo cruzara al día siguiente. Mientras tanto, un mensajero halchidhoma había llegado junto a los quechas y fue enviado de regreso a su pueblo con los saludos de los españoles.

Se estableció un campamento en la costa californiana del río, en un punto situado a una milla y media o dos millas del pueblo donde vivía Palma, este pueblo, a su vez, estaba más o menos a la misma distancia al norte del fuerte de la colina Yuma. Se construyó una casa para Garcés y Eixarch en un punto situado a un tiro de pistola de la que ocupaba Palma, y el 3 de diciembre, la expedición se trasladó desde la orilla del río hasta Axa Kwedexor, localización del nuevo campamento.

La política de los españoles era la de tratar de mantener el entusiasmo del jefe Palma hacia los europeos, y con ese objetivo se le entregaron muchos regalos al líder quecha, éste debía haber impresiona-

do fuertemente a su gente al vestirse con el nuevo traje con una casaca cuya parte delantera era amarilla, una capa azul adornada con galones dorados, y un gorro de terciopelo negro adornado con piedras falsas y un escudo. Sin lugar a dudas, este uniforme ayudó a fortalecer la amistad entre Palma y los españoles; y también debe haber ayudado a elevar la posición de los kwoxotes ante los ojos de los quechas.

El 4 de diciembre, la expedición partió de Axa Kwedexor, dejando atrás a Garcés, Eixarch y a cuatro sirvientes. Los españoles viajaron hacia el oeste, cruzaron un brazo del Colorado que convertía a la zona del fuerte Yuma y de Axa Kwedexor en una larga isla. Desde el «pueblo de San Pablo», la partida viajó hacia el suroeste y se separó de la corriente principal del Colorado. Durante el día atravesaron algunos poblados quechas con nativos amistosos y después de recorrer tres o cuatro leguas llegaron a la laguna de los Coxas (o Cojats). De acuerdo con Anza, esta zona fijaba el final de «la jurisdicción del capitán Palma y de la tribu de los yumas.»

El 6 de diciembre de 1775, la expedición abandonó Los Coxas y viajó doce o trece millas sobre una ruta con muchos rodeos hasta la laguna de Santa Olalla. Esta laguna, de unas tres millas de largo y tan angosta como un «zanja», estaba ubicada a aproximadamente seis millas al oeste de la corriente principal del Colorado. Los kohuanas eran amistosos, obsequiaron a los españoles con pescado que recolectaban usando redes. Durante varios días se hicieron los preparativos para cruzar el desierto, y el 9 de diciembre, el grupo que se dividió en tres partes, y comenzó su marcha hacia San Sebastián. El viaje se realizó sin tropiezos a pesar de las condiciones climáticas adversas que cubrieron de nieve la sierra de la Costa y de haberse producido una intensa nevada en el valle Imperial. En la zona de Yuma, los ancianos quechas «quedaron gratamente sorprendidos al ver la nieve, y algunos de ellos, incluido Palma, dijeron que nunca habían visto nada parecido, y nunca habían sufrido un clima tan frío».

En San Sebastián los españoles fueron recibidos por veinte o treinta indios «miserables, hambrientos, débiles, extenuados», quienes a pesar del clima, tenían la costumbre de bañarse cada mañana. El 16 de diciembre, tres caballos fueron robados por unos indios de la cadena montañosa (montañas de la Superstición) situada a unas diez millas a la derecha (este) de la vía a San Sebastián. Anza envió en su persecución a cinco soldados, que recuperaron los caballos en dos poblados

ubicados al pie de la montaña cerca de un marjal de aguas salobres. Dos de los caballos cojeaban y otro estaba atado a un mezquite cuando los encontraron. Irónicamente, el clima obligó a la expedición a abandonar seis caballos en la misma zona.

En realidad el equipo de Anza tuvo suerte al no toparse con mayores dificultades por parte de los kamias. Entre el 4 y el 5 de noviembre, los kamias cercanos a San Diego se habían alzado, y se había creado un sentimiento antiespañol que se extendió hacia el norte a los indios de la zona de San Gabriel. El 27 de noviembre los quechas habían recibido la noticia de un ataque de los kamias sobre la misión de San Diego, aunque cuando Anza recibió dicha información enviada por Palma, aparentemente no le dio importancia. En enero de 1776, los quechas recibieron una información más definitiva cuando un kamia llegó al río Colorado y les comunicó que dos o tres naciones se habían unido ya para combatir a los españoles de la costa; que ya habían matado a un padre y quemado su casa; que a los españoles que habían pasado junto a los yumas no les habían hecho nada, porque sabían que eran amigos de los quechas, pero que si los dos grupos de españoles se unían para atacarlos los kamias a su vez atacarían a la expedición de Anza. El kamia «llevaba este mensaje en beneficio de la nación, porque sabían muy bien que ellos eran viejos amigos» de los quechas. Los quechas continuaron siendo proespañoles mientras duró el liderazgo de Palma, aunque probablemente con el tiempo, la revuelta de los kamia cambiaría ese sentimiento.

Durante tres meses el hábil explorador había guiado su expedición a través de las arenas del desierto, cruzando el crecido Colorado y las abruptas montañas hasta la misión de San Gabriel, incorporando a cuatro personas en el camino. Durante la expedición nacieron ocho niños y sólo una de las madres murió de parto (la única pérdida del grupo), Anza, en su serenidad, miraba estos eventos con una mezcla de emociones ya que las mujeres involucradas no podían cabalgar durante varios días, retrasando así el progreso de la expedición. El padre Garcés y otros dos se quedaron en el territorio de los indios yumas.

LA OBRA DE ANZA EN CALIFORNIA

Poco tiempo después de su llegada a la misión de San Gabriel, el 4 de enero de 1776, Anza fue llamado para ayudar al gobernador Ri-

vera para fortalecer el control español en la misión de San Diego. Durante el mes de noviembre previo, los indios no pertenecientes a la misión, en connivencia con algunos de los neófitos, habían proyectado atacar ambas misiones y el presidio. El 4 de noviembre de 1775, cientos de indios, gritando venganza, se aproximaron a la misión y prendieron fuego a los edificios. Sacaron al padre Luis Jaime de sus habitaciones y lo golpearon hasta que murió, posteriormente su cuerpo mutilado fue hallado atravesado por dieciocho flechas. Otro español fue muerto y un tercero murió a causa de las heridas unos cuantos días después. Apparently el ataque al presidio fracasó y la llegada de refuerzos al mando de Rivera y Anza hizo que los indios se sometieran de nuevo. Al haber eliminado el peligro inmediato, Anza partió hacia Monterrey mientras Rivera permaneció en San Diego.

Cuando los líderes indígenas de la revuelta fueron finalmente capturados, el padre Serra pidió que fueran perdonados y castigados sólo de forma moderada para que posteriormente pudieran ser salvados. Las reparaciones de la misión comenzaron en el verano con la ayuda de Diego Choquet, comandante y la tripulación de la nave de suministros *San Antonio*. Los indios conversos, junto con los marineros, el contramaestre, y el oficial de navegación, mezclaban la arcilla, fabricaban los ladrillos de adobe, cavaban zanjas y recogían piedras para la nueva iglesia. No se produjeron más levantamientos en la misión de San Diego.

Anza prosiguió su viaje costa arriba, acompañado por unas pocas familias, aunque retrasado por las fuertes lluvias, llegó a Monterrey el 10 de marzo de 1776. Su ayudante, el teniente José Joaquín Moraga, llegó unos días más tarde con el resto de los colonos. Anza, que entonces se encontraba enfermo, prosiguió, sin embargo, explorando la península de San Francisco como le había ordenado el virrey Bucareli. Anza, imposibilitado o renuente a esperar la llegada de Rivera, quien había recibido la orden de asistir, escogió para la ubicación del presidio un lugar llamado Cantil Blanco y, acompañado por el padre Pedro Font eligió el lugar para la misión a orillas de un pequeño riachuelo al que llamó *Arroyo de Nuestra Señora de los Dolores*. Anza regresó a Monterrey y fracasó en los varios intentos que realizó para encontrarse con Rivera. El gobernador, que se encontraba severamente enfermo y disgustado con Anza por haber continuado en solitario con el proyecto San Francisco, intercambió sólo unas cuantas palabras con el capitán

de Sonora antes de que éste partiera hacia Tubac a hacerse cargo de sus obligaciones fronterizas normales.

Por órdenes de Rivera en San Diego, el teniente Moraga acompañado de los padres Palou y Cambón, guió a los colonos hasta una nueva ubicación situada en el extremo de la península y con vista a la entrada de la bahía. El presidio, fundado el 17 de setiembre de 1776, y la misión, cerca del arroyo Dolores, fueron oficialmente inauguradas el 9 de octubre en honor a San Francisco de Asís, fundador de la orden franciscana. Cuando estas noticias llegaron a México, el virrey Bucareli celebró con entusiasmo la finalización del proyecto San Francisco. Luego continuó con sus planes para unir a Nuevo México y California con un camino.

DOMÍNGUEZ Y ESCALANTE

Las misiones zuñi-hopis del noroeste de Arizona eran parte del esfuerzo misionero en Nuevo México y se administraban desde Santa Fe. A mediados de 1775, el gobernador de Nuevo México, Pedro Fermín de Mendinueta, envió una carta al padre Sylvestre Vélez de Escalante, que era misionero residente desde comienzos de ese año, preguntando sobre la posibilidad de una comunicación con la costa oeste. El padre Vélez de Escalante, quien ya había aprendido algo de las tierras situadas al oeste y sabía que los zuñis habían participado en una campaña general contra los apaches el año anterior, quizás en 1747, que los había llevado hasta el valle del río Gila. Posteriormente, en otra campaña, unos 100 zuñis y tres españoles habían atacado un poblado de apaches gila en la misma región. Por lo tanto, si se eliminaban los indios hostiles, se podía trazar un camino.

El padre Escalante viajó hasta el pueblo hopi para averiguar todo lo que pudiera en relación a la apertura de una vía que atravesaría el país desde Tucson hasta California. Los indios le informaron que el viaje hacia el oeste sería largo, seco, duro y difícil, por lo que el fraile recomendó una ruta que siguiera más al norte hacia California, atravesando las tierras de los utes, la actual Utah. Informó también, que le alegraría mucho participar en esa investigación. En junio de 1776, Vélez de Escalante fue llamado desde Zuñi por el padre Francisco Atanasio Domínguez, quien en ese momento realizaba una inspección ofi-

cial en Nuevo México para la orden franciscana. Domínguez presentó el nuevo plan de viaje a Escalante.

Los dos franciscanos partieron con un pequeño grupo de otras ocho personas, que incluía al veterano explorador e ingeniero de Santa Fe, Bernardo Miera y Pacheco. Fracasaron en el objetivo propuesto, pero realizaron un extraordinario viaje de cinco meses a través de un país abrupto y a menudo inhospitalario. Se desplazaron desde la capital en dirección norte siguiendo el valle de Chama, cruzaron el río San Juan en la parte que ahora se llama el Colorado suroccidental, y hasta el lago Utah en el centro del territorio del mismo nombre. Luego viraron al suroeste hasta el lago Sevier, pero tuvieron que regresar debido a la proximidad del invierno. En ruta hacia los poblados hopis, encontraron un vado en el río Colorado cerca del cañón Glen, justo más arriba de la frontera actual de Arizona. A finales de noviembre de 1776, cruzaron nuevamente hacia Arizona y llegaron al pueblo de los amistosos zuñis, allí descansaron durante dieciséis días para luego regresar a Santa Fe. Las exploraciones de Domínguez Escalante abrieron la vía para el posterior desarrollo del camino hacia la costa del Pacífico que se conoce como «El Antiguo Camino de los Españoles».

IX

LA COMANDANCIA GENERAL DE LAS PROVINCIAS INTERNAS

Entre los proyectos de importancia del antiguo visitador general José de Gálvez, estaba el de la reorganización administrativa de la frontera norte de la provincia de Nueva España. La creación de una comandancia general independiente le quitaría, al demasiado ocupado virrey, algunas responsabilidades, al tiempo que estaba concebida para proporcionar una mayor protección contra el levantamiento de los indios. Gálvez había formulado la idea, durante su visita a Nueva España en 1768, de combinar las provincias internas de Nueva Vizcaya, Sinaloa, Sonora, las Californias, Coahuila, Nuevo México y Texas bajo un gobierno militar y político distinto. Como nuevo Ministro de las Indias, Gálvez puso en vigencia este plan para la comandancia general y recibió la aprobación real el 22 de agosto de 1776. Este paso, efectuado para relevar al virrey de la supervisión directa de las defensas fronterizas, tuvo el efecto práctico de crear un nuevo virreinato. Aunque el objetivo principal de esta nueva entidad fue el de fortalecer las líneas de defensa, las instrucciones reales mencionaban la conversión de los indios como una meta primaria.

TEODORO DE CROIX

Gálvez nombró a Teodoro de Croix, de 46 años y sobrino de su viejo amigo y antiguo virrey, el marqués de Croix, como nuevo comandante general. Croix, que nació el 20 de junio de 1730 en el castillo de Prevote cerca de Lille, Francia, se alistó en el ejército español a la edad de diecisiete años y fue enviado a Italia como alférez de los

Granaderos de la Guardia Real. En 1750 fue trasladado a la guardia valona, y en 1756 ostentaba el rango de teniente. Ese mismo año fue condecorado en Flandes y se convirtió en Caballero de la Orden Teutónica. En 1765 era capitán y con ese rango acompañó a su tío a la Nueva España en 1766. Mientras el marqués de Croix fue virrey, Teodoro ocupó el cargo de gobernador de Acapulco y luego inspector de las tropas. Trabajó para José de Gálvez durante la expulsión de los jesuitas e hizo campaña en la Nueva Vizcaya con el sobrino del visitador, Bernardo de Gálvez, creándose entre ambos una gran amistad que se fortaleció cuando regresaron a España en 1772 con sus respectivos tíos. Tanto Teodoro como Bernardo regresaron a Nueva España en 1776, el primero para ocupar el cargo de comandante general y el segundo para encargarse de la gobernación de Luisiana el 1 de enero de 1777.

Croix, como nuevo jefe ejecutivo de las Provincias Internas, sería independiente del virrey y responsable directamente ante la corona a través de Gálvez como ministro de las Indias. Sin embargo, la autoridad judicial seguía siendo la Audiencia de Guadalajara. En la práctica el cargo se encontró con ciertas intervenciones por parte del virrey y era menos eficiente de lo que se esperaba en su cometido de mantener la paz con los indios. Como sede del gobierno de Croix se escogió la pequeña ciudad de Arizpe a orillas del río Sonora. Era una comunidad que tenía de particular sólo su ubicación central y su larga historia. Los franciscanos habían comenzado a realizar conversiones en esa zona alrededor de 1642, pero la primera misión, Nuestra Señora de la Asunción de Arizpe, fue un establecimiento jesuita que se inició alrededor de 1648. El último jesuita, el padre Carlos Rojas, sirvió en Arizpe durante más de 35 años y mejoró la iglesia notablemente. Pedro Corbalán fue nombrado gobernador de Sonora con jurisdicción sobre los asuntos políticos y económicos y el coronel Anza dirigía los asuntos militares.

NUEVA ESPAÑA EN EL SIGLO XVII Y PRINCIPIOS DEL XVIII.

SE MUESTRAN LAS PRINCIPALES RUTAS HACIA EL NORTE Y LA LOCALIZACIÓN DE LAS MISIONES FRANCISCANAS EN LOS PUEBLOS DEL OESTE.



Las normas particulares que se relacionaban con las provincias de Sonora y las Californias eran las siguientes:

PUNTOS PARTICULARES CORRESPONDIENTES
A LAS PROVINCIAS DE SONORA Y LAS CALIFORNIAS

105

En Sonora se preferirán a todo las frecuentes Campanas contra los Apaches Gilenos, executándolos con proporcionados destacamentos, y empeñando en esta guerra a las Compañías de Indios Opatas de Babispe y Bacoache y a la de Pimas altos de San Rafael de Buena-vista.

106

Sin perjuicio de los movimientos y providencias de guerra contra los Apaches se tomarán las precisas para contener a los Seris y Tiburo-nes, procurando atraer estos Indios a la antigua paz: pues aunque sea mala sin esperanza de que se mejore, es menester tomarse tiempo para la empresa de estrecharlos en la Isla del Tiburon, atacarlos y sujetar-los de una vez.

107

Para esta empresa ha de preceder un exacto y muy prolixo informe de V. S., que me dirigirá sobre los medios y fuerzas que se necesitan, refiriendo el estado actual de dichos Indios, el numero poco más o menos de sus familias y especialmente el de los Gandules.

108

Esta acción se ha de meditar con mucha madurez, se ha de reservar con el mayor escrúpulo, y se ha de executar con esperanzas casi evidentes de una completa victoria: porque si se yerra el golpe, y los Apaches subsisten en su orgullo, tomará la Provincia peor semblante, y todos serán tropiezos y confusiones.

109

Ha de estarse a la mira de los Sibubapas o Pimas del Suaqui, procurando más bien su quietud en los Pueblos que sus Campanas sospechosas.

110

Lo mismo se executara con los Piatos del Pitiqui, Cavorca y Bisanig; bien que atendido el genio guerrero de estos Indios, se les puede emplear en algunas operaciones contra los Apaches, Seris inquietos, o qualquiera Nación del Río Colorado que hostilizen en la Provincia.

111

Con la mayor eficacia y maña se dedicara V. S. desde luego a que en los referidos Pueblos de Piatos y en todos los de la Pimería alta se avecinde y radique el numero mayor que sea posible de honradas familias Españolas y de otras castas, con tal de que sean laboriosas y de buenas costumbres: pues así conviene para la insensible suave sujecion o freno de los variables Pimas altos, no cortos en numero y enlazados en parentesco con los Gentiles Papagos y Pimas Gilenos.

112

De ningún modo tomara V. S. providencia contraria ni favorable con los Yumas y demás Naciones del Río Colorado. Es menester olvidar-se por ahora de estos Indios, disimulando nuestros agravios, hasta la proporción segura de satisfacerlos: porque si nos empeñamos a un mismo tiempo en el castigo difícil de aquellos alevosos, en la empresa contra Seris y Tiburones, y en la guerra incesante contra los Apaches, que es el objeto de preferencia, nada conseguiremos; vencido el Apache, o a lo menos escarmentado, se sujetarán con menos dificultad los demás Enemigos domesticos, y nos serán despreciables las Naciones del Colorado.

113

A las de Hiaquis, Mayos y Fuertenos que viven en sus Pueblos de Mision, y que son los mejores Operarios en las Minas y Placeres, se les atraerá al trabajo de los de la Cieneguilla, Bacoache y aun al despoblado de Zaracache, cubriendo estos Puestos y sus tránsitos con algunos destacamentos de Tropa que no hagan falta en la frontera de la Apacheria.

114

Por este medio se conseguirá entretener a dichas Naciones operarias, para que la ociosidad y el mal exemplo no los haga infieles, aumen-

tando el numero de los Enemigos encubiertos, y se disfrutarán con más abundancia las riquezas de los Minerales perdidos por la escasez de trabajadores y abandonados por la hostilidad.

115

Sin un motivo muy urgente no abrirá V. S. la comunicación por tierra con la Nueva California: pues las partidas que transiten este camino, si son cortas, van expuestas, y si grandes, haran notable falta en la Sonora para las operaciones de guerra.

116

Y pues no la hay en Californias, encargara V. S. al Gobernador D. Pedro de Fajes el cuidado de mantener en su inocencia a los Indios del Canal de Santa Barbara, en quietud a los de las Misiones de San Diego, San Gabriel y San Francisco, y en el más justo arreglo, subordinacion y disciplina a unas Tropas que solo sirven en el sistema presente para infundir respeto, dar buen exemplo a los Indios, castigar con prudencia los excesos que cometan, y prohibirles el uso y manejo del caballo.

El proyecto de las Provincias Internas también especificaba que el gobernador de las Californias debía residir en Monterrey y su segundo en Loreto, en vez de lo contrario, como había sido costumbre desde la fundación de Monterrey en 1770. Fernando de Rivera y Moncada, por lo tanto, abandonó Monterrey y regresó a sus antiguos, y quizás más amistosos, cuarteles en la Baja California. El gobernador Felipe de Neve, nativo de la ciudad andaluza de Bailén y comandante de la caballería, había ocupado el cargo de gobernador de las Californias el 4 de marzo de 1775. Neve partió de Loreto para un viaje por tierra hasta la Alta California para reconocer su nueva provincia antes de fijar su residencia en Monterrey. En Loreto había tenido frecuentes roces con los misioneros dominicos de la península debido a la política misionera. Las relaciones de Neve, que siempre había defendido los pueblos civiles, con el padre Serra y los franciscanos de la Alta California no mejoraría en lo que se relacionaba con las nuevas misiones.

Sin embargo, bajo la gobernación de Neve, los asentamientos de la Alta California mostraron cierto progreso, por parte de los colonizadores españoles, en la creación de instituciones europeas en la costa

del Pacífico. Como lo había sido para el proyecto de Arizona, los pueblos nativos dieron paso a la triple fórmula española para los asentamientos fronterizos. Sin embargo, a diferencia de Arizona, había pocas amenazas por parte de indios hostiles como los apaches o los seris. Las ocho misiones, los tres presidios y el pueblo levantados allí entre 1769 y 1779 crearon un patrón que serviría para un desarrollo continuo. Aunque todavía aislada y poco poblada, la provincia de California, unida a Arizona por la ruta de Yuma, había adquirido un ambiente de estabilidad.

El comandante general Croix, prestó inicialmente su mayor atención a los problemas de Texas, y no visitó de manera inmediata la zona occidental de las provincias como se lo había ordenado Gálvez. De hecho, no llegó a Arizpe sino el 13 de noviembre de 1779. Decretó oficialmente a Arizpe como capital, la ascendió a ciudad y le construyó un acueducto. Croix tenía la esperanza en que el lugar se convirtiera en una atracción para los colonos. El ingeniero Manuel Mascaro realizaría posteriormente el proyecto para la nueva ciudad.

Mientras tanto, en el distrito misionero de la Pimería Alta se estaban produciendo una serie de cambios. Los franciscanos de Querétaro negociaron con éxito la transferencia de las ocho misiones de la Pimería Baja a los franciscanos de Jalisco. Los frailes de Querétaro llegaron a la Pimería Alta en octubre de 1776 y manifestaron que estaban listos para ocupar las nuevas misiones que se habían proyectado para los ríos Gila y Colorado. Como estas misiones no habían recibido todavía la aprobación oficial, los padres fueron enviados a las misiones ya existentes. Fray Juan Bautista de Velderrain, vasco, de 29 años y natural de Cizurquil cerca de San Sebastián, fue enviado a Tumacácori para unirse a su paisano Pedro Arriquibar. Velderrain había hecho sus primeros votos en 1763 y seis años más tarde, en Vitoria, se ofreció como voluntario para el colegio de Querétaro. Los tres años que había pasado con los seris en la Pimería Baja, de 1773, a 1776, le habían enseñado a enfrentarse con cualquier tipo de dificultad y la construcción de la iglesia en Suaqui, Real de San Marcial, le habían dado la suficiente experiencia en este campo.

A comienzos de 1777, el padre Velderrain fue trasladado a San Xavier de Bac para trabajar con el padre Garcés.

SAN AGUSTÍN DEL TUCSON

En enero y febrero de 1778, el padre Garcés informó al virrey que el padre Velarde había regresado a Tumacácori y que su compañero el padre Velderrain estaba aprendiendo el lenguaje de los pimas. Como había dos sacerdotes en Bac, el padre Garcés decidió pasar más tiempo en Tucson y como la guarnición del presidio había sido trasladada de Tubac a Tucson, el padre Garcés gozaba de la compañía de sus compatriotas españoles justo al otro lado del río Santa Cruz. Para entonces, el ambicioso franciscano exigía y proyectaba la creación de nuevas misiones entre los yumas para responder a las peticiones de su amigo Salvador Palma.

El traslado del presidio de Tubac a Tucson había sido sugerido desde 1772, pero el inspector comandante Hugo Oconor estaba ocupado preocupándose del sector oriental de la frontera entre Texas y Coahuila. Pero sí envió, en 1774, a Antonio Bonilla a inspeccionar los puestos militares de Sonora. En ese entonces, Bonilla se opuso al traslado del presidio a Aribaca, como se especificaba en el proyecto del marqués de Rubí. Debido a la apertura de la ruta de California por Anza, Oconor escogió a Tucson, que estaba más al norte, como sede. El 20 de agosto de 1775, Oconor, en compañía del padre Garcés y del teniente Juan Fernández Carmona certificó la elección de la sede, el trazado de los límites, y el hecho de que había suficiente agua, pasto y madera y bautizó al presidio, situado a 18 leguas de Tubac, con el nombre de San Agustín de Toixon.

Dos días después de haber elegido el emplazamiento de Tucson, Oconor inspeccionó Santa Cruz y decidió que la guarnición de Terrenate debía ser trasladada allí. Tres días más tarde escogió a San Bernardino como sede para la cuarta unidad de Sonora. Oconor le escribió al virrey el 7 de setiembre de 1775 recomendando de nuevo que la guarnición de Tubac fuera trasladada a Tucson. Al recibir, el 2 de diciembre, la aprobación del virrey fechada el 18 de octubre, Oconor ordenó que el traslado tuviera lugar el 10 de diciembre.

En el otoño de 1775, la guarnición de Tubac estaba comandada por el teniente Juan María de Oliva, en ausencia de Juan Bautista de Anza, que se encontraba camino de California. Oliva, con 60 años, era un veterano de la frontera, que había ascendido desde soldado en la guarnición de Tubac, donde había servido desde 1752. Valiente hom-

bre de la frontera, herido por los apaches hacía cuatro años, era excelente como comandante en campaña, pero era analfabeto y, por lo tanto, no tenía capacidad para manejar el papeleo necesario. Oconor recomendó que Oliva pasara a retiro con su salario y el rango de capitán, lo que fue aprobado por el virrey y el rey firmó la debida orden el 27 de febrero de 1776. Oliva que probablemente no se enteró de su retiro hasta comienzos de agosto de 1776, posiblemente permaneció al mando del puesto por cierto tiempo más debido a la ausencia de Anza.

Como la mayoría de los oficiales acompañaban a Anza, la única persona con que contaba Oliva para reemplazarlo al retirarse, era el alférez Juan Felipe Beldarrain, ahijado de Anza e hijo de Tomás Beldarrain, primer comandante de la compañía de la Pimería Alta y fundador de Tubac. Desgraciadamente, el joven Beldarrain no tenía la capacidad ni la habilidad social de su padre.

Durante varios años después del traslado de la guarnición de Tubac a Tucson, los soldados vivieron en un puesto abierto. El fuerte no se construyó inmediatamente, a pesar de que las bandas apaches robaban los caballos y mataban a los colonos desde hacía años. Cuando, el 12 de junio de 1777, don Pedro Allande y Saabedra se hizo cargo de la comandancia, encontró que no había fondos para la construcción, no existía un inventario de lo que pertenecía al presidio, y no había manera de pagarle a los indígenas que ya llevaban tiempo trabajando. Sin embargo, ordenó la construcción, sin costo para la hacienda real, de una empalizada de troncos toscos con cuatro baluartes, depósitos de municiones y una garita. Cuando pasó revista a las tropas se disgustó al observar la total ausencia de necesidades básicas, de lo que sólo podía culpar al ignorante Juan María Oliva y a su inexperto asistente el alférez Juan Felipe Beldarrain, inepto en el manejo de las finanzas.

El puesto de Tucson fue construido como un poblado compacto y sirvió como ubicación para la actual ciudad. Los edificios fueron rodeados por una empalizada que fue posteriormente reemplazada por una muro de tierra, aunque tanto los soldados como los civiles construyeron sus casas en el exterior del muro. El presidio seguía los planos reales basados en los diseños romanos de pasados siglos. El objetivo común de la resistencia a los apaches, y la fe católica, proporcionó a los residentes una gran sentido de la solidaridad, convirtiéndoles en un grupo unido. Generalmente, el capellán del presidio era la persona más

educada en el distrito y la mayoría de los comandantes habían recibido una educación formal.

Una vez establecido, el puesto de Tucson tuvo un impacto de la mayor importancia en los americanos nativos que cultivaban las tierras a lo largo del río. Los pimas del norte eran generalmente amistosos y se entregaban al intercambio de bienes y alimentos. Como la zona era básicamente muy árida, también participaban con los españoles en la distribución del agua para el riego que, según las leyes españolas, debía ser compartida en igualdad de condiciones entre todos los usuarios. Las Leyes de las Indias especificaba que los indios retendrían su derecho tradicional al agua. Los pimas se reunían en la orilla opuesta del río para sus servicios espirituales. También cooperaban en la defensa de la zona en contra de sus eternos enemigos, los apaches.

LOS DERECHOS DE AGUA BAJO EL GOBIERNO ESPAÑOL

El agua era tan importante en la zona seca de Sonora y en la parte que se convirtió en Arizona, que en muchas ocasiones los españoles adoptaban para los pueblos, presidios y misiones los nombres que los indios usaban para el agua. Por ejemplo, el asentamiento pima de Pitiquim, que significa «donde los ríos se unen», se convirtió en Pitic y la palabra bac, que significa agua en cierto número de lenguas ute-aztecas fue utilizado en nombres como Tubac, Bacanuche, Bacatete y con significación especial, en San Xavier del Bac. Otros lugares recibieron nombres españoles relacionados con el agua, como Pozo Verde, Agua Prieta, Cienagueta y Agua Caliente. También el nombre de Arizona, de acuerdo con algunas fuentes, viene de las palabras del papago *ali shonak*, que significan «lugar del pequeño manantial».

La *Recopilación de leyes de los reynos de las Indias*, realizada en 1680, contiene un número de normas relacionadas con el uso del agua que habían sido adoptadas de las leyes romanas, visigodas y árabes. Todas ellas subrayaban la importancia de compartir este apreciado recurso. Extendían los mismos principios generales que se aplicaban en la península española, pero mostraban una preocupación adicional por el derecho de los indios. La ley básica que se aplicaba a los asentamientos españoles y nativos se encuentra en el Libro IV, Título 17, Ley 5 y especifica que

el uso de todos los pastos, montes, y aguas de las provincias de las Indias, sea común a todos los vecinos de ellas, que ahora son, y después fueren para que los puedan gozar libremente...

En el Libro IV, Título 5, Ley 7 se especifica que

Los montes, pastos, y aguas de los lugares, y montes contenidos en las mercedes, que estuvieren hechas, o hiciéremos de señoríos en las Indias, deben ser comunes a los Españoles e Indios. Y así mandamos a los Virreyes, y Audiencias, que lo hagan guardar y cumplir.

Por su parte, en el Libro IV, Título 17, Ley 9, se señalaba que los

Virreyes y Audiencias vean lo que fuere de buena gobernación en cuanto a los pastos, aguas, y casas públicas, y provean lo que fuere conveniente a la población...

Mientras que en el Libro IV, Título 17, Ley 11 se afirma que

Ordenamos que la misma orden que los Indios tuvieron en la división y repartimiento de aguas, se guarde y practique entre los Españoles en quien estuvieren repartidas y señaladas las tierras, y para ésto intervengan los mismos naturales, que antes lo tenían a su cargo, con cuyo parecer sean regadas, y se da a cada uno el agua, que debe tener, sucesivamente de uno en otro, pena de que al que quisiere preferir, y la tomare, y ocupare por su propia autoridad, le sea quitada, hasta que todos los inferiores a él rieguen las tierras, que tuvieren señaladas.

A pesar de algunos casos esporádicos contrarios, no se tocaron las tierras que hasta entonces habían cultivado los indios. De acuerdo al Libro IV, Título 12, Ley 7, se ordenaba

que los repartimientos de tierras, así en nuevas poblaciones, como en lugares y términos que ya estuviesen poblados, se hagan con toda justificación, sin admitir singularidad, acepción de personas, ni agravio de los indios.

La Ley 9 del mismo libro y título, también ordenaba

que las estancias, y tierras, que se dieran a los Españoles, sean sin perjuicio y agravio, se vuelven a quien de derecho pertenezca.

Debido a que los españoles introdujeron en Sonora nuevos cultivos procedentes de Europa y del centro de México, tales como trigo, cebada, avena, frutos cítricos, manzanas, melocotones, peras, uvas, garbanzos, zanahoria, rábanos y cebollas, se necesitaban más tierras de regadío que para el maíz, las judías y las calabazas. Ninguno de los cultivos importados sobreviviría, en el desierto, sólo con el agua de lluvia. Estos nuevos cultivos también trajeron insectos que destruyeron parte de la vegetación natural del desierto. Los patrones de tenencia de tierras, tendían a ser diferentes a los de otras zonas. Puesto que se necesitaba más tierra a lo largo del río, se procuraba que las parcelas fuesen rectangulares en vez de cuadradas. Se construyeron pequeños diques divisorios, siempre que esto era posible, para permitir que los canales secundarios llevasen agua a los campos más alejados del río. Sin embargo, en las primeras épocas, los ataques de los indios suponían aún la amenaza más frecuente y la zona necesitó aumentar la protección por parte de los soldados del presidio.

EL CAPITÁN PEDRO DE ALLANDE Y SAABEDRA

Allande y Saabedra era español de noble ascendencia. A los 14 años entró en el ejército real como cadete de la Infantería de Navarra y, para cuando tomó el mando de la compañía del presidio de Tucson, ya llevaba 22 años en el servicio. Entre 1767 y 1777, había luchado contra los portugueses, los moros y los indios seris de la costa del golfo de California. Llegó a ser teniente en el Regimiento de Dragones de México, pero en 1779 fue reprendido por utilizar castigos crueles e impropios para mantener la disciplina y por utilizar soldados e indios para su servicio privado. Se le asignó el mando de Tucson el 11 de febrero de 1777, a la edad de 35 ó 36 años y se hizo cargo del puesto el 12 de junio de 1777.

Allande encontró en el presidio cuatro cañones de bronce para los cuales había 66 bolas de munición. El polvorín se había construido a

poca distancia, donde no podía poner en peligro el puesto si se incendiaba. Debido a que la puerta no era apropiada, Allande construyó un nuevo polvorín, de acuerdo con el Reglamento de 1772, con una puerta y dos cerraduras. Se le envió suficiente cantidad de pólvora como para vender 25 libras de ella a los colonos establecidos en Tucson, a un peso por libra. Había utilizado 140 libras durante los tres últimos años, en ejercicios, prácticas de tiro y también en combate real, y aún tenía una reserva de 694 libras.

Los guarnición de San Agustín del Tucson estaba formada, en 1779, por 77 hombres, de los cuales solamente 59 eran efectivos. El segundo mando a las órdenes del capitán Allande era el teniente Miguel de Urrea, nativo de Sonora e hijo del capitán Bernardo de Urrea, nacido en Culiacán, Sinaloa, que había fundado el presidio de Altar. Miguel había cumplido 37 años de servicio militar en la frontera de Sonora y conocía bien a los apaches y sus correrías, pero como Miguel era criollo, no ascendió con la misma rapidez que los oficiales nacidos en España. Pasó 23 años en Altar defendiendo la zona contra los seris y posteriormente le transfirieron a San Miguel de Horcasitas. Urrea fue asignado a Tucson cinco meses después que Allande tomó el mando.

Como Juan Felipe Beldarrain había sido arrestado por mala administración de los fondos, el primer alférez de la compañía de Tucson era Diego Oya, quien entonces tenía 57 años y había servido durante la guerra portuguesa. Durante 19 se había desarrollado su carrera militar, cinco de ellos como sargento, cuando el rey firmó su ascenso el 31 de agosto de 1776. El segundo alférez, también ascendido desde soldado, era José Francisco de Castro, nacido en México y con 37 años. Castro había combatido en el Caribe y servido como sargento del Regimiento de Dragones de México bajo Hugo Oconor. Su ascenso a oficial fue firmado por Carlos III el 26 de agosto de 1778.

La dotación del presidio estaba compuesta por 37 soldados, dos cabos primeros, un sargento y un maestro armero. La caballería ligera tenía 17 soldados bajo el mando de dos cabos y un sargento. También había diez exploradores indios comandados por un cabo. Cinco de los cabos y 29 de los soldados eran españoles, uno romano, y el resto mestizos o nacidos en América. Las categorías raciales dentro de los soldados eran: españoles, coyote —mezcla de sangre española e india con predominio de esta última—, morisco y mulato. Estas dos últimas con cierta cantidad de sangre africana. Los indios ópatas que servían

en la caballería pesada habían sido bautizados con nombres españoles y tenían apellidos tanto españoles como ópatas. Juan Bautista de Anza había incorporado 20 ópatas a la compañía de Tucson en 1777 para servir contra los seris, pero fueron dados de baja cuando el inspector ayudante, Roque de Medina, inspeccionó las tropas en mayo de 1779.

La tropa de caballería contaba con 289 caballos y 52 mulas y sus uniformes eran buenos, ya que los habían recibido nuevos en noviembre de 1778, pagándolos con parte de los dos reales de sueldo que se les había asignado según el reglamento de 1772. Eran jinetes expertos y con una puntería muy buena con los mosquetes. La mayoría de los soldados habían servido en los antiguos puestos de Tubac y en las misiones de Tumacácori, Calabazas y San Xavier del Bac. Otros escoltaban las reatas de mulas de carga que llevaban las provisiones desde esos sitios hasta Tucson y aproximadamente se utilizaban 25 hombres para cuidar los caballos.

En octubre de 1777, los apaches se llevaron las reses y los caballos de los colonos que todavía quedaban en Tubac y comenzaron a apacentar sus propios animales en los campos de Tubac, también robaban el maíz de las milpas de los colonos, de manera que Allande se sintió obligado a proteger a los civiles que cultivaban la tierra y que prolongaban la línea de asentamientos españoles. Allande también concedió tierras a los soldados retirados para animarles a crear asentamientos permanentes de familias de habla española.

Durante el año 1799, el capitán Allande realizó un esfuerzo coordinado para derrotar a los apaches. Contrató refuerzos entre los americanos nativos e incluso les pagó a algunos de ellos de su propio bolsillo. En octubre los apaches se llevaron cinco caballos y una mula pero fueron frenados, los soldados mataron algunos de los apaches y trataron de obtener la cooperación de los pimas, papagos y gilenos para luchar contra ellos. El 6 de noviembre de 1779, una banda de apaches estimada en unos 350 se aproximó a Tucson, por lo que Allande formó un comando de 15 hombres para contraatacarlos y como tenían un armamento muy superior, los derrotaron. Allande decapitó al jefe y llevo su cabeza en la punta de una lanza para así atemorizar al resto de los indios. Los apaches cesaron en su ataque mientras los españoles mataron a varios de ellos. Contaban con la cooperación de los papagos que habían comenzado a servir en las fuerzas fronterizas. Los pimas y los papagos tenían ya 40 años de experiencia con el ejército es-

pañol y habían aprendido las normas de guerra y de organización europeas, muchos de ellos, además dominaban la lengua española y fueron integrados culturalmente en la nueva sociedad.

El destacamento de Tucson tuvo un papel importante en el apoyo al proyecto español de expansión colonial. El comandante general Croix, pidió a Tucson que le proporcionara 11 soldados necesarios para los dos nuevos asentamientos sobre el río Colorado, que habían sido proyectados durante la primera visita de Garcés, a su vez, estos soldados fueron reemplazados por efectivos llevados desde San Miguel de Horcasitas, Altar y Buenavista. Los soldados de Tucson fueron enviados hacia el río Colorado en diciembre de 1780, y recibidos amablemente por los yumas pero, de inmediato comenzaron las dificultades. Los colonos no respetaron los derechos a las tierras de los yumas y tampoco los linderos de sus campos, permitían que su ganado pastara entre los cultivos de los indios y en general hicieron que la situación fuese difícil.

ATAQUES DE LOS INDIOS

Los asentamientos de las misiones eran atacados frecuentemente durante el periodo 1777-1780. Calabazas fue atacada el 10 de junio de 1777, el mismo día que el capitán Allande llegó a Tucson. El comandante general Croix informó a José de Gálvez que los apaches habían saqueado e incendiado el asentamiento, quemando todas las casas, la iglesia y el granero que contenía más de cien fanegas de maíz. Los indios de la misión se defendieron duramente y mataron trece apaches pero al costo de siete heridos graves. El 13 de junio, los apaches atacaron de nuevo a un grupo de colonos de Altar que estaban reuniendo el ganado desperdigado perteneciente al rancho de Ocuca. Ocho colonos perdieron la vida.

Teodoro de Croix se sintió frustrado por el número de muertos, pensó que los informes de Oconor no revelaban con certeza las condiciones de las fronteras y solicitó a Bucareli 2.000 hombres para reforzar las Provincias Internas. Como esto era imposible debido a las condiciones económicas del momento, Croix nombró a Juan Bautista de Anza como comandante de armas de Sonora y le exigió que salvara la provincia.

En esa época, Anza había llevado a Salvador Palma, jefe de los yumas, a la corte del virrey y se lo presentó en una maravillosa recepción. Bucareli pidió que Anza, que era candidato a la gobernación de Nuevo México, fuese ascendido a coronel, por lo que parecía que todo iba bien para Anza y para Salvador Palma. Cuando dejaron la capital para viajar hacia el norte, Palma fue confirmado en la catedral de Durango y luego continuaron viaje a Culiacán.

Cuando Anza llegó a San Miguel de Horcasitas en mayo de 1777, se encontró con que Sonora estaba plagada de dificultades, el traslado de la guarnición de Tubac a Tucson y la mudanza hacia el norte de los presidios de Terrate y de Fronteras significaba que no podían defender la provincia, los puestos estaban demasiado aislados y su dotación era escasa, el transporte de la comida y de las provisiones a esos sitios era muy difícil, de manera que aproximadamente un tercio de las fuerzas estaba constantemente asignado a este servicio. Los indios, hostiles, hacían prácticamente lo que querían. Croix manifestó a Anza que podía volver a trasladar el presidio de Tucson a Tubac ya que era poco lo que se había hecho para la construcción del nuevo asentamiento. Los españoles tendrían así una mejor posición para reconstruir Calabazas y proteger Tumacácori.

En noviembre de 1777, el capitán Allande tuvo una reunión con la gente de Tumacácori y Tubac para comunicarles las razones por las que el presidio debía volver a su ubicación anterior. Informaron que en el valle que rodeaba Tubac había muchas hectáreas de tierra fértil y que, incluso con un tercio de ellas en barbecho, la comunidad cosechaba 600 o más fanegas de trigo al año. Si el sistema de irrigación construido por el capitán Anza y conservado por Allande se mantenía, habría suficiente agua para todos: una semana para los colonos de Tubac y la siguiente para los indios de Tumacácori. Había suficiente tierra para el pastoreo y también madera. A la orilla del río crecían álamos y sauces y en la sierra de Santa Rita había pinos.

Además de las posibilidades para las granjas, había tres minas de plata hacia el oeste cerca de Aricava. Más allá de esas minas había placeres auríferos que hasta entonces habían producido unos 200 pesos. Otras minas hacia el este dieron menos resultado pero también había demasiados apaches en la zona. Debido a este peligro y también a causa del incendio de Calabazas, la gente de Tubac pidió que el presidio fuese trasladado nuevamente, pero la petición nunca fue aprobada. Era

necesario mantener el presidio en Tucson, por cuanto en ese momento ésta era la puerta hacia el norte, por lo que el capitán Allande asignó un destacamento de sólo 12 ó 14 hombres para defender el antiguo presidio de Tubac y las misiones de Tumacácori, Calabazas y San Xavier de Bac. Esto no era suficiente, pero entonces, el capitán Juan Bautista de Anza permanente protector de la frontera, fue nombrado gobernador de Nuevo México abandonando Sonora en marzo de 1778.

Los mayores temores de los frailes y los colonos se vieron confirmados en abril de 1778, mientras fray Felipe Guillén, misionero en Tubutama, viajaba para hacer su visita a Santa Teresa en el valle de Altar, decidió visitar a fray Juan Gorgoll en Ati; a mitad de camino se encontró con siete indios hostiles que huían de Ati donde acababan de matar cuatro personas. No sólo mataron a fray Felipe, sino que cortaron su cuerpo en cuatro trozos y los colgaron en cuatro árboles. Los padres Gorgoll, Eixarch y Barbastro enterraron a su martirizado hermano en Ati ante la presencia de un numeroso grupo de indios de Tubutama, Santa Teresa, Oquitoa y Ati. Los frailes exigieron a Croix guardias para las misiones que evitaran que estos hechos se repitieran, a lo que Croix respondió que el padre Guillén no debía haber viajado atravesando territorios peligrosos con una pequeña escolta de tres indios de la misión por cuanto los apaches no entendían el sacrilegio de matar un sacerdote.

LOS MISIONEROS FRANCISCANOS DEL NORTE DE ESPAÑA

Fray Pedro Arriquibar, gozó en su misión, durante sus últimos tres años, de la compañía de Joaquín Antonio Belarde, un vasco de Vitoria que tenía 26 años y ojos azules. Había ingresado en los franciscanos en el convento grande de Vitoria en 1764 junto con Gaspar de Clemente. Fray Joaquín fue ordenado sacerdote por el obispo de Cádiz justo antes de partir para Nueva España. Llegó a Sonora en 1773 y se unió a Matías Gallos que se hallaba entre los siris en Pitic. Por un tiempo fue el sustituto de Pedro Font en San José de Pimas y, en el otoño de 1776, fue enviado a San Xavier de Bac. Desde allí, Belarde se trasladó a Tumacácori para unirse a Arriquibar en el otoño de 1777. Los dos vascos trabajaron juntos hasta la primavera de 1779, cuando Belarde regresó a San Xavier de Bac y murió de una fiebre en Cien-

guilla el 5 de marzo de 1781 a la edad de 25 años. El padre Arriquibar, por su parte, vivió hasta hacerse muy mayor. Después de servir en Tumacácori durante cinco años, se trasladó a San Ignacio y posteriormente a Tucson como capellán militar. Siempre cercano a la familia Ramírez, comenzando con el miliciano de Tubac, capitán Juan Crisóstomo Ramírez, fue protegido por Teodoro Ramírez, nieto de Juan Crisóstomo e hijo de Juan José, interprete en Tumacácori. El padre Arriquibar legó sus posesiones a Teodoro al morir en 1820, lo que le dio a la familia Ramírez una elevada posición desde ese momento.

El padre Arriquibar fue afortunado al vivir en la frontera. La protección de los misioneros y de los colonos no mejoró después de que Teodoro Croix estableciera sus cuarteles en Arizpe. Una docena de apaches habían matado al capitán Miguel de Urrea, hijo del finado Bernardo de Urrea, en una emboscada cerca de Altar, y otra partida de alrededor de 30 guerreros apaches había matado al padre Francisco Perdigón, capellán de la guarnición de Tucson que viajaba a Bacanuchi con motivo de la fiesta de San Juan el 23 de junio de 1780. El cadáver del padre Perdigón fue encontrado cubierto de heridas por todo el cuerpo. Otro de los misioneros que llegó a Tumacácori en estos difíciles tiempos fue Baltazar Carrillo, de Fitero, al sur de Navarra. Carrillo, que había nacido alrededor de 1734, creció en un pintoresco pueblo de casas enclavadas en un pequeño cerro en los amplios llanos del río Alhama. Se unió a la orden franciscana en 1752 en Logroño, a 60 millas al norte de Fitero. Después de servir en España durante 17 años, Baltazar se ofreció voluntariamente para unirse a los otros reclutas que partían hacia el colegio de Querétaro. Su primer cargo fue el de reemplazar a fray Antonio de los Reyes en Cucurpe. Cuando los queretanos dejaron la Pimería Baja, Carrillo viajó a San Ignacio con fray Francisco Sánchez Zúñiga. A comienzos de 1780, cuando el padre Pedro de Arriquibar abandonó Tumacácori para reemplazar a Sánchez Zúñiga, Carrillo se fue a Tumacácori. Durante su primer año allí, los apaches mataron varios indios amigos y continuaron con sus incursiones hostiles.

GUERRA CON INGLATERRA

El 4 de julio de 1776, las colonias inglesas de América del Norte se declararon en guerra con la madre patria. Como los norteamerica-

nos luchaban contra lo que ellos consideraban como una tiranía de Jorge III, le pidieron a Francia y a otros mercenarios europeos que se unieran a su lucha. Debido a las continuas injusticias de Inglaterra a lo largo del siglo XVIII y especialmente como resultado de la guerra que finalizó con la Paz de París en 1763, Francia en 1778 estaba deseosa de ayudar a los norteamericanos. Y de acuerdo con la alianza de los monarcas borbones, España tenía la obligación de declarar formalmente la guerra contra Inglaterra en el verano de 1779, aunque ya se había prolongado más allá de sus recursos en las fronteras del valle del Mississippi y de las costas del golfo. Para obtener el dinero para la ofensiva española, Carlos III exigió de sus colonias americanas una donación de dos pesos por cada español y un peso por cada indio. El capitán Allande coordinó los esfuerzos para recolectar el dinero en la frontera de Sonora y lo continuó haciendo hasta que partió en 1786.

Para los habitantes de la Arizona española, los apaches eran una amenaza mayor que la guerra con Inglaterra. En mayo de 1780, Jacobo de Ugarte y Loyola, gobernador militar de Sonora, y el teniente Jerónimo de la Rocha, del Cuerpo de Ingenieros Militares admitieron que el plan de Oconor para trasladar los presidios más allá de la antigua línea de defensa había sido un error. La guarnición de Fronteras, aislada e ineficaz en el valle de San Bernardino, debía ser trasladada nuevamente a su ubicación original. La guarnición de Terrenate, después de su traslado al río Santa Cruz había perdido dos capitanes y más de ochenta hombres en cinco años, y tendría que ser devuelta. Por otra parte, por mucho que los moradores de Tubac desearán que los soldados regresaran de Tucson; esto era imposible porque se les necesitaba para proteger el camino entre los ríos Gila y Colorado hasta California. Por ello, proyectaron otro presidio que se llamaría San Rafael de Buenavista, y que nunca fue construido.

ASENTAMIENTO DE LOS YUMAS EN EL RÍO COLORADO

Después de su visita a la ciudad de México con Anza, Salvador de Palma —Olleyquotequiebe de los yumas— regresó a Arizona contando extraordinarias historias. Había visto la capital con sus mercados y anchas calles; había viajado en un carruaje y había sido bautizado en una gran catedral; usaba el uniforme de oficial español con una gran

medalla de gran jefe que colgaba en su pecho. Les contó a los miembros de su tribu que los soldados vendrían para construirles un presidio, ayudarlos contra sus enemigos y llevarles regalos y mercancías. Los misioneros bendecirían a la gente. Pero, ¿dónde estaban? Pasaron dos años sin el menor indicio de que se cumplieran las promesas. Palma comenzó a desprestigiarse. Viajó a Altar y rogó al capitán Pedro Tueros, gobernador militar interino, que por lo menos enviara los regalos.

Croix había recibido las reales órdenes del 10 y del 14 de febrero de 1777, que aprobaban las misiones y el presidio para Yuma para complacencia de Palma, pero, en vista a los problemas con los apaches y los comanches, decidió que Yuma podía esperar. Finalmente, el 5 de febrero de 1779, y por exigencia urgente del capitán Tueros, Croix, que se encontraba enfermo en Chihuahua, le pidió al padre Garcés que con un compañero se dirigiera al Colorado para convencer a Palma y a su pueblo de que se haría algo muy pronto. El colegio de Querétaro escogió al padre Juan Marcelo de Díaz para acompañar a Garcés. Díaz, nativo de Sevilla, había acompañado a Anza durante su primera expedición a California en 1744. Los misioneros pidieron que se enviaran por lo menos una docena de soldados casados, acompañados de sus esposas, y un carpintero, con provisiones para tres meses y regalos para los indios. Garcés quería hombres con familia con sus propias cosechas y animales domésticos de manera que no resultaran una carga adicional a la economía de los yumas. Durante la primavera y el verano se concentró en organizar el proyecto, con el obstáculo de un presupuesto inadecuado, el golpe final se lo propinó el gobernador Corbalán al decidir que las mujeres no podían acompañarlo puesto que podían ser codiciadas por los indios y que, a su vez, los misioneros debían cuidar que los solitarios soldados no codiciaran a las mujeres de los indios. Garcés le rogó al virrey Bucareli limosnas para comprar los regalos para los indios, pero el generoso Bucareli falleció antes de que el ruego de los misioneros llegara a la capital.

Sabiendo que el apoyo que tenían era insuficiente, pero en la creencia de que les llegaría más ayuda posteriormente, Garcés se decidió a partir. Junto con el padre Díaz y 12 soldados partieron hacia Yuma a través del desierto en el mes de agosto de 1779, la peor época para viajar. Menos Garcés y dos soldados, los demás regresaron. Su llegada no produjo ninguna alegría a los yumas, los pocos regalos que portaban, tabaco, telas y cuentas de vidrio no eran suficientes para sa-

tisfacer a los indios a quienes Palma había prometido grandes cosas durante tanto tiempo. La llegada de otros diez infelices soldados y otro sacerdote en octubre lo único que hizo fue añadir bocas que alimentar. Garcés se dio cuenta que los yumas no iban a continuar siendo amistosos durante mucho tiempo bajo estas condiciones, se necesitaban más españoles, especialmente muleros y carpinteros, y todos debían tener mujer para establecer una comunidad estable y autosuficiente. Cuando las cartas no produjeron ningún resultado, el padre Díaz viajó a Arizpe para apelar en persona ante Croix, advirtiéndole que sin más soldados y más fondos, los frailes no podrían mantener la paz.

Croix finalmente proporcionó los medios para establecer dos misiones entre los yumas, uno con once soldados y el otro con diez. Cada uno tendría 16 colonos civiles subsidiados, entre los que habría artesanos e intérpretes. Cada misión contaría con dos frailes y todos los soldados debían ser casados y llevarían sus familias con ellos. A los cabezas de familia se les concederían tierras de acuerdo con la Recopilación de leyes de las Indias, con un terreno para uso en común y otro para beneficio de la iglesia. Los yumas compartirían la distribución de tierra, bien por lotes individuales o una concesión en común. El padre Díaz decidió que los indios que lo desearan debían tener parcelas individuales ya que estaban acostumbrados a cultivar. El asesor Pedro Galindo Navarro temía que el patrón de tenencia de tierra de los indios no debía ser cambiado hasta que los españoles tuvieran un conocimiento claro de sus costumbres.

De acuerdo con el padre franciscano Juan Domingo Arricivita, Teodoro de Croix estaba creando una situación difícil al ordenar la construcción de dos pueblos españoles en medio de 3.000 indios yumas descontentos y 250 millas más allá del presidio más cercano. Los misioneros, con una autoridad limitada, debían instruir, bautizar y persuadir a los yumas a incorporarse a los asentamientos españoles. No existía ningún precedente al respecto. El alférez Santiago de Islas, nacido en Italia, sería el comandante de los nuevos asentamientos, había ascendido desde soldado en el Regimiento de Dragones de México, y había participado en nueve intentos para derrotar a las bandas de guerreros apaches. El alférez Islas pidió voluntarios en los asentamientos que rodeaban el antiguo presidio de Tubac, informando que los yumas eran amistosos y querían una misión. Todos conocían al padre Garcés y estaban muy contentos con él, y además de tierra y agua, las familias

colonizadoras recibieron tierras, diez pesos al mes durante el primer año, una yunta de bueyes, dos vacas, un toro, dos yeguas y herramientas y que se contratarían artesanos para ayudarles a construir sus casas y corales.

Manuel Barragán, que había sido un líder comunitario durante mucho tiempo y su esposa Francisca Olguín fueron los primeros en presentarse como voluntarios, lo mismo hicieron José Olguín, su mujer María Ignacia Hurtado con sus tres pequeños hijos. A ellos les siguieron otros que empaquetaron sus pobres pertenencias para unirse a la caravana hacia el Colorado. Algunos de los reclutados venían de Tucson y algunos de los soldados ya habían estado en Yuma acompañando a Anza. Parecía una buena idea. El agua era abundante y también las sandías.

Mientras Santiago de Islas preparaba su grupo para el viaje, la situación en Yuma empeoraba. El padre Díaz escribió a Croix desde La Purísima Concepción del Río Colorado, manifestándole que la comida estaba a un nivel crítico y que los yumas habían atacado a una tribu vecina. Ignacio Palma, hermano de Salvador, incitaba a los indios a matar a los españoles por que no habían cumplido sus promesas. Sin embargo, los colonos dirigidos por Islas llegaron dos días después de Navidad con niños, ganado, caballos y ovejas. Islas comenzó a erigir la colonia y para mediados de enero de 1781, ya existían dos asentamientos, ambos del lado de California. La Purísima Concepción estaba justo al otro lado de la ubicación actual de Yuma y San Pedro y San Pablo de Bicuner estaba cuatro leguas río arriba. A Garcés y a Díaz se les habían unido otros dos frailes, Juan Antonio Joaquín de Barreneche, nacido en Lecaroz, Navarra y José Matías Moreno, nativo de Almarza. El padre Barreneche, que había nacido en 1749, había llegado a Cuba muy joven y en 1768 ingresó en el convento de La Habana. El padre Moreno, que nació en 1743 ó 1744, se hizo franciscano en Logroño en la Santa Provincia de Burgos, los dos pertenecían al colegio de Querétaro.

La hostilidad de los yumas hacia los españoles se acrecentó cuando los recién llegados se apropiaron de sus tierras, permitiendo que su ganado pastara en los sembrados de los yumas y comieran los árboles de mezquite, introdujeran formas de castigo y trataran a los indios con desdén. Los asentamientos no sólo no fueron capaces de cumplir con los deseos que los indios tenían, de acuerdo con las promesas de Sal-

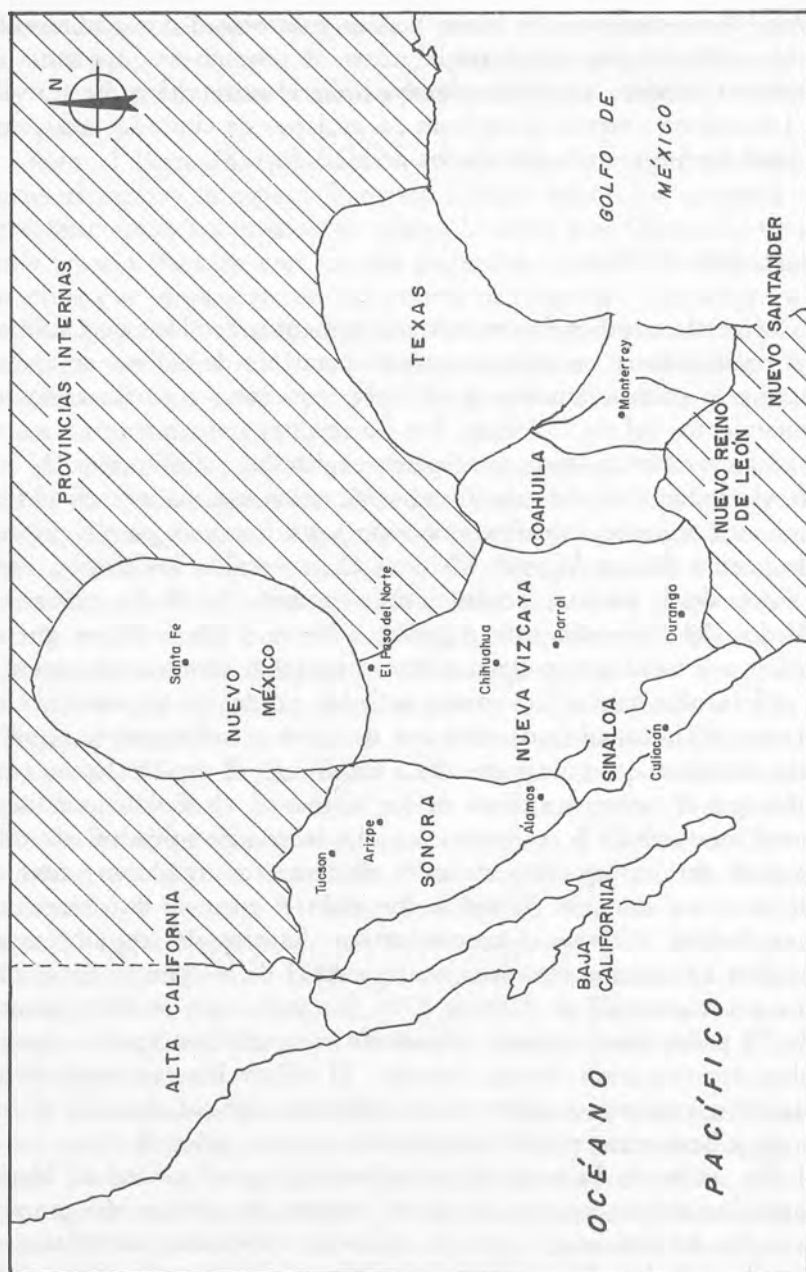
vador Palma, tampoco los frailes podían controlar el comportamiento de los soldados. Para empeorar las cosas, se produjo una epidemia de viruela en México, que se desplazaba hacia el norte. El padre Carrillo en Tumacácori enterró 22 víctimas en un lapso de cinco semanas, desde fines de mayo hasta comienzos de julio de 1781.

EL DESASTRE DE YUMA

Mientras tanto, y en ese mismo momento, Teodoro de Croix estaba trabajando en su informe general para José de Gálvez en el que elogiaba su propio esfuerzo al establecer con éxito y a bajo costo los asentamientos del río Colorado. Los florecientes asentamientos, con sus cosechas y rebaños, decía, protegerán el camino a California. De hecho, el capitán Fernando de Rivera y Moncada marchaba hacia el Colorado con colonos, soldados, provisiones y suministros para el proyectado pueblo de Los Ángeles. Mientras Croix escribía su informe, llegó un jinete desde Tucson con las terribles noticias: los frailes, colonos y soldados del Colorado habían muerto. Rivera y los hombres que se quedaron rezagados mientras los otros avanzaban, también murieron.

El insulto final a los yumas se había producido a principios de julio de 1781, cuando una caravana de carretas con cuarenta familias cruzó el país de los yumas en ruta a California. El capitán Rivera consiguió que la caravana cruzara sin problemas el río Colorado y luego regresó atravesando la corriente con una docena de soldados, acamparon para permitir que sus animales descansaran y pastaran antes de marcharse a California. Ya había cometido el error de distribuir muy pocos regalos y ahora el ganado estaba destruyendo los árboles de mezquite que eran vitales para la subsistencia de los yumas. En la mañana del martes, 17 de julio de 1781, los yumas no podían aguantar más. El padre Garcés estaba celebrando misa en Concepción cuando ambos asentamientos fueron atacados. El alférez Islas fue uno de los primeros en caer y su destrozado cuerpo lanzado al río. Los padres Garcés y Barreneche pudieron esconderse en un principio.

Río arriba en Bicuner, el padre Juan Díaz y el padre José Matías Moreno murieron en el asalto inicial, alguien decapitó a Moreno con un hacha. Mantuvieron a las mujeres y los niños en cautividad y el miércoles, 18 de julio, masacraron a Rivera y todos sus soldados. El





Provincias internas de Nueva España tal y como aparecen en un mapa de 1815 del cartógrafo A.H. Brué de París.

padre Garcés advirtió a las mujeres y niños que se mantuvieran unidos y que no se opusieran a ser capturados; insistiendo que los yumas no les producirían ningún daño. A los dos o tres días, los indios decidieron no perdonar a los padres Garcés y Barreneche, aunque muchos de ellos se oponían a matar a sus antiguos amigos, pero los enemigos de Palma ganaron. Se completó la tragedia.

Croix, vulnerable a la crítica por haber manejado mal el asunto de los asentamientos, culpo a Anza y a Garcés por haberle informado mal en relación al poder y la responsabilidad de Salvador Palma, y también sobre la productividad de las tierras yumas. Ordenó a Felipe de Neve, gobernador de California y al teniente coronel Pedro Fages, veterano de la frontera, y que había ocupado el cargo de gobernador de California en Monterrey desde 1770 a 1774, que llevaran una expedición al Colorado para estimar los daños y rescatar los cautivos a cualquier precio. Croix ordenó a Fages pagar cualquier rescate, pero que una vez que los cautivos estuvieran a salvo, los soldados debían recuperar lo pagado. Fages no castigó a nadie ni apresó a los líderes, pero a cambio de tabaco y otros bienes consiguió rescatar a 74 de los cautivos, la mayoría mujeres y niños. El número de muertos ascendió a 104. Neve y Fages no pudieron someter a los yumas y recomendaron que no se construyera ningún presidio en el río Colorado. Neve llegó a ser comandante inspector de las Provincias Internas y Pedro Fages regresó a California como gobernador en 1782.

Los españoles de Tumacácori conocían a muchas de las víctimas además de sus amados frailes. Entre los muertos estaba Manuel Barragán y su mujer Francisca Olguín, José Olguín, Francisco Castro y Juan Tomero, cuya mujer y tres hijos perecieron con él. Algunas de las mujeres y niños que fueron rescatados fueron a Tucson donde se unieron a familiares que ya habían estado en Tubac. Los cuerpos de los cuatro misioneros asesinados fueron metidos en cajones de cigarrillos y enviados a lomo de mula a Tubutama. El padre presidente Barbastro enterró a sus compañeros bajo el suelo del santuario del lado del evangelio. Más tarde fueron desenterrados y enviados al colegio de Querétaro donde toda la comunidad se congregó para celebrar los funerales el 19 de julio de 1794, trece años después de su asesinato. Los que estaban presente supieron que sus hermanos franciscanos habían alcanzado el martirio y los objetivos más elevados de la orden.

Croix continuó culpando a Anza del desastre de Yuma, ignorando el hecho de que Anza le había advertido, durante las primeras discusiones, que era una tontería establecer una colonia sin una amplia guarnición y las provisiones adecuadas para evitar imponer una carga adicional sobre la frágil economía de los yumas. Anza había insistido en que era necesario un escrupuloso respeto hacia los derechos de los indios para que ambos grupos pudieran vivir en paz. Aunque Anza había gozado de largos periodos de éxito en la frontera, también se le culpó de no mantener a los apaches bajo control. Irónicamente, Croix fue nombrado virrey del Perú el siguiente año y Felipe de Neve como sucesor de Croix como comandante general. Neve, quizás bajo la influencia de Croix, o quizás porque Anza no le gustara por otras razones, lanzó una campaña para sacar a Anza de la gobernación de Nuevo México. Llegó hasta el punto de prohibirle incluir en su hoja de servicios el descubrimiento de la ruta terrestre a California. Mientras había avanzado bastante en su recopilación de pruebas para utilizarlas contra Anza, Neve murió en 1784, y Anza recibió el apoyo que merecía por parte de los oficiales veteranos de las Provincias Internas. Después de dejar la gobernación de Nuevo México, Anza regresó al comando provisional de las fuerzas militares de Sonora.

Los frailes nunca se recuperaron del desastre de 1781. Estuvieron desencantados con la comandancia general de las Provincias Internas durante los siguientes cuarenta años de su existencia. Rogaron que la Pimería Alta volviera a la jurisdicción del virrey, creyendo que éste representaba mejor los deseos del rey en la conversión de los nativos. Desgraciadamente los misioneros no pudieron convencer al rey.

X

LAS ACTIVIDADES DE LOS MILITARES, CIVILES Y MISIONEROS

LA BATALLA DEL 1 DE MAYO DE 1782

Mientras los indios yuma se volvían más hostiles en el río Colorado, los apaches se preparaban para un nuevo ataque, que esta vez iría dirigido a la prisión de San Agustín de Tucson. A las diez de la mañana del 1 de mayo de 1782, aproximadamente trescientos apaches asaltaron por sorpresa la guarnición, una incursión que pudo haber acabado en tragedia para toda la compañía. Afortunadamente para los españoles, los apaches parecían no contar con un plan organizado, y el capitán Pedro Allande y Saabedra, con sólo veinte hombres, entre ellos su hijo, don Pedro María de Allande, aún cadete, logró repeler el ataque a las puertas de la prisión.

Los españoles se defendieron disparando desde los tejados. Los muros del fuerte les protegían de las flechas apaches, confiriéndoles cierta ventaja. Los apaches no lograron acceder a la entrada del fuerte y muchos murieron a la primera embestida, lo cual evitó que consiguieran tomar posiciones. La batalla duró unas dos horas, los que defendían el fuerte, a pesar de las heridas, se mantenían en pie haciendo gala de una enorme valentía. El capitán Allande fue herido de gravedad, pero siguió luchando hasta el final.

Esta es la relación de los que tomaron parte en la lucha: el alférez Ignacio Félix Usarraga, que más tarde murió a causa de las heridas, José Antonio Delgado, Juan Espinosa, Batelín de la Pena, el oficial Francisco Núñez, el sargento Juan Fernández, el cabo Ignacio Arias, y los soldados Joaquín Ortega, Miguel Antonio Talaman, Francisco Xavier Castro, José Antonio Fuentes, Martín Mascareno, Juan María Olvera, José

Jesús Baldenegro, Antonio Miranda, Manuel María Malen, Vicente Pacheco, Procopio Cancio y Tomás Ramón Amesquita. También hubo civiles que ayudaron a defender el presidio: Juan de Dios Marrujo y Pascual Escalante.

Aquel ataque apache de mayo de 1782 formaba parte de los tradicionales métodos que estos indios seguían para acosar a sus enemigos. Anteriormente los apaches habían tendido emboscadas a las pequeñas partidas de soldados que protegían el ganado o a los que acompañaban a los trenes que transportaban animales u otros productos muy valiosos para los indios ya que, los apaches, no se ocupaban normalmente de criar ganado, en su lugar tenían caballos que utilizaban para dedicarse al asalto o al saqueo, pero se alimentaban del ganado que sacrificaban, a veces incluso de mulas o caballos. El ataque al fuerte tenía como objeto detener el avance de los españoles hacia el norte capturando sus instalaciones militares. Si hubieran logrado su objetivo, es posible que hubieran podido contener temporalmente el avance de las guarniciones fronterizas y atacar por el norte a los pacíficos indios pima de Tucson y por el sur a la población civil de Tubac. Gracias a la valentía, a la puntería y a la buena suerte de los españoles, los apaches fueron rechazados en un momento clave.

Algunas estimaciones hablaron de hasta 600 apaches, cifra que parece ciertamente exagerada. El padre Juan Felipe Beldarrain, habla de unos 180. Otros españoles afirmaron que había menos indios a caballo entre los atacantes que a pie, lo que en conjunto supone un número menor que el que apuntan las estimaciones de Allande y otros soldados. Lo importante es que los españoles, que mataron a ocho apaches e hirieron a muchos, salieron airoso de la empresa. Sólo tres españoles resultaron heridos. La batalla también sirvió para demostrar que el uso de armas de fuego confería a los españoles una importante ventaja sobre los indios provistos tan sólo de arcos y flechas. Otra de las consecuencias de la batalla fue que en diciembre de 1783 quedaba por fin construido el muro de adobe de la fortificación.

EL PLAN DE PITIC

Durante este periodo, los fundadores de los asentamientos civiles se habían convertido en objetivo prioritario del gobierno español. En

la Alta California se había fundado el pueblo de San José de Guadalupe en 1777 y el pueblo de Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles en 1781. Los colonos procedían de Los Alamos, en Sinaloa y, para septiembre de 1781, ya se habían instalado once familias en el último de los pueblos mencionados. Los colonos que habían sido conducidos por Fernando de Rivera a través de territorio yuma y que se enfrentaron con el desastre de julio de 1781, se dirigieron a dicho pueblo. Algunos de los supervivientes se establecieron finalmente en California.

Durante la década de 1770, cuando el presidio de San Miguel de Horcasitas se estaba trasladando a El Pitic, se estudiaron planes para el establecimiento de una villa en Sonora. El proyecto consistía en una ciudad donde convivirían españoles e indios, lo cual serviría para frenar a los seris y mantener a los tiburones y a los tepocas bajo control. El proyecto iba encaminado más a la construcción de una villa que de un pueblo, a la que estaba previsto dotar de una cobertura de armas y de cierto status adicional. El gobernador de Sonora, Jacobo Ugarte y Loyola, había estudiado la viabilidad de levantar una ciudad, y el ingeniero Manuel Agustín Mascaro se había pasado muchos meses proyectando la construcción de un canal de riego. El comandante Croix escribió una carta a José de Gálvez el 24 de febrero de 1783, en la que hacía referencia a un memorándum general del 30 de octubre de 1781 que tenía que ver con la fundación de la villa de San Pedro de la conquista del Pitic. El extenso proyecto contenía la recomendación del asesor Pedro Galindo Navarro, hecha el 22 de diciembre de 1782, de observar las leyes mencionadas a la hora de establecer un nuevo asentamiento en Pitic y de aplicarlas a los nuevos asentamientos de las Provincias Internas. La villa se convirtió en la actual ciudad de Hermosillo.

El Plan de Pitic de 1783 contenía 24 disposiciones referidas al gobierno de la ciudad, a las funciones específicas de los habitantes tanto militares como civiles y a la distribución de solares, tierras y agua. Estipulaba que, en general, cada pueblo debía ocupar un área de cuatro leguas cuadradas, que los colonos tenían derecho a tierras propias y que las zonas específicamente destinadas para uso común serían compartidas por todos. El proyecto replanteaba las leyes ya existentes en los aspectos referidos a la extensión y a la apariencia de los pueblos. Los decretos y disposiciones más importantes eran los siguientes:

Instrucción aprobada por S. M. que se formó para el establecimiento de la nueva Villa del Pitic en la Provincia de Sonora mandada adaptar a las demás nuevas Poblaciones proyectada y que se establecieren en el distrito de esta Comandancia General.

1. Aunque por la Ley 6 título 8 libro 4 se prohíbe a los Vireyes, Audiencias y Gobernadores conceder Títulos a Villas o exima de sus Cabezeras principales a la pueblo de Españoles o Indios es limitada esta providencia a los que ya estuvieren fundados pues en cuanto a las nuevas poblaciones y fundaciones previene se guarde lo dispuesto referendose a las otras Leyes que tratan del asunto y como la 2 título 7 del mismo libro dispone que elegida la tierra, provincia y lugar en que se hubiere de hacer nueva población y averiguada la comodidad y aprovechamientos que puede haber declarado el Sor. Gobernador en cuio distrito estuviere o confinarse si ha de ser Ciudad, Villa o Lugar y que conforme a lo que declarare se forme el concejo república y Oficiales de ella, en uso de esta facultad, teniendo presente las proporciones del sitio elegido y las ventajas que prometen sus terrenos fertilizando con el beneficio del Riego por medio de la gran azequia construida a este fin puede V. S. declarar Villa a la nueva población señalándole el Nombre que deva usar y tener para su Distinción y Conocimiento.

2. Con arreglo a lo dispuesto en la ley 6 título 5 del mismo libro 4 para las Villas de Españoles que se fundasen por Capitulación o asiento y por la para les que a falta de asenistar se exigieron por particulares pobladores que fundaren y concordaren en formarlas se podrá conceder a la de que se trata quatro leguas de término o territorio en quadro o prolongado según lo proporcionare la mejor disposición del terreno que se destinara y amojonara para que se sepan y conozcan los verdaderos limites a que se estiende en lo que no puede haber inconveniente mediante de estar mucho más de cinco leguas de qualesquiera otra Villa, Ciudad o lugar de Españoles, no resultan perjuicio a persona particular ni a ningún pueblo de Indios, que deben quedar el de los Seris dentro de esta demarcacion; como parte o barrio de la Nueva Población sugeto a su jurisdicción y con la Ventaja de disfrutar en Calidad de Vecinos la misma beneficia públicos y comunes que tendian los pobladores y de que aora carecen aquellos naturales por su debida falta de aplicacion y de inteligencia reservandoles la facultad de elegir sus alcaldes y regidores con la jurisdicción económica y demás circunstancias que previenen las Leyes 15 y 16, título 3 libro 6.

3. Haviéndose trasladado el presidio de San Miguel de Orcasitas al parage del Pitic para que a su resguardo y ahigo se forme la

Nueva Población, conforme a lo dispste. en los Artículos 1 y 2 título 11 del nuevo Reglamento de Presidios de 10 de Septiembre de 1772 y en el 50 del antiguo del Sor. Virrey Marques de Casafuerte de 20 de Abril de 1723 que por Real Orden de 15 de Mayo de 1779, esta mandado observar correspondía a su Capitán o Comandante el Gobierno político y la jurisdicción Real Ordinaria civil y criminal en primera instancia de la Nueva Población la que debería ejercer interim subsistiere el presidio en aquel destino, con las apelaciones a la Real Audiencia del Distrito.

5. Los dos alcaldes ordinarios exerceran también acumulativamente y aprevencion con el Alcalde mayor o comisionado la Jurisdicción Real Ordinaria Civil y Criminal en primera instancia, con las apelaciones a la Real Audiencia, al Gobernador o a el ayuntamto. en los casos en que cada uno correspondan por las leyes del Reyno como lo previenen la primera y siguientes título 3 libro 5.

6. Demarcado y amojonado que sea el terreno de quatro leguas concedido a la Nueva Poblacion, sus pastos, montes, aguas, casa, pezcá, piedra, árboles frutales y demás especies, que produzcan cosas de aprovechamte. comun para los Españoles e Indios avicinados en ella y en su barrio o aldea de los Seris y tambien lo seran los pastos de las tierras y heredades alzadas que se sembraren en ellas como lo disponen las Leyes 5 y siguientes título 17, libro 4 de la Recopilacion.

7. Igualmente disfrutaran los vecinos y naturales de los montes, pastos, aguas y demás aprovechamientos de las tierras realengas y valdías que hubiere fuera del terreno senalado a la Nueva Población en comunidad con los Vecinos y Naturales de los pueblos inmediatos y colindantes cuya gracia y facultad subsistirá hasta que por S. M. se mercenen o enagenen en cuyo caso se arreglaren a lo que se previenere en las mercedes que se espedan a favor de los Nuevos pobladores o propietarios.

El Plan de Pitic incorporaba las leyes básicas de la Recopilación y con él quedaba demostrado que los españoles se preocupaban por los derechos de los indios. Siempre se mantuvo la esperanza de que los dos pueblos pudieran vivir juntos y en paz.

CONTINÚAN LAS HOSTILIDADES DE LOS INDIOS

Mientras se planeaba la fundación de una villa en Pitic, la situación en la frontera norte no mejoraba. La amenaza apache continuó a

pesar de la victoria del capitán Allande del 1 de mayo de 1782. Los apaches abrían los corrales a los caballos y al ganado de Tumacácori y mataban a los indios de las misiones. Una nueva compañía de infantería de indios pima de San Rafael de Buenavista se incorporó al servicio, y sus integrantes comenzaron a cobrar, desde el 1 de julio de 1782, tres reales al día, lo que equivalía a la mitad del salario que cobraba un soldado regular. Los soldados indios, que iban a pie, corrían grandes riesgos cuando se enfrentaban a los apaches. En abril de 1783 murieron 16 de los 60 pimas de la compañía en una batalla que duró seis horas. Los dos sargentos de la misma, que no eran indios, también murieron. Cuando el inspector adjunto, Roque de Medina, pasó revista a la compañía de pimas a finales de noviembre de 1783, ésta contaba con 80 soldados, entre los cuales había cuatro pimas de la Baja Pimería, seis ópatas y tres yaquis.

Las tropas nativas estaban comandadas por el teniente Pedro Sebastián de Villaescusa, un veterano de 39 años que se había formado en la infantería de Granada. Como primer alférez del presidio de Santa Cruz de Sonora había participado en varias batallas contra los apaches. Su segundo oficial, el alférez Nicolás de Erran, de 38 años, era del País Vasco y había servido en el ejército regular durante cuatro años. Los dos sargentos que reemplazaron a los muertos en combate fueron José Benito Espinosa y Bernardino Carmago. Los integrantes de la tropa procedían de la misión de Tumacácori y de Calabazas. Iban a pie, se defendían con arcos y flechas y no llevaban uniforme.

Las tropas nativas luchaban en su propia defensa o en apoyo de otras guarniciones. En marzo de 1784 el teniente Villaescusa, con 20 pimas y 20 soldados de Altar persiguió a los apaches por la sierra de San Cayetano, cerca de Tumacácori. Mientras tanto, el capitán Allande, al mando de la cuarta división de Tucson, atacó los emplazamientos apaches desde el suroeste a través de Florida, Santa Teresa, Piedad, Cabezas y las montañas de Babocomari. El 26 de abril de 1784, Allande mató a tres guerreros apaches, a tres mujeres y cuatro niños, capturó a otros dos muchachos indios y liberó a una mujer yaqui que se encontraba cautiva. A su vuelta, las tropas de Allande mataron a seis apaches más en Babocomari y recobraron 19 animales de los robados. Varios meses más tarde, comandados por el capitán Allande, los pimas de San Rafael y los ópatas de Bavispe se unieron a los destacamentos de Tucson, Santa Cruz y Fronteras y emprendieron una marcha hacia

el este del valle de San Pedro. Cuando 53 de ellos cayeron enfermos, Allande no tuvo más remedio que disolver al grupo y permitir que los indios aliados que iban a pie pudieran ser transportados a caballo o en mulas.

Mientras que los españoles estaban acampados en los alrededores, el 21 de marzo de 1784, una multitud de apaches atacó el presidio de San Agustín de Tucson, que había quedado bajo las órdenes del alférez Juan Carrillo. El ganado fue encerrado en los corrales, pero los apaches mataron a cinco soldados, hirieron a uno y consiguieron provocar una estampida y llevarse el ganado. Tres apaches murieron y 13 caballos escaparon de la guarnición. Las tropas montaron a toda prisa en sus caballos y 30 pimas de Tucson y San Xavier, junto con varios civiles más, liderados por el teniente Tomás Ecurrola, iniciaron la persecución. Capturaron al enemigo en menos de 45 minutos. Ecurrola mató a uno de los apaches, en total murieron trece, entre ellos el jefe Chiquito, que había dirigido la incursión apache. Los soldados españoles regresaron al presidio con 17 cabelleras de apaches que habían resultado muertos en el combate, 12 caballos y algunas de las armas que les habían sido arrebatadas a los soldados muertos en la guarnición. Tanto los soldados como los civiles y los ayudantes indios actuaron con gran valentía. Felipe de Neve escribió a José Gálvez el 5 de abril de 1784, indicándole que Ecurrola y Carrillo merecían el reconocimiento del rey por su valiente actitud. Ecurrola fue nombrado teniente del presidio de Tucson a finales de agosto de 1784.

En la primavera de 1784, Neve lanzó una fuerte ofensiva contra los apaches gilenos, formada por cerca de 800 soldados. Los resultados no fueron del todo satisfactorios, ya que los españoles mataron sólo a 68 indios y capturaron a 17. Poco después de regresar de la expedición, Neve enfermó y murió inesperadamente el 21 de agosto de 1784. Le sustituyó José Antonio Rengel, que había llegado de España pocos meses antes en calidad de inspector adjunto. Rengel consiguió mantenerse en paz con los comanches, pero tuvo poco éxito intentando mantener a los apaches bajo control.

En noviembre de 1785, cuando el inspector Roque de Medina volvió a pasar revista a las tropas, se encontró con que los pimas de San Rafael de Buenavista habían sido temporalmente destinados al presidio de San Carlos de Buenavista, a orillas del río Yaqui, 220 millas al sur de San Ignacio. Su misión consistía en apaciguar a los indios seri

que habían iniciado una rebelión. Los pimas aún no hablaban español ni llevaban uniforme, pero se les habían dado armas: mosquetes y carabinas que sobraban y eran de inferior calidad. Medina se alegró mucho al ver que tenían buena puntería con los mosquetes, aunque también utilizaban escudos, lanzas, arcos y flechas.

Cuando Bernardo de Gálvez sucedió a su padre en el cargo de virrey de Nueva España, en 1785, ya conocía la situación de la frontera norte. Carlos III colocó a Bernardo, por ser sobrino de José de Gálvez, por encima del comandante general de las provincias internas, incluso en lo referente a las cuestiones militares. Gracias a su experiencia como gobernador general de Luisiana durante la Revolución Americana, el virrey Gálvez promulgó el 26 de agosto de 1786 una extensa orden dirigida al nuevo comandante general Jacobo Ugarte y Loyola, quien había sustituido a José Rengel. En ella destacaba el hecho de que los apaches hostiles solían negociar la paz para obtener beneficios con el comercio de caballos, armas, alimentos y ornamentos. También recalca que los indios solían violar los tratados de paz cuando les venía en gana y que la mejor manera de minar sus fuerzas era dividirlos. Con estos consejos, el virrey Gálvez enseñó a Ugarte a aprovecharse de las luchas internas y a crear una mayor disensión entre ellos. A los apaches que pedían la paz se les entregaban armas de fuego defectuosas, bebidas alcohólicas y otros productos que a la larga les hacían depender económica y militarmente de los españoles.

También en 1786 se promulgó oficialmente la Ordenanza de Intendentes para Nueva España. Se crearon una docena de intendencias y tres provincias, incluyendo la Intendencia de Sonora, con capital en Arizpe. Aunque los intendentes eran los encargados de la justicia, la administración general y la guerra, aún estaban bajo las órdenes del virrey en lo referente a estas cuestiones. Las finanzas competían a los intendentes, aunque éstos debían rendir cuentas al intendente general de la ciudad de México, que a su vez respondía ante la Junta de los Indios. Este sistema nunca fue demasiado efectivo en la zona de las Provincias Internas, que en agosto de 1786 se dividió en tres comandancias militares. La que estaba formada por Sinaloa, Sonora y las Californias estaba a cargo de Ugarte. El virrey Bernardo de Gálvez murió inesperadamente el 30 de noviembre de 1786 y fue sustituido en marzo de 1787 por Manuel Antonio Flores, quien aglutinó en dos las tres

comandancias, nombrando a Ugarte comandante de las Provincias Internas del Occidente y añadiendo Nueva Vizcaya a su distrito.

Ciertos apaches estaban dispuestos a firmar la paz a lo largo de la frontera de Sonora. En setiembre de 1786, algunos apaches chiricahua habían acampado cerca del presidio ópata de Bacoachi, 90 millas al sureste de Tumacácori. El 1 de octubre, coincidiendo con la visita de Baltazar Carrillo a Calabazas, se dejaron ver algunos apaches más, que no llevaban armas y afirmaban venir en son de paz. Cuando los chiricahuas se instalaron en Bacoachi, los pimas bajaron la guardia lo suficiente como para permitir que los indios se unieran a ellos. Aprovechando la situación, los apaches asesinaron a dos pimas, hirieron a otro y escaparon con un considerable botín. El capitán Pablo Romero, el nuevo comandante de Tucson, puso en movimiento a todos los hombres con que contaba, 54 en total, y emprendió la persecución. Los soldados siguieron el rastro de los indios hasta el campamento de Sierra de Arizona, al suroeste del actual Nogales, donde mataron a cuatro de ellos, recuperaron lo robado y persiguieron a los apaches de esa zona. Las familias indias de Calabazas se marcharon poco después y no volvieron nunca más.

Tubac finalmente recuperó su presidio en 1787. Por entonces, el fuerte estaba protegido por indios pima y comandado por oficiales españoles. Eran miembros de la compañía de San Rafael de Buenavista, formada cinco años atrás para establecerse en el viejo rancho de Buenavista. Todavía estaban bajo el mando de Pedro Villaescusa, que estaba casado con María Ignacia Otero, hermana del primer beneficiado por una concesión de tierras. Antes de servir en Tubac, los Villaescusa habían vivido durante un corto periodo de tiempo en Tumacácori, donde María Ignacia había dado a luz un hijo en 1783, a quien se le puso el nombre de Juan José. Cuando Pedro fue trasladado un año más tarde, le sustituyó Nicolás de la Erran, que fue nombrado comandante permanente del puesto de Tubac.

UNA CUESTIÓN RELIGIOSA

Mientras que los militares se ocupaban de combatir a los apaches, los franciscanos de la frontera norte habían estado enfrascados en su propia batalla. El obispo Antonio de los Reyes, el fraile de Querétaro

que había sido nombrado procurador por los colegiados en 1771, llevaba mucho tiempo estudiando un plan de su cosecha para la administración de las misiones. El plan abogaba por la formación de cuatro custodias franciscanas para las Provincias Internas, las custodias serían una especie de provincias franciscanas menores. El proyecto de Reyes, aprobado por el Rey y presentado ante la Junta de los Indios en 1777, se puso en práctica sin que el colegio de Querétaro ni ningún otro colegio apostólico de Nueva España lo aprobara, ya que ni siquiera se les consultó.

Según el proyecto, cada custodia estaría gobernada por un custodio y él y sus frailes serían independientes de los colegios, aunque los misioneros debían ser abastecidos por éstos. Ya que los misioneros estarían lejos de los custodios, Reyes sugirió que se destinaran a la misión vicarios o rectores, sustitutos de una autoridad superior, cuya tarea sería la de vigilar la vida de los frailes. El custodio viviría en una residencia confortable con seis religiosos. Esta residencia serviría para alojar a los novicios y para proporcionar cobijo a los enfermos y a los misioneros de avanzada edad del custodio. En 1779 el proyecto fue aprobado en Roma y en 1781 el papa Pío VI publicó un breve apostólico de 42 páginas sobre los custodios y sus estatutos. El 20 de mayo de 1782, después de que Reyes fuera nombrado obispo de Sonora, el rey anunció la fundación de cuatro custodios en Sonora, Nuevo México, Nueva Vizcaya y California.

Los tres colegios apostólicos de San Fernando, Zacatecas y Querétaro se opusieron a los custodios, ya que presentían en ellos una amenaza para sus labores de administración de las misiones de las Provincias Internas. Sólo vio la luz el proyecto del custodio de San Carlos de Sonora que, además, estuvo saturado de dificultades desde el principio. El padre Sebastián Flores, el primer custodio, murió en enero de 1784; le sustituyó Antonio Barbastro, del colegio de Querétaro. Barbastro había mostrado su oposición al proyecto desde un principio, así que no se esforzó demasiado en el cumplimiento de sus obligaciones. Barbastro se puso en contacto con José de Gálvez, que estaba en España, para insistir en que le había sido imposible gobernar con éxito el custodio. Por fin, el obispo Reyes ordenó a Barbastro que fuera a verle para rendir cuenta de sus actos, de tal modo que podría detener a Barbastro acusándole de incumplir sus obligaciones. Los dos religiosos se enfrentaron cara a cara, el conflicto en el que se vieron envuel-

tos era tan viejo como la propia iglesia española. ¿Cuál de las ideas prevalecería? ¿La jerarquía secular de obispos y curas parroquiales o el poderoso clero del Nuevo Mundo? Barbastro insistía en que Reyes no era su obispo, en que el comisario general de los franciscanos en Madrid era a quien tenía que rendir cuentas y en que el obispo había interferido de forma ilegal en los asuntos del custodio.

Por fin la victoria fue para Barbastro, pero por encima del cadáver de Reyes. El obispo cayó enfermo el 26 de febrero de 1787, fue atacado por la fiebre hasta que el 6 de marzo, a medianoche, murió. Al año siguiente, en 1788, ya habían muerto todos los que apoyaron el proyecto de los custodios: el virrey Bernardo de Gálvez, el ministro de los Indios José de Gálvez, e incluso Carlos III. El padre Barbastro había informado al rey de que la administración de los custodios había retrasado los progresos de las misiones y el nuevo comisario general, fray Manuel María Trujillo, afirmó que a los custodios les quedaban ya pocos amigos. El 9 de julio de 1788, el comandante general Ugarte y Loyola nombró a fray José Joaquín Granados, un franciscano menos ambicioso, obispo de Sonora, quien reafirmó en su puesto a Barbastro. El 17 de agosto de 1791, Carlos IV ordenó acabar con todo el experimento y restauró el viejo orden.

EL REGRESO DE ANZA

A principios de 1788, y después de mucho viajar, el coronel Juan Bautista de Anza, antiguo gobernador de Nuevo México, regresó a Sonora con un cargo militar. Además de los cambios que se habían producido en Tubac, descubrió la presencia de un nuevo presidio en el lugar donde habían estado ubicados un poblado indio y la misión de Santa María de Soamca. Después de que el capitán Manuel Echegaray hiciera una inspección a principios de 1787, Ugarte trasladó la guarnición de Santa Cruz, la que fuera de Terrenate, a territorio abandonado de los soamca.

Anza no perdió el tiempo e inició una campaña contra los indios. Eligió al capitán Manuel de Echegaray, comandante del puesto de Santa Cruz, para dirigir una expedición desde los fuertes de Sonora y Nueva Vizcaya contra los renegados indios chiricahuas, que habían abandonado el establecimiento de paz creado un año antes en Bacoa-

chi. Utilizando exploradores apaches, Echegaray y sus 400 soldados del presidio pudieron llegar más lejos que en las anteriores incursiones. Así llegaron hasta el pueblo de Zuñi, mataron a 54 apaches, capturaron a 125 y convencieron a 55 para que llevaran una vida en paz. Además recuperaron 61 caballos y mulas que habían sido robadas a los españoles y a las misiones indias.

Un mes más tarde, Echegaray informó a Anza del éxito conseguido, quien a su vez abogó por Echegaray ante Ugarte para que éste fuera ascendido a teniente coronel. Sin embargo, Anza cayó enfermo repentinamente y murió en Arizpe el 20 de diciembre de 1788. Fue enterrado en la iglesia de Arizpe y sus restos fueron encontrados e identificados en 1963.

La reocupación de Tubac en 1787 por parte de los pimas de San Rafael, el abandono de Calabazas y la última visita tumacácori hicieron que para el padre Baltazar Carrillo la vida fuera más segura. Ahora se ocupaba de dos grandes congregaciones: la de Tumacácori y la de Tubac; la primera era una misión, la segunda, un presidio. Ambas estaban ocupadas predominantemente por pimas y ubicadas en la misma orilla del río a menos de tres millas de distancia. Una a una, las visitas de las misiones fueron desapareciendo: Guevavi, Sonoita, Calabazas. Las familias que habitaban la misión y el presidio fueron trabando lazos, se convirtieron en padrinos o compadres y compartían la vida social. Los indios tumacácori continuaron alistándose en la compañía de Tubac y entre ambos se inició un comercio. El teniente Erran había animado a los civiles a instalarse en Tubac, idea que el gobierno apoyó y fomentó. Cuando el asentamiento creció lo suficiente como para poder autoprotegerse, el presidio pudo ser trasladado.

Las victorias españolas sobre los apaches a lo largo de 1788 fueron muy costosas. Tras dirigir con éxito la campaña de junio, el capitán Pablo Romero, de la guarnición de Tucson, se dirigió a Arizpe a informar de las buenas nuevas a las autoridades. El 30 del mismo mes cayó en una emboscada y fue muerto por los apaches en el monte de San Borja, entre Chinapa y Bacoachi. El capitán Echegaray recobraría más tarde su sable, el cual fue enviado a la viuda de Romero, Luisa Bohórquez y a su hijo, quien con el paso del tiempo llegaría a estar al mando del presidio. También ese mismo año fue asesinado otro de los oficiales de la guarnición de Tucson, el teniente Francisco Barrios.

LOS COLONOS DE TUBAC

El restablecimiento del presidio de Tubac animó a emigrar a muchos colonos españoles. El teniente Erran recibió órdenes de sus superiores de estimular una nueva colonización, haciendo uso de una de las disposiciones del Reglamento Real de 1772 por la cual a todos aquellos que quisieran dedicarse a la agricultura se les otorgarían tierras del presidio a cambio de que siempre tuvieran armas y caballos disponibles para la defensa del país. Parece ser que el primer español que se acogió a esta disposición fue el joven Toribio de Otero, quien conocía la zona a través de su hermana, doña Ignacia Otero de Villaescusa, esposa del primer comandante de la Compañía de San Rafael. Otero tenía 28 años en 1789, cuando habló con el teniente Erran para que le concediera tierras. Los solares y los terrenos de cultivo cerca del río fueron propiedad de sus descendientes hasta aproximadamente 1940. Doña María Ignacia Salazar de Santa Ana, con quien Toribio se había casado diez años atrás, se reunió con él en Tubac. Los Salazar y los Otero estaban además emparentados por el matrimonio de una de las hermanas de Toribio con un hermano de María.

En 1789, un año después de que el capitán Romero encontrara la muerte a manos de los apaches, a Nicolás Soler se le encargó ponerse al mando del presidio de Tucson. Anteriormente había sido inspector adjunto de la península de la Baja California pero no se sabe exactamente cuándo abandonó ese cargo para marchar a Tucson. Inmediatamente después de su nombramiento, y durante algún tiempo después, la guarnición de Tucson estuvo en realidad bajo el mando de José Ignacio Moraga, a quien se reconocía por su valiente comportamiento durante la época en que sirvió al mando del capitán Romero. Soler fue oficialmente reemplazado en 1792 por el capitán José de Zúñiga, comandante del presidio de San Diego. Zúñiga, que tenía mucha experiencia con los franciscanos de California, sobre todo con el padre Junípero Serra y sus sucesores, no pudo incorporarse hasta 1794.

El teniente Moraga estaba al mando el 5 de enero de 1793, cuando un grupo de apaches arivaipa llegó al presidio pacíficamente para establecer allí un campamento. Fueron los primeros de su tribu en Arizona que aceptaron las condiciones españolas y los primeros indios hostiles que habitaron los alrededores del puesto de Tucson. Manuel de Echegaray, que para entonces era la autoridad militar en Sonora,

ordenó a Moraga que diera como regalo a los indios cañas de azúcar y que proporcionara al jefe Nautilnice un traje. El jefe apache llegó con 51 hombres, mujeres y niños a los que siguieron 43 más el día siguiente. Nautilnice persuadió a 13 apaches más a que se instalaran pacíficamente el 19 de enero, en total constituían un grupo de 107 personas. Para demostrar que era sincero, el jefe indio se presentó ante Moraga con seis pares de orejas, presumiblemente arrancadas de las cabezas de otros tantos apaches enemigos. Dos semanas más tarde, Echeagaray compró cincuenta cabezas de ganado para alimentar a los recién llegados. En poco tiempo el número de apaches había aumentado hasta más de 100.

Los apaches de Tucson construyeron sus tiendas río abajo. Conseguián el agua para uso doméstico y para el riego de la que sobraba del presidio o del río Santa Cruz. Probablemente no se dedicaban demasiado a la agricultura. Las huellas de su estancia allí desaparecieron totalmente cuando se construyó la ciudad de Tucson. Los españoles continuaron proporcionando a los apaches azúcar, carne de vaca y cigarrillos, al mismo tiempo que se dedicaban a atacar a las bandas hostiles intentando convencerles para que se instalaran pacíficamente en Tucson o en otros puestos fronterizos.

Poco después de la llegada de los arivaipas, el teniente Moraga adquirió nuevas responsabilidades como comandante de Altar. Le sustituyó en Tucson el teniente Mariano de Urrea, nieto del veterano capitán Bernardo de Urrea, que había muerto poco después de retirarse del servicio activo, en 1777. Por la época en que Mariano se puso al mando de Tucson, los españoles habían efectuado una reorganización de las provincias del interior. Desde 1787 estaban separadas en divisiones del este y del oeste, y el comandante general de cada división estaba bajo el mando directo del virrey de México. En noviembre de 1792, Carlos IV unificó las provincias y las sometió a un único mando devolviéndoles la autonomía de la que previamente disfrutaban. Pedro de Nava, que un año antes se había hecho cargo del sector oeste, fue puesto al mando y estableció su cuartel general en Villa de Chihuahua. Arizpe continuó siendo la capital de Sonora y Sinaloa.

Una de las decisiones más importantes tomadas por Nava tras hacerse cargo de la división oeste había sido el proporcionar a los comandantes de los presidios una serie de instrucciones concernientes a los asentamientos apaches. Más suave tanto en el tono como en los

objetivos que el pronunciamiento de Gálvez, la orden de Nava del 14 de octubre de 1791 llevaba por título «Instrucción que han de observar los comandantes de los Puestos encargados de tratar con Indios Apaches que actualmente se hallan de Paz en varios Parages de la Nueva Vizcaya y con los que en los sucesivo lo soliciten». El escrito contribuyó más a la pacificación de la frontera norte en los siguientes años de dominio español que el pronunciamiento del virrey. Tres años después de promulgar su instrucción, Nava perfiló un plan a diez años para la secularización de las misiones católicas e incorporó a los indios al sistema colonial. A partir de entonces sus decisiones serían observadas con recelo por el clero de la frontera.

En 1794, el mismo año que Nava presentó su plan de secularización a la Audiencia Real, el capitán José de Zúñiga tomó el mando de Tucson. Su tarea más inmediata era la de dirigir una expedición militar a Nuevo México. Salió del puesto el 9 de abril de 1795 y al día siguiente se reunió en el presidio de Santa Cruz, ya abandonado, cerca del río San Pedro, con soldados procedentes de otros puestos. Las fuerzas de Zúñiga estaban formadas por hombres de los presidios de Fronteras, Altar, Bacoachi, Tubac y, por supuesto, de Tucson. Llegaron hasta los pueblos Zuñi. Después de siete semanas, las tropas de Zúñiga ya estaban de regreso en la base. Diez años antes un viaje de este tipo habría sido impedido por los apaches, pero en este momento pudo realizarse ya que muchos de ellos habían trasladado hacia 1795 sus campamentos a los alrededores de los presidios. Por otro lado, aún quedaban muchos indios hostiles, los suficientes como para impedir que se hiciera demasiado uso del camino abierto por Zúñiga y sus hombres. La expedición a Nuevo México fue uno de los acontecimientos más importantes de 1795.

LA VISITA DEL PADRE BRINGAS

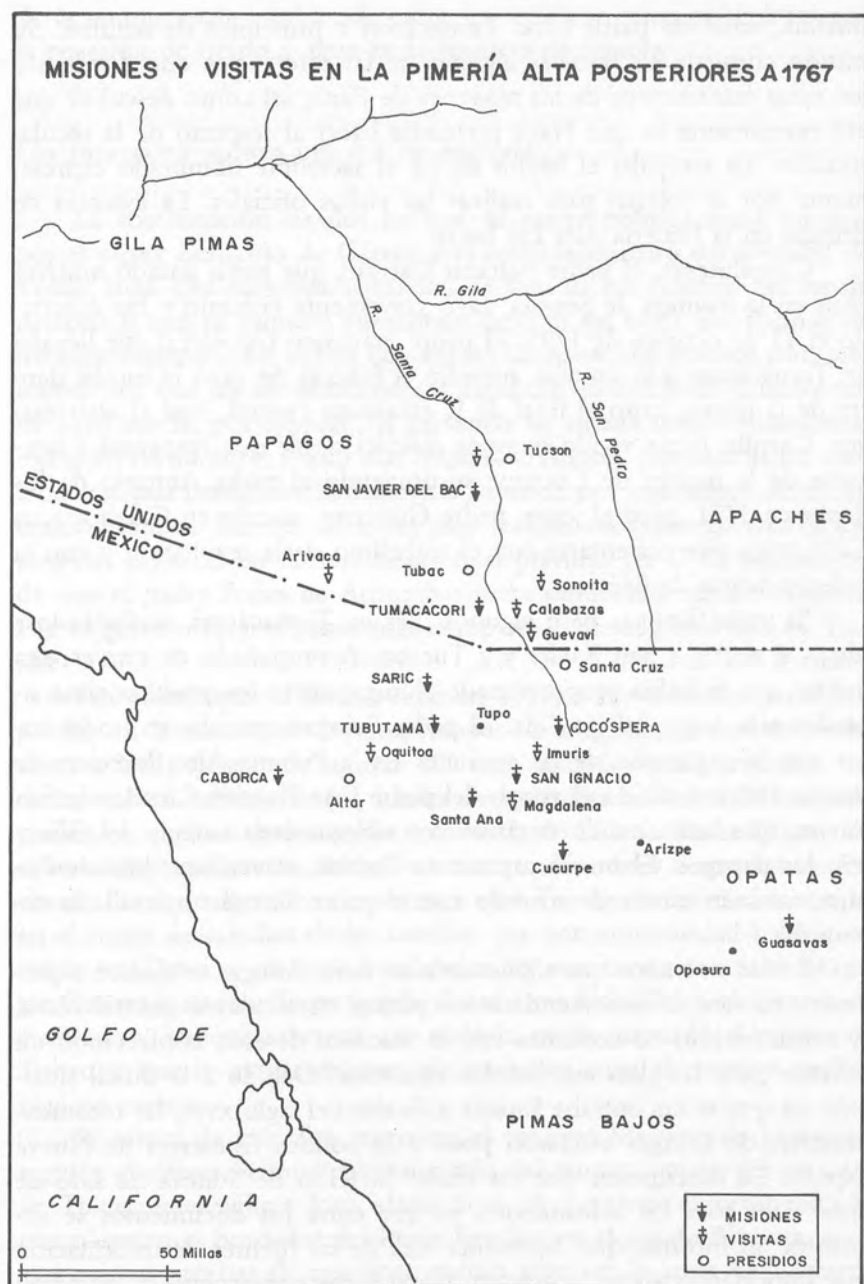
Más importante aún fue la visita del padre Diego Miguel Bringas de Manzaneda y Encinas, criollo, nacido en Nueva España en el Real de Minas de Alamos, a unas 24 millas al norte de la actual frontera norte del estado mexicano de Sinaloa en 1762. El joven Bringas estudió en el colegio real de San Francisco Xavier, en la ciudad de Querétaro, y después en la Universidad Real y Pontificia de la capital de Mé-

xico. Tras graduarse volvió a Querétaro donde ingresó en el colegio de Santa Cruz de Querétaro y tomó los hábitos franciscanos. En un informe confidencial sobre el clero secular y regular en 1793, preparado para el virrey por el subdelegado de Querétaro, se describía a Bringas como un talento sobresaliente, conocedor de las artes, de la geografía, la historia sagrada, eclesiástica y profana. Podía tratar cualquier tema y sus debates eran profundos, claros y bien organizados. Era un excelente orador y había escrito un volumen de sermones y dos pequeños tomos con meditaciones acerca de los santos sacramentos.

En 1793, a la edad de 33 años, Bringas era procurador del colegio de Querétaro. Aquel mismo año fue enviado por la mencionada institución para que visitara oficialmente las misiones de la Pimería Alta, junto con nueve misioneros más. Uno de los objetivos de este viaje era escribir un informe para el rey, pero dicho informe nunca fue enviado debido a problemas resultantes de la guerra entre España e Inglaterra. Cuando los mexicanos iniciaron la guerra de la independencia contra España en 1810, el padre Bringas, a pesar de ser criollo, se alistó en el ejército monárquico. Sirvió como capellán jefe de los 6.000 soldados del ejército del general Félix María Calleja, participando en batallas como las de Aculco, Guanajuato, Puente de Calderón o Zitacuaro. Más tarde estuvo al servicio del regimiento español de San Carlos, ostentando el título de predicador del rey.

Bringas se mantuvo leal a los monárquicos durante los once años que duró la revolución. Siempre estuvo en el colegio de Querétaro, incluso después de que México consiguiera la independencia, pero en febrero de 1827 proporcionó armas a algunos indios que vivían en las montañas de los alrededores de Querétaro instigándoles a iniciar una revuelta. Planeaba formar batallones de nativos que fueran dirigidos por frailes que portaran cruces. Pero el plan falló y los indios fueron arrestados. Bringas y otros 16 religiosos fueron expulsados de México y, en octubre de 1827, embarcaron en una fragata mercante británica, *La Hibernia*, que se dirigía a Nueva Orleans. Bringas continuó planeando todo tipo de acciones para conseguir recuperar las colonias españolas perdidas, hasta que murió, probablemente en Cuba, a finales de 1829.

Inspeccionando Sonora y Arizona, el padre Bringas, en 1795, se dirigió al norte desde el colegio de Querétaro al mismo tiempo que las fuerzas de Zúñiga se aproximaban a Nuevo México. Se detuvo para pasar algún tiempo con el comandante general Pedro de Nava en Chi-



huahua, antes de partir hacia Tumacácori a principios de octubre. Su misión consistía en resolver algunas de las diferencias que dividían a los curas franciscanos de las misiones de Pima, así como descubrir qué era exactamente lo que Nava pretendía hacer al respecto de la secularización. Le arropaba el hecho de ser el sacerdote nombrado expresamente por el colegio para realizar las visitas oficiales. La estancia de Bringas en la Pimería Alta fue breve.

Casualmente, el padre Baltazar Carrillo, que había pasado muchos años en la frontera de Sonora, cayó grávemente enfermo y fue enterrado el 11 de octubre de 1795. El padre Francisco Gutiérrez, que llevaba en Tumacácori sólo un año, presidió el funeral. Se cavó la tumba dentro de la iglesia, justo al final de la escalinata central, ante el altar mayor. Carrillo había vivido tiempos difíciles desde que empezara a ocuparse de la misión de Cucurpe sustituyendo al padre Antonio de los Reyes en 1771, pero el joven padre Gutiérrez, nacido en Calahorra en 1765, tuvo que enfrentarse con el torbellino de la revolución y con la independencia de México.

El padre Bringas pasó algunos días en Tumacácori, trasladándose luego al norte, a San Xavier y a Tucson. Acompañado de una escolta militar que le había proporcionado Zúñiga, visitó los pueblos pima situados a lo largo del río Gila. El padre Bringas confiaba en poder hacer que la expansión de las misiones en la Pimería Alta floreciera de nuevo. Había recibido el apoyo del padre Juan Bautista Llorens de San Xavier, que había estado tratando con delegaciones nativas del Gila y con los papagos. El nuevo capitán de Tucson, el veterano José de Zúñiga, también estaba de acuerdo con el padre Bringas: apoyaba la expansión.

En los dos años que siguieron a su viaje, Bringas se dedicó a preparar una serie de recomendaciones para el comandante general Nava. A continuación, no contento con la reacción de éste, confeccionó un informe para las altas autoridades españolas. Debido a la difícil situación en que se encontraba España a finales del siglo XVIII, las recomendaciones de Bringas afectaron poco a la política fronteriza de Nueva España. La descripción que los frailes hicieron de Sonora ha sido de gran valor para los historiadores ya que entre los documentos se encuentra un informe que representa una de las fuentes de información más importantes sobre la masacre yuma y sus consecuencias, así como

de la competencia establecida entre los indios y otros pobladores por la posesión de tierras y agua en la frontera de Sonora.

LOS PRIMEROS COLONOS DEL SUR DE ARIZONA

La combinación de dos hechos, la nueva política india iniciada por el virrey Bernardo de Gálvez y el restablecimiento del presidio de Tubac, hizo que mejorara la calidad de vida de los colonos del sur de Arizona y que su número aumentase después de 1790. En algunos de los asentamientos, los indios que venían de zonas del exterior eran más numerosos que los de descendencia española. El censo de Tumacácori de 1796 revela, por ejemplo, la presencia de treinta indios «forasteros» —la mayoría yaquis— y sólo dos hispanos. Tucson, por otro lado, contaba con una población básicamente formada por individuos de ascendencia europea. Las instrucciones para realizar un censo general de parroquias católicas en Sonora llegaron al presidio en 1795, poco antes de que el padre Pedro de Arriquibar fuera nombrado capellán militar. Fue él quien realizó el censo más completo sobre la población de Tucson.

Probablemente se llevó a cabo en 1797, a la vez que el cura preparaba un inventario de las propiedades de la iglesia; el inventario incluye a 395 personas de las que 102 eran soldados y 25 sirvientes, sin duda, indios. Además de las familias de los militares, había 21 casas de civiles, en algunas de las cuales —como la de Hilario Santa Cruz— los cabezas de familia eran soldados retirados. Nombres como los de Pacheco, Durán o Ramírez demuestran que Tucson se había convertido en el hogar de muchas de las familias que con anterioridad habían residido en Tubac y en otras localidades del sur. La residencia del capitán Zúñiga y su familia no queda claramente definida en el registro de Arriquibar. Aunque sabemos que todavía estaba asignado al puesto de Tubac, y que lo estaría durante algunos años más, el nombre de Zúñiga no consta.

El oficial de más alto rango era el teniente Mariano de Urrea. Le seguían el alférez Felipe Belderrain, hijo del primer capitán del presidio de Tubac, y el alférez José María Sosa. A Sosa sus descendientes le consideraron el fundador del linaje familiar en el sur de Arizona, aunque existen pruebas de que Sosa residió antes en la zona de Guevavi.

Entre los sargentos aparecen Juan Antonio Oliva, mestizo, hijo del hombre que llevó a Tucson las tropas de Tubac en 1776 y Domingo Granillo, descendiente de uno de los primeros colonizadores de Nuevo México, que se instaló en el valle de San Miguel de Sonora en 1637. También en la lista de familias militares consta la de Salvador Gallego, fundador de otro importante linaje de Tucson, que se convertiría en los días finales de dominio español, en primer sargento de la guarnición de Tucson. Luisa Bohórquez, viuda del oficial Pablo Romero, muerto a manos de los apaches en 1788, se había vuelto a casar en 1796 y vivía con su segundo marido, Simón Maldonado. Compartían la casa con dos criados y seis niños, tres niñas y tres niños. Algunos, aunque no todos, eran del primer matrimonio de Luisa. José, su hijo mayor, era cadete en la compañía de Tucson y vivía por su cuenta.

Una de las casas más ricas del presidio era sin duda la del alférez José María Sosa. Él y su mujer, doña Rita Espinosa, tenían cinco criados. También vivían en la casa los cuatro hijos, un varón y tres mujeres. Aunque el padre Arriquibar consigna al teniente Mariano de Urrea como soltero, lo cierto es que el joven oficial estaba casado. Unos meses antes, el capitán Zúñiga le había dado permiso para ausentarse e ir a Arizpe donde se casó con Gertrudis Elías González, una nieta del capitán Francisco Elías González de Zayas. Un año después de la boda, Mariano y Gertrudis tuvieron un hijo, José Cosme, que se convertiría en general del ejército mexicano en la batalla del Alamo en Texas y ejercería las funciones de gobernador, así como la autoridad militar de Sonora entre 1842 y 1845. El joven José Cosme fue bautizado en la capilla del presidio de Tucson por el padre Pedro de Arriquibar el 30 de setiembre de 1797. Los padrinos del niño fueron el capitán Zúñiga y su esposa Loreto Ortiz, amiga íntima de doña Gertrudis. Los Zúñiga también tuvieron un hijo, Ignacio, que nació un año más tarde en Tucson y que probablemente fue también bautizado por el padre Arriquibar. También él llegaría a ser un hombre importante, y su vida estaría íntimamente ligada a la de José Cosme de Urrea.

Ya en 1796, los pobladores indios de la zona de Tucson se enfrentaron con el resto de la población a causa del agua. En enero de aquel año, un grupo de papagos de la ranchería de Aquituni, al noroeste del presidio, fueron convencidos para instalarse en el antiguo poblado pima al pie del monte Sentinel. Los españoles se oponían a la Recopilación y no querían compartir el agua con ellos. Además, el

ganado de los españoles acababa con los escasos cultivos de los indios. A la defensa de los indios salió el padre Juan Bautista Llorens de San Xavier, quien proporcionó a los inmigrantes alimentos y ropa. El padre Bringas, que seguía haciendo su visita a la Pimería Alta en 1795, escribió al comandante general Nava solicitándole ayuda para resolver los problemas relacionados con el agua y con la penetración en fincas ajenas, así como para ayudar a los papagos proporcionándoles bueyes y herramientas. Tras recibir las recomendaciones del padre Bringas, Nava consultó con Pedro Galindo Navarro, su consejero legal.

Galindo Navarro respondió en diciembre de 1796 con una carta en la que hacía referencia a ciertos documentos relativos al reparto de agua y tierras entre indios y colonos de Tucson. Además afirmaba que la responsabilidad de ayudar a los papagos recaía principalmente en los franciscanos de San Xavier, y recomendaba no hacer uso de los fondos de la Hacienda Real para comprar bueyes y herramientas para los indios.

LA IGLESIA DE SAN XAVIER DEL BAC

En 1797, sólo unos pocos meses después de que Bringas tuviera noticia de lo que Nava opinaba sobre el conflicto del agua, el padre Llorens de San Xavier tuvo el honor de presidir la inauguración de una nueva y suntuosa iglesia. Siguiendo la tradición popular, la construcción de este edificio había comenzado hacia 1783 bajo la dirección de fray Juan Bautista Velderrain. Contribuyó de manera importante a que la iglesia fuese terminada por un español acaudalado llamado Antonio Herreros que prestó a Velderrain 7.000 de los 30.000 pesos que costó el proyecto. El nuevo edificio sustituyó al construido hacia 1756 por el jesuita padre Alonso Espinosa. La construcción de la iglesia de San Xavier permitió a los trabajadores y artesanos aplicar sus recién aprendidas técnicas de construcción, y poco después de 1797, Llorens comenzó a dirigir nuevos proyectos en los antiguos poblados indios ubicados en el río desde el presidio de Tucson. Con los inmigrantes papagos y el nuevo reparto del agua, esta comunidad —popularmente conocida como El Pueblito— parecía tener mucho futuro.

Veinticinco años antes, el capitán Anza había dirigido la construcción de fortificaciones en la zona y, poco después, el padre Garcés se

había encargado de supervisar la edificación de una pequeña iglesia que desde 1797 había empezado a deteriorarse. El proyecto de construcción de El Pueblito, probablemente enfocado en un principio hacia la renovación o sustitución de la iglesia de Garcés, se mantuvo en pie hasta finales del siglo xix. Una vez concluido el trabajo, Llorens y sus hombres iniciaron un proyecto más ambicioso, la construcción de un edificio que fuese a la vez convento y escuela industrial.

FIN DE SIGLO

La complicada situación política de España en México central a finales del siglo xviii comenzó a afectar a la frontera de Sonora poco después de que Bringas terminara su visita en 1795. En 1797 el comandante general Nava escribió al fraile Rousset, obispo de Sonora, pidiéndole su conformidad para la promulgación de una orden real que recomendara a todas aquellas personas que viajaran por los caminos y carreteras de la región o que salieran fuera de las ciudades fortificadas, a llevar armas para defenderse contra el robo y el asesinato por parte de indios fugitivos y vagabundos. En su carta, Nava señalaba que los sacerdotes debían dejar de cobrar honorarios por enterrar o por otorgar sacramentos y que su obligación era pagar a los indios por el trabajo y los servicios que prestaban en apoyo de las misiones. Nava avisó a Rousset de que se nombraría un defensor público de los indios que se asegurara de investigar los casos en que se violaban estas disposiciones. A principios del mismo año ya estaba vigente un real decreto que prohibía a las iglesias y parroquias ofrecer refugio, amparándose en el hecho de estar en lugar santo, a los desertores del ejército y a los revolucionarios.

Los desacuerdos entre militares y religiosos de Sonora aumentaron en 1799, coincidiendo con una oleada de levantamientos apaches y seris. El cura parroquial de Pitic acusó a Nava de incitar a los levantamientos para hacer que los colonos y los indios sedentarios dependieran cada vez más de los soldados y para tener una buena excusa con la que poder negar a los misioneros el apoyo que necesitaban para sus planes de fundar una misión de indios pima en el río Gila.

INDIOS CAUTIVOS

A pesar del creciente antagonismo entre curas y soldados, parece cierto que siguieron cooperando a la hora de realojar a las mujeres y niños capturados en los ataques a las tribus hostiles. Desde que se inició la nueva política india en 1786, el número de prisioneros había aumentado mucho. A los sacerdotes les preocupaba tanto el trato que se daba a los indios como el hecho de convertirlos al cristianismo. Los capitanes de los presidios, así como sus superiores, acudían a los misioneros para realojar a los cautivos en hogares donde pudieran cumplirse estos dos objetivos. Así, el censo de Arizpe de 1798, muestra que los prisioneros apaches de dicha comunidad vivían en los hogares de los más ricos. Cincuenta y dos apaches, cuyas edades estaban comprendidas entre los tres y los veinte años —la mayoría de ellos adolescentes—, estaban repartidos entre veinticinco familias españolas. Entre ellas se encontraban los nombres más sobresalientes del norte de México: Tre-sierra y Cano, Pérez, Escalante, Tato, Comaduran, Corella, Elías González, Pesqueira, Zubiria y Morales.

En Tucson las familias españolas conseguían criados indios comprándolos o capturándolos. Los pimas y maricopas del río Gila trajeron niños yuma, yavapai y apache al fuerte para venderlos. En 1796, el padre Bringas, en su carta a Pedro de Nava, describía un incidente en el que un alto oficial de Arizpe compró varios prisioneros a los pimas de Tucson, pero sin pagar a sus captores. El padre expresaba su preocupación ante hechos de este tipo que podrían convencer a los pimas de que capturar prisioneros no era rentable, por lo que en un futuro podrían decidir que lo mejor sería simplemente matarlos. El padre Bringas también señalaba que a los cautivos de Tucson se les enseñaba el catecismo en los hogares donde habían sido acogidos. El registro sacramental de las comunidades del norte de Sonora revela que la mayoría de los indios realojados en hogares españoles durante la última década del siglo XVIII, si no todos, se habían convertido al catolicismo. En los archivos de la parroquia de Arizpe consta un importante número de bautismos desde junio de 1787, fecha en que don Domingo Bergara llevó a muchos niños cautivos a Arizpe y Bacanuchi.

Con la llegada del siglo XIX, los franciscanos de la Pimería Alta se encontraban muy ocupados acatando las nuevas directrices del comandante general de las Provincias Internas y de sus superiores religiosos.

Normalmente se les pedía información sobre las personas que residían en las misiones bajo su jurisdicción. Estos informes, como el de 1801, dejan claro que a pesar de la política aplicada, los poblados indios continuaron sirviendo de asentamiento para los forasteros. Coyotes, mestizos e indios de diferentes tribus —y otros clasificados simplemente como vecinos o gente de razón— compartían las tierras y el agua con los habitantes nativos. El censo realizado en 1801 por el padre Llorens, de San Xavier del Bac, incluye una lista aparte de los indios nativos de Bac y de El Pueblito. Llorens clasificó entre los pimas y papagos a los 218 habitantes de El Pueblito a pesar de los ancestros sobaipuri de algunos de ellos. Colocó juntos los nombres de los no nativos que vivían en las dos localidades, sin distinguir quién pertenecía a cada una. Lo que queda claro es que en ambos lugares había extranjeros. Un total de 39 vecinos incluía, en las dos comunidades indias, a coyotes, mestizos, mulatos e indios yuma.

Llorens incluyó en la lista a más españoles que a vecinos de otro tipo. En la casa de un soltero de 39 años, llamado Ignacio Pacheco, vivía la madre de éste, María del Carmen Romero, hija del colono pionero Nicolás Romero. La educación, de la que carecían las mujeres de la frontera de Sonora, estaba restringida a los varones de clase alta, que normalmente solían ser españoles. En el censo también aparecían los miembros de la familia León: José de León, de diecisiete años y soltero, se convertiría en el primer alcalde electo de Tucson en 1825, también él sabía leer y escribir. De los tres mulatos, dos eran mujeres. Desde el comienzo del dominio español en México, todo el sistema de clasificación racial había sido bastante arbitrario, y lo fue siendo cada vez más a medida que se aproximaba el fin del periodo colonial. El padre Francisco Iturralde, de la misión de Tubutama, ni siquiera intentó dejar constancia del origen de los habitantes de su jurisdicción a los que calificó bajo el epígrafe de «gente de razón», arguyendo que no disponía de tal información.

El censo de Tumacácori que confeccionó el padre Gutiérrez proporciona una información tan vaga como la anterior. Incluye a 29 personas en la categoría de «vecinos», la mayoría de ellos aparentemente peones y ayudantes. Once de los doce yaquis censados en Tumacácori ya no vivían allí en 1796, pero en el censo de Cocóspera consta un número lo suficientemente alto como para confirmar la presencia yaqui en la región. Aunque la nueva política india y la asignación de

tropas a Tubac hicieron que se les facilitaran las cosas a los españoles y a los indios pacíficos del valle de Santa Cruz después de 1790, los apaches no dejaron de hacer incursiones. En junio de 1810, un gran número de apaches atacó Tumacácori y mató a tres habitantes de la misión que cuidaban sus rebaños de ovejas cerca del pueblo. Los habitantes tenían miedo de salir a recuperar los cuerpos porque temían que los atacantes aún estuvieran por la zona. Al día siguiente algunos soldados pima salieron de Tubac a recoger a los muertos.

TUMACÁCORI

En 1801 el padre Narciso Gutiérrez comenzó a trabajar en la nueva iglesia de Tumacácori que sustituiría a la construida por los jesuitas en 1757 y que se encontraba en ruinas. Tuvo que hacer un gran esfuerzo, porque había pocos benefactores ricos en la zona que pudieran colaborar. Sin embargo, contrató a un maestro albañil para que diseñara los planos. La iglesia, con unos cimientos de casi metro y medio de grosor, tendría planta de cruz, entrada principal en la parte sur y bóvedas de crucería y cañón sobre la nave, el crucero y la sacristía. El campanario, en el sureste, se construiría con unos cimientos de dos metros y medio de grosor y la escalinata interior sostendría el coro abovedado. El principal material utilizado sería el adobe.

Los trabajos de construcción comenzaron en 1802. El maestro albañil contrató a un ayudante y a varios hombres más para que quemaran la cal e hicieran el adobe, en total eran unos 18 ó 20; además contaron con la ayuda de la gente del pueblo, aunque no tenían experiencia en este tipo de trabajos. Las zanjas que se cavaron para los cimientos tenían tres pies de profundidad. Se trajeron cantos rodados del río y a finales de 1802 los guijarros llegaban a ras de suelo, pero no quedaba dinero. Para proteger los cimientos de las adversidades climáticas se colocaron encima dos hileras de adobe y se recubrió la superficie, por dentro y por fuera, con cerámica que se colocó en el emplasto aún húmedo y sirvió también como ornamento. El padre Gutiérrez podría haber conseguido dinero vendiendo ganado, que por entonces abundaba, pero los precios habían bajado mucho. La construcción de la iglesia se convirtió en algo interminable y el padre Gutiérrez sólo pudo seguir trabajando en la construcción de los muros.

LA VIDA DE LOS COLONOS

Mientras tanto, la vida entre los colonos continuaba con normalidad. El 4 de agosto de 1803, el obispo de Sonora había despachado una circular a los capellanes de los presidios de la Pimería Alta, informándoles de que sería responsabilidad suya ocuparse de la educación de los niños de sus comunidades, poniendo énfasis especial en la religión, las leyes laicas y la obediencia hacia los padres. La enseñanza se impartiría los domingos y las fiestas religiosas; los sábados, se obligaba a los cabezas de familia a enviar a sus sirvientes y esclavos, así como a sus hijos, a aprender la doctrina cristiana.

En el norte de Sonora la situación era más pacífica gracias a los acuerdos de paz que contribuyeron a incrementar el número de vecinos, pero había otros factores que atraían a los colonos a la región.

A principios de octubre de 1803, se descubrió oro a pocas millas al norte de Cieneguilla, donde la gran huelga de 1770 había causado tanta excitación. El padre José María Paz y Goicoechea informó por carta al obispo Rousset de que Cieneguilla no había sido abandonado. Los mineros no volvían a la ciudad, por lo que el sacerdote viajó hasta el lugar para hacer llegar hasta ellos la fe. En junio de 1802, Carlos IV había ordenado confeccionar un informe sobre la riqueza de los puestos coloniales, incluyendo el de la frontera de Sonora.

Sin embargo, en la primavera de 1804 todavía no habían llegado a la Pimería Alta las instrucciones para realizar este estudio. El capitán José de Zúñiga preparó el informe de Tucson y el segundo alférez, Manuel de León, el de Tubac.

Zúñiga, que había servido durante una década en Tucson, facilitó una detallada descripción del presidio y sus alrededores, incluyendo información sobre la misión de San Xavier. Según él, la única obra pública realmente valiosa era la iglesia en San Xavier del Bac. Las otras misiones en el norte, contaban solamente con capillas. El comandante de Tucson facilitó una lista de todos los habitantes del presidio y de los alrededores. En total 1.015 personas. León, que había reemplazado a Erran como comandante de Tubac, informó de que en su puesto vivían 88 soldados con sus familias, ocho familias de civiles españoles y 20 indias. En Tumacácori vivían 82 personas calificadas como gente de razón, cifra más baja que la recogida dos años antes, lo que equivalía a la población de pimas y papagos.

Al sur de Arizona empezaba a disfrutarse de cierta prosperidad en 1804, al menos en comparación con los años anteriores. León señaló que el distrito de Tubac cultivaba anualmente cerca de 600 bushels de maíz y 1.000 de trigo. El presidio contaba con 1.000 cabezas de ganado vacuno y 5.000 ovejas. La cosecha de maíz de Tucson era aproximadamente igual a la de Tubac, pero la cosecha de trigo era mayor, 2.800 bushels. Además producían cerca de 300 bushels de judías y otras verduras, mientras que los indios del distrito de Tucson producían algodón para uso propio. Los habitantes de Tucson tenían más ganado bovino que sus vecinos sureños, unas 3.500 cabezas, pero tenían la mitad de ovejas. El capitán Zúñiga informó de la diversidad ocupacional en su presidio: cuatro individuos se ocupaban del empaquetado y un número no especificado se dedicaba a hacer jabón. El comandante se lamentaba de que no hubiera tejedores, curtidores, sastres y tapiceros y también afirmaba que se estaba perdiendo la oportunidad para el cultivo uvas.

La existencia de un gran rebaño de ovejas en Tubac había contribuido al incremento de la industria textil. León observó que se habían producido y vendido, al precio de poco más de 5 pesos cada una, unas 600 mantas de lana. También se habían tejido más de 1.000 yardas de sarga, el precio al que se vendía este producto era de alrededor de medio peso por yarda. León y Zúñiga se dieron cuenta de que los colonos no pagaban ningún tipo de impuestos. En Tubac, tampoco se recaudaban impuestos sobre tabaco, y Zúñiga informó que los habitantes de su jurisdicción en Tucson habían pagado más de 2.000 pesos a este respecto. Los soldados y colonos compraban el tabaco en el almacén de la compañía o directamente al oficial del presidio, quien era responsable de recaudar el impuesto del tabaco.

Ambos informes indicaban que los habitantes de Tucson dependían de la capital de Sonora, Arizpe, la cual se había convertido en principal proveedor de los presidios del norte. León también observó que no había almacén de la compañía en Tubac y que todas las mercancías procedentes de España pasaban necesariamente por Arizpe. Según él tanto los soldados como los colonos viajaban con frecuencia a la capital para hacer compras. Zúñiga observaba en su informe que el oficial, acompañado de una escolta militar, visitaba Arizpe para realizar las tareas de entrega y recogida de correo. León mencionaba que los productos de Asia y China —incluso del Sur de México— nunca llega-

ban al puesto de Tubac. Zúñiga, por otra parte, indicaba que se gastaban 500 pesos cada año en mercancías procedentes de Oriente, que, presumiblemente, eran introducidas a través de Arizpe. Comentaba, además, que no se recibían productos directamente de Veracruz, Acaapulco o San Blas. Ambos comandantes, insistían en que no había productos de contrabando en sus jurisdicciones. A pesar de la pacífica situación de que disfrutaba la región, no aparece ningún informe en el que se mencione la existencia de actividad en cuanto a la minería en 1804, al menos no de forma importante. Zúñiga indicaba que carecían de oro, plata, plomo, latón, mercurio, minas de cobre, o canteras de mármol. Eso sí, había cal a 40 kilómetros del presidio, la cual se utilizaba para la construcción pero, en cambio, no había salinas. León directamente no mencionaba el tema de la minería.

PRIMERAS CONCESIONES DE TIERRAS

En 1801, el teniente Mariano de Urrea, comandante del presidio en ausencia del capitán Zúñiga, concedió tierras de Tucson a Reyes Pacheco, siguiendo las mismas pautas que con Toribio Otero en Tubac. Pacheco, uno de los pocos supervivientes de la masacre de Yuma, aparece censado en 1797 como colono civil de Tucson y también es mencionado en un registro de 1767 que recoge los nombres de los varones de Tubac. El informe anterior lo registraba como adolescente, con el nombre completo de José Reyes. Seguramente era hijo de Juan José Pacheco y su primera mujer, María de los Santos Gómez, hija del primer comandante del presidio de Terrenate, muerta en 1764.

El número de vecinos de la misión Tumacácori descendió ligeramente después de 1802, pero aumentaron sustancialmente los pobladores de Tubac calificados como gente de razón. A medida que aumentaban las posibilidades de que algunos colonos se establecieran en ranchos y granjas en las tierras de las comunidades abandonadas de Guevavi y Calabazas, el padre Narciso Gutiérrez decidió que había llegado el momento de animar a los residentes de Tumacácori y sus alrededores a que solicitaran una cesión formal, o una concesión, de las tierras de las misiones o de cualquiera de las propiedades que habían adquirido los primitivos misioneros jesuitas para la cría de ganado. El gobernador de Tumacácori, Juan Legarra, encabezó una pequeña dele-

gación que viajó a Arizpe a finales de 1806, con un apoderado, para conseguir la obtención del título de propiedad de las tierras ocupadas por los indios. El apoderado les ayudó a redactar una solicitud que presentaron al gobernador Alejo García Conde. García Conde, que vivía en Arizpe desde finales de la década de 1790, era partidario de los misioneros. Nacido en el norte de África en 1741, García Conde empezó su carrera militar a la edad de 12 años y había ascendido hasta convertirse en coronel.

Un poco más tarde, el 17 de diciembre de 1806, el gobernador respondió favorablemente. Manuel de León, quien ya había sido ascendido a teniente, había sido destinado para efectuar el reconocimiento. La misión de Gutiérrez consistía en solicitar para los residentes de Tumacácori y sus alrededores la concesión del título legal de las tierras de las misiones y de las que los jesuitas utilizaban para apacentar el ganado. La petición fue concedida el 17 de diciembre de 1806 y Manuel León, como comandante del presidio de Tubac, fue el encargado de reconocer y confirmar los límites de la concesión en Tumacácori. El equipo de reconocimiento marcó un límite que iba desde el sur del río hasta Calabazas. Las dimensiones eran de menos de media milla de ancho por más de diez millas de largo. La concesión incluía un terreno adicional, que se dedicaría al ganado, al sur de Guevavi, con lo que en total el área concedida supondría unos 6.770 acres. Cuando se completó el reconocimiento, los indios tenían derecho a una larga franja de tierra que se extendía desde el sur de Tubac, y siguiendo el río Santa Cruz, hasta aproximadamente la frontera mexicana actual. Incluía zonas asociadas anteriormente con las tres comunidades misioneras: Tumacácori, Calabazas y Guevavi.

El acto legal de la concesión de Tumacácori-Calabazas, fechado el 2 de abril de 1807, incluía tres condiciones especiales. La primera estipulaba que las reclamaciones hechas por cualquier otra persona sobre las tierras que formaban parte de la concesión, se tendría en consideración sólo si se había presentado dentro del plazo permitido y siguiendo las formalidades exigidas. La segunda, indicaba que las tierras de la concesión debían ser cultivadas y protegidas pero no habitadas; si se abandonaban durante tres años consecutivos, podrían ser reclamadas por otras personas. Finalmente, el documento especificaba que si había que repoblar Calabazas con sus antiguos pobladores indios, ese área de la concesión sería separada del resto. Pero al mismo tiempo

que el padre Gutiérrez intentaba conseguir que los habitantes de Tumacacori vivieran protegidos, España estaba siendo invadida y, muy pronto, el torbellino de la guerra de la independencia alcanzaría a México.

Cinco años después de la adjudicación de la concesión, otra rancharía abandonada, que en cierta ocasión había sido una visita de Guevavi, fue solicitada por uno de los colonos ricos españoles de la zona, don Agustín Ortiz, un miembro de la misma familia de Arizpe a la que pertenecían las esposas de Mariano de Urrea y José de Zúñiga. Hacia 1800, o incluso antes, Agustín llegó al sur de Arizona con su mujer, María Reyes de Pena, y su hijo Tomás. Poco después de instalarse en su nuevo hogar, tuvieron otro niño llamado Ignacio. En algún momento de 1812, mientras vivía en Tucson, Agustín Ortiz solicitó una concesión en Arivaca, una de las localidades más antiguas de la región que contaba con mimas y ranchos. La petición fue enviada siguiendo los procedimientos normales, permitiéndose expresar sus razones a aquellos que se oponían a la concesión. Cuando no había objeciones, la propiedad se vendía en subasta pública. Don Agustín fue el mejor postor y, según testimonios posteriores, pagó 747 pesos y tres reales al tesoro público de Arizpe. La familia Ortiz mantuvo en propiedad la concesión durante una generación más.

En Arivaca no estaban demasiado claros los límites establecidos para las tierras en concesión. El límite norte lo marcaba un monte que lindaba con la sierra de Buenavista; el sur, una colina baja próxima al cañón y cubierta de árboles; el este, un árbol, con una cruz tallada, que lindaba con la sierra de Calaberas y el oeste, la Punta de Agua, sobre una colina alta, frente a la sierra del Baboquivari. A pesar de que no se había hecho un reconocimiento en profundidad para definir los límites, la petición de Ortiz de 1833 fue aprobada por los oficiales de Sonora y se emitió un título para dos emplazamientos de tierra destinados a la cría de ganado y caballos. Desgraciadamente, 20 años más tarde, Arivaca se convirtió en una parte de los Estados Unidos gracias al Tratado de Gadsden y, en 1902, el Tribunal Supremo se negó a ratificar la concesión arguyendo que la localización no estaba bien definida.

Otra concesión de tierras otorgada durante el periodo español fue San Ignacio de la Canoa, situada en el fértil valle de Santa Cruz. La expedición de Anza se detuvo allí en 1775 en su primera noche fuera

de Tubac camino de California y La Canoa fue mencionada por los padres Garcés y Font, como ubicación de una ranchería papaga. El nombre le viene de un tronco de algodón hueco que parecía una canoa y se usaba como abrevadero. El capitán Allande y otros comandantes de los presidios de Tucson y Tubac acampaban algunas veces, con sus tropas, en el lugar. En setiembre de 1820, Tomás e Ignacio Ortiz, residentes de Tubac, solicitaron al intendente de Sonora y Sinaloa cuatro sitios de la pradera cerca de La Canoa, que utilizarían para criar ganado y caballos. El reconocimiento se hizo bajo la supervisión de Ignacio Elías González, el último comandante del presidio de Tubac y suegro de Tomás Ortiz. Elías González notificó que el rancho se extendía desde Tubac en lado sur hasta Saguarita en el norte y que la vegetación estaba formada por mezquites, árboles chinos, tamariscos, palo verdes, cactus gigantes y algunos algodoneros y sauces. Los tasadores fijaron el valor de la tierra en tan sólo 30 dólares por sitio, ya que no había agua corriente más que durante la estación de lluvias.

La primera venta se realizó el 12 de julio de 1821 en Tubac. El padre Juan Bano de San Xavier del Bac, ofreció 210 dólares en nombre de Ignacio Sánchez y Francisco Flores, residentes de la misión. La venta se transfirió a la capital en Arizpe y la subasta final tuvo lugar los días 13, 14 y 15 de diciembre. La propiedad fue a parar a manos de los hermanos Ortiz por 250 dólares. Debido a la situación que vivía México en aquellos momentos, no se emitió ningún título de propiedad. En 1849, sin embargo, se les concedió un título a los hermanos Ortiz en Ures, Sonora.

EL BARÓN DE ARIZONA

Otra «concesión» del periodo español fue totalmente fraudulenta. Un hombre llamado James Addison Reavis, quien llegó a Arizona en 1880, declaró que su linaje familiar descendía de don Nemecio Silva de Peralta de la Córdoba, afirmación completamente falsa. Según la errónea información acumulada por Reavis, Fernando VI había concedido a Peralta el título de barón de los Colorados en 1748, además de un extenso terreno al norte de Sonora. Reavis afirmaba que había adquirido la escritura de la tierra de Miguel Peralta, un descendiente pobre del original barón de los Colorados. Para complicar más el asunto

to, Reavis se casó con una chica huérfana mexicana a quien le había dado el título de baronesa de Arizona. Falsificó la partida de nacimiento y le dio el nombre de Sofía Loreta Micaela de Maso-Reavis y Peralta, convirtiéndola en la última descendiente de la familia Peralta. Ella, por lo tanto, era heredera de la gigantesca concesión de terreno de Nuevo México, que medía aproximadamente 75 millas de ancho y limitaba al sur con una franja que pasaba a unas 25 millas al norte de Tucson. Además de Phoenix, incluía las ciudades de Tempe, Mesa, Globe, Clifton, Solomonville, Casa Grande y Florencia, así como la rica mina de Silver King. Los americanos de 1880 creían que realmente existían un barón de los Colorados y una baronesa de Arizona, por lo que pagaron a Reavis varias cantidades en concepto de escrituras de propiedad. En 1889, sin embargo, la oficina del supervisor general de los Estados Unidos inició una investigación gracias a la cual salió a la luz el fraude y quedó demostrado que la reclamación era falsa y debía rechazarse. El análisis de los documentos mostró varias falsificaciones e inexactitudes que apoyaban la confirmación del fraude. El español más rico de todos, don Nemecio Silva de Peralta, no fue más que el producto de la imaginación de James Reavis, el único «barón de Arizona».

XI

EL FINAL DE UNA ERA

Las guerras de la independencia en la América española fueron el resultado de lo que muchos consideraron la naturaleza opresiva del sistema colonial, el resentimiento creciente de criollos y otras clases contra los habitantes de la Península, quienes mantuvieron posiciones de poder en la Iglesia y el estado, la infiltración de ideas del Siglo de las Luces, y el ejemplo del éxito de las revoluciones americana y francesa. Además contribuiría también la situación que se vivía en España. Cuando Napoleón Bonaparte, instaló a su hermano José en el trono español en 1808, muchos colonos creyeron que era el momento idóneo para marcharse de su país natal. En Argentina, Venezuela, Chile y México, empezaron a producirse movimientos que tuvieron como resultado la caída del imperio español en América.

LOS PRIMEROS AÑOS

Los habitantes de las regiones de Sonora y Arizona permanecían relativamente aislados de lo que sucedía en el exterior y a la zona no le afectaron los procesos que condujeron a la creación del movimiento independentista mexicano de 1810. Cuando el padre Miguel Hidalgo y Costilla inició la revolución contra el dominio español, con su famoso grito de Dolores, la medianoche del 15 de setiembre, las autoridades civiles, militares y religiosas de Sonora y Sinaloa quedaron impresionadas. Se apresuraron a reafirmar su lealtad hacia la corona, y a intentar convencer a los habitantes de su jurisdicción de que se opusieran a la revuelta. Si no hubiera sido por la presencia de los presidios

los españoles residentes hispánicos en el sur de Arizona podrían haber eludido al movimiento independentista, ya que la batalla tuvo lugar entre Guanajuato y Guadalajara en México central. Sin embargo, los soldados de las guarniciones conformaban las tropas más experimentadas, de modo que España acudió a ellos para que ayudasen a sofocar la revuelta. García Conde, intendente de Sonora y Sinaloa cuando empezó la rebelión, fue el mismo hombre que había ayudado a los pimas y papagos de Tumacácori a obtener títulos de propiedad de sus tierras pocos años antes. García Conde tenía cincuenta y nueve años cuando se inició el movimiento independentista en 1810.

Observando el éxito de los seguidores de Hidalgo en México central, Charca Conde tomó medidas para mantener la rebelión fuera de las zonas bajo su jurisdicción. Eligió al teniente coronel Pedro Sebastián de Villaescusa, comandante de Buenavista, para que dirigiera al primer contingente de tropas hacia el sur. Después de que sirviera en Tubac, Villaescusa fue ascendiendo lentamente mientras adquiría considerable fama. En 1794, fue herido varias veces. Las fuerzas de Villaescusa estaban formadas principalmente por tropas de sus propios puestos, pero también por soldados de Tucson y Altar. García Conde dio órdenes de que los habitantes de Sonora tomaran posiciones en la plaza de Sinaloa, importante ciudad minera de El Rosario, donde debían esperar la llegada del ejército insurgente que se dirigía al norte desde Guadalajara.

El líder de las fuerzas revolucionarias de las campañas de Sinaloa y Sonora era José María González de Hermosillo, nativo de Jalisco, a quien el padre Hidalgo había concedido el rango de teniente coronel. La ciudad de Pític fue bautizada por él en 1828. Salió de Guadalajara el 1 de diciembre de 1810, con una pequeña fuerza armada. Cuando los insurgentes llegaron al Rosario, su ejército se había incrementado en varios miles. Debido a la superioridad numérica, Villaescusa fue incapaz de defender la plaza que cayó ante los insurgentes antes de finalizar el primer día de batalla. El comandante de Sonora fue capturado, pero González de Hermosillo le concedió la libertad, le proporcionó una pequeña escolta, y le prometió un salvoconducto para que volviera a casa. Villaescusa se aprovechó de esta situación para enviar mensajeros a García Conde informándole de la derrota y solicitando refuerzos. Convencido de que la situación era más seria de lo que había pensado en un principio, García Conde decidió asumir personal-

mente el mando. Envío algunas unidades al sur para detener el avance de González de Hermosillo, reunió las fuerzas restantes y emprendió la marcha.

Hacia el final de la primera semana de febrero de 1811, García Conde alcanzó las afueras de la ciudad de San Ignacio de Piaxtla, en Sinaloa. Villaescusa había llegado antes, y había adoptado una posición defensiva contra las tropas de González de Hermosillo, que fueron desplegadas al otro lado de la ciudad. Entre los soldados que estaban bajo el mando de Villaescusa, había algunos que habían estado con él en El Rosario, pero la mayoría eran refuerzos de los presidios enviados al frente por García Conde. Compartiendo la dirección de las fuerzas realistas con Villaescusa, estaba el capitán Manuel Ignacio Arvizu quien, sirviendo en el frente sur, se convertiría en el comandante del presidio de Tucson. Al mando de la artillería realista, bajo la dirección de Arvizu, estaba Antonio Leyva, alférez del puesto de Tucson. García Conde llegó el 5 de febrero y, después de echar un vistazo rápido a la situación, decidió iniciar una ofensiva mayor contra las tropas enemigas. Eligió la mañana del 9 de febrero para el ataque. Mientras tanto, González de Hermosillo hacía planes similares. Quizás, consciente de las intenciones de García Conde, el líder insurgente decidió poner sus fuerzas en acción la mañana del día 8.

González de Hermosillo debería haber esperado. El resultado fue una derrota desastrosa. Más de 500 personas murieron y el número de heridos excedió el millar. Los supervivientes huyeron desordenadamente. Los soldados ópata de Sonora, quienes emboscaron a 400 rebeldes, contribuyeron de forma importante a la victoria realista. En marzo de 1811, sólo un mes después de la batalla de San Ignacio, el padre Miguel Hidalgo fue capturado y llevado ante un tribunal militar, que ordenó su ejecución. Un miembro de ese tribunal fue el capitán Simón Elías González, entonces comandante de las fuerzas militares en la Villa de Chihuahua. Unos años antes, había servido en las guarniciones de Tucson y Tubac. El 31 de julio de 1811, mataron al padre Hidalgo en Chihuahua. A pesar de su ejecución y de la derrota sufrida por González de Hermosillo, la lucha revolucionaria continuó. La dirección del movimiento fue asumida por el padre José María Morelos en el área de Chilpancingo.

Muchos colonos permanecieron leales a Carlos IV, quien abdicó al trono en 1808, y delegó en su hijo Fernando VII, exiliado después

de la invasión francesa. Durante este periodo, los delegados hispanoamericanos participaron en las Cortes de Cádiz y ayudaron a adoptar la Constitución liberal de 1812, que se hizo vigente tras la expulsión de los franceses. Las cortes también decretaron, en 1813, que algunas de las tierras que pertenecían a los pueblos o a las misiones del Nuevo Mundo pasarían a ser de propiedad privada y que las misiones deberían convertirse en pueblos civiles. Cuando se expulsó a los franceses en 1814 y Fernando VII asumió el trono, en mayo de ese año, los logros liberales a favor de las Américas fueron discontinuos. Se reavivaron los movimientos independentistas, no sólo en México sino también en Sudamérica. Cuando el padre Morelos fue capturado y ejecutado por las fuerzas realistas en 1815, hubo nuevos líderes que ocuparon su puesto, pero el país mantuvo la tranquilidad durante los siguientes años.

DIFICULTADES EN LA FRONTERA

Las tropas de Tucson y Tubac estuvieron en el sur hasta aproximadamente 1818, dejando la zona fronteriza desprotegida. Ignacio Zúñiga, natural de Tucson, afirmó por escrito en 1835 que el nacimiento del movimiento independentista mexicano, supuso la muerte para los acuerdos de paz creados alrededor de los presidios por la política india iniciada en 1786. El traslado de tropas hacia el sur, además del desembolso que tuvo que hacer el tesoro real para luchar contra los insurgentes, desencadenó una serie de acontecimientos que debilitaron la capacidad de los fuertes fronterizos para subyugar y controlar a los indios hostiles. Sin embargo, el desarrollo de estos acontecimientos fue lento y tardó en afectar de forma definitiva a Tucson y Tubac. Mientras tanto, los ataques apaches e incursiones contra los invasores continuaban produciéndose regularmente entre 1812 y 1820, ataque de poca importancia comparados con los de treinta años atrás. Los registros sacramentales no acusaban a los apaches de ser responsables de las muertes de españoles o de indígenas durante este periodo. El hecho de que los establecimientos de paz fueran aún instituciones activas en la Pimería Alta al final de la era colonial queda demostrado en cierto modo por la decisión del jefe apache pinal, Chilitipage, y 70 de sus seguidores, de asentarse cerca del puesto de Tucson a principios de

1819. Debido a la enemistad entre los miembros de esta banda y otros apaches que ya estaban en el puesto, Antonio Norbona, autoridad militar de Sonora, se las arregló para trasladar a algunos del primer grupo a Santa Cruz.

Más mortíferas que los apaches a principios del siglo xix fueron las epidemias que periódicamente arrasaban la zona. El padre Narciso Gutiérrez, de Tumacácori, enterró a veinticinco indios de su jurisdicción durante los dos últimos meses de 1816, quince de ellos niños. La peste había afectado primero a San Ignacio, en agosto, y después se extendió hacia el norte. Su impacto fue probablemente muy fuerte entre los indios de Tucson y San Xavier, así como entre los habitantes de Tumacácori. La población nativa americana en esas localidades perdió 209 habitantes entre 1804 y 1818. Los vecinos tuvieron más suerte que las misiones indias, ya que mantuvieron su número durante las dos últimas décadas del control español sobre la zona del sur de Arizona. En el censo de Tucson del padre Arriquibar de 1797, se incluían 79 civiles, contando a los niños. En 1819 el total era de 68. El padre Gutiérrez contabilizó 75 vecinos en 1820, mientras que, dieciséis años antes, el mismo sacerdote había incluido en su censo a 82. La relativa paz que prevalecía en el norte de la frontera a principios de 1800, trajo como resultado algún incremento de la población vecina en zonas mineras y ganaderas alejadas de los presidios y misiones.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LA INDEPENDENCIA

La guerra de independencia dio un giro inusual cuando un grupo de oficiales en España, el 1 de enero de 1820, proclamó la constitución liberal, que había sido aprobada por las Cortes en 1812. Cuando la Iglesia se dio cuenta de que se enfrentaba con un grave ataque hacia sus privilegios y posesiones, las altas autoridades eclesiásticas de Nueva España pensaron que la Iglesia podía salvarse apoyando la independencia en México. Una alianza con el ejército, o con parte de él, podía ayudarles a conseguir su objetivo. La oportunidad se presentó cuando el coronel Agustín de Iturbide fue nombrado comandante militar del sur de México. Iturbide nació en Valladolid, México, (rebautizado como Morelos) era hijo de un rico comerciante vasco y de madre criolla. Luchó contra Hidalgo, pero en 1815 fue acusado de delitos finan-

cieros. Un año más tarde, se retiró del ejército. A pesar de que su hoja de servicios era bastante pobre, Iturbide recibió el nombramiento que le permitió dirigir las fuerzas realistas.

Desde el principio, Iturbide parecía determinado a ganarse las simpatías de su antiguo adversario, el líder insurgente Vicente Guerrero. Guerrero desconfiaba, pero finalmente aceptó reunirse con Iturbide cuando el comandante realista anunció el 24 de febrero de 1821 su programa para la independencia mexicana. Poco después las dos partes decidieron unir sus fuerzas y, en agosto, los proyectos se habían completado. Iturbide entró en la ciudad de México como si fuese un liberador, el 27 de setiembre, el día de su 38 cumpleaños. Irónicamente, no duró mucho en el cargo y los problemas del México independiente comenzaron. El general Alejo García Conde se adhirió al Plan de Iguala el 24 de agosto de 1821 y se quedó en las provincias fronterizas hasta el 1 de julio de 1822, cuando fue trasladado a la ciudad de México y nombrado inspector general de caballería.

La transición de la nacionalidad española a la mexicana no afectó a toda la región de la misma manera. Los que habitaban la frontera tenían una conciencia vaga de lo que era luchar por la independencia y no empezaron a sentir los efectos hasta que la situación empezó a deteriorarse. Algunos oficiales españoles de Arizona simplemente hicieron juramento de lealtad hacia el nuevo gobierno y continuaron en sus cargos durante la primera parte del periodo mexicano. El gobierno civil y las instituciones no cambiaron. Los alcaldes locales continuaron en sus cargos y los soldados de los presidios permanecieron en sus puestos. Los sueldos, provisiones y equipos, sin embargo, se hicieron inadecuados para luchar contra la reabierta hostilidad de los apaches.

LOS PIMAS

Los pimas que vivían a orillas de los ríos Santa Cruz y San Pedro, se convirtieron y vivieron bajo la dirección de los misioneros españoles. Adoptaron la forma de vida española porque no tenían elección, cultivando y poseyendo granjas al estilo español. Por su parte, los pimas del río Gila no estaban controlados por los misioneros, pero aceptaron la nueva cultura hasta cierto punto. Con el trigo, se introdujeron en sus vidas importantes modificaciones. Abandonaron sus antiguas

formas de asentamiento y se agruparon, colocando sus casas unas más cerca de otras, con el fin de cultivar los campos y proteger las cosechas de los apaches. Los pimas del río Gila consiguieron útiles de labranza de hierro y arados tirados por bueyes. Incorporaron carne, aves, frutas y verduras a su dieta cambiando sus hábitos culinarios. El contacto con la cultura hispánica les proporcionó un concepto elemental del comercio diferente del trueque de regalos. Vendían los productos sobrantes comenzando a adquirir cierto sentido del valor relativo en las transacciones comerciales.

Los indios de las misiones adoptaron elementos de la cultura hispánica que los misioneros consideraban buenos para ellos, pero los pimas del río Gila aceptaron la cultura hispánica en sus propios términos. Aceptaron utilizar a los caballos como monturas pero rechazaron hacer uso de ovejas y cabras para conseguir lana y comida. Se unieron a los españoles en el esfuerzo común de mantener a los apaches controlados. El incremento de la densidad de población trajo una más compleja organización institucional. La diseminación de la cultura hispánica a lo largo de la parte sur de Arizona hasta el río Gila, había comenzado cuando fray Marcos de Niza pasó por la zona en 1539 y fue continuada gracias a los esfuerzos del padre Kino y Garcés por establecer misiones y visitas entre los indios. En 1776, mientras las colonias inglesas luchaban por la independencia, el pueblo de Tucson tomó su nombre de la vecina ranchería pima y vivió por separado hasta la ocupación americana.

A pesar de los esfuerzos de Kino y Garcés por establecer en Arizona una civilización apacible, estable y centrada en la Iglesia española, sus esfuerzos nunca fueron totalmente exitosos. La corona española intentaba mantener a los indios bajo control. Los informes de los padres eran generalmente optimistas, pero muchos de los indios vivían fuera de la esfera de influencia de la misión y, consecuentemente, eran hostiles. Incluso los pimas y yumas pacíficos se rebelaron varias veces y mataron a muchos misioneros que habían contribuido a su bienestar.

Aunque los misioneros criticaron la política militar adoptada por el virrey Bernardo de Gálvez, ésta dio resultado. Desde 1790 a 1820, los apaches vivieron en paz y los colonos empezaron a instalarse cerca de Tubac y Tucson. Al final del periodo español, Ignacio Pérez poseía gran cantidad vacas, mientras que a otros colonos se les habían concedido tierras para el pastoreo. En la zona había miles de cabezas de

ganado, ovejas y caballos, cosechas de maíz, judías, trigo y verduras. Con el inicio de la era mexicana, floreció la actividad minera y se establecieron nuevas granjas en los alrededores de Tubac y Tucson. Desgraciadamente, diez años después de la independencia mexicana, los apaches empezaron la lucha una vez más. Atacaron Calabazas, donde quemaron edificios, y arrasaron el rancho de San Pedro, robando gran cantidad de ganado. El alcalde de Tucson, Francisco Ortega, afirmó que los habitantes de su ciudad estaban preparados para ayudar en la defensa de la frontera. Entre los voluntarios para la campaña contra los apaches estaban los hermanos Teodoro, Antonio y Pedro Ramírez, los dos últimos habían servido como soldados del presidio. Los actuales alcaldes Juan Romero y José León también ofrecieron sus servicios como hicieron José Herreras, Clemente Telles y Saturnino Castro. En total, 28 colonos, más 20 pimas del pueblecito de Tucson y 18 de San Xavier del Bac, acordaron enfrentarse a los indios hostiles.

CONCESIONES TRANSITORIAS DE TIERRAS

Un ranchero llamado Manuel Bustillo, que residía en el presidio de Santa Cruz, solicitó la concesión de San Rafael de la Zanja, situada al este de Nogales, el 19 de julio de 1821. Argumentando que poseía mucho ganado y que necesitaba más tierra de pastoreo para su mantenimiento, solicitó al intendente de Arizpe que tomara las medidas legales necesarias para conseguir un título de propiedad. La tierra era medida bajo la supervisión del capitán Ignacio Elías González, comandante del presidio, que tasó las tierras tomando en consideración el hecho de que estaban cerca de territorio apache. Bustillo quedó satisfecho con el precio de tres terrenos con agua corriente a 60 dólares cada uno, y uno seco a 30 dólares o, lo que es lo mismo, 210 dólares por un total de más de 27 millas cuadradas de tierra. Pero en la subasta pública del 8 de enero de 1822, don Ramón Romero, en su nombre y en el de los habitantes de Santa Cruz, compró la tierra por 1.200 dólares, más 97 de impuestos. La escritura fue formalizada en Arizpe el 15 de mayo de 1825 por la República de México, de acuerdo con la ley española de 1754 relativa a dichas concesiones.

La concesión de tierra más pequeña en Arizona fue la de San José de Sonoita, que se estrecha a ambos lados del zigzagueante arroyo de

Sonoita, al oeste del pueblo de Patagonia. En 1821, un rancharo residente en Tubac, León Herreras, solicitó dos sitios de tierra a lo largo del arroyo para pastar su ganado. Ignacio Elías González inspeccionó la tierra, la cual, debido a lo accidentado y rocoso del terreno, se convirtió sólo en uno y tres cuartos de sitio. El precio era de 60 dólares por sitio, ya que tenía agua, lo que totalizaba 105 dólares, más impuestos. Se celebró una subasta y se le concedió la escritura a León Herreras en 1825. La familia Herrera tuvo que abandonar las tierras en la década de 1830 debido a los ataques de los indios.

En 1827, don Ignacio Elías González y doña Eulalia Elías González solicitaron ocho sitios de un terreno conocido como San Ignacio del Babocomari para criar en él ganado y caballos. La tierra, que se extendía más de 20 millas a lo largo del arroyo de Babocomari, fue subastada y comprada el siguiente año al precio de 60 dólares por cada uno de los seis sitios de regadío y 10 dólares cada uno de los dos sitios de secano. El total era de aproximadamente 380 dólares por algo más de 54 millas cuadradas de excelente tierra de pastoreo. La escritura fue emitida en Arizpe el 25 de diciembre de 1832. Durante casi 20 años, el ganado de Elías apacentó en las praderas, pero a finales de 1840 la familia abandonó la tierra de los apaches, que ya habían matado a dos de los hermanos Elías.

El capitán Ignacio Elías González y Nepomucino Feliz solicitaron una concesión de cuatro sitios que se extendían a lo largo de las dos orillas del río San Pedro, un lugar llamado San Juan de las Boquillas. Pagaron 240 dólares por los cuatro sitios y se firmó la escritura en 1833. Los apaches hostiles consiguieron expulsar a sus originarios ocupantes, pero los hijos y herederos de la concesión de Boquillas continuaron luchando por la propiedad hasta bien entrado el periodo americano.

La concesión de cuatro sitios denominada San Rafael del Valle fue para Rafael Elías González y estaba situada en el valle de San Pedro, al sur de Boquillas. Se extendía a ambos lados del río, al norte del actual Hereford y fue adquirido en 1827 por 240 dólares. Esta familia criaba grandes rebaños de ganado, pero también se vio obligada a abandonar la tierra debido a los ataques de los apaches. Los hijos de Ignacio —José Juan, Manuel y José María— se enfrentaron con muchas complicaciones durante el periodo americano al intentar conseguir que se confirmara su título de propiedad. La tierra, junto a la concesión de

San Juan de las Boquillas, finalmente pasó a ser propiedad de la compañía de ganado y tierras de Boquilla, subsidiaria de la compañía californiana de ganado y tierras del condado de Kern.

LA EXPULSIÓN DE LOS ESPAÑOLES

La negativa española a reconocer la independencia de México, hizo que corrieran rumores de que Fernando VII intentaba reclamar su antigua colonia. El gobernador del Estado de Occidente, José María Gaxiola, promulgó el 15 de febrero de 1828, en Concepción de Alamos, una orden expulsando a

todos los españoles que sirviendo a la milicia del gobierno español en el año de 1821, no se han decidido a prestar el mismo servicio a la causa de nuestra independencia, saldrán del territorio del Estado, en el preciso y perentorio término de treinta días contados desde la publicación de esta ley en las respectivas municipalidades.

También quedaban sujetos a la ley «los españoles de cualquier clase, estado y condición, notoriamente desafectos a la independencia y actual forma de gobierno» y «todos los españoles que obtienen en el Estado algún empleo público, civil o eclesiástico». Los misioneros españoles tenían que irse.

El capitán Pedro Villaescusa, de Tucson, informó al padre Ramón Liberos de Tumacácori que tenía tres días para poner en orden los asuntos de la misión. Nombró a Ramón Pamplona, mitad papago y mitad yaqui, nacido en la misión en 1785, administrador. Éste había sido uno de los representantes de la delegación para la concesión de tierras en 1806. Durante la segunda semana de abril de 1828, el último fraile salió de Tumacácori. La iglesia estaba casi acabada, pero ahora comenzaría un periodo de abandono. Sólo cuatro curas nativos se quedaron en la Pimería Alta: José Pérez Llera, en San Ignacio, Faustino González, en Caborca, Juan Maldonado, en Oquitoa y Tubutama y Rafael Díaz en Cocóspera. Díaz estaba encargado de ocuparse de Tumacácori, San Xavier y los presidios de Santa Cruz, Tubac y Tucson. Los años siguientes estuvieron marcados por la disensión y las dificultades.

Dos informes de 1843 resumen la situación de la misión en ese año. El juez de paz de Tubac, señaló que la iglesia de Tumacácori estaba en buenas condiciones, pero que algunas partes del convento, contiguo a la iglesia y construido en 1821, se estaban desplomando. Los campos de la misión, estaban excesivamente poblados de árboles de mezquite y otras malezas y el que estaba situado a más distancia del pueblo era ocasionalmente visitado por «unos cuantos indios» que iban allí a regar pequeñas parcelas. Ninguno de los campos estaba arrendado a extranjeros ni se había vendido. Los pastos y campos de Calabazas estaban abandonados, al igual que los de Guevavi y Sonoita. Sólo el ganado salvaje (brancos) pastaba en las colinas.

La situación de San Xavier del Bac no era mucho mejor. La iglesia estaba todavía en buenas condiciones, aunque los arcos tenían grietas, los había ido dañando el agua: las pesadas lluvias de verano (las aguas) y las lloviznas de invierno (equipatas). La humedad había causado deterioros en la pintura y el juez de paz de Tucson, expresaba su preocupación porque no se había encargado a ningún cura la supervisión de las reparaciones; la ruina de la iglesia era inminente. El convento había sido destruido. En dos de las salas las galerías se habían derrumbado, las vigas estaban rotas, y el mate sobre las vigas estaba corroído. El muro que rodeaba el huerto se había desplomado y los árboles frutales se habían secado. El gobernador de San Xavier cultivaba una zona del jardín y sólo se utilizaba una octava parte del terreno que había sido previamente reservado para criar ganado. El informe acusaba al padre Díaz, quien había muerto poco antes, de tener desatendida la iglesia y los otros edificios y de llevarse algunos muebles. Unos cuantos indios permanecieron en El Pueblito y los campos de la misión eran cultivados por seis indios, los únicos que quedaban ya.

LA GUERRA ENTRE MÉXICO Y LOS ESTADOS UNIDOS

Arizona apenas fue afectada por la guerra entre los Estados Unidos y México. En 1846 sólo había dos ciudades principales en la zona, Tubac y Tucson, cada una contaba con el ejército de su guarnición. Desde que los misioneros establecieron contactos con los pimas que habitaban a lo largo de los ríos Gila, San Pedro y Santa Cruz, éstos se habían acostumbrado a los visitantes extranjeros, por lo que las expe-

diciones militares que cruzaron Arizona no tuvieron demasiadas dificultades. El corredor de Arizona, establecido por los curas españoles y por Juan Bautista de Anza, continuaba siendo utilizado por los militares, que lo cruzaban cuando iban o volvían de California. Primero, el general José Castro, líder de la resistencia mexicana en California, cruzó Sonora en 1846. Kit Carson siguió el mismo camino cuando llevaba las noticias sobre la guerra hacia el este. Poco después de la conquista de Nuevo México, el general Stephen Watts Kearny siguió el curso del río Gila hasta la unión con Colorado y California. Le seguía el batallón mormón comandado por el teniente coronel Philip Saint George Cooke. El área de Arizona situada al norte del río Gila se convirtió en parte de los Estados Unidos como resultado del Tratado de Guadalupe Hidalgo, con el que finalizó la guerra con México el 2 de febrero de 1848.

La carretera abierta por el batallón mormón, empezó a ser utilizada inmediatamente por los buscadores de oro que, en 1849, iban de camino a California. Los militares de los Estados Unidos también usaban el corredor de Arizona para diferentes misiones, pero hasta la compra de Gadsden, consumada en 1853, que trasladó la frontera sur del río Gila hasta su actual frontera con Sonora, ninguno de los que viajaban por Arizona se asentó allí. El sur de Arizona fue explorado por el teniente A. W. Whipple y su grupo en 1853, durante la misión de reconocimiento de la línea de ferrocarril del Pacífico. Como resultado, cada vez más americanos se familiarizaban con la zona.

El largo periodo de dominio hispánico en Arizona llegó a su fin en 1855, cuando la comisión fronteriza determinó los límites de las dos naciones. Sin embargo, durante un año más, Tucson y esa parte de Arizona que había sido poblada por rancheros y granjeros, estarían aún bajo la protección de la guarnición mexicana del presidio de Tucson. Ocho años después de que cesaran las hostilidades, en marzo de 1856, Hilarión García retiró las tropas mexicanas de Tucson, a pesar del descontento de los residente americanos e hispanos que quedaron expuestos a las correrías de los apaches. Los primeros regimientos de Dragones de los Estados Unidos no tomaron posesión del presidio hasta noviembre, fecha en que la bandera americana ondeó en Tucson por primera vez. Arizona, a pesar de saber mantenerse en términos de guerras europeas, era una de las más activas en lo referente a la guerra con los indios. La transición de España a México fue bastante lenta y

la ocupación por parte de los Estados Unidos sólo se hizo esperar hasta que se acordó la línea internacional y la guarnición mexicana fue expulsada.

HERENCIA Y VIDA HISPANA

Los angloamericanos llegaron a Arizona a partir de 1848, pero la cultura hispana no desapareció. Hombres de negocios como Jesús y José Redondo, se ganaron la vida bastante bien incrementando la producción de ganado cerca de Yuma y conduciéndolo a los yacimientos de oro de California. Esteban Ochoa, natural de Chihuahua, se convirtió en un personaje importante de Nuevo México y Arizona, gracias a los negocios mercantiles y a la política. Rancheros bien conocidos, que debían su fortuna a los días de dominio español, eran por ejemplo las familias de Otero, Robles, Carrillo, Pacheco, Aro y Aguirre. Las últimas tres generaciones de los Aguirres en Arizona —Pedro, Epifanio e Higinio— habían tenido ranchos ganaderos que ocupaban más de 27 secciones del estado.

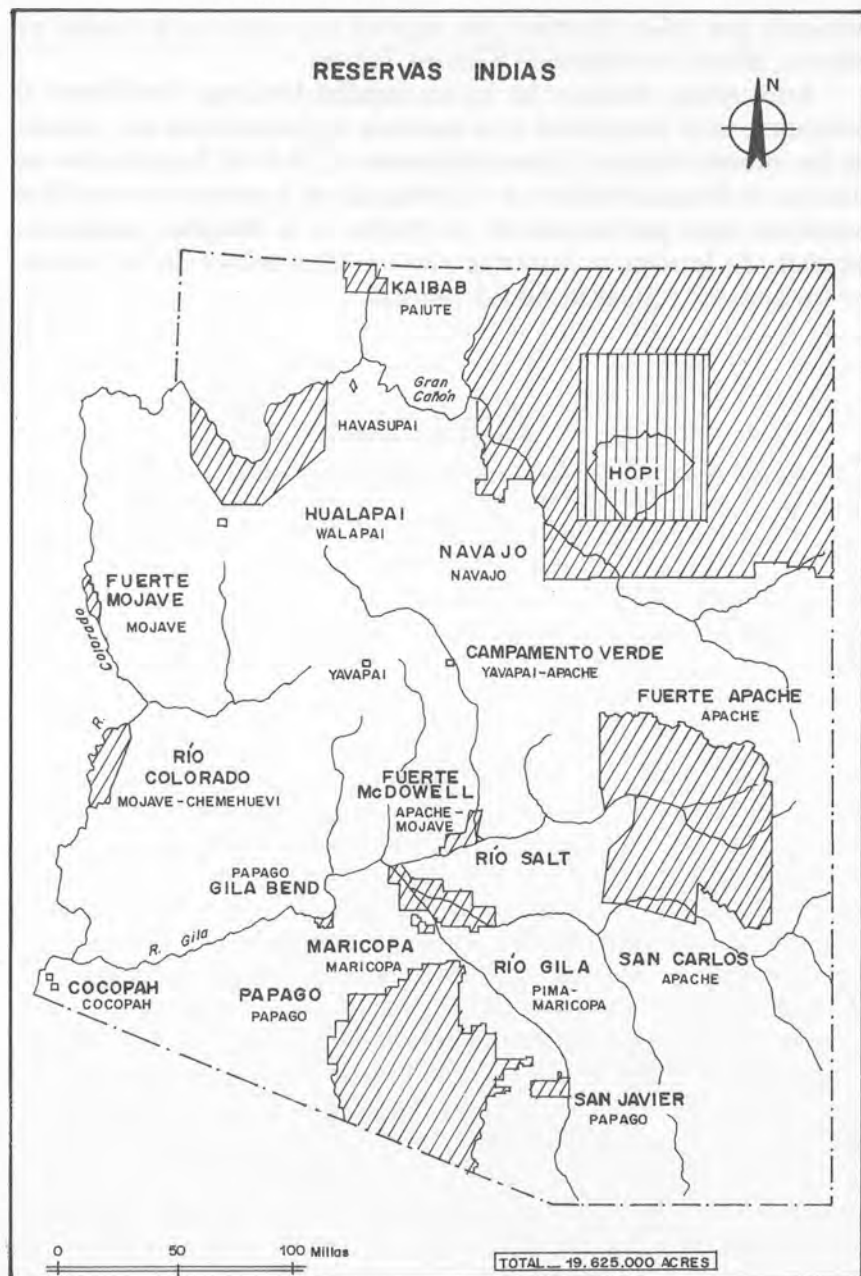
La herencia española es particularmente notable en lo referente a la minería, ranchos y agricultura. Muchas de las leyes de Arizona incluidas en su constitución fueron sacadas casi al pie de la letra del código español y la forma de vida de los primeros pobladores de Arizona fue la de los colonos hispano-mexicanos. Las mujeres españolas de las familias de Elías González, Sosa, Carrillo, Aguirre, y Romero, así como las que se casaron con americanos, como Teófila León, que se convertiría en la mujer de Mark Aldrich, alcalde de Tucson, contribuirían también a la vida social e intelectual de Arizona. Las hermanas Petra y Atanasia Santa Cruz, casadas con Hiram S. Stevens y Samuel Hughes, también sirvieron de puente entre las dos culturas.

Los mexicanos en Tucson continuaron siendo, después de 1856, mercaderes, políticos, artistas e intelectuales que formaron una sociedad de clase media mexicana en los Estados Unidos. Hombres como Esteban Ochoa, que se convirtió en alcalde de Tucson, Jesús María Elías, Mariano Samaniego y Federico Ronstadt, dedicado a los negocios y a los ranchos, fueron líderes respetados en toda Arizona. Los mexicanos trabajaban en el ayuntamiento de Tucson, en el consejo del condado de Pima, como supervisores, y en el establecimiento de la le-

gislatura territorial. Fueron pioneros en la creación de la educación pública y privada. Francisco León trabajó en la primera junta de educación de Tucson y Esteban Ochoa donó la tierra donde se construiría el colegio de la calle del Congreso. Los habitantes de Tucson fundaron el teatro Carmen y publicaron periódicos, como «El Fronterizo» o «El Tucsonense». La cocina, el arte y la música mexicanas eran extremadamente populares entre todos los sectores de la población, y continúa siéndolo hoy en día.

Arizona fue el primer estado en el que el contacto oficial se hizo en la zona llamada ahora del suroeste. Fue la tierra que desató la imaginación de fray Marcos de Niza y también la tierra donde Esteban, el ambicioso moro, encontró la muerte. Arizona fue el lugar donde Coronado realizó su gran empresa y donde el Gran Cañón despliega su más imponente vista. El padre Eusebio Kino facilitó el camino a las misiones jesuitas y dio el primer paso hacia el establecimiento de relaciones pacíficas con los nativos. El padre Francisco Garcés y Juan Bautista de Anza exploraron la región y abrieron la ruta de California. Debido a su gran población de habla hispana y a los lazos culturales, Arizona mantiene una estrecha relación con el estado mexicano de Sonora. Muchas de las primeras familias de pobladores tienen familiares a ambos lados de la frontera. También se mantienen relaciones comerciales.

El presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosevelt, declaró la iglesia misionera de Tumacácori monumento nacional en 1908. Desde entonces, el edificio ha sido bien cuidado. En el pasado, sin embargo, se cometieron algunos errores al utilizar métodos de conservación poco adecuados. El añadir cemento de Portland para proteger el adobe de las inclemencias del tiempo realmente contribuyó a su deterioro, ya que la humedad quedó en los muros. En 1975, el servicio del parque nacional dirigió el programa de estabilización más completo de los hasta entonces emprendidos, se eliminó el cemento de las paredes y se reemplazó por adobe de barro y cal, al más puro estilo español. Cinco de las estatuas, llevadas a San Xavier del Bac por motivos de seguridad en 1848, fueron devueltas a Tumacácori en 1973. San Xavier, de nuevo una misión franciscana en activo para los indios papago, es también parte del Patrimonio Histórico Nacional, y está en pleno funcionamiento. Parte de las ruinas del presidio de Tubac se convirtieron en el primer parque del estado en 1958. Una estatua del padre Eusebio Kino,



esculpida por Julián Martínez, un español que vivía en la ciudad de México, adorna el bulevar de Kino en Tucson.

Estos restos, unidos a las activas familias hispanas, constituyen el contrapeso más importante a la herencia angloamericana de Arizona de las últimas décadas. Aproximadamente el 25 % de la población de Arizona es hispanohablante, y el porcentaje de personas con apellidos españoles crece paulatinamente. La huella de la temprana ocupación española de la zona se mantiene viva en los nombres de los lugares, en los paisajes, y en la identidad cultural.

23 / 319 - ENSAYO DE LINGÜÍSTICA

El presente artículo se refiere a la lengua de los indios de la zona de la Sierra de la Cruz, en el Estado de Oaxaca, México. Se trata de una lengua que ha sido poco estudiada y que se encuentra en peligro de extinción. El autor describe la fonología, la morfología y la sintaxis de esta lengua, así como su gramática. Se menciona que esta lengua pertenece a la familia de las lenguas otomangas y que se habla en un área muy limitada. El autor también menciona que esta lengua ha sido influenciada por el español y que se ha perdido gran parte de su vocabulario original. El artículo concluye diciendo que es necesario hacer más estudios sobre esta lengua para poder preservarla.

APÉNDICES

En este apartado se presentan los datos de la lengua de los indios de la zona de la Sierra de la Cruz, en el Estado de Oaxaca, México. Se trata de una lengua que ha sido poco estudiada y que se encuentra en peligro de extinción. El autor describe la fonología, la morfología y la sintaxis de esta lengua, así como su gramática. Se menciona que esta lengua pertenece a la familia de las lenguas otomangas y que se habla en un área muy limitada. El autor también menciona que esta lengua ha sido influenciada por el español y que se ha perdido gran parte de su vocabulario original. El artículo concluye diciendo que es necesario hacer más estudios sobre esta lengua para poder preservarla.

En este apartado se presentan los datos de la lengua de los indios de la zona de la Sierra de la Cruz, en el Estado de Oaxaca, México. Se trata de una lengua que ha sido poco estudiada y que se encuentra en peligro de extinción. El autor describe la fonología, la morfología y la sintaxis de esta lengua, así como su gramática. Se menciona que esta lengua pertenece a la familia de las lenguas otomangas y que se habla en un área muy limitada. El autor también menciona que esta lengua ha sido influenciada por el español y que se ha perdido gran parte de su vocabulario original. El artículo concluye diciendo que es necesario hacer más estudios sobre esta lengua para poder preservarla.

En este apartado se presentan los datos de la lengua de los indios de la zona de la Sierra de la Cruz, en el Estado de Oaxaca, México. Se trata de una lengua que ha sido poco estudiada y que se encuentra en peligro de extinción. El autor describe la fonología, la morfología y la sintaxis de esta lengua, así como su gramática. Se menciona que esta lengua pertenece a la familia de las lenguas otomangas y que se habla en un área muy limitada. El autor también menciona que esta lengua ha sido influenciada por el español y que se ha perdido gran parte de su vocabulario original. El artículo concluye diciendo que es necesario hacer más estudios sobre esta lengua para poder preservarla.

ENSAYO BIBLIOGRÁFICO

CAPÍTULO I

Un tratamiento excelente de la geografía de Arizona es el libro de Roger Dunbier, *The Sonoran Desert: Its Geography, Economy, and People*, University of Arizona Press, Tucson, 1968, y para mapas detallados, *Historical Atlas of Arizona* por Henry P. Walker y Don Bufkin, publicado por la University of Oklahoma Press en 1979, es muy útil. Una buena panorámica es Bert Fireman, *Arizona: Historic Land*, Alfred Knopf, Nueva York, 1982, Jay J. Wagoner, *Early Arizona: Prehistory to Civil War*, University of Arizona Press, Tucson, 1975, y Rufus Kay Wyllys, *Arizona: The History of a Frontier State*, Phoenix, 1950.

Fuentes básicas para el estudio de los pueblos nativos de Arizona son los vols. 9 y 10, *Southwest*, editado por Alfonso Ortiz, del *Handbook of North American Indians*, bajo edición general de William C. Sturtevant y publicado por The Smithsonian Institution, Washington, D.C., en 1979. El vol. 9 contiene la prehistoria con prólogo de Ortiz y Richard B. Woodbury. Para artículos sobre el tema, Paul S. Martin, George J. Gumerman, Emil W. Haury, Charles C. Di Peso, Albert H. Schroeder, Fred Plog y otros. El vol. 10 abarca el oeste de Arizona, especialmente a los havasupai, walapai, yavapai, mohave, maricopa, quechan, cocopa, pima, papago y pimas inferiores. Los artículos de Bernard L. Fontana y Paul Ezell son particularmente de gran valor.

Un viejo y útil trabajo es el de Thomas Weaver, editor, *Indians of Arizona: A Contemporary Perspective*, publicado por la University of Arizona Press en Tucson en 1974. Contiene artículos de Haury, Fontana, Gordon V. Krutz, Frank Lobo, Emory Sekaquaptewa, Barry Bainton y Ruth Hughes Gartell. Edward H. Spicer's *Cycles of Conquest: The Impact of Spain, Mexico and the United States on the Indians of the Southwest: 1533-1960* es extremadamente útil. Henry Dobyns ha escrito una serie de artículos en relación a los pueblos nativos desde un punto de vista histórico.

Un tratamiento popular de los pueblos pima puede hallarse en Ruth Underhill, *The Papago Indians of Arizona and Their Relatives the Pima*, Lawrence, Kansas, 1941. Véase también Edward F. Castetter y Willis H. Bell, *Pima and Papago Indian Agriculture*, Albuquerque, 1942.

CAPÍTULO II

Para un marco general sobre la historia española, véase Pedro Aguado Bleyes y Cayetano Alcázar Molina, *Manual de Historia de España*, tomos I, II y III, Espasa-Calpe, Madrid, 1964, y Claudio Sánchez Albornoz, *Spain: A Historical Enigma*, vols. I y II, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1975. Para interpretaciones acerca del Nuevo Mundo, véase Hubert H. Herring, *A History of Latin America from the Beginning to the Present*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1965. Las exploraciones y los descubrimientos son tratados en Juan Dantín Cereceda, *Exploradores y Conquistadores de las Indias Occidentales 1492-1540: Relatos Geográficos*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1964, y Manuel Ballesteros Gaibrois, editor, *Bibliotheca Indiana: Viajes y Viajeros por Norteamérica*, Aguilar, Madrid, 1958.

Los libros sobre Hernán Cortés y la conquista de México son muy numerosos. Especialmente importante son el de Salvador de Madariaga, *Hernán Cortés, Conqueror of Mexico*, 1941, y Henry R. Wagner, *The Rise of Fernando Cortés*, 1944. Una buena versión en inglés del viaje de Cabeza de Vaca es Cleve Hallenbeck, *Alvar Nuñez Cabeza de Vaca: The Journey and Route of the First European to Cross the Continent of North America, 1534-1536*, The Arthur H. Clark Co., Glendale, California, 1940.

CAPÍTULO III

Fuentes para el estudio de la penetración española en el suroeste de los Estados Unidos pueden encontrarse en el Archivo General de Indias en Sevilla, en microfilm en la Bancroft Library de la Universidad de California, Berkeley, la biblioteca de la Sociedad Histórica de Arizona y en la biblioteca de la Universidad de Arizona, en Tucson, así como en los publicados *Documentos Inéditos del Archivo de Indias*, la *Historia General y Natural de las Indias*, tomo III, libro XXXV., ed. 1853, de Oviedo, y en los 12 vols. de Antonio de Herrera, *Historia general de los hechos de los Castellanos*, editado por Antonio Ballesteros-Beretta, Madrid, 1934-1953. Existe también una guía editada por Henry R.

Wagner, *The Spanish Southwest, 1542-1794: An Annotated Bibliography* publicada en 2 vols. por la Quivira Society, Los Ángeles, 1967.

Los primeros artículos sobre fray Marcos de Niza fueron escritos por Percy M. Baldwin, «Fray Marcos de Niza and His Discovery of the Seven Cities of Cibola», *New Mexico Historical Review*, I, 1926, y Carl O. Sauer, «The Credibility of the Fray Marcos Account», *New Mexico Historical Review*, XVI, 1940, si bien los análisis más recientes y completos del viaje se encuentran en una nueva edición de la obra de Clive Hallenbeck: *The Journey of Fray Marcos de Niza* con una introducción de David J. Weber, publicado en Dallas por la Southern Methodist University Press en 1987. Véase también David J. Weber, «Fray Marcos de Niza and the Historians», en *Myth and the History of the Hispanic Southwest*, Albuquerque, 1988.

Frederick Webb Hodge editó las narraciones de Alvar Núñez Cabeza de Vaca y la de Pedro de Castaneda sobre la expedición de Francisco Vázquez de Coronado en *Spanish Explorers in the Southern United States 1528-1543* y Herbert E. Bolton editó *Spanish Exploration in the Southwest*, ambos publicados en Nueva York por Charles Scribner's Sons en 1907 y 1908. George Winship's «The Coronado Expedition», *Fourteenth Annual Report*, Bureau of American Ethnology, Part I, Washington, D.C., 1896, contiene algunas narraciones originales. Un trabajo moderno es A. Grove Day, *Coronado's Quest*, 1940. George Hammond y Agapito Rey editaron *The Rediscovery of New Mexico 1580-1594*, Albuquerque, 1966, usando documentos del Archivo General de Indias para los viajes de Espejo y Oñate. Asimismo útil es Baltasar de Obregón, *Historia de los Descubrimientos Antiguos y Modernos de la Nueva España*, editado por Mariano Cuevas, México, 1924.

Jack D. Forbes ha proporcionado una excelente información del punto de vista de los nativos americanos en *Apache, Navaho and Spaniard*, Norman, Oklahoma, 1960. También escribió «Melchior Diaz and the Discovery of Alta California», para el *Pacific Historical Review*, XXVII, noviembre de 1958. La vida del virrey Mendoza se detalla en: Arthur Scott Aiton, *Antonio de Mendoza: First Viceroy of New Spain*, Nueva York, 1927, y la de Rodríguez Cabrillo en Harry Kelsey, *Juan Rodríguez Cabrillo*, San Marino, 1986. Asimismo importante es Philip Wayne Powell, *Soldiers, Indians and Silver: The Northward Advance of New Spain, 1550-1600*, Berkeley, 1952.

CAPÍTULO IV

De excepcional valor para los primeros pasos de la historia de la Arizona hispánica es John L. Kessell, *Mission of Sorrows: Jesuit Guevavi and the Pimas 1691-1767*, con un prólogo de Ernest J. Burrus, S.J., Tucson, 1970. Trabajos

generales incluyen los de Francisco Javier Alegre, S.J., *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, editado por Ernest J. Burrus, S.J., y Félix Zubillaga, S.J., 4 vols., Roma, 1956-1960, Andrés Pérez de Ribas, *Historia de los Triunfos de Nuestra Santa Fe entre Gentes las más Bárbaras y Fieras del Nuevo Orbe*, Madrid, 1645, y Peter Masten Dunne, *Pioneer Jesuits in Northern Mexico*, 1944, y *Pioneer Black Robes on the West Coast*, 1940. Ernest J. Burrus editó *La Obra Cartográfica de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús 1567-1967*, Madrid, 1967, y *Correspondencia del P. Kino con los Generales de la Compañía de Jesús, 1682-1707*, México, 1961, y tradujo *Kino's plan for the Development of Pimeria Alta, Arizona and Upper California*, Tucson, 1961. El padre Burrus también escribió *Kino and Manje, Explorers of Sonora and Arizona: Their Vision of the Future: A Study of their Expeditions and Plans*, Roma, 1971. Charles W. Polzer, S.J., también editó «The Franciscan Entrada into Sonora, 1645-1652: A Jesuit Chronicle», *Arizona and the West*, XIV, año, 1972.

Herbert E. Bolton's *Rim of Christendom: A Biography of Eusebio Francisco Kino, Pacific Coast Pioneer*, Nueva York, 1936, es asimismo de gran valor. Bolton ha preparado asimismo la *Guide to Materials for the History of the United States in the Principal Archives of Mexico*, Washington, D.C., 1913, que inspiró el trabajo de Charles E. Chapman *Catalogue of Materials in the Archivo General de Indias for the History of the Pacific Coast and the American Southwest*, Berkeley, 1919.

CAPÍTULO V

Buenas fuentes para este periodo siguen siendo los documentos del Archivo General de Indias, Contratación y Guadalajara, y el libro de John L. Kessell, *Mission of Sorrows: Jesuit Guevavi and the Pimas 1691-1767*, Tucson, 1970, y el de Francisco Javier Alegre, S.J., *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, Roma, 1956-1960. Asimismo importantes son: Juan Matheo Manje, *Unknown Arizona and Sonora, 1693-1721*, trad. por Harry J. Karns and Associates, Tucson, 1954, y Henry F. Dobyns, *Spanish Colonial Tucson: A Demographic History*, Tucson, 1976. El libro de Hubert Howe Bancroft *History of Arizona and New Mexico, 1530-1888*, San Francisco, 1889, proporciona un buen resumen y Ernest J. Burrus, editor y traductor, *Jacobo Sedelmayr: Missionary, Frontiersman, Explorer in Arizona and Sonora*, 1955, y Juan Antonio Baltasar, *Padre Visitador to the Sonora Frontier, 1744-1745*, 1957, ofrecen vistazos detallados de las actividades de los jesuitas.

CAPÍTULO VI

Las fuentes para la historia de los jesuitas en Nueva España y en la frontera norte de Sonora y Baja California son numerosas. La División Americana del Jesuit Historical Institute de la Universidad de Arizona, en Tucson, ha compilado una gran riqueza de información en su proyecto Documentary Relations of the Southwest (DRSW). El índice de manuscritos de las Provincias Internas se divide en 18 vols. clasificados bajo lugares, personas, etnias, militares, archivos y palabras clave. Las entradas sobre Arizona *per se* se limitan hasta los últimos años del siglo xviii. Una excelente fuente para información biográfica sobre los misioneros jesuitas es Francisco Zambrano, S.J., y José Gutiérrez Casillas, S.J., *Diccionario Bio-Bibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, México, 1977.

John Kessell, *Mission of Sorrows: Jesuit Guevavi and the Pimas 1691-1767*, y Francisco Alegre, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, continúan siendo fuentes de gran valor. Asimismo Theodore Treutlein, ed. y trad., *Missionary in Sonora: The Travel Reports of Joseph Och, S.J., 1755-1767*, San Francisco, 1965, y Ernest J. Burrus, ed., *Misiones Nortenanas Mexicanas de la Compañía de Jesús 1751-1757*, México, 1963, son importantes junto con Russell C. Ewing, «The Pima Outbreak in November, 1751», *New Mexico Historical Review*, XIII, octubre de 1963, e «Investigations into the Causes of the Pima Uprising of 1751», *Mid-America*, octubre de 1938. Véase también Edward Spicer, *Cycles of Conquest: The Impact of Spain, Mexico and the United States on the Indians of the Southwest 1533-1960*, Tucson, 1962, y J. Augustine Donohue, *After Kino: Jesuit Missions in Northwestern New Spain 1711-1767*, Roma, 1969.

Los documentos que abarcan éste y los últimos periodos del siglo xviii pueden encontrarse en la colección de William B. Stephens de la Biblioteca de la Universidad de Texas, en Austin. Véase Carlos E. Castaneda y Jack Autrey Dabbs, *Guide to the Latin American Manuscripts in the University of Texas Library*, Cambridge, Massachusetts, 1939.

CAPÍTULO VII

Luis Navarro García en *Don José de Gálvez y La Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España*, Sevilla, 1964, describe las condiciones en la frontera de Sonora a lo largo del siglo xviii. James Officer's *Hispanic Arizona, 1536-1856*, Tucson, 1987, proporciona un resumen de las primeras exploraciones y asentamientos en Arizona, efectúa una crónica de los últimos años de los jesuitas con algún detalle y comienza en profundidad a finales del siglo xviii.

John Kessell's *Mission of Sorrows: Jesuit Guevavi and the Pimas 1691-1767*, Tucson, 1970, y Henry F. Dobyns, *Spanish Colonial Tucson*, Tucson, 1976, continúan siendo fuentes de gran valor para este periodo. Asimismo importante son los trabajos de J. Augustine Donohue, S.J., «The Unlucky Jesuit Mission of Bac, 1732-1737, *Arizona and the West*, II, verano, 1960, para San Xavier del Bac y Jay J. Wagoner's *Early Arizona*, Tucson, 1975, para los misioneros y los soldados en el siglo XVIII. Para operaciones militares y relacionadas, véase Janet R. Fireman's *The Spanish Royal Corps of Engineers in the Western Borderlands*, Glendale, 1977. Véase también Nicolás de la Fora, *Relación del Viaje que hizo a los Presidios Internos situados en la frontera de la América Septentrional perteneciente al rey de España*, editado por Mario Hernández y Sánchez-Barba en *Bibliotheca Indiana*, tomo II, *Viajes por Norteamérica*, Madrid, 1958, y Nicolás de la Fora, *The Frontiers of New Spain: Nicolas de la Fora's Description, 1766-1768*, traducido por Lawrence Kinnaird, Berkeley, 1958. Juan Nentvig, un jesuita de la misión de Guasavas desde 1752 a 1767 escribió una narración acerca de Sonora llamada *Rudo Ensayo*, Tucson, 1951, que se ha hecho bastante conocida. Luis Navarro García, «El Marqués de Croix (1766-1771)», en *Los virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos III*, editado por José Antonio Calderón Quijano, I, pp. 161-381, Sevilla, 1967.

Para la expulsión de los jesuitas, véase Alberto Francisco Pradeau, *La expulsión de los Jesuitas de las Provincias de Sonora, Ostimuri y Sinaloa en 1767*, México, D.F., 1959. Benno Ducrue, *Account of the Expulsion of the Jesuits from Lower California (1767-1769)*, editado por Ernest J. Burrus, S.J., Roma, 1967, posee muchas semejanzas con el área de Sonora. Kieran McCarty, O.F.M., ha narrado un historia de transición en *A Spanish Frontier in the Enlightened Age: Franciscan Beginnings in Sonora and Arizona, 1767-1770*, Washington, D.C., 1981.

CAPÍTULO VIII

Los documentos fundamentales que abarcan este periodo se encuentran en el Archivo General de Indias, Guadalajara y México. Asimismo algunos se encuentran en el Archivo General de la Nación, México, D.F., Historia y Marina. Luis Navarro García, *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España*, Sevilla, 1964, sigue siendo una fuente importante para este periodo. Asimismo de extremado valor es el trabajo de John L. Kessell, *Friars, Soldiers, and Reformers: Hispanic Arizona and the Sonora Mission Frontier 1767-1856*, Tucson, 1976. Henry Dobyns, *Spanish Colonial Tucson*, Tucson, 1976, trata el área de Tucson desde el punto de vista militar y religioso.

Fundamentales para el estudio del virreinato es Bernard E. Bobb, *The Viceroyalty of Antonio Maria Bucareli in New Spain, 1771-1779*, Austin, 1962. Max Moorhead, *The Presidio*, Norman, 1975, contiene el Reglamento de 1772 además de las ilustraciones de los presidios de la frontera norte. Véase también Sidney Brinckerhoff y Odie B. Faulk, *Lancers for the King*, Phoenix, 1965. Joseph P. Sánchez, *Spanish Bluecoats: The Catalan Volunteer in Northwestern New Spain 1767-1810*, Albuquerque, 1990, proporciona un buen repaso a los que sirvieron en la *Compañía Franca de Voluntarios de Cataluña*. Charles R. Carlisle y Bernard L. Fontana, «Sonora in 1773: Reports by Five Jalisco Friars», *Arizona and the West*, II (1969).

Para las expediciones de Juan Bautista de Anza a California y los viajes de Francisco Garcés al río Colorado, véase Jack D. Forbes, *Warriors of the Colorado: The Yumas of the Quechan Nation and their Neighbors*, Norman, Oklahoma, 1965, para el punto de vista. Herbert Eugene Bolton ha editado y traducido *Anza's California Expeditions* en 5 vols., Berkeley, 1930, y Elliot Coues ha editado y traducido *On the Trail of a Spanish Pioneer: The Diary and Itinerary of Francisco Garcés in his Travels Through Sonora, Arizona and California 1775-1776*, 2 vols., Nueva York, 1900. Véase Mario Hernández y Sánchez-Barba, *Juan Bautista de Anza, un hombre de fronteras*, Madrid, 1962. Documentos originales pueden encontrarse en el Archivo General de Indias, Provincias Internas. Véase también J. N. Bowman y Robert F. Heizer, *Anza and the Northwestern Frontier of New Spain*, Los Ángeles, 1967. Para la expedición de Escalante, véase Herbert E. Bolton, editor y traductor, *Pageant in the Wilderness: The Story of the Escalante Expedition to the Interior Basin, 1776, including the Diary and Itinerary of Father Escalante*, Salt Lake City, Utah, 1950.

CAPÍTULO IX

Las pruebas documentales para este capítulo se han sacado principalmente del Archivo General de Indias, Provincias Internas. Para una biografía del primer Comandante de las Provincias Internas, véase Alfred Barnaby Thomas, *Teodoro de Croix and the Northern Frontier of New Spain, 1776-1783*, Norman, Oklahoma, 1941. Véase también Lillian Estelle Fisher, «Teodoro de Croix», *Hispanic American Historical Review*, IX, pp. 488-504. Fuentes de continuada importancia son John L. Kessell, *Friars, Soldiers and Reformers*, Tucson, 1976; Luis Navarro García, *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas*, Sevilla, 1964; James Officer, *Hispanic Arizona, 1536-1856*, Tucson, 1987; Henry Dobyns, *Spanish Colonial Tucson*, Tucson, 1976, y Jack D. Forbes, *Warriors of the Colorado*, Norman, Oklahoma, 1965.

Elizabeth A. H. John, *Storms Brewed in Other Men's Worlds: The Confrontation of Indians, Spanish, and French in the Southwest, 1540-1975*, Lincoln, Nebraska, 1975, posee un excelente capítulo sobre las Provincias Internas. Donald E. Worcester ha editado y traducido *Instructions for Governing the Interior Provinces of New Spain, 1786*, por Bernardo de Gálvez, Berkeley, 1951. Enrique González Flores y Francisco R. Almada han editado el *Informe de Hugo de O'Connor sobre el estado de las Provincias Internas del Norte, 1771-1976*, México, 1952. Algunos artículos importantes son el de Mary Lu Moore y Delmar L. Beene, «The Interior Provinces of New Spain: the Report of Hugo O'Connor», *Arizona and the West*, XIII, otoño, 1971; Noel M. Loomis, «Commandants-General of the Interior Provinces: A Preliminary List», *Arizona and the West*, XI, otoño, 1969 y Max L. Moorhead, «Spanish Deportation of Hostile Apaches: The Policy and the Practice», *Arizona and the West*, XVII, otoño, 1975.

Kieran McCarty, O.F.M., ha traducido y editado una serie de documentos sobre la historia de Arizona durante este periodo en *Desert Documentary: The Spanish Years 1767-1821*, Tucson, 1976. McCarty publicó «The Colorado Massacre of 1781: Maria Montiel's Report», en *The Journal of Arizona History*, XVI, 1975, n.º 3. Asimismo importante es Ronald L. Ives, «Retracing the Route of the Fages Expedition of 1781», *Arizona and the West*, XVIII, primavera y verano, 1966, y Ronald L. Ives, *Jose Velasquez: Saga of a Borderland Soldier*, Tucson, 1984.

CAPÍTULO X

La principal fuente documental continúa estando en el Archivo General de Indias, Provincias Internas, y en el Archivo General de la Nación, México, D.F. Henry Dobyns, *Spanish Colonial Tucson*, Tucson, 1976, narra la batalla del 1 de mayo de 1782 en detalle. Asimismo de gran valor es John L. Kessell, *Friars, Reformers and Soldiers*, Tucson, 1976. Otros trabajos importantes para este periodo son los de Max L. Moorhead, *The Apache Frontier: Jacobo Ugarte and Spanish-Indian Relations in Northern New Spain, 1769-1791*, Norman, 1968; Michael C. Meyer, *Water in the Hispanic Southwest: A Social and Legal History, 1550-1850*, Tucson, 1984; Albert Stagg, *The First Bishop of Sonora: Antonio de los Reyes*, O.F.M., Tucson, 1976, y Lino Gómez Canedo, ed., *Sonora hacia fines del siglo XVIII: Un informe del misionero franciscano Fray Francisco Antonio Barbasro, con otros documentos complementarios*, Guadalupe, México, 1971.

Artículos útiles son los de Carl Sauer, ed., «A Spanish Entrada into the Arizona Apacheria», *Arizona Historical Review*, VI, 1935, n.º 1; John L. Kessell, «The Puzzling Presidio: San Felipe de Guevavi, alias Terrenate», *New Mexico Historical Review*, 41, 1966; George P. Hammond, ed., «The Zuñiga Journal,

Tucson to Santa Fe: The Opening of a Spanish Trade Route, 1788-1795», *New Mexico Historical Review*, VI, 1931; Ray H. Mattison, «Early Spanish and Mexican Settlements in Arizona», *New Mexico Historical Review*, XXI, 1946; Roberto Mario Salmon, «A 1791 Report on the Villa de Arizpe», ed. por Thomas H. Naylor en *The Journal of Arizona History*, XXIX, 1983; y Henry Dobyns, «The 1797 Population of the Presidio of Tucson», *Journal of Arizona History*, XIII, 1972.

Dos importantes informes a Carlos IV en España efectuados por el virrey conde de Revilla Gigedo son, *Informe sobre las misiones, 1793 e Instrucción reservada al Marqués de Branciforte, 1794*, introducción y notas de José Bravo Ugarte, México, D.F., 1966, y Daniel S. Matson y Bernard L. Fontana, *Friar Bringas Reports to the King: Methods of Indoctrination on the Frontier of New Spain 1796-97*, Tucson, 1977.

CAPÍTULO XI

John L. Kessell, *Friars, Soldiers and Reformers*, Tucson, 1976, proporciona un excelente resumen de las negociaciones en nombre de los indios tumacacori para obtener la concesión de tierras. Su trabajo trata también el papel de los soldados de la frontera en la guerra de México para la independencia. Henry Dobyns, *Spanish Colonial Tucson*, Tucson, 1976, también detalla la actuación de los que se hallaban en los presidios de Arizona permaneciendo leales a España en los primeros años de la independencia. Su trabajo contiene datos de los censos sobre la población nativa americana de Tucson y San Xavier del Bac en 1801. La historia de las primeras concesiones de tierras en el área de Arizona está contenida en Jay J. Wagoner, *Early Arizona*, Tucson, 1975.

La biblioteca de la Sociedad Histórica de Arizona posee varios documentos importantes en microfilm, tales como el decreto para la expulsión de los españoles del 15 de febrero de 1828 de José María Gaxiola y también un decreto similar del 16 de enero de 1833 de Manuel Gómez Pedraza.

Algunos artículos especializados son los de Karen Sikes Collins, «Fray Pedro de Arriquibar's Census of Tucson, 1820», *The Journal of Arizona History*, XI, 1970, n.º 1; Kieran McCarty, O.F.M., «Tubac Census of 1831», *Copper State Bulletin*, Arizona State Genealogical Society, XVI y XVII, 1981, 1 y 2; 1982, 1; y Ray H. Mattison, «Early Spanish and Mexican Settlements in Arizona», *New Mexico Historical Review*, XXI, 1946.

James E. Officer, *Hispanic Arizona 1536-1856*, Tucson, 1987, proporciona un excelente tratamiento de la comunidad mexicana después de la independencia de España y detalla la llegada de los comerciantes americanos de pieles durante las décadas de 1820 y 1830. Asimismo importante sobre esta materia es

David J. Weber, *The Taos Trappers: The Fur Trade in the Far Southwest, 1540-1846*, Norman, Oklahoma, 1971, y David J. Weber, *Northern Mexico on the Eve of the United States Invasion. Rare Imprints Concerning California, Arizona, New Mexico and Texas, 1821-1846*, Nueva York, 1976.

C. L. Sonnichsen, *Tucson: The Life and Times of an American City*, Norman, Oklahoma, 1982, resume los primeros tiempos de Tucson y abarca la transición desde una ciudad hispánica ocupada por americanos hasta la «invasión yanqui» de 1846. Thomas L. Sheridan, *Los Tucsonenses: The Mexican Community in Tucson, 1854-1941*, Tucson, 1986, sigue las vidas de familias hispánicas hasta el comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Pueden encontrarse fotografías de las primeras familias hispánicas en la biblioteca de la Sociedad Histórica de Arizona, en Tucson.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, E. B., ed., «Fray Silvestre and the Obstinate Hopi», *New Mexico Historical Review*, 38, 1963, pp. 97-138.
- Aguirre, Y., «The Last of the Dons», *Journal of Arizona History*, vol. 10, n.º 4, 1969.
- Aguirre, Y., «Echoes of the Conquistadores», *Journal of Arizona History*, vol. 16, n.º 3, 1969.
- Alegre, F. J., *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús de Nueva España*, ed. por E. J. Burrus, S.J. y F. Zubillaga, S.J., vol. 4, Institutum Historicum Societatis Jesu, Roma, 1956-1960.
- Baegert, J. J., S.J., *Observations in Lower California*, ed. y trad. por M. M. Brandenburg y C. L. Baumann, University of California Press, Berkeley, 1952.
- Baldonado, L., «Missions San José de Tumacacori and San Xavier del Bac in 1774», *The Kiva*, vol. 24, n.º 4, 1959, 21-24 de abril.
- Baldonado, L., «The Dedication of Caborca», *The Kiva*, vol. 24, n.º 4, 1959, cubierta interior.
- Baldwin, G. C., *The Ancient Ones: Basketmakers and Cliff Dwellers of the Southwest*, W. W. Norton, Nueva York, 1963.
- Bancroft, H. H., *History of Arizona and New Mexico, 1530-1888*, The History Company, San Francisco, 1889.
- Bandelier, A. F., *The Gilded Man (El Dorado) and Other Pictures of the Spanish Occupancy of America*, D. Appleton, Nueva York, 1893.
- Bannon, J. F., *The Mission Frontier in Sonora, 1513-1821*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1974.

- Barnes, T. C., T. H. Naylor y C. W. Polzer, *Northern New Spain: A Research Guide*, The University of Arizona Press, Tucson, 1981.
- Bartlett, K., «Spanish Contacts With The Hopi, 1540-1823», *Museum Notes*, Museum of Northern Arizona, vol. 6, n.º 12, 1934.
- Bazant, J., *A Concise History of Mexico from Hidalgo to Cardenas, 1805-1940*, Cambridge University Press, London, 1977.
- Beilharz, E. A., *Felipe de Neve, First Governor of California*, California Historical Society, San Francisco, 1971.
- Bleser, N. J., *Tumacacori: From Rancheria to National Monument*, Southwest Parks and Monuments Association, s. f.
- Boas, F., «Tales of Spanish Provenance from Zuni», *Journal of American Folk-lore*, 35, 1922, pp. 62-98.
- Boas, F. y E. C. Parsons, «Spanish Tales from Laguna and Zuni, N. Mex», *Journal of American Folk-lore*, 33, 1920, pp. 47-72.
- Bobb, B. E., *The Viceregency of Antonio Maria Bucareli in New Spain, 1771-1779*, University of Texas Press, Austin, 1962.
- Bolton, H. E., ed., *Anza's California Expeditions*, 5 vols., University of California Press, Berkeley, 1930.
- Bolton, H. E., «The Mission as a Frontier Institution in the Spanish-American Colonies», *American Historical Review*, vol. 23, 1917, pp. 42-61.
- Bolton, H. E., ed., *Spanish Exploration in the Southwest, 1542-1706*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1916; reimpreso por Barnes and Noble Publications, Nueva York, 1952.
- Bolton, H. E., *Rim of Christendom: A Biography of Eusebio Francisco Kino, Pacific Coast Pioneer*, Nueva York, Russell and Russell, 1960.
- Bolton, H., ed. y trad., *Pageant in the Wilderness: The Story of the Escalante Expedition to the Interior Basin, 1776, Including the Diary and Itinerary of Father Escalante*, Utah State Historical Society, Salt Lake City, 1950.
- Bowman, J. N. y R. F. Heizer, *Anza and the Northwest Frontier of New Spain*, Southwest Museum, Los Angeles, 1967.
- Brady, R. H., «The Franciscans in Pimeria Alta», tesina sin publicar, University of California, Berkeley, 1925.

- Brinckerhoff, S. B., «The Last Years of Spanish Arizona», *Arizona and the West*, vol. 9, n.º 1, 1967, primavera 5-20.
- Brinckerhoff, S. B. y O. B. Faulk, *Lancers for the King*, Arizona Historical Foundation, Phoenix, 1965.
- Burrus, E. J., S.J., ed., *Diario del Capitán Comandante Fernando de Rivera y Moncada con un apéndice documental*, vol. 2, Ediciones José Porrúa Turanzas, Madrid, 1967.
- Burrus, E. J., S.J., ed., *Kino and the Cartography of Northwestern New Spain*, Arizona Pioneers Historical Society, Tucson, 1965.
- Burrus, E.J., S.J., *Kino and Manje, Explorers of Sonora and Arizona: Their Vision of the Future: A Study of Their Expeditions and Plans*, Jesuit Historical Institute Rome, 1971.
- Burrus, E. J., S.J., ed., *Kino Reports to Headquarters: Correspondence of Eusebio F. Kino, S. J., from New Spain with Rome*, Institutum Historicum Societatis Jesu, Roma, 1954.
- Burrus, E. J., S.J., *Kino's Plan for the Development of Pimeria Alta, Arizona, and Upper California*, Arizona Pioneers' Historical Society Tucson, 1961.
- Burrus, E. J., S.J., *Misiones Nortenas Mexicanas de la Compañía de Jesús 1751-1757*, Antigua Librería Roberdo, México, 1963.
- Burrus, E. J., S.J., «Rivera y Moncada, Explorer and Military Commander of Both Californias, in the Light of His Diary and Other Contemporary Documents», *Hispanic American Historical Review*, vol. 50, 1970, pp. 682-692.
- Byars, C., «Documents of Arizona History: The First Map of Tucson», *The Journal of Arizona History*, vol. 7, n.º 4, 1966.
- Calderón Quijano, J. A., ed., *Los Virreyes de Nueva Espana en el reinado de Carlos III*, vol. 2, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1967-1968.
- Campa, A. L., *Hispanic Culture in the Southwest*, University of Oklahoma Press, Norman, 1979.
- Carlisle, C. R. y B. L. Fontana, «Sonora in 1773: Reports by Five Jalisco Friars», *Arizona and the West*, vol. 11, n.ºs 1-2, 1969.
- Castetter, E. F. y W. H. Bell, *Pima and Papago Indian Agriculture*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1942.

- Chambers, G. W., «The Old Presidio of Tucson», *The Kiva*, vol. 20, 1955, n.^{os} 2-3, diciembre-febrero 15-16.
- Chapman, C. E., *The Founding of Spanish California: The Northwestward Expansion of New Spain, 1687-1783*, Macmillan, Nueva York, 1916.
- Christiansen, P. W., «The Presido and the Borderlands: A Case Study», *Journal of the West*, vol. 8, n.º 1, 1969.
- Collins, K. S., «Fray Pedro de Arriquibar's Census of Tucson, 1820», *The Journal of Arizona History*, vol. 11, primavera de 1970, pp. 14-22.
- Coues, E., ed. and trad., *On the Trail of a Spanish Pioneer: The Diary and Itinerary of Francisco Garcés in His Travels through Sonora, Arizona, and California, 1775-1776; Translated from an Official Contemporaneous Copy of the Original Spanish Manuscript*, vol. 2, Francis P. Harper, Nueva York, 1900.
- Cullimore, C., «A California Martyr's Bones», *California Historical Society Quarterly*, vol. 33, 1954, pp. 13-21.
- Dale, E. E., *The Indians of the Southwest: A Century of Development under the United States*, University of Oklahoma Press, Norman, 1949.
- DiPeso, C. C., *The Upper Pima of San Cayetano del Tumacacori: An Archaeohistorical Reconstruction of the Ootam of Pimeria Alta*, Amerind Foundation, Dragoon, Arizona, 1956.
- Dobyns, H. F., «Indian Extinction in the Middle Santa Cruz Valley, Arizona», *New Mexico Historical Review*, vol. 38, 1963, pp. 163-181.
- Dobyns, H. F., «Military Transculturation of Northern Piman Indians, 1782-1821», *Ethnohistory*, vol. 19, 1972, pp. 323-343.
- Dobyns, H. F., «The 1797 Population of the Presidio of Tucson: A Reconsideration», *The Journal of Arizona History*, vol. 13, otoño de 1972, pp. 205-209.
- Dobyns, H. F., «Some Spanish Pioneers in Upper Pimeria», *The Kiva*, vol. 25, n.º 1, 1959.
- Dobyns, H. F., *Spanish Colonial Tucson*, University of Arizona Press, Tucson, 1976.
- Donahue, J. A., «The Unlucky Jesuit Mission of Bac», *Arizona and the West*, vol. 2, verano de 1960, pp. 27-139.

- Donahue, J. A., *After Kino: Jesuit Missions in Northwestern New Spain 1711-1767*, Jesuit Historical Institute, Rome, 1969.
- Douglas, W. A., «On the Naming of Arizona», *Names*, vol. 27, n.º 4, 1979.
- Dunbier, R., *The Sonoran Desert: Its Geography, Economy, and People*, The University of Arizona Press, Tucson, 1968.
- Dunne, P. M., ed. y trad., *Jacobo Sedelmayr, Missionary, Frontiersman, Explorer in Arizona and Sonora*, Arizona Pioneers' Historical Society, Tucson, 1955.
- Eckhart, G. B., «A Guide to the History of the Missions of Sonora, 1614-1826», *Arizona and the West*, vol. 2, 1960, pp. 165-183.
- Engelhardt, Z., O.F.M., *The Franciscans in Arizona*, Holy Childhood Indian School, Harbor Springs, Mich., 1899.
- Euler, R. C., y H. F. Dobyns, *The Hopi People*, Indian Tribal Series, Phoenix, Arizona, 1971.
- Ewing, R. C., «Investigations into the Causes of the Pima Uprising of 1751», *Mid-America*, XXIII, abril de 1941, pp. 138-151.
- Ewing, R. C., «The Pima Outbreak in November, 1751», *New Mexico Historical Review*, XIII, octubre de 1938, pp. 337-346.
- Feather, A., «Origin of the Name Arizona», *New Mexico Historical Review*, vol. 39, n.º 2, 1964.
- Fireman, B. M., *Arizona: Historic Land*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1982.
- Fireman, J. R., *The Spanish Royal Corps of Engineers in the Western Borderlands. Instrument of Bourbon Reform, 1764 to 1815*, The Arthur H. Clark Co., Glendale, California, 1977.
- Fontana, B. L., «Biography of a Desert Church: The Story of Mission San Xavier del Bac», *The Smoke Signal*, n.º 3, The Westerners, Tucson, 1961, rev. 1963.
- Forbes, J. D., *Apache, Navajo, and Spaniard*, University of Oklahoma Press, Norman, 1960.
- Forbes, J. D., *Warriors of the Colorado: The Yumas of the Quechan Nation and Their Neighbors*, University of Oklahoma Press, Norman, 1965.
- Forest, E. R., *Mission and Pueblos of the Old Southwest: Their Myths, Legends, Fiestas and Ceremonies, with Some Accounts of the Indian Tribes and Their Dances; and of the Penitentes*, Arthur H. Clark, Cleveland, 1929.

- Garcés, F., *In the Trail of a Spanish Pioneer: the Diary and Itinerary of Francisco Garcés (Missionary Priest) in His Travels Through Sonora, Arizona, and California, 1775-1776*, ed. por E. Coues, vol. 2, Francis P. Harper, Nueva York, 1900.
- Garcés, F., *A Record of Travels in Arizona and California, 1775-1776*, ed. J. Galvin, John Howell Books, San Francisco, 1967.
- Galvin, J., ed., y A. Smithers, trad., *The Coming of Justice to California: Three Documents Translated from the Spanish*, John Howell, San Francisco, 1963.
- Garcés, F. T. H., 29 de Julio de 1768, «Carta» al Sr. D. Juan Bautista de Anza, *Documentos para la Historia de México*, serie 4, tomo 2, pp. 365-366, Imprenta de Vicente García Torres, México.
- Gardiner, A. D., trad., «Letter of Father Middendorf, S.J. Dated 3 March, 1757», *The Kiva*, vol. 22, n.º 4, 1957, 5-11 de julio.
- Geiger, Rev. M., O.F.M., *The Kingdom of St. Francis in Arizona (1539-1939)*, Santa Barbara, Calif., 1939.
- Geiger, Rev. M., O.F.M., «A Voice from San Xavier del Bac (1802-1805)», *Provincial Annals*, Province of Santa Barbara, vol. 16, n.º 1, 1953, 5-11 de julio.
- Gerald, R. E., *Spanish Presidios of the Late Eighteenth Century in Northern New Spain*, Musuem of New Mexico Research Records, Santa Fe, n.º 7, 1968.
- Gómez Canedo, L., O.F.M. *Los archivos de la historia de América, periodo colonial español*, vol. 2, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1961.
- Gómez Canedo, L., O.F.M., ed., *Sonora hacia fines del siglo XVIII: Un informe del misionero franciscano Fray Francisco Antonio Barbastro, con otros documentos complementarios*, Librería Font, Guadalajara, 1971.
- González Flores, E. y F. R. Almada, eds., *Informe de Hugo de O'Connor sobre el estado de las Provincias Internas del Norte, 1771-76*, Editorial Cultura, México, D. F., 1952.
- Goodwin, G., *The Social Organization of the Western Apache*, The University of Chicago Press, Chicago, 1942.
- Greenleaf, C. y A. Wallace, «Tucson: Pueblo, Presidio, and American City: A Synopsis of Its History», *Arizoniana*, vol. 3, verano de 1962, pp. 18-24.

- Habig, M. A., «The Builders of San Xavier del Bac», *Southwestern Historical Quarterly*, vol. 41, octubre de 1937, pp. 154-166.
- Hallenbeck, C., *Alvar Nunez Cabeza de Vaca: The Journey and Route of the First European to Cross the Continent of North America, 1534-1536*, The Arthur H. Clark Co., Glendale, California, 1940.
- Hallenbeck, C., *The Journey of Fray Marcos de Niza*, introducción por D. J. Weber e ilustraciones por José Cisneros, Southern Methodist University Press, Dallas, 1987.
- Hamilton, P., «Arizona - An Historical Outline», *Arizona Historical Review*, vol. 1, n.º 1, 1928.
- Hamilton, P., *The Resources of Arizona*, 3rd ed., A. L. Bancroft and Co., San Francisco, 1884.
- Hammond, G. P., «Pimeria Alta after Kino's Time», *New Mexico Historical Review*, IV, julio de 1929, pp. 220-238.
- Hammond, G. P., «The Zuñiga Journal, Tucson to Santa Fe, the Opening of a Spanish Trade Route, 1788-1795», *New Mexico Historical Review*, 6, enero de 1931, pp. 40-65.
- Hammond, G. y A. Rey, *Narratives of the Coronado Expedition, 1540-1542*, The University of New Mexico Press, Albuquerque, 1940.
- Hastings, J. R., «People of Reason and Others: The Colonization of Sonora to 1767», *Arizona and the West*, vol. 3, 1961, pp. 321-340.
- Hernández y Sánchez-Barba, M., «Frontera, Población y Milicia (Estudio estructural de la acción defensiva hispánica en Sonora durante el siglo XVIII)», *Revista de Indias*, vol. 16, n.º 63, 1956, pp. 9-49.
- Hernández y Sánchez-Barba, M., *Juan Bautista de Anza, un hombre de fronteras*, Publicaciones Españolas, Madrid, 1962.
- Hernández y Sánchez-Barba, M., *La última expansión española en América*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1957.
- Hodge, F. W., y T. H. Lewis, eds., *Spanish Explorers in the Southern United States, 1528-1543*, reimpresión de 1907, Barnes and Noble, Nueva York, 1965.
- Holterman, J., «José Zuñiga, Commandant of Tucson», *The Kiwa*, vol. 22, noviembre de 1956.

- Humboldt, A. Von, *Political Essay on the Kingdom of New Spain...*, vol. 4 y atlas, Longman, Hurst, Rees, Orme and Brown, Londres, 1811.
- Ivancovich, B., «Juan Bautista de Anza; Pioneer of Arizona», *Arizoniana*, vol. 1, enero de 1960, pp. 21-24.
- Ives, R. L., «The Grave of Melchior Diaz: A Problem in Historical Sleuthing», *The Kiva*, vol. 25, n.º 2, 1959.
- Ives, R. L., ed., «From Pitic to San Gabriel in 1782: The Journey of Don Pedro Fages», *Journal of Arizona History*, vol. 9, 1968, pp. 222-244.
- Ives, R. L., «Retracing the Route of the Fages Expedition of 1781», *Arizona and the West*, vol. 8, n.ºs 1-2, 1966.
- Ives, R. L., «The Quest for the Blue Shells», *Arizoniana*, II, primavera de 1961, pp. 3-7.
- Jackson, E., *Tumacacori's Yesterdays*, Santa Fe: Southwestern Monuments Association, 1951, ligeramente revisado, Southwest Parks and Monuments Association, Globe, Arizona, 1973.
- Jackson, R. H., «Causes of Indian Population Decline in the Pimeria Alta Mission of Northern Sonora», *The Journal of Arizona History*, vol. 24, n.º 4, 1983.
- Kendrick, T. D., *Mary of Agreda: The Life and Legend of a Spanish Nun*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1967.
- Kessell, J. L., «Father Pamon and the Big Debt, Tumacacori, 1821-1823», *New Mexico Historical Review*, vol. 44, 1969, pp. 53-72.
- Kessell, J. L., «Friars, Bureaucrats, and the Seris of Sonora», *New Mexico Historical Review*, vol. 50, 1975, pp. 73-95.
- Kessell, J. L., «Friars versus Bureaucrats: The Mission as a Threatened Institution on the Arizona-Sonora Frontier, 1767-1842», *The Western Historical Quarterly*, vol. 5, 1974, pp. 151-162.
- Kessell, J. L., «Making of a Martyr: The Young Francisco Garcés», *New Mexico Historical Review*, vol. 45, 1970, pp. 181-196.
- Kessell, J. L., *Mission of Sorrows: Jesuit Guevavi and the Pimas, 1691-1767*, The University of Arizona Press, Tucson, 1970.
- Kessell, J. L., «The Puzzling Presido: San Felipe de Guevavi, alias Terrenate», *New Mexico Historical Review*, vol. 41, 1966, pp. 21-46.

- Kessell, J. L., ed., «Anza Damns the Missions: A Spanish Soldier's Criticism of Indian Policy», *The Journal of Arizona History*, vol. 13, 1972, pp. 53-63.
- Kessell, J. L., ed., «Anza, Indian Fighter: The Spring Campaign of 1766», *The Journal of Arizona History*, vol. 9, 1968, pp. 155-163.
- Kessell, J. L., ed., «Father Eixarch and the Visitation at Tumacacori, May 12, 1775», *The Kiva*, vol. 30, 1965, pp. 77-81.
- Kessell, J. L., ed., «A Personal Note from Tumacacori, 1825», *The Journal of Arizona History*, vol. 6, 1965, pp. 141-147.
- Kessell, J. L., ed., «San José de Tumacacori, 1773: A Franciscan Reports from Arizona», *Arizona and the West*, vol. 6, 1964, pp. 303-312.
- Kessell, J. L., *Friars, Soldiers, and Reformers: Hispanic Arizona and the Sonora Mission Frontier 1767-1856*, The University of Arizona Press, Tucson, 1976.
- Kinnaird, L., *The Frontiers of New Spain. Nicolas LaFora's Description, 1766-1768*, The Quivira Society Berkeley, California, 1958.
- Kino, E. F., S.J., *Historical Memoir of the Pimeria Alta*, trad. por H. E. Bolton, dos volúmenes en uno, University of California Press, Berkeley, 1948.
- LaFora, N. de, *Relación del viaje que hizo a los presidios internos situados en la frontera de la América Septentrional perteneciente al Rey de España*, ed. V. A. Robles, Editorial Pedro Robredo, México, 1939; Traducido y editado por L. Kinnaird como *The Frontiers of New Spain: Nicolas de LaForas' Description, 1766-1768*, Quivira Society, Berkeley, 1958.
- Lockwood, F. C., y D. W. Page, «Tucson — the Old Pueblo», *Arizona Historical Review*, vol. 3, 1930-1931, n.º 1, pp. 16-58, n.º 2, pp. 45-94.
- Loomis, N. M., «Commandants-General of the Interior Provinces, A Preliminary List», *Arizona and the West*, vol. 11, n.º 3, 1969.
- Manning, W. C., «Ancient Pueblos of New Mexico and Arizona», *Harper's Magazine*, 51, 1875, pp. 327-333.
- Matson, D. S., y A. H. Schroeder, eds., «Cordero's Description of the Apache 1796», *New Mexico Historical Review*, vol. 32, 1957, pp. 335-356.
- Matson, D. S., y B. L. Fontana, eds., *Friar Bringas Reports to the King*, The University of Arizona Press, Tucson, 1977.

- Mattison, R. H., «Early Spanish and Mexican Settlements in Arizona», *New Mexico Historical Review*, vol. 21, n.º 4, 1946.
- Mattison, R. H., «The Tangled Web: The Controversy Over the Tumacacori and Baca Land Grants», *The Journal of Arizona History*, vol. 8, n.º 2, 1967.
- Maughan, S. J., «Francisco Garcés and New Spain's Northwestern Frontier, 1768-1781», Tesis Doctoral sin publicar, University of Utah, 1968.
- McCarty, K. R., O.F.M., «Apostolic Colleges of the Propagation of the Faith — Old and New World Background», *The Americas*, vol. 8, 1962, pp. 50-58.
- McCarty, K. R., O.F.M., «Franciscan Beginnings on the Arizona-Sonora Desert, 1767-1770», Tesis Doctoral sin publicar, Catholic University of America, 1973.
- McCarty, K. R., O.F.M., «The Colorado Massacre of 1781: Maria Montiel's Report», *The Journal of Arizona History*, vol. 16, n.º 3, 1975.
- McCarty, K. R., O.F.M., *Desert Documentary: The Spanish Years, 1767-1821*, Historical Monograph n.º 4, The Arizona Historical Society, Tucson, 1976.
- McCarty, K. R., O.F.M., *A Spanish Frontier in the Enlightened Age: Franciscan Beginnings in Sonora and Arizona, 1767-1770*, Academy of Franciscan History, Washington, 1981.
- McCarty, K. R., O.F.M., «Tucson Census of 1831», *Copper State Bulletin*, Arizona State Genealogical Society, vol. XVI, n.ºs 1 y 2, 1981.
- McCarty, K. R., O.F.M., «Tubac Census of 1831», *Copper State Bulletin*, Arizona State Genealogical Society, vol. XVII, n.º 1, 1982.
- McClintock, J. H., *Arizona: Prehistoric, Aboriginal, Pioneer, Modern*, vol. 3, The S. J. Clarke Publishing Company, Chicago, 1916.
- Meinig, D. W., *Southwest: Three Peoples in Geographical Change, 1600-1970*, Oxford University Press, Nueva York.
- Meyer, M. C., *Water in the Hispanic Southwest, A Social and Legal History, 1550-1580*, The University of Arizona Press, Tucson, 1984.
- Moorhead, M. L., *The Apache Frontier: Jacobo Ugarte and Spanish-Indian Relations in Northern New Spain, 1769-1791*, University of Oklahoma Press, Norman, 1968.
- Moorhead, M. L., *The Presidio*, University of Oklahoma Press, Norman, 1975.

- Moore, M. L., y D. L. Beene, «The Interior Provinces of New Spain: The Report of Hugo O'Connor, January 30, 1776», *Arizona and the West*, vol. 13, n.º 3, 1971.
- Morrisey, R. J., «Early Agriculture in Pimeria Alta», *Mid-American*, vol. 31, 1949, pp. 101-108.
- Navarro García, L., *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España*, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1964.
- Navarro García, L., «El Marqués de Croix (1766-1771)», en *Los virreyes de Nueva España en el reinado de Carlos III*, ed. J. A. Calderón Quijano, vol. 2, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1967-1968, I, pp. 161-381.
- Nentuig, J., S.J., *Rudo Ensayo, by an unknown Jesuit padre, 1763*, Arizona Silhouettes, Tucson, 1951.
- Ortiz Alfonso, ed., *Handbook of North American Indians. Southwest*, vols. 9 y 10, W. C. Sturtevant, ed. general, The Smithsonian Institution, Washington, D. C., 1979.
- Page, D. W., «Tucson, Pre-Traditional Times to the Founding of the Presidio», en F. C. Lockwood, *Tucson, The Old Pueblo*, Manufacturing Stationers, Phoenix, Arizona, 1930.
- Park, J. F., «Spanish Indian Policy in Northern Mexico, 1756-1810», *Arizona and the West*, vol. 4, 1962, pp. 325-344.
- Pellat S., C., «El Hospital Militar Real de Arizpe, Sonora (1786-1862)», *El Imparcial*, Hermosillo, Sonora, México, 22 de abril de 1979.
- Polzer, C. W., ed., «The Franciscan Entrada into Sonora, 1645-1652: A Jesuit Chronicle», *Arizona and the West*, vol. 14, otoño de 1972, pp. 253-278.
- Powell, P. W., «Presidios and Towns on the Silver of New Spain, 1550-1580», *Hispanic American Historical Review*, vol. 24, mayo de 1944, pp. 179-200.
- Powell, P. W., *Soldiers, Indians and Silver: The Northward Advance of New Spain, 1550-1600*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1952.
- Pradeau, A. F., *La Expulsión de los Jesuitas de las Provincias de Sonora, Ostimuri y Sinaloa en 1767*, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, México, 1959.

- Priestley, H. I., *José de Gálvez, Visitor-general of New Spain, 1765-1771*, University of California Press, Berkeley, 1916.
- Revillagigedo, Conde de, *Informe sobre las misiones, 1793, e Instrucción reservada al Marqués de Branciforte, 1794*, introducción y notas de J. Bravo Ugarte, Editorial Jus, México, D.F., 1966.
- Riley, C. L., «Early Spanish-Indian Communication in the Great Southwest», *New Mexico Historical Review*, 46, 1971, pp. 285-314.
- Rowland, D. W., «The Elizondo Expedition Against the Indian Revels of Sonora, 1765-1771», Tesis Doctoral sin publicar, University of California, Berkeley, 1930.
- Rowland, D. W., ed., «A Project for Exploration Presented by Juan Bautista de Anza», *Arizona Historical Review*, vol. 7, n.º 2, 1963, pp. 10-18.
- Salmon, R. M., «A 1791 Report on the Villa de Arizpe», ed. por T. H. Naylor, *The Journal of Arizona History*, vol. 24, n.º 1, 1983.
- Salpointe, J. B., «The Church of San Xavier del Bac», *Arizona Star*, 20, 21 de abril de 1880.
- Sauer, C., «A Spanish Expedition into the Arizona Apacheria», *Arizona Historical Review*, vol. 6, enero de 1935, pp. 3-13.
- Sauer, C., «The Credibility of the Fray Marcos Account», *New Mexico Historical Review*, vol. 16, n.º 2, 1941.
- Seibold, D. K., «Cattle Raising and Spanish Speech in Southern Arizona», *Arizona Quarterly*, vol. 2, n.º 2, 1946.
- Sheridan, T., *Los Tucsonenses: The Mexican Community in Tucson, 1854-1941*, University of Arizona Press, Tucson, 1987.
- Simmons, M., «Spanish Attempts to Open a New Mexico-Sonora Road», *Arizona and the West*, vol. 17, n.º 1, 1975.
- Smith, W., «Seventeenth-Century Spanish Missions of the Western Pueblo Area», *The Smoke Signal*, n.º 21, Tucson Corral of the Westerners, 1970.
- Sonnichsen, C. L., *Tucson: The Life and Times of An American City*, Mapas efectuados por D. H. Bufkin, University of Oklahoma Press, Norman, 1987.
- Spicer, E. H., *Cycles of Conquest: The Impact of Spain, Mexico, and the United States on the Indians of the Southwest, 1533-1960*, University of Arizona Press, Tucson, 1962.

- Spicer, E. H., «Persistent Cultural Systems», *Science*, vol. 174, noviembre de 1971, pp. 795-800.
- Stagg, A., *The First Bishop of Sonora Antonio de los Reyes, O.F.M.*, The University of Arizona Press, Tucson, 1976.
- Stagg, A., *The Almadás and Alamos, 1783-1867*, The University of Arizona Press, Tucson, 1978.
- Stoner, V. R., «Fray Pebro de Arriquirar, Chaplain of the Royal Fort at Tucson», ed. por H. F. Dobyns, *Arizona and the West*, vol. 1, n.º 1, 1959.
- Stoner, V. R., «Original Sites of the Spanish Missions of the Santa Cruz Valley», *The Kiva*, vol. 2, 1937, pp. 25-32.
- Stoner, V. R., «The Spanish Missions of the Santa Cruz Valley», *The Kiva*, 5, vol. 1, 1936, pp. 1-4.
- Thomas, A. B., ed. y trad., *Forgotten Frontiers: A Study of the Spanish Indian Policy of Don Juan Bautista de Anza, Governor of New Mexico, 1777-1787; from the Original Documents from the Archives of Spain, Mexico and New Mexico*, University of Oklahoma Press, Norman, 1932.
- Thomas, A. B., *After Coronado: Spanish Exploration Northeast of New Mexico, 1699-1727; Documents from the Archives of Spain, Mexico and New Mexico*, University of Oklahoma Press, Norman, 1935.
- Thomas, A. B., *Teodoro de Croix and the Northern Frontier of New Spain, 1776-1783*, University of Oklahoma, Norman, 1941.
- Thomas, A. B., *Forgotten Frontiers, A Study of the Spanish Indian Policy of Juan Bautista de Anza, Governor of New Mexico 1777-1787*, University of Oklahoma Press, Norman, 1969.
- Treutlein, T. E., ed., *Missionary in Sonora: The Travel Reports of Joseph Och, S. J., 1755-1767*, California Historical Society, San Francisco, 1965.
- Treutlein, T. E., «The Relation of Philip Segesser: The Pimas and Other Indians [1737]», *Mid-America*, XXVII, julio de 1945, pp. 139-187, octubre de 1945, pp. 257-260.
- Udall, S. L., *To the Inland Empire: Coronado and our Spanish Legacy*, Doubleday and Company, Garden City, 1987.
- Underhill, R., *The Papago Indians of Arizona and Their Relatives the Pima*, University of Kansas, Lawrence, 1941.

- Vigness, D. M., «Don Hugo Oconor and New Spain's Northeastern Frontier, 1764-1766», *Journal of the West*, vol. 6, n.º 1, 1967.
- Wagner, H. R., «Fr. Marcos de Niza», *New Mexico Historical Review*, vol. 9, n.º 2, 1934.
- Wagner, H. R., *The Spanish Southwest, 1542-1794: An Annotated Bibliography*, Quivira Society, Los Angeles, 2 vols., 1967.
- Wagoner, J. J., *Early Arizona: Prehistory to Civil War*, University of Arizona Press, Tucson, 1975.
- Weaver, T., ed., *Indians of Arizona: A Contemporary Perspective*, University of Arizona Press, Tucson, 1974.
- Weber, D. J., «Fray Marcos de Niza and the Historians», en *Myth and the History of the Hispanic Southwest*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1988.
- Weber, D. J., *The Taos Trappers: The Fur Trade in the Far Southwest, 1540-1846*, University Oklahoma Press, Norman, 1971.
- Whiting, A. F., «The Tumacacori Census of 1796», *The Kiva*, vol. 19, n.º 1, 1953.
- Wiley, R. R., «La Canoa: A Spanish Land Grant Lost and Found», *The Smoke Signal*, n.º 38, Corral of the Westerners, Tucson, 1979.
- Williams, J. S., «San Agustín del Tucson: A Vanished Mission Community of the Pimeria Alta», y «The Presidio of Santa Cruz de Terrenate: A Forgotten Fortress of Southern Arizona», *The Smoke Signal*, n.ºs 47 y 48 (combinados), Corral of the Westerners, Tucson, 1986.
- Wyllys, R. K., *Arizona: History of a Frontier State*, Hobson & Herr, Phoenix, 1950.
- Wyllys, R. K., «Padre Luis Velarde: Relacion of Pimeria Alta», *New Mexico Historical Review*, VI, abril de 1931, pp. 111-157.
- Wyllys, R. K., *Pioneer Padre: The Life and Times of Eusebio Francisco Kino*, Southwest Press, Dallas, 1935.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Acuña, Francisco de, 95.
 Agorreta, José, 163.
 Agorreta, Juan José, 182.
 Aguilar, Jerónimo de, 52.
 Aguilar, José de, 92.
 Aguilar, Marcos de, 57.
 Aguirre, Epifanio, 275.
 Aguirre, Higinio, 275.
 Aguirre, los, 275.
 Aguirre, Manuel, 145, 147.
 Aguirre, Pedro, 275.
 Alarcón, Hernando de, 70-72.
 Aldrich, Mark, 275.
 Alejandro VI, 46.
 Allande, Pedro María de, 231.
 Allande y Saabedra, Pedro de, 211, 214-219, 221, 231, 232, 236, 237, 261.
 Alvarado, Hernando de, 73.
 Alvarado, Pedro de, 75-77.
 Álvarez Tuñón y Quirós, Gregorio, 106.
 Amesquita, Tomás Ramón, 232.
 Ángel, indio, 97.
 Antonio, indio, 96.
 Anza, Francisco de, 135, 146.
 Anza, Gregoria de, 135.
 Anza, Juan Bautista de, 106, 108-114, 116, 119, 135, 141, 142, 144-147, 152, 157, 161, 170, 172, 178, 181, 182, 189, 190-197, 202, 210, 211, 216-219, 221, 222, 224, 228, 229, 241, 242, 251, 261, 274, 276.
 Anza, los, 160.
 Aquibissani, Eusebio, 110, 111.
 Aranda, conde de, 153-156.
 Arce y Arroyo, Pablo de, 135, 136.
 Arias, Ignacio, 231.
 Aro, los, 275.
 Arricivita, Juan Domingo, 223.
 Arriquibar, Pedro de, 209, 219, 220, 249, 250, 267.
 Arvizu, Manuel Ignacio, 265.
 Asís, san Francisco de (Giovanni Francesco de Bernardone), 65, 162, 168, 198.
 Atondo y Antillóan, Isidro, 90, 91, 101.
 Baegert, padre, 158.
 Baldenegro, José Jesús, 231, 232.
 Balthasar, Juan Antonio, 122, 123.
 Bano, Juan, 261.
 Barba, Gertrudis, 120.
 Barbastro, Antonio, 219, 228, 240, 241.
 Barragán, Manuel, 224, 228.
 Barreneche, Juan Antonio Joaquín de, 224, 225, 228.
 Barrios, Francisco, 242.
 Batelín de la Peña, 231.
 Becerra, Diego de, 60.
 Belarde, Joaquín Antonio, 219.
 Beldarrain, Juan Felipe, 211, 215, 232, 249.
 Belderrain, José Antonio, 137.
 Belderrain, Juan Antonio, 135.
 Belderrain, Juan Tomás, 134-137, 140, 141, 211, 249.
 Beltrán, Agustín, 81, 82.
 Benavides, Alonso de, 62.
 Bergara, Domingo, 253.
 Bering, Vitus, 167.

- Bezerra Nieto de Anza, María Rosa, 141.
 Bigotes, jefe, 74.
 Bohórquez, Luisa, 242, 250.
 Bonaparte, José, 263.
 Bonaparte, Napoleón, 263.
 Bonilla, Antonio, 189, 210.
 Borgia, Alejandro, 46.
 Bringas de Manzaneda y Encinas, Diego Miguel, 245, 246, 248, 251-253.
 Bucareli y Ursua, Laso de la Vega, Villacis y Córdoba, Antonio María, 182, 183, 189, 190, 192, 197, 198, 217, 218, 222.
 Buena y Alcalde, Mariano Antonio, 163, 164, 172, 173, 175, 176, 180-182.
 Bustillo, Manuel, 270.
 Butrón Prudhom y Muxica, María Teresa, 135.
 Cabeza de Vaca (Alvar Núñez), 61-63, 65, 66.
 Calafia, reina, 46.
 Calleja, Félix María, 246.
 Camargo, Bernardino, 236.
 Cambón, padre, 198.
 Campomanes, conde de, 154, 155.
 Campos, Agustín de, 99, 104-106, 109, 112-114.
 Canas, Cristóbal de, 109, 111, 112.
 Carlos I de España y V de Alemania, 52, 56, 57, 59, 68.
 Carlos II, 91, 100, 102.
 Carlos III, 148-151, 153-157, 167, 176, 215, 221, 238, 241.
 Carlos IV, 241, 244, 256, 265.
 Carlos XII de Suecia, 176.
 Carrasco, Diego, 98.
 Carrasco, Victoria, 146.
 Carrillo, Baltazar, 220, 225, 239, 242, 248.
 Carrillo, Juan, 237.
 Carrillo, los, 275.
 Carson, Kit, 274.
 Casafuerte, marqués de, 235.
 Casares, Joaquín de, 126.
 Castañeda, Pedro de, 69.
 Castillo, Gabriel del, 95.
 Castillo Maldonado, Alonso del, 61, 62.
 Castro, Antonio, 153.
 Castro, Francisco Xavier, 228, 231.
 Castro, José, 274.
 Castro, José Francisco de, 215.
 Castro, Saturnino, 270.
 Cavallero y Ocio, Juan, 102.
 Cavostruitoc, Juanico Cipriano, 126. *
 Caxa, José Antonio, 184.
 Cervantes, Miguel, 48. \
 Chapman, 155.
 Chávez, 165.
 Chihuahua, Pedro, 130-132.
 Chilitipage, jefe, 266.
 Chiquito, jefe, 237.
 Choquet, Diego, 197.
 Ciudad Rodrigo, Antonio de, 65.
 Clemente, Gaspar Francisco de, 183, 184, 219.
 Colón, Cristóbal, 45, 47-50, 162.
 Comaduran, los, 253.
 Consag, Fernando, 108, 128.
 Copart, Juan Bautista, 90.
 Corbalán, Pedro, 181, 202, 222.
 Corella, los, 253.
 Cortés, Hernán, 48, 51, 52, 54-61, 68, 69, 75, 76.
 Costanso, Miguel, 190.
 Crespi, Juan, 166.
 Crespo, Benito, 106, 108, 116, 117.
 Cristóbal, indio, 96.
 Croix, marqués de, 156, 168, 183, 185, 201, 202.
 Croix, Teodoro de, 201, 202, 209, 217-220, 222-225, 228, 229, 233.
 Cussu, Domingo, 120.
 Delgadillo, Diego, 57.
 Delgado, José Antonio, 231.
 Díaz de Terán, Juan, 103.
 Díaz del Carpio, los, 160.
 Díaz del Carpio, José, 132.
 Díaz del Carpio, José Manuel, 141, 142.
 Díaz del Castillo, Bernal, 51, 76.
 Díaz, Juan Marcelo de, 163, 222-225.
 Díaz, Melchor, 72.
 Díaz, Rafael, 272, 273.
 Domínguez, Francisco Atanasio, 198, 199.
 Dorantes, Andrés de, 61.
 Dorantes, Esteban de, 62, 66, 67.
 Durán de la Peña, Joseph, 105.
 Durán, los, 249.
 Durán, Rosalía, 120.
 Echeagaray, Manuel de, 241-244.

- Eixarch, Tomás, 192-195, 219.
 El Coro, jefe, 97, 103.
 Elcano, Juan Sebastián, 50.
 Elías González de Zayas, Francisco, 136, 138, 143, 250.
 Elías González, Eulalia, 271.
 Elías González, Gertrudis, 250.
 Elías González, Ignacio, 261, 270, 271.
 Elías González, José Juan, 271.
 Elías González, José María, 271.
 Elías González, los, 160, 253, 275.
 Elías González, Manuel, 271.
 Elías González, Rafael, 271.
 Elías González, Simón, 265.
 Elías, Jesús María, 275.
 Elizondo, Domingo, 163, 176, 178, 181.
 Equrola, Tomás, 237.
 Errán, Nicolás de, 236, 239, 242, 243.
 Escalante, los, 253.
 Escalante, Pascual, 232.
 Espejo, Antonio, 81, 82.
 Espinosa, Alonso (o Ildefonso), 136-140, 143-145, 251.
 Espinosa, José Benito, 236.
 Espinosa, Juan, 231.
 Espinosa, Rita, 250.
 Esquilache, 154.
 Esteban, el moro, 276.
 Estebanico, 61.
 Estrada, Alonso de, 57, 69.
 Estrada, Beatriz de, 69.
 Fajes, Pedro de, 207, 228.
 Farfán, Marcos, 82, 84.
 Felipe el Justo, 56.
 Felipe, gobernador nativo, 143.
 Felipe II, 87.
 Felipe III, 84.
 Felipe V, 102-104, 111.
 Feliz, Nepomucino, 271.
 Fernández, Agustín, 115.
 Fernández Carmona, Juan, 210.
 Fernández de la Fuente, Juan, 95-97, 103.
 Fernández de la Torre, Alonso, 89.
 Fernández, Juan, 231.
 Fernando el Católico, 46, 47, 56.
 Fernando VI, 261.
 Fernando VII, 265, 266, 272.
 Ferrer, Bartolomé, 79, 80.
 Figueroa, Juan de, 131.
 Figueroa, Vicente, 115.
 Flores, Francisco, 261.
 Flores, Manuel Antonio, 238.
 Flores, Sebastián, 240.
 Font, Pedro, 192, 194, 197, 219, 261.
 Fortun Jiménez, 60.
 Francisco, indio, 96, 111.
 Fuentes, José Antonio, 231.
 Galindo Navarro, Pedro, 223, 233, 251.
 Gallardi, Luis María, 104, 109, 110, 112.
 Gallego, Salvador, 250.
 Gallos, Matías, 219.
 Gálvez, Bernardo de, 202, 238, 241, 249, 269.
 Gálvez, José de, 151, 155, 156, 158, 164-168, 172, 173, 175, 176, 181, 183, 185, 189, 190, 201, 202, 209, 217, 225, 233, 237, 238, 240, 241, 245.
 Garcés, Domingo, 169.
 Garcés, Francisco Tomás Hermenegildo, 163, 164, 168, 169, 171, 176, 178, 180-183, 189, 190-196, 209, 210, 217, 222-225, 228, 251, 252, 261, 269, 251, 252, 261, 269, 276.
 García, Andrés Xavier, 117.
 García Conde, Alejo, 259, 264, 265, 268.
 García, Hilarión, 274.
 García López de Cárdenas, capitán, 71.
 Garrucho, José (Giuseppe Garrucio), 125, 126, 127, 130-132, 135, 158.
 Gaxiola, José María, 272.
 Gerstner, Miguel, 140-142, 158.
 Gil de Bernabé, Juan Crisóstomo, 163, 164, 168-170, 176, 178, 180-182, 184.
 Goñi, Matías, 90.
 Gonsalvo, Francisco, 98, 99.
 González de Hermosillo, José María, 264, 265.
 González, Faustino, 272.
 Gonzalvo, Francisco, 113.
 Gorgoll, Juan, 219.
 Goya, Francisco de, 152.
 Granados, José Joaquín, 241.
 Granillo, Cristóbal, 96.
 Granillo, Domingo, 250.
 Grashoffer, Juan Bautista (o Johann Baptist Grazhoffer), 109-112, 114.
 Gregorio, gobernador, 141.
 Grijalba, Juan Pablo, 192.
 Guerrero, Vicente, 268.
 Guillén, Felipe, 219.

- Gutiérrez, Francisco, 248.
 Gutiérrez, Narciso, 254, 255, 258-260, 267.
 Guzmán, Nuño de, 57, 58.
 Herrera, los, 271.
 Herreras, José, 270.
 Herreros, Antonio, 251.
 Hidalgo y Costilla, Miguel, 263-265, 267.
 Huandurraga, Juan de, 152.
 Hughes, Samuel, 275.
 Huidobro, Bernal de, 116, 118, 119.
 Hurtado de Mendoza, Diego, 60.
 Hurtado, María Ignacia, 224.
 Ibarra, Francisco de, 81.
 Isabel la Católica, 44, 46, 47, 56.
 Islas, Santiago de, 223-225.
 Iturbide, Agustín de (padre José María de Morelos), 265-268.
 Iturralde, Francisco, 254.
 Jabanimio, jefe, 132, 133, 137, 138.
 Januske, Daniel, 94, 96.
 Jaramillo, Juan, 69.
 Jironza Petriz de Cruzate, Domingo, 95.
 Jocumisa, Ignacio, 120.
 Jorge III, 221.
 Joseph, padre, 126, 127.
 Juan José, 220.
 Juan María, gobernador nativo, 178.
 Juana la Loca, 56.
 Keller, Ignacio Xavier, 108, 110, 112, 114, 115, 117-119, 123, 124, 126, 127, 130-132, 135, 136, 140.
 Kessel, John, 110.
 Kino, Eusebio Francisco, 89, 90-93, 95, 96-107, 109-111, 113, 124, 128, 134, 147, 189, 190, 269, 276, 278.
 La Asunción, Juan de, 65.
 La Cruz, Miguel de, 141.
 La Peña, Ildefonso de, 122, 123.
 La Rocha, Jerónimo de, 221.
 La Torre, María de, 62.
 Lafora, Nicolás de, 152.
 Legarra, Juan, 259.
 León, Francisco, 276.
 León Herreras, 271.
 León, José de, 254, 270.
 León, los, 254.
 León, Manuel de, 256-259.
 León, Teófila, 275.
 Leyva, Antonio, 265.
 Linar, Antonio, 162.
 Linck, Wenesclaus, 147, 148.
 Lizassoain, Ignacio, 142, 143, 147.
 Llorens, Juan Bautista, 248, 251, 252, 254.
 López de Cárdenas, 72-74.
 López de Villalobos, Ruy, 77, 80.
 López, Diego, 74.
 Los Colorados, barón de, 262.
 Los Reyes, Antonio María de, 163, 184, 220, 239-241, 248.
 Los Santos Gómez, María de, 258.
 Loyola, Ignacio de, 87, 112, 153.
 Luis Jaime, 197.
 Luis XIV, 102.
 Magallanes, Fernando, 48, 50, 51.
 Maldonado, Francisco, 57.
 Maldonado, Juan, 272.
 Maldonado, Simón, 250.
 Malen, Manuel María, 232.
 Manje, Juan Mateo, 97, 98, 103, 105, 106, 110.
 Marciano, Luis María, 104.
 Marrujo, Juan de Dios, 232.
 Martín García, Diego, 163.
 Martínez, Julián, 278.
 Mascareno, Martín, 231.
 Mascaró, Manuel Agustín, 209, 233.
 Maso-Reavis y Peralta, Sofía Loreta Micaela de, 262.
 Medina, Roque de, 216, 236, 237.
 Melgosa, Pablo de, 74.
 Mendinueta, Pedro Fermín de, 198.
 Mendoza, Antonio de, 59, 60, 62, 63, 65, 66, 68-70, 75, 77, 80.
 Mendoza, Juan Antonio de, 137, 138.
 Menocal, Pedro, 131, 132.
 Middendorff, Bernardo, 138, 139.
 Miera y Pacheco, Bernardo, 199.
 Miguel, san, 130.
 Miranda, Antonio, 232.
 Moctezuma, 52, 55, 94.
 Monserrat y Ciruana, Joaquín de, marqués de Cruillas, 151, 152, 155.
 Moraga, José Ignacio, 243, 244.
 Moraga, José Joaquín, 192, 197, 198.
 Morales, los, 253.
 Moreno, José Matías, 224, 225.
 Mumurigca, Lorenzo, 118.
 Nadal, Pedro, 65.

- Nájera, Manuel de, 156.
 Narváez, Pánfilo de, 61, 76.
 Nautilnice, jefe, 244.
 Nava, José de, 131.
 Nava, Pedro de, 244, 245, 246, 248, 251-253.
 Nebrija, Antonio de, 47.
 Nentuig, Juan, 130.
 Neve de San Xavier, padre, 153.
 Neve, Felipe de, 207, 228, 229, 237.
 Neve, José, 145.
 Nijorita o Nixora, 115.
 Niza, Marcos de, 65-69, 73, 94, 269, 276.
 Norbona, Antonio, 267.
 Núñez de Balboa, Vasco, 50, 51.
 Núñez, Francisco, 231.
 Núñez, Juan, 115.
 O'Reilly, Alejandro, 183.
 Oacpicagigua (o Bacquioppa), Luis, 129-133, 135, 136, 141.
 Oacpicagigua, Ciprian, 141.
 Och, José, 142.
 Ochoa, Esteban, 275, 276.
 Oconor (O'Connor), Hugo, 183, 185, 189, 210, 211, 215, 217, 221.
 Olave, José de, 129.
 Olguín, Francisca, 224, 228.
 Olguín, José, 224, 228.
 Oliva, Juan Antonio, 250.
 Oliva, Juan María de, 138, 210, 211.
 Olvera, Juan María, 231.
 Oñate, Cristóbal de, 58, 70, 82.
 Oñate, Juan de, 82, 84, 123.
 Onorato, Fra., 66.
 Ortega, Francisco de, 120, 270.
 Ortega, Joaquín, 231.
 Ortiz, Agustín, 260.
 Ortiz de Matienzo, Juan, 57.
 Ortiz, Ignacio, 260, 261.
 Ortiz, Juan Manuel, 130.
 Ortiz, Loreto, 250.
 Ortiz, los, 260.
 Ortiz Parrilla, Diego, gobernador, 129-134.
 Ortiz, Tomás, 260, 261.
 Otero de Villaescausa, María Ignacia, 239, 243.
 Otero, los, 243, 275.
 Otero, Toribio de, 243, 258.
 Oya, Diego, 215.
 Pablo III, 87.
 Pacheco, Ignacio, 254.
 Pacheco, Juan José, 258.
 Pacheco, los, 249, 275.
 Pacheco, Vicente, 232.
 Pacho, Luis, 115.
 Padilla, Juan de, 71, 73.
 Palma, Ignacio, 224.
 Palma, Pablo, 194.
 Palma, Salvador, 190, 191, 194-196, 210, 218, 221-224, 225, 228.
 Palou, Francisco, 166, 198.
 Pamplona, Ramón, 272.
 Pantanoso Esteban, 61.
 Parada, Alonso de, 57.
 Pauer, Francisco Xavier (Franz Bauer), 127, 130, 131, 135-137, 139, 140, 158.
 Paz y Goicoechea, José María, 256.
 Peralta, los, 262.
 Peralta, Miguel, 262.
 Peralta, Pedro de, 84.
 Perdigón, Francisco, 220.
 Perea, Pedro de, 92.
 Pérez, Ignacio, 269.
 Pérez Llera, José, 272.
 Pérez, los, 253.
 Pérez, Martín, 87.
 Pérez Serrano, Ana María, 141, 142.
 Pesqueira, los, 253.
 Pfefferkorn, Ignacio, 142, 143, 145, 146, 158.
 Piccolo, 101, 102.
 Pignatelli Rubí Corberá y San Climent, Cayetano María, marqués de Rubí, 151-153, 170, 183, 185, 189, 210.
 Pineda, Juan Claudio de, 144-147, 153, 157, 163, 164, 169, 172, 173, 175, 176, 178, 181.
 Pío VI, 240.
 Pític, Luis de, 136.
 Pizarro, Francisco, 48, 63.
 Polo, Marco, 49.
 Pombal, marqués de, 153.
 Ponce de León, Luis, 57.
 Portola y de Rovira, Gaspar de, 158.
 Priestly, 155.
 Procopio Cancio, 232.
 Prudhom, barón, 135.

- Prudhom Heyder Butrón y Muxica, Gabriel de, 115.
 Puente, Joseph de la, 102.
 Quetzalcóatl, 54.
 Ramírez, Antonio, 270.
 Ramírez, Juan Crisóstomo, 220.
 Ramírez, los, 220, 249.
 Ramírez, Pedro, 270.
 Ramírez, Teodoro, 220, 270.
 Rapicani, Alexandro, 117-120.
 Reavis, James Addison, 261, 262.
 Redondo, Jesús, 275.
 Redondo, José, 275.
 Rengel, José Antonio, 237, 238.
 Reyes Católicos, 44.
 Reyes de Pena, María, 260.
 Reyes Pacheco, José, 258.
 Ribera y Moncada, Fernando de, 191.
 Río, José del, 163.
 Rivera, Antonio de, 120, 131.
 Rivera, Pedro de, 106.
 Rivera y Moncada, Fernando de, 128, 148, 158, 196-198, 207, 225, 233.
 Robles, los, 275.
 Roche, Francisco, 163.
 Rodríguez, Agustín de, 81.
 Rodríguez Cabrillo, Juan, 76-80.
 Rojas, Carlos, 202.
 Romero, José, 141.
 Romero, Juan, 270.
 Romero, Juan María, 131.
 Romero, Juliana, 115.
 Romero, los, 275.
 Romero, María Antonia, 115.
 Romero, María del Carmen, 254.
 Romero, Nicolás de, 112, 120, 130, 254.
 Romero, Pablo, 239, 242, 243, 250.
 Romero, Ramón, 270.
 Romo de Vivar, los, 112.
 Ronstadt, Federico, 275.
 Roosevelt, Theodore, 276.
 Rousset, fraile, 252, 256.
 Roxas, Carlos de, 119, 135-137, 142, 157.
 Ruhen, Henry, 131, 132.
 Saeta, Francisco Javier, 94-97.
 Saint George Cooke, Philip, 274.
 Salazar de Santa Ana, María Ignacia, 243.
 Salazar, los, 243.
 Salvatierra, Juan María, 92, 93, 99-101, 105.
 Samaniego, María Rosa, 115.
 Samaniego, Mariano, 275.
 San Martín, Juan de, 99.
 Sánchez de Zúñiga, Francisco, 180, 181, 220.
 Sánchez, Ignacio, 261.
 Santa Cruz, Atanasia, 275.
 Santa Cruz, Hilario, 249.
 Santa Cruz, Petra, 275.
 Sastre, Mateo, 184.
 Sedelmayer, Jacobo, 117, 118, 124, 125, 133, 134, 191.
 Segesser von Brunegg, Philip, 108, 110, 113-115, 133, 134, 142, 180.
 Serra, Junípero, 127, 163, 166, 168, 181, 183, 190, 197, 207, 243.
 Silva de Peralta de la Córdoba, Nemeicio, 261, 262.
 Sipinimuhbi, Antonia, 118.
 Soler, José, 163.
 Soler, Nicolás, 243.
 Solórzano y Pereira, Juan de, 86.
 Sonoita, Antonio de, 121.
 Sosa, José María, 249, 250.
 Sosa, los, 275.
 Sotomayor, Pedro de, 71.
 Stevens, Hiram S., 275.
 Stewart, Kenneth M., 116.
 Stiger, Gaspar, 108, 112-115, 117, 131, 134, 136.
 Tagle Bustamante, Pedro Vicente de, 126.
 Talaman, Miguel Antonio, 231.
 Tapia, Gonzalo de, 87.
 Tarabal, Sebastián de, 190, 191, 194.
 Tato, los, 253.
 Telles, Clemente, 270.
 Tello, Tomás, 131, 132.
 Terán de los Ríos, Domingo, 95.
 Tienda de Cuervo, José, 143.
 Tomero, Juan, 228.
 Torres Perea, José de, 119, 120-122, 130.
 Torrey y Tortolero, Luis de, 101.
 Tovar, Pedro de, 71, 123.
 Tresierra y Cano, los, 253.
 Trujillo, Manuel María, 241.
 Tueros, Pedro, 222.
 Tumacácori, Eusebio de, 140, 176.

- Tupquice, Marta, 120.
 Tutubusa, José, 120.
 Ugarte, Juan de, 100-102, 128.
 Ugarte y Loyola, Jacobo de, 221, 233, 238, 239, 241, 242.
 Ulloa, Francisco de, 68, 69, 99, 128.
 Urrea, Bernardo de (Andrés Grijalva), 120, 126, 144, 157, 161, 164, 178, 215, 220, 244.
 Urrea, José Cosme de, 250.
 Urrea, Mariano de, 244, 249, 250, 258, 260.
 Urrea, Miguel de, 215, 220.
 Urrutia, José de, 152.
 Usarraga, Ignacio Félix, 231.
 Valenzuela, Miguel, 130.
 Vázquez de Coronado, Francisco, 66, 69-75, 78, 81, 82, 123.
 Velarde, Luis María, 109.
 Velarde, Luis Xavier, 104, 106, 210.
 Velázquez, Diego de, 51, 52, 76.
 Velderrain, Juan Bautista de, 209, 210, 251.
 Vélez de Escalante, Sylvestre, 198, 199.
 Verger, Rafael, 166.
 Vespuccio, Américo, 48.
 Vildosola, Agustín de, 119, 130.
 Vildosola, Gabriel Antonio de, 130, 135, 136, 141.
 Vildosola, los, 160.
 Villaescusa, Juan José, 239.
 Villaescusa, los, 239.
 Villaescusa, Pedro Sebastián de, 236, 239, 264, 265, 272.
 Villalba y Angula, Juan de, 150, 151.
 Villarroya, Francisco Xavier, 146.
 Villela Durán, Miguel Ignacio, 120.
 Villela, Luis, 120.
 Vivas, Luis, 136, 157.
 Vizcaino, Sebastián, 78, 80, 167.
 Watts Kearny, Stephen, 274.
 Weber, 67.
 Whipple, A. W., 274.
 Ximeno, Bartolomé, 183, 184.
 Ximeno, Custodio, 146, 147, 153, 157, 158.
 Zubiria, los, 253.
 Zúñiga, Ignacio de, 250, 266.
 Zúñiga, José de, 243, 245, 246, 248-250, 256-258, 260.
 Zúñiga, los, 250.

ÍNDICE TOPONÍMICO

- Acajutla, 77.
Acapulco, 68, 75, 202, 258.
Acoma, 31, 73, 81, 94.
Acuco, 73.
Aculco, 246.
África, 80, 259.
Agua Prieta, 212.
Agua, punta de, 260.
Aguacaliente, 130, 124, 212.
Águila, paso del, 73.
Ahacus, 66.
Alamo, 250.
Alaska, 51, 149, 167.
Alemania, 107, 142, 146.
Aleutianas, 31, 167.
Alfombra, 168.
Alghero, puerto de, 125.
Alhama, río, 220.
Almarza, 224.
Alta California, 72, 76, 78, 104, 148, 149, 166-168, 172, 181, 189, 192, 207, 233.
Altar, 215, 217, 220, 222, 236, 244, 245, 264, 266.
Altar, río, 89, 93, 94, 129, 134, 157, 161, 164, 178, 186, 219.
América, 23, 44-46, 48-50, 85, 86, 149, 150, 155, 162, 215, 263.
América del Norte, 23, 31, 50, 51, 185, 220.
América del Sur, 50, 62.
Andalucía, 150.
Ángel de la Guarda, isla del, 148.
Anian, estrecho de, 60, 75, 77, 80, 167.
Aquituni, 250.
Aragón, 43, 146, 168, 183.
Araupo, 96.
Argentina, 263.
Arispe, 119, 136.
Arissona, 116.
Arivaca de Tucubavia, 105, 112, 120, 131, 141, 189, 218, 260.
Arizona, 13, 14, 16, 18, 19, 23, 25, 27, 29-33, 39, 40, 43, 44, 47, 51, 61, 62, 65, 71-74, 81, 82, 84-86, 89, 91, 92, 93, 95, 98-100, 102, 108, 109, 115, 116, 118, 124, 128, 135, 168, 169, 173, 192, 198, 209, 212, 221, 243, 246, 249, 257, 260-263, 267-270, 274-276, 278.
Arizona, sierra de, 239.
Arizonac, 13, 115.
Arizpe, 157, 202, 209, 220, 223, 238, 242, 244, 250, 253, 257, 258-261, 270, 271.
Arroyo Mineral, río, 16.
Ártico, 167.
Asia, 45, 258.
Asís, 162.
Ati, 137, 140, 142, 146, 181, 219.
Atlántico, 49-51, 77, 80.
Austria, 56, 109.
Awatobi, 82, 123.
Axa Kwedexor, 194, 195.
Azul, río, 94, 181.
Babispe, 204.
Babocomari, montañas de, 236.
Baboquivari, sierra del, 260.

- Bac, 98, 109, 113, 114, 118, 123, 126,
127, 133, 134, 136, 137, 138-140,
144, 145, 171, 178, 180, 254.
- Bacanuche, 212.
- Bacanuche, río, 137.
- Bacanuchi, 220, 253.
- Bacapa, 94.
- Bacatete, 212.
- Bacerac, 98.
- Bacoache, 204, 206.
- Bacoachi, 239, 242, 245.
- Bailén, 207.
- Baja California, 19, 60, 61, 68, 69, 78,
89, 91, 92, 99-102, 128, 147, 155,
156, 158, 159, 163, 164, 166, 168,
172, 173, 189, 190, 207, 243.
- Baja California, península de, 91.
- Baja Pimería, 236.
- Baldy, monte, 19.
- Bamotze, 92.
- Batuc, 119.
- Baviera, 90.
- Bavispe, 236.
- Bering, estrecho de, 23, 31, 167.
- Bernalillo, 73.
- Betatakin, 29.
- Bicuner, 225.
- Big Sandy, río, 16.
- Bill Williams, bifurcación de, 16, 82, 84,
124.
- Bill Williams, montañas de, 84.
- Bisanig, 206.
- Blancas, montañas, 16, 18, 73.
- Blanco, río, 16, 73.
- Bleiburg, 109.
- Blythe, 72.
- Bohemia, 110, 130.
- Borrego, desierto de, 191.
- Bosane, 96.
- Bosque Petrificado, 14.
- Brabandia, 150.
- Brasil, 87.
- Bremen, ducado de, 117.
- Brno, 127.
- Buena Esperanza, río de, 84.
- Buenavista, 120, 147, 204, 217, 239, 264.
- Buenavista, sierra de, 260.
- Buenavista, valle de, 145.
- Buengüía, río, 70.
- Burgos, 224.
- Cabezas, 236.
- Caborca, 94-96, 99, 104, 109, 122, 131,
132, 135-137, 140, 145, 163, 182,
191, 272.
- Cádiz, 90, 107, 117, 127, 146, 149, 150,
166, 168, 169, 219, 266.
- Cahuilla, valle de, 191.
- Calabazas, 141, 143, 147, 170, 176, 184,
216-219, 236, 239, 242, 258, 259,
260, 270, 273.
- Calaberas, sierra de, 260.
- Calahorra, 248.
- Calatayud, 169, 183.
- California, 13, 14, 46, 72, 76, 78, 80, 89,
90, 92, 94, 99, 100, 101-103, 105,
124, 148-150, 158, 159, 166, 167,
183, 189, 190, 192, 196, 198, 201,
207, 209, 210, 221, 224, 225, 228,
229, 233, 238, 240, 243, 261, 274-
276.
- California, golfo de, 16, 60, 84, 89, 128,
129, 148, 151, 178, 185, 186, 214.
- California, isla de, 51.
- California, península de, 99, 128.
- Calpulpán, 145.
- Camagüey, 125.
- Canadá, 185.
- Canal, islas, 128.
- Cananea, 142.
- Canarias, islas, 137.
- Cantil Blanco, 197.
- Caravaca, 99.
- Caribe, 50, 215.
- Caribe, mar, 45.
- Carichic, 113.
- Carinthia, 109.
- Carrizal, 184.
- Carrizo, río, 16.
- Casa Grande, 32, 33, 93, 94, 124, 262.
- Casas Grandes, 108.
- Castel Aragonose, 125.
- Castilla, 43-47, 53, 59, 150, 153, 154.
- Castillo de Moctezuma, 39.
- Castillo, montañas del, 25.
- Catay, 51.
- Cavorca, 206.
- Caypa, 82.
- Cedros, isla de, 68.
- Cerdeña, 125.
- Cerro Gordo, 186.

- Chaco, cañón, 29.
 Chalchicomula, 119.
 Chama, valle de, 199.
 Chelly, cañón, 29, 38.
 Chemehuevi, montañas, 192.
 Cherry, río, 16.
 Chichiltecalli, 73.
 Chihuahua, 40, 81, 176, 222, 244, 246, 265, 275.
 Chile, 263.
 Chilpancingo, 265.
 China, 258.
 Chinapa, 242.
 Chinipas, 156.
 Chiricahua, montañas de, 130.
 Cibola, 51, 61, 66, 67, 69, 72, 73.
 Cienaguilla, 219.
 Cienaguita, 212.
 Cieneguilla, 206, 256.
 Cizurquil, 209.
 Clifton, 262.
 Coahuila, 201, 210.
 Cocospera, 104, 109, 137, 142, 254, 272.
 Colima, 77.
 Colorado, desierto de, 72.
 Colorado, estado de, 14, 29, 224, 274.
 Colorado, meseta del, 16, 28-30.
 Colorado, río, 14, 16, 18, 19, 23, 34, 38-40, 68, 70, 72, 82, 84, 89, 94, 99, 103, 123, 124, 125, 128, 148, 180, 181, 190, 191, 193-196, 199, 206, 209, 217, 221, 225, 228, 231.
 Columbia, 25.
 Columbia Británica, 31.
 Commotau, 110.
 Compostela, 70.
 Concepción, 225.
 Concepción de Álamos, 272.
 Concepción, río, 123.
 Concho, 101.
 Córdoba, 52.
 Corodeguachi, 141.
 Cortés, mar de, 16, 99, 128.
 Cuba, 50-52, 57, 76, 125, 183, 224, 246.
 Cuchillo, 66.
 Cucurpe, 92, 114, 220, 248.
 Culiacán, 61, 65-67, 69, 73, 118, 120, 153, 215.
 Cumana, 71.
 Desiertas, islas, 78.
 Dolores, 104, 109, 263.
 Durango, 81, 108, 117, 218.
 Eagle Pass, 73.
 Ecuador, 63.
 Ehrenberg, 124.
 El Dorado, 46.
 El Paso, 90, 186.
 El Pueblito, 252, 254, 273.
 El Rosario, 265.
 El Salvador, 77.
 El Tisón, río, 72, 84.
 El Tupó, 95, 97, 136.
 Ensenada, bahía de, 78.
 España, 37, 43-48, 50, 51, 53, 54, 56-59, 62, 69, 76, 80, 85, 86, 90, 103, 104, 107, 125, 138, 143, 148, 149, 150, 153, 154, 158, 160, 176, 183, 185, 202, 220, 237, 240, 246, 248, 252, 257, 260, 264, 267.
 Espíritu Santo, 59.
 Espíritu Santo, bahía de, 185, 186.
 Estados Unidos, 13, 25, 29, 43, 59, 61, 89, 185, 260, 262, 273, 274, 275, 276.
 Europa, 49, 87, 107, 149, 159.
 Evenshausen, 140.
 Extremadura, 181.
 Filipinas, 50, 77, 80, 90.
 Fitero, 220.
 Flagstaff, 14, 84.
 Flandes, 150, 202.
 Florencia, 262.
 Florida, 50, 61, 87, 149, 185, 236.
 Four Corners, 14, 29, 33.
 Francia, 56, 103, 148, 149, 153, 154, 185, 201, 221.
 Fronteras, 106, 114, 136, 141, 182, 186, 218, 221, 236, 245.
 Fuerte Apache, 73.
 Fuerte, río, 88.
 Fuerte Yuma, 195.
 Gadsden, 260, 274.
 Gallens, 113.
 Génova, 117.
 Gila, río, 16, 26, 31-34, 36-40, 67, 71, 84, 89, 93, 94, 100, 105, 109, 123-125, 137, 138, 171, 176, 178, 180-183, 190, 191, 194, 198, 209, 221, 248, 252, 268, 269, 273, 274.
 Glen, cañón, 199.
 Globe, 262.

- Graham, condado de, 73.
 Gran Bretaña, 103.
 Gran Cañón del Colorado, 14, 16, 18, 34, 39, 71, 276.
 Gran Fuente, 93.
 Gran Pozo, 93.
 Granada, 43, 44, 54, 57, 73, 150, 236.
 Grandes Praderas, 31.
 Greenbush Creek, 25.
 Grio, río, 183.
 Guadalajara, 59, 116, 127, 185, 202, 264.
 Guadalupe de Zacatecas, 156.
 Guadalupe del Paso del Norte, 90.
 Guajoquilla, 186.
 Guanajuato, 246, 264.
 Guatemala, 55, 63, 75, 76.
 Guaymas, 68, 169.
 Guaymas, bahía de, 163.
 Guaymas, puerto de, 144, 158.
 Guevavi, 93, 98, 99, 105, 106, 109-115, 117-123, 126, 130, 131, 133, 135-137, 139-143, 145-147, 151, 152, 158, 161, 163, 164, 168-171, 176, 242, 249, 258-260, 273.
 Guevavi, río de, 93, 110.
 Gusutaqui, 110, 118.
 Hawikuh, 67, 71, 73.
 Hereford, 271.
 Hermosillo, 233.
 Honduras, 77, 100.
 Hopi, 31.
 Hornos, cabo de, 50.
 Huachuca, montañas, 110.
 Huesca, 99.
 Hungría, 128.
 Ibérica, península, 43, 44, 47, 85, 150.
 Imuris, 95, 105, 142.
 India, 45, 49, 50, 80.
 Indias, 46, 48, 56, 65, 76, 80, 107, 108, 111, 116, 176, 185, 201, 202, 212, 213, 223.
 Inferior, desierto, 16, 34.
 Inglaterra, 51, 102, 149, 185, 220, 221, 246.
 Israel, 19.
 Italia, 107, 162, 182, 201, 223.
 Jalisco, 58, 60, 264.
 Jamaica, 50.
 Janos, 97, 108, 141, 186.
 Juan Rodríguez, isla de, 79.
 Juárez, 90.
 Julimes, 186.
 Kamchatka, península de, 167.
 Kansas, 75.
 Kayentam, 29.
 Keet Seel, 29.
 Kern, condado de, 272.
 La Canoa, 261.
 La Concepción, bahía de, 101.
 La Concepción, puerto de, 194.
 La Costa, sierra de, 195.
 La Española, isla de, 49, 50, 59, 162.
 La Giganta, sierra de, 91.
 La Gran Quivira, reino de, 51, 75.
 La Habana, 108, 224.
 La Isabela, 162.
 La Mancha, 43.
 La Matanza, 95.
 La Paz, 61, 68, 90, 91, 165, 168.
 La Paz, bahía de, 60.
 La Purificación, 59.
 La Purísima Concepción del Río Colorado, 224.
 Laguna, 31.
 Laguna Salada, 194.
 Landsberg, 90.
 Las Amazonas, isla de, 60.
 Las Canoas, 79.
 Lecaroz, 224.
 Lérida, 144, 158.
 Lille, 201.
 Lisboa, 150.
 Logroño, 220, 224.
 Loreto, 101, 148, 158, 207.
 Los Ángeles, 225.
 Los Ángeles, bahía de, 128.
 Los Coxas, laguna de, 195.
 Los Fumos, bahía de, 79.
 Los Muertos, 32.
 Lucerna, 112, 113.
 Luisiana, 149, 238.
 Madrid, 152, 170, 241.
 Magallanes, estrecho de, 50.
 Magdalena, 95, 100, 104.
 Magdalena, río, 89, 92, 123.
 Málaga, 155.
 Mallorca, isla de, 166.
 Manila, 80, 148.
 Matape, 138, 158.
 Mayo, río, 88.

- Mazatlán, 163, 169.
 Mediterráneo, mar, 43.
 Mesa, 262.
 Mesa Verde, 29.
 Mesoamérica, 27.
 México, 13, 16, 19, 26, 27, 32, 33, 38,
 40, 43, 50-52, 55, 56, 57, 59-63, 67,
 68, 70, 71, 75, 76, 80, 86, 87, 90, 91,
 94, 101, 122, 123, 127, 146, 151, 156,
 158, 162, 166, 167, 185, 190, 198,
 214, 215, 223, 225, 244-246, 248,
 252-254, 258, 260, 261, 263, 264,
 266-268, 270, 272-274.
 México D. F., 52, 56, 69, 95, 98-100,
 106, 108, 117, 119, 126, 138, 144,
 146, 156, 184, 192, 221, 238, 278.
 México, golfo de, 51, 61, 150, 151.
 Michoacán, 55.
 Mishongnovi, 123.
 Mississippi, río, 149, 185, 221.
 Moctezuma, 92.
 Mogollon, cordillera, 14, 16, 27.
 Mojave, 14.
 Molucas, 56.
 Monclova, 186.
 Monlora, 168.
 Monterrey, 168, 176, 189-191, 193, 197,
 207, 228.
 Morata del Conde, 168, 169.
 Moravia, 115, 127.
 Mulege, 101.
 Murcia, 99.
 Naca, 25.
 Nacosari, 120.
 Nápoles, 150.
 Navajo, región, 14.
 Navarra, 150, 214, 220, 224.
 Navidad, puerto de, 77, 80.
 Negro, río, 16.
 Nevada, 13, 14.
 Nogales, 93, 116, 239, 270.
 Nuestra Señora de Loreto, 128.
 Nuestra Señora la Reina de Los Ángeles,
 233.
 Nueva California, 207.
 Nueva España, 13, 56-59, 62, 65, 69, 73,
 80, 87, 91, 100, 107, 113, 116, 117,
 127, 129, 137, 140, 144, 146, 150,
 151, 155, 156, 166-169, 181-183, 185,
 201, 202, 219, 238, 240, 245, 248,
 267.
 Nueva Galicia, 58, 59, 66, 69, 70, 75, 82.
 Nueva Orleans, 246.
 Nueva Vizcaya, 81, 89, 90, 95, 141, 201,
 202, 239-241.
 Nueva York, 23.
 Nuevo México, 13, 14, 25, 27, 29, 39,
 58, 61, 72, 73, 75, 81, 82, 84, 89, 90,
 92, 94, 123-125, 149, 162, 186, 198,
 201, 218, 219, 229, 240, 241, 245,
 246, 262, 274, 275.
 Nuevo Mundo, 43-49, 76, 86, 87, 90,
 103, 113, 125, 130, 138, 162, 241,
 266.
 Nuevo Santander, 187.
 Oaxaca, 56, 58.
 Occidente, 45, 47.
 Ocua, 217.
 Oklahoma, 75.
 Olomouc, 127.
 Olomuc, 115.
 Ontario, 191.
 Opata de Cuquiarachi, 92, 108.
 Opodepe, valle de, 103.
 Oposura, 92, 132, 145.
 Oquitoa, 219, 272.
 Orabi, 123.
 Oraibi, 39.
 Orán, 150.
 Oregón, 79.
 Oriente, 45, 49, 50, 80, 90, 258.
 Orinoco, 45.
 Ostimuri, 118.
 Pacífico, 16, 50, 55, 56, 59, 60, 75, 77,
 80, 99, 148, 167, 189, 209, 274.
 País Vasco, 236.
 Países Bajos, 56.
 Palma de Mallorca, 166.
 Panamá, istmo de, 50.
 Pancorvo, 183.
 París, 149, 221.
 Parral, 106, 108.
 Patagonia, 271.
 Pecos, 73.
 Pequeño Colorado, río, 18, 30, 73.
 Perú, 63, 65, 229.
 Phoenix, 14, 16, 25, 26, 32, 262.
 Piedad, 236.
 Pima, 129, 248.

- Pima, condado de, 275.
 Pimería, 93, 115, 132, 145, 156.
 Pimería Alta, 89, 92, 93, 95, 99-101, 103, 104, 106, 108, 110, 116, 117-119, 124, 129, 132, 140, 142, 148, 153, 155, 157-159, 163, 173, 176, 206, 211, 229, 246, 248, 251, 253, 255, 256, 266, 272.
 Pimería Baja, 114, 209, 220.
 Pimería, montañas de la, 89.
 Pintado, desierto, 14.
 Pitic, 129, 136, 175, 178, 232-235, 252, 264.
 Pitiqui, 206.
 Pitiquim, 212.
 Polo Norte, 189.
 Portugal, 46, 153, 182.
 Posesión, isla de, 79.
 Pozo Verde, 212.
 Prescott, 82, 84.
 Prusia, 176.
 Puebla, 119.
 Puebla de los Ángeles, 117.
 Pueblo Bonito, 29.
 Pueblo Grande, 32, 33.
 Pueblo Tiguex, 73.
 Puente de Calderón, 246.
 Puerco, río, 18.
 Puerto Príncipe, 125.
 Puerto Rico, 50.
 Punta Loma, 78.
 Querétaro, 163, 168, 169, 182, 194, 209, 220, 222, 224, 228, 239, 240, 245, 246.
 Quiburi, 103, 111.
 Quimac, 125.
 Quino, 110.
 Quiquima, 125.
 Quisore, 96.
 Quivira, 73.
 Real de Arissona, 116.
 Reino Unido, 148.
 Remedios, 104, 109.
 República Dominicana, 49.
 Ricardo Flores Magon, 104.
 Rin, río, 140.
 Río de la Plata, 62.
 Río Grande, 27, 30, 31, 75, 84, 90.
 Riverside, 191.
 Rocosas, montañas, 30, 31.
 Rojo de Cortés, mar, 68.
 Roma, 46, 87, 154, 240.
 Rosario, 118, 144, 264.
 Rusia, 51.
 Salado, 31.
 Salamanca, 53, 57, 69, 155.
 Salt, río, 16, 26, 32, 31, 33, 36, 38, 93.
 San Agustín de Toixon, 210.
 San Agustín de Tucson, 210, 215, 231, 237.
 San Agustín de Oiaur, 98.
 San Andrés, río, 84.
 San Antonio, 186, 187.
 San Bernardino, 210.
 San Bernardino, valle de, 186, 221.
 San Blas, 163, 258.
 San Blas, puerto de, 168.
 San Borja, monte de, 242.
 San Bruno, 101.
 San Bruno, río, 91.
 San Buenaventura, 186.
 San Carlos, 246.
 San Carlos de Sonora, 240.
 San Carlos de Buenavista, 237.
 San Carlos, paso de, 191.
 San Carlos, río, 16.
 San Cayetano, 106, 134.
 San Cayetano de Tumacácori, 93, 105.
 San Cayetano, sierra de, 236.
 San Clemente y Santa Catalina, islas de, 79.
 San Cosme de Tucson, 98.
 San Cristóbal de Alpartir, 169.
 San Diego, 79, 176, 196-198, 207, 243.
 San Diego, bahía de, 78.
 San Diego de Alcalá, 78, 168.
 San Diego, puerto de, 168.
 San Dionisio, bahía de, 101.
 San Felipe de Terrance, 126.
 San Felipe de Terrenate, 130, 131.
 San Felipe Uparch, 125.
 San Fernando, 240.
 San Fernando de Velicata, 148.
 San Francisco, 207.
 San Francisco, bahía de, 79, 193.
 San Francisco Javier del Bac, 94.
 San Francisco, montañas de, 19.
 San Francisco, península de, 197.
 San Francisco, río, 16.
 San Gabriel, 84, 196, 207.

- San Gabriel de Guevavi, 100.
 San Gerónimo de los Corazones, 72.
 San Ignacio, 95, 99, 109, 112, 114, 115, 118, 121, 127, 128, 131, 133, 136-140, 142, 145, 163, 164, 181, 220, 237, 265, 267, 272.
 San Ignacio de Caborca, 99.
 San Ignacio de Tubac, 170.
 San Ignacio de la Canoa, 261.
 San Ignacio de Sonoita, 170.
 San Ignacio de Piaxtla, 265.
 San Ignacio del Babocomari, 271.
 San Jacinto, montañas de, 190.
 San Jacinto, río, 191.
 San José de Pimas, 219.
 San José de Tumacácori, 134.
 San José de Sonoita, 270.
 San José de Guadalupe, 233.
 San José del Cabo, 158.
 San Juan, 82.
 San Juan Bautista, 106, 186.
 San Juan de las Boquillas, 271, 272.
 San Juan de Ulúa, puerto de, 117, 132.
 San Juan, río, 29, 199.
 San Juan Tumacácori, 170.
 San Lucas, cabo de, 68.
 San Luis, valle de, 146, 147.
 San Mateo de Terrenate, 121.
 San Miguel Arcángel, 78.
 San Miguel de Horcasitas, 129, 143, 144, 153, 163, 169, 175, 215, 217, 218, 233, 234.
 San Miguel de los Ures, 164.
 San Miguel de Ures, 175.
 San Miguel, isla de, 79.
 San Miguel, puerto de, 79.
 San Miguel, río, 89, 92, 250.
 San Miguel, villa de, 66.
 San Pedro, bahía de, 79.
 San Pedro Mártir, sierra, 148.
 San Pedro, punta de, 69.
 San Pedro, río, 16, 66, 67, 89, 98, 103, 130, 144, 237, 245, 268, 271, 273.
 San Pedro, villa de, 37, 40, 233, 270.
 San Pedro y San Pablo de Bicuner, 224.
 San Petersburgo, 167.
 San Rafael, 236, 242, 243.
 San Rafael de Buenavista, 236, 237, 239.
 San Rafael de la Zanja, 270.
 San Rafael del Valle, 271.
 San Rafael Otaigui, 124.
 San Saba, 129, 186.
 San Sebastián, 195, 209.
 San Simón, río, 16.
 San Xavier del Bac, 98, 100, 105, 109, 112-114, 118-122, 127, 130, 131, 133-135, 137-139, 141, 143, 145, 146, 153, 161, 163, 164, 169, 171, 178, 180-183, 190, 192, 209, 212, 216, 219, 237, 248, 251, 254, 256, 261, 267, 270, 272, 273, 276.
 Santa Ana, 133, 165.
 Santa Bárbara, 81, 82, 130.
 Santa Barbara, canal de, 207.
 Santa Cruz, 36, 37, 98, 109, 110, 145, 210, 236, 241, 245, 267, 270, 272.
 Santa Cruz, bahía de, 60.
 Santa Cruz de Querétaro, 156, 162.
 Santa Cruz de Sonora, 236.
 Santa Cruz de Tobed, 183.
 Santa Cruz, río, 16, 93, 98, 106, 110, 123, 132-134, 137, 144, 170, 171, 210, 221, 244, 255, 259, 261, 268, 273.
 Santa Fe, 82, 84, 186, 187, 198, 199.
 Santa María, 106.
 Santa María de Soamca, 112, 143, 171, 241.
 Santa María del Agua Caliente, 125.
 Santa María Magdalena, 104.
 Santa María, puerto de, 107, 117, 146.
 Santa María, río, 16, 84, 93, 110.
 Santa María Soamca, 109, 110, 121.
 Santa Olalla, laguna de, 195.
 Santa Rita, montañas de, 134.
 Santa Rita, sierra de, 218.
 Santa Rosa, 129.
 Santa Rosalía, 128.
 Santa Teresa, 219, 236.
 Santander, 183.
 Santiago, 105.
 Santiago de Compostela, 59.
 Santiago de Cuba, 162.
 Santiago de Guatemala, 76.
 Santo Domingo, 49, 56, 57.
 Saporí, 105.
 Saric, 116, 130, 132, 136, 163, 181, 182.
 Segno, 90.
 Sentinel, monte, 250.
 Sevier, lago, 199.

- Sevilla, 48, 52, 76, 107, 111, 150, 182, 222.
- Shongopovi, 123.
- Siberia, 51, 167.
- Sierra Gorda, región de, 166.
- Sierra Madre, 87.
- Sierra Nevada, 43.
- Sijena, 99.
- Silver King, 262.
- Sinagua, 31.
- Sinaloa, 87, 89, 101, 116, 118, 127, 129, 144, 192, 201, 215, 238, 244, 245, 261, 263-265.
- Snaketown, 33.
- Soamca, 114, 115, 119, 130, 131, 136, 142, 146, 161, 163.
- Soamca, río de, 110.
- Solomonville, 262.
- Sonoita, 109, 112, 113, 124, 125, 131, 132, 140, 143, 144, 170, 178, 181, 242, 273.
- Sonoita, río, 121, 271.
- Sonora, 13, 18, 19, 22, 40, 46, 61, 63, 65, 66, 72, 85, 88, 89, 91, 92, 93, 94, 100-102, 105, 108, 116, 118-120, 126, 129, 130, 134, 136-138, 140, 142-147, 149, 153, 155, 156, 157, 163, 172, 173, 184, 186, 189, 192, 201, 204, 207, 210, 212, 214, 215, 218, 219, 221, 229, 233, 234, 238-241, 243, 244, 246, 248-250, 252, 254, 256, 257, 260-265, 267, 276.
- Sonora, desierto de, 13, 16, 18, 19, 23, 25-27, 30.
- Sonora, río, 66, 89, 119, 202.
- Sopori, 120.
- Sort, 144.
- Suaqui, 209.
- Sudamérica, 266.
- Suecia, 176.
- Suiza, 113.
- Tarahumara, 108, 113, 156.
- Tarahumara Alta, 112.
- Tecopira, 114.
- Temixtitan, 52.
- Tempe, 32, 262.
- Tenochtitlán, 52, 54, 55, 76.
- Tepic, 70, 163.
- Terrate, 218.
- Terrenate, 136, 142, 143, 146, 161, 182, 186, 192, 210, 221, 241, 258.
- Teruel, 168.
- Texas, 31, 40, 61, 75, 129, 149, 162, 163, 183, 185, 186, 201, 209, 210, 250.
- Texcoco, lago, 52.
- Tiburón, isla, 129, 143.
- Tiguex, 74, 75, 81.
- Tirol, 90.
- Tlaxcala, 145.
- Tonto, región, 14, 16.
- Totonteac, río, 66.
- Trento, 90.
- Tsegi, cañón, 29.
- Tubac, 106, 120, 131-138, 141, 142, 146, 147, 152, 170, 171, 178, 181, 186, 189-191, 193, 198, 210-212, 216, 218-221, 223, 228, 232, 239, 241, 242, 243, 245, 249, 250, 255-259, 261, 264-266, 269, 270, 272, 273, 276.
- Tubac, río de, 110.
- Tubutama, 94-96, 109, 110, 124, 125, 132, 136, 157, 163, 164, 172, 228, 254, 272.
- Tubutama, 219.
- Tucson, 14, 25, 98, 113, 123, 131, 134-139, 141, 143-145, 147, 171, 178, 198, 210-212, 214, 215, 217, 218-221, 224, 228, 232, 236, 237, 239, 242, 243, 244, 245, 248-251, 253, 254, 256-258, 260, 261, 262, 264-267, 269, 270, 272-276, 278.
- Tucson, río, 93.
- Tumacacari, 120.
- Tumacacori, 93, 106, 112, 134, 139, 140, 142, 143, 147, 161, 176, 178, 180-183, 210, 216, 218-220, 225, 228, 236, 239, 242, 248, 249, 254-256, 258, 259, 264, 267, 272, 273, 276.
- Tusayan, 71.
- Ures, 72, 138, 142, 176, 261.
- Utah, 13, 14, 29, 198.
- Utah, lago, 199.
- Utrecht, 103, 148.
- Valdelinares, 146.
- Valladolid, 104, 267.
- Vélez, 155.
- Venezuela, 263.
- Veracruz, 52, 56, 76, 107, 108, 117, 129, 150, 151, 153, 158, 258.

- Verde, río, 16, 27, 32, 84.
 Vermejo, río, 73.
 Villares, 130.
 Vitoria, 209, 219.
 Walpi, 123.
 Westfalia, 117, 138.
 Yaqui, río, 72, 237.
 Yucatán, 52.
 Yuma, 16, 71, 72, 181, 195, 209, 222,
 224, 225, 229, 275.
 Zacatecas, 82, 100, 240.
 Zacatula, 55, 60.
 Zaracache, 206.
 Zaragoza, 146, 168.
 Zeven, 117.
 Zitacuaro, 246.
 Zuñi, 31, 198, 242, 245.
 Zuñi, río, 18, 73.

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

A continuación presentamos los títulos de algunas de las Colecciones.

COLECCIÓN
LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

Navarra y América.

Aragón y América.

Madrid y América.

Valencia y América.

Extremadura y América.

Galicia y América.

Baleares y América.

Castilla y América.

Cataluña y América.

Canarias y América.

Andalucía y América.

Asturias y América.

Cantabria y América.

Vascongadas y América.

La Rioja y América.

Los murcianos y América.

COLECCIÓN
RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

Linajes hispanoamericanos.

El abate Viscardo (jesuitas e independencia) en Hispanoamérica.

La agricultura y la cuestión agraria en el encuentro de dos mundos.

Sevilla, Cádiz y América. El trasiego y el tráfico.

Acciones de Cultura Hispánica en América.

La Junta para la Ampliación de Estudios y América (1912-1936).

La cristianización de América.

Influencias artísticas entre España y América.

Influencia del Derecho español en América.

Revolución Francesa y revoluciones hispánicas.

Historia del Derecho indiano.

Exiliados americanos en España.

Andalucía en torno a 1492. Estructuras. Valores. Sucesos.

Exilio republicano.

Fiestas, diversiones y juegos en la América hispánica.

El dinero americano y la política del Imperio.

Relaciones científicas entre España y América.

El pensamiento liberal español en el siglo XIX sobre la descolonización de Iberoamérica.

Introducción a los derechos del hombre en Hispanoamérica.

Relaciones diplomáticas entre España y América.

La idea de justicia en la conquista de América.

Exiliados españoles en América: liberales, carlistas y republicanos.

Cargadores a Indias.

El teatro descubre América: fiestas y teatro en la Casa de Austria.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.

El libro *Arizona hispánica*, de Iris H. W. Engstrand, forma parte de la Colección «España y Estados Unidos», dirigida por los profesores Michael Gannon, de la Universidad de Florida, y Eugene Lyon, de la Fundación St. Augustine, con la colaboración del embajador Carlos Fernández-Shaw.

COLECCIÓN ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

- La Florida, siglo XVI, descubrimiento y conquista.
- La Florida contemporánea.
- Las raíces hispanas de Estados Unidos.
- España y la independencia de Estados Unidos.
- La revolución norteamericana en la independencia de Hispanoamérica.
- Texas en la época colonial.
- La Alta California española.
- Luisiana.
- Nuevo México.
- Arizona hispánica.

En preparación:

- Hispanos en Estados Unidos.
- Emigración española a Estados Unidos.
- La época mexicana del Sudoeste Americano, 1821-1846.
- La Florida colonial.

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y post-colombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

